«Hermoso y mágico».
HOLLY BLACK

«Un libro muy especial».
JOHN GREEN

«Deslumbrante».
BUSTLE

Hay una cosa de la que Leigh Chen Sanders está absolutamente segura: cuando su madre murió, se convirtió en un pájaro.

Leigh, que es mitad asiática y mitad blanca, viaja a Taiwán para ver por primera vez a sus abuelos maternos. Allí espera encontrar a su madre, el pájaro. En su búsqueda puede que acabe persiguiendo fantasmas, revelando secretos familiares y forjando nuevas relaciones. Y mientras tanto deberá intentar reconciliarse con la idea de que en el mismo momento en que por fin besó a su mejor amigo, Axel, su madre se estaba quitando la vida.

El asombroso color del después es una novela preciosa sobre la familia, el arte, el amor, la pérdida y la identidad que alterna entre realidad y magia, pasado y presente, desesperación y esperanza.

Emily. X. R. Pan

El asombroso color del después

Título original: *The Astonishing Color of After*
Emily. X. R. Pan, 2018
Traducción: Teresa Lanero, 2020

-

Revisión: 1.0

08/11/2022

Para 妈妈，爸爸 *y Loren,*
que siempre creyeron que lo lograría.

Si viera un solo pájaro.

EMILY DICKINSON

1

Mi madre es un pájaro. No se trata de ningún rollo metafórico de flujo de conciencia a lo William Faulkner. Mi madre. Es literalmente. Un pájaro.

Sé que es tan cierto como que la mancha en el suelo del dormitorio es permanente como el cielo, tan cierto como que mi padre nunca se perdonará a sí mismo. Nadie me cree, pero es un hecho. Estoy completamente segura.

Al principio, el agujero con forma de madre estaba hecho de sangre. Oscuro y pegajoso, empapaba las raíces de la moqueta.

Retrocedo, una y otra vez, hasta aquella tarde de junio. Yo volvía de casa de Axel y me encontré a mi padre en el porche; daba tumbos de un lado para otro, y era evidente que me estaba buscando. Nunca podré borrar esa imagen: tenía las manos grasientas y temblorosas, le chorreaba algo granate por la sien y se le agitaba el pecho como si respirara limaduras de hierro en lugar de aire. Al principio, pensé que estaba herido.

—Leigh… Tu madre…

Se ahogó a mitad de frase y frunció el gesto de un modo horrible. Cuando por fin consiguió hablar, su voz tuvo que atravesar un océano entero hasta llegar a mí. Era un sonido frío y cerúleo, lejano e incoherente. No fui capaz de procesar sus palabras. No fui capaz en mucho tiempo. Ni cuando la policía llegó. Ni cuando vinieron a sacar el cadáver de mi madre por la puerta principal.

Sucedió el Día del Dos y Medio. Nuestro día, una tradición anual para Axel y para mí. Se suponía que era una fecha de celebración. El año escolar casi había terminado y las cosas por fin volvían a la normalidad, a pesar de que Leanne siguiera rondando por allí. Ya estábamos haciendo planes para el verano. Pero supongo que el universo tiene su forma de mandar a tomar viento cualquier previsión.

Dónde estaba yo ese día: en el viejo sofá de *tweed*, del sótano de Axel,

rozándole el hombro y tratando de ignorar el muro de electricidad naranja que nos separaba.

¿Qué sucedería si apretaba la boca contra la suya? ¿Me provocaría una descarga, como un collar de perro? ¿Se derrumbaría el muro? ¿Nos fusionaríamos?

Y Leanne ¿desaparecería? ¿Conseguiría borrarla un beso?

La mejor pregunta era: ¿cuánto se destruiría?

Mi madre sabía dónde me encontraba. Ese es uno de los hechos que no logro superar.

Si hubiera sido capaz de estar por encima de mis puñeteras hormonas por un instante, tal vez mis neurotransmisores me habrían ordenado volver a casa. Tal vez me habría zafado de las vendas que me impedían ver y me habría obligado a mí misma a hacer recuento de todo lo que no iba del todo bien, o al menos a darme cuenta de que los colores a mi alrededor no eran los correctos.

Sin embargo, me refugié en mi caparazón, me permití ser una de esas adolescentes ensimismadas y distraídas. Durante las clases de educación sexual, los profesores siempre daban a entender que los chicos eran los salidos. Pero allí, en ese sofá, tuve la certeza de que habían omitido un detalle crucial del cuerpo femenino, o por lo menos de mi cuerpo. Yo era un fuego artificial encendido y, como Axel se acercara, saldría despedida hacia el cielo y me convertiría en una lluvia de un millón de fragmentos.

Aquel día él llevaba la camisa marrón de cuadros. Era mi favorita, la más vieja y la más suave en mi mejilla cuando lo abrazaba. Sus olores de chico inundaban el ambiente: la delicadeza de su desodorante, el aroma floral y ahumado de algún que otro producto y, por encima de todo lo demás, una fragancia como de hierba serena por la noche.

Al final, fue él quien se quitó las gafas y me besó, pero mi cuerpo, en vez de convertirse en chispas, se congeló. Si me movía un milímetro, todo se rompería. Solo el hecho de pensar en la palabra («beso») era como si una varita mágica de hielo me rozara el pecho. Las costillas se me agarrotaron, entumecidas, como telarañas con grietas. Dejé de ser un fuego artificial y me convertí en algo helado en lo más recóndito del Ártico.

Entonces, las manos de Axel me rodearon la espalda y me desbloquearon. Me estaba derritiendo, él me había soltado la cuerda y yo lo besaba con todas mis fuerzas. Nuestros labios estaban por todas partes y mi cuerpo era naranja fluorescente… No, púrpura imperial… No. Mi cuerpo era de todos los colores del mundo en llamas.

Pocos minutos antes, habíamos comido palomitas recubiertas de chocolate y así sabía. Dulce y salado.

Una explosión de pensamientos hizo que me apartara. La nube de escombros consistía en recordar que era mi mejor amigo, que era la única persona en quien confiaba al cien por cien aparte de mi madre, que no debía

besarlo, que no podía besarlo…

—¿De qué color? —preguntó Axel con voz suave.

Esa es la pregunta que siempre hacemos cuando queremos averiguar cómo se siente el otro. Somos amigos inseparables desde que la señora Donovan nos daba Arte: hace tanto tiempo que no necesitamos más que un color para describir un estado de ánimo, un éxito, un fracaso, un deseo.

No pude contestarle. No supe explicar que estaba recorriendo como un rayo todo el maldito espectro, incluida una nueva dimensión de tonalidades que jamás había experimentado con anterioridad. En vez de eso, me levanté.

—Mierda —musité.

—¿Qué? —preguntó él. A pesar de la luz tenue de la única bombilla del sótano, vi que se sonrojaba.

Las manos… Yo no sabía dónde meter las manos.

—Lo siento, tengo que…, tengo que irme.

Habíamos establecido una regla, la de no mentirnos el uno al otro, pero yo no dejaba de romperla.

—¿En serio, Leigh? —contestó, aunque yo ya corría escaleras arriba, ayudándome del pasamanos para ir más deprisa.

Llegué al vestíbulo que hay antes del salón y empecé a respirar con grandes bocanadas, como si acabara de emerger a la superficie después de zambullirme en las profundidades.

No me siguió. Al marcharme, di un portazo: hasta la casa estaba cabreada conmigo. El golpe sonó verde vómito. Pensé en la tapa dura de un libro que se cierra de golpe sobre una historia sin terminar.

2

Nunca vi el cadáver de cerca. Cuando la policía llegó, salí corriendo por delante de ellos. Subí los escalones de dos en dos e irrumpí en la habitación de mis padres con tanta fuerza que casi rompo la puerta. Lo único que vi fueron las piernas de mi madre en el suelo, que sobresalían en horizontal por el lado más alejado de la cama.

Entonces llegó mi padre y me sacó de allí mientras los oídos me pitaban por los gritos. Eran tan fuertes que estaba segura de que se trataba de un ruido de la policía. Solo cuando me quedé sin aire me di cuenta de que provenían de mí. De mi boca. De mis pulmones.

Descubrí la mancha después de que se llevaran a mi madre, después de que alguien hiciera el primer intento de limpiar la moqueta. Incluso en ese momento era oscura y ancha, rectangular y horrible. Apenas tenía forma de madre.

Es más fácil pensar que la mancha es pintura acrílica. Pigmento, emulsión. Soluble en agua hasta que se seca.

Pero la pintura derramada no es más que un accidente, ahí reside lo complicado.

La pintura derramada no implica un cuchillo y un bote de somníferos.

Al día siguiente de que sucediera, nos pasamos horas buscando alguna nota. Esa fue la parte absurda. Mi padre y yo flotábamos por la casa, moviéndonos como perezosos, mientras abríamos cajones y armarios y pasábamos los dedos por encima de las estanterías.

«No es real hasta que encontremos una nota. —Ese pensamiento no dejaba de rondarme por la cabeza—. Seguro que ha dejado una nota».

Me negaba a entrar en el dormitorio de mis padres. Imposible olvidarlo. Los pies de mi madre asomando por detrás de la cama. El pulso de mi sangre. *Está muerta está muerta está muerta*.

Me quedé en el pasillo apoyada contra la pared y oí que mi padre revolvía unos papeles en busca de algo, que daba vueltas por la habitación con un sonido tan desesperado como mis sentimientos. Oí que abría el joyero y lo cerraba. Oí que movía cosas en la cama; debía de estar buscando debajo de las almohadas, debajo del colchón.

¿Dónde puñetas deja las notas la gente?

Si Axel hubiera estado conmigo, es probable que me hubiera agarrado del hombro y me hubiera preguntado: ¿de qué color?

Y entonces tendría que haberle explicado que yo era incolora, traslúcida. Era una medusa atrapada por la marea, obligada a ir donde ordenara el mar. Era tan irreal como la nota inexistente de mi madre.

Si no había nota, ¿qué significaba?

Mi padre debió de encontrar algo, porque al otro lado de la puerta todo se quedó en silencio.

—¿Papá? —grité.

No hubo respuesta. Pero yo sabía que estaba ahí. Sabía que estaba consciente al otro lado y que me oía.

—Papá —repetí.

Percibí una inspiración larga y profunda. Mi padre se acercó despacio a la puerta y la abrió.

—¿La has encontrado? —pregunté.

Se detuvo sin mirarme a los ojos, dubitativo. Al final me extendió un papel arrugado.

—Estaba en la papelera —dijo con voz tensa—. Junto con esto.

Abrió la otra mano y me mostró un montón de cápsulas que reconocí de inmediato. Los antidepresivos de mi madre. Cerró de nuevo la mano y bajó las escaleras.

Un frío cian me recorrió el cuerpo. ¿Cuándo dejó de tomar la medicación?

Alisé el papel y me quedé observando su blancura. En él no había ni una pizca de sangre. Me lo llevé a la nariz e inhalé para absorber el último olor de mi madre.

Y, por fin, me obligué a leerlo.

Para Leigh y Brian.
Os quiero mucho.
Lo siento.
La medicación no

Debajo había algo más, garabateado varias veces, una encima de otra, que resultaba ilegible. Y al final del todo, una última línea:

Quiero que recordéis

¿Qué había intentado decirnos?
¿Qué quería que recordáramos?

3

Comencé a pasar las noches en el sofá de abajo, lo más lejos posible de la habitación de mis padres. Me costaba mucho dormir, pero el viejo sofá de cuero me engullía y yo me imaginaba acunada entre los robustos brazos de una giganta. Tenía el rostro de mi madre, la voz de mi madre. A veces, si conseguía sumirme en un incómodo sopor, el tictac enérgico del reloj de encima de la televisión se convertía en el latido de su corazón.

Entre latido y latido, mis sueños recogían fragmentos de viejos recuerdos. La risa de mis padres. Una celebración de cumpleaños, nuestras caras manchadas de tarta de chocolate. Mi madre tratando de tocar el piano con los dedos de los pies a petición mía. Mi padre con las cancioncillas que le gustaba inventarse: «Mi pequeña Leigh es muy feliz, ¡mira qué suspiro me dedica a mí!».

Era la víspera del funeral: me desperté alrededor de las tres de la mañana con un golpe seco en la puerta principal. No era un sueño; lo sabía porque acababa de soñar que la giganta tarareaba junto al piano. Nadie más se despertó. Ni mi padre ni la gata de mi madre. El suelo de madera estaba helado y yo me dirigí al vestíbulo temblando, desconcertada por el cambio de temperatura. Abrí la pesada puerta y se encendió la luz del porche.

La calle estaba morada y oscura, en silencio salvo por el grillo solitario que marcaba el ritmo en el césped. Un ruido lejano me hizo levantar la vista y, contra el cielo lóbrego previo al amanecer, vislumbré una franja carmesí. Batió las alas una, dos veces. Una cola siguió al cuerpo por el aire, como una cometa. La criatura pasó por delante de la media luna y sobre la sombra de una nube.

No me asusté, ni siquiera cuando el pájaro planeó por la hierba para aterrizar en el porche con aquellas garras que daban golpecitos sobre la madera. Allí posada, la criatura era casi tan alta como yo.

—Leigh —dijo el pájaro.

Habría reconocido esa voz en cualquier lugar. Era la voz que solía preguntarme si quería un vaso de agua después de una buena llantina, que me recomendaba una pausa con galletas recién horneadas antes de terminar los deberes o que se ofrecía a llevarme a la tienda de manualidades. Era una voz amarilla, tejida con sílabas luminosas y melódicas, que provenía del pico de esa criatura roja.

Mis ojos asimilaron su tamaño: nada que ver con la pequeña estructura de mi madre cuando era humana. Me recordó a una grulla de coronilla roja, pero con la cola larga y plumosa. De cerca vi que cada una de sus afiladas y relucientes plumas presentaba una tonalidad de rojo distinta.

Cuando alargué la mano, el ambiente cambió como si hubiera alterado la superficie de un estanque en calma. El pájaro alzó el vuelo y batió las alas hasta que desapareció en el cielo. Dejó tras de sí una única pluma escarlata sobre el porche, curvada como una guadaña y casi tan larga como mi antebrazo. Al precipitarme hacia ella, levanté sin querer una pequeña ráfaga de aire. La pluma se elevó perezosa, osciló y se detuvo al caer. Me agaché para cogerla y miré hacia el cielo. Ya no estaba.

¿Volvería? Por si acaso, coloqué un cacharro con agua y dejé la puerta abierta con una cuña. Me llevé la pluma adentro y, una vez en el sofá, me dormí de inmediato por primera vez desde el día de la mancha. Soñé con el pájaro y me desperté segura de que no era real. Pero entonces advertí que tenía la pluma en la mano; la apretaba tan fuerte que las uñas se me habían quedado marcadas. Incluso dormida, temí perderla.

4

El funeral fue a ataúd abierto y, cuando me acerqué a la caja de madera, casi esperaba encontrarme con un montón de cenizas. Pero no, había una cabeza. Había un rostro. Divisé la mancha de nacimiento marrón en el hueco de encima de la clavícula. Esa era la blusa de mi madre, la que se compró para un recital y que después decidió odiar.

Ante mí yacía un cuerpo más gris que un bosquejo. Alguien le había puesto maquillaje y colores para que pareciera viva.

No lloré. Esa no era mi madre.

Mi madre está libre por el cielo. No tiene el peso del cuerpo humano, no está formada por una sola mota gris. Mi madre es un pájaro.

El cadáver del ataúd ni siquiera llevaba el colgante de la cigarra de jade que le vi todos los días de mi vida. Su cuello estaba desnudo…, una prueba más.

—¿De qué color? —susurró Axel cuando se puso a mi lado.

Era la primera vez que hablábamos desde el día que mi madre murió, una semana atrás. Supongo que se enteró a través de su tía Tina, después de que mi padre la llamara. Sé que no debí excluirlo, pero no soportaba la idea de tener una conversación con él. ¿Qué le iba a decir? Cada vez que intentaba imaginar las palabras, todo se volvía frío y vacío en mi cabeza.

Allí de pie, en el funeral, Axel parecía fuera de lugar. Había sustituido su indumentaria habitual —camisa de cuadros encima de una camiseta con dibujos y vaqueros viejos— por una camisa de vestir demasiado grande, sujeta con una corbata lustrosa, por fuera de unos pantalones oscuros. Vi que observaba el ataúd con nerviosismo y que volvía a centrarse en mí despacio.

Si me miraba fijamente a los ojos, se daría cuenta de que me había clavado una flecha cuyo astil me sobresalía por el pecho y se retorcía con cada contracción de mi corazón.

Y tal vez notaría que mi madre había despedazado todo lo demás. Que,

aunque él consiguiera arrancar la flecha, estaba tan destrozada, tan desgarrada, que no habría nada capaz de recomponerme.

¿Leigh?

—Blanco —susurré, y noté su sorpresa. Es probable que esperara un azul glacial, o tal vez el último bermellón del atardecer.

Vi que alargaba el brazo hacia mi codo y vacilaba. Dejó caer la mano.

—¿Te pasas luego por mi casa? —preguntó—. O… puedo ir yo a la tuya.

—No estoy segura de que sea buena idea.

Sentí que él adoptaba poco a poco un color rosa.

—No pretendía…

—Ya lo sé —dije, no porque fuera verdad, sino porque no iba a soportar que acabara la frase. ¿Qué es lo que no pretendía? ¿Qué traspasáramos ese muro crepitante y que conectáramos una boca con la otra en el mismo momento en que mi madre se moría?

—Quiero hablar contigo, Leigh.

Eso era casi peor.

—Ya estamos hablando —dije, y cuando brotaron las palabras se me revolvieron las entrañas.

Mentira mentira mentira. Aunque la palabra resonaba en mi cabeza, intenté relegarla a un lugar donde no pudiera oírla.

En cuanto Axel se dio la vuelta, me di cuenta de que sacudía los hombros. Levantó una mano para aflojarse la corbata y se fue hacia la otra punta de la sala. En un destello, como una visión del futuro, vi que la distancia aumentaba entre nosotros y se extendía como una cinta métrica hasta que nos separaban kilómetros y kilómetros. Hasta que alcanzábamos la mayor lejanía posible entre dos personas sin abandonar la superficie terrestre.

¿Para qué serviría hablar, según Axel, después de lo que le había pasado a mi madre?

¿Qué íbamos a arreglar?

5

Todavía no había decidido cómo le iba a contar a mi padre lo del pájaro, pero cuando volvíamos al coche después del funeral, tropecé con un desnivel del suelo.

Al instante se me vino a la cabeza un refrán que decíamos de pequeños:

«Si tropiezas por la calle, desgracia para tu madre».

Esas palabras me bloquearon el cerebro. Parpadeé y caí con medio cuerpo en la hierba y medio cuerpo en la acera. Mi padre me ayudó a levantarme. Se me quedó algo verdoso en la rodilla que me trajo un recuerdo del pasado, de una época más simple en la que las manchas de césped eran una de mis mayores preocupaciones.

—¿Qué es eso? —preguntó mi padre, y al principio pensé que se refería a la mancha. Pero no, señalaba hacia una franja roja que se encontraba a poca distancia de mí.

Al caerme al suelo, la pluma se me había salido del bolsillo del vestido. Reposaba extendida sobre la acera como una especie de desafío.

La recogí y me la volví a guardar.

Como es lógico, mi padre insistió. Y no pude mentirle. No cuando se trataba de algo que tenía que ver con mi madre.

—Es de mamá —traté de explicarle mientras nos montábamos en el coche —. Vino a verme.

Mi padre se quedó callado un momento mientras apretaba el volante con las manos. Durante una milésima de segundo, percibí un gesto de dolor. Su expresión era tan ruidosa como un rugido, pese a que a nuestro alrededor solo se oía el sonido del coche sobre la calzada. El sonido apagado de los pedales bajo sus pies al frenar.

—Vino a verte —repitió. La preocupación era patente en su voz.

—Vino… convertida en… —Tragué saliva. En ese momento, en la punta

de la lengua, las palabras tenían un sabor ridículo—. Ahora es un pájaro. Grande y rojo. Y bonito. Se posó en el porche la otra noche.

Giró a la izquierda en Mili Road y comprendí que había elegido el camino más largo para alargar la conversación. Estaba atrapada.

—¿Qué significa que ahora es un pájaro? —dijo después de un tiempo vacío, y en ese momento supe que no me creía, que no había nada que yo pudiera hacer o decir para hacerle cambiar de opinión.

No contesté, y suspiró por la nariz muy despacio. Lo oí con total claridad. Volví la cabeza hacia la ventana mientras acariciaba con el pulgar las barbas de la pluma.

Dio varios golpecitos en el volante con la yema de los dedos, como siempre que se paraba a pensar.

—¿Qué significa el rojo para ti? —volvió a intentarlo, y esta vez sonó casi como a libro de texto, como a alguna técnica que hubiera aprendido del doctor O'Brien.

—No me he inventado lo del pájaro, papá. Es real. Lo vi. Era mamá.

Empezó a llover; habíamos tomado el camino de la tormenta. El agua aporreaba en sentido oblicuo y fragmentaba una y otra vez el reflejo de mi rostro en la ventana.

—Intento comprenderlo, Leigh —dijo mientras tomábamos el carril de acceso a la casa. No pulsó el mando para abrir la puerta del garaje. No apagó el motor. Nos quedamos allí sin hacer nada mientras el traqueteo del coche comenzaba a marearme.

—De acuerdo —accedí. Pensé en darle una oportunidad. Si él le ponía tanto empeño, yo también. Si quería hablar del tema, estupendo. Lo único que necesitaba era que intentase creerme, aunque fuera por un momento.

Observé los golpecitos de sus dedos contra el volante mientras elegía las palabras correctas. Cerró los ojos un instante.

—A mí también me encantaría… ver a tu madre de nuevo. Más que cualquier otra cosa.

—Claro —asentí, y se me quedó la mente en blanco, como una pantalla de ordenador que se apaga. Me desabroché el cinturón de seguridad, abrí la puerta y salí del coche.

La lluvia se adhería a mí mientras buscaba la llave en el bolso para entrar en casa. Era una lluvia cálida que parecía gris al caer del cielo. Me imaginé que era una armadura líquida que, al entrar en contacto con mi cuerpo, se amoldaba a mí para protegerme de todo.

Caro tampoco me creyó. Después de quitarnos la ropa del funeral y ponernos otra cosa, fuimos a Fudge Shack, donde intenté explicárselo. Nos sentamos en los taburetes altos; yo delante de un trozo de *brownie* con malvavisco que no toqué, ella dándole sorbos lentos a su batido de chocolate para dejarme hablar. Permaneció callada: ese modo tan suyo de expresar desacuerdo. En aquel momento, al ver el paciente asentimiento de su barbilla y el brillo vítreo de sus ojos, supe que la estaba perdiendo con cada palabra que pronunciaba.

Llegó un punto en que no pude seguir mirándola. Los ojos se me fueron hacia las puntas azules de su cortísimo pelo, que ahora se había vuelto del color de los cristales de la playa. Lleva mechas azules desde que nos conocimos en primero, y esta era la vez que lo tenía más verde.

Cuando terminé de hablar, dijo:

—Estaba preocupada por ti.

Hundí un dedo en mi *brownie* y lo retiré mientras miraba con atención la marca que había dejado.

—Sé que no terminas de congeniar con el doctor O'Brien —continuó—, pero quizá merezca la pena… probar con otra persona.

Me encogí de hombros.

—Lo pensaré.

Aunque seguro que ella se dio cuenta de que lo dije para que se callara.

Fingí que miraba la hora en el móvil y me inventé una excusa barata mientras recogía el trozo de *brownie* y me bajaba del taburete con la intención de ir a ese supuesto sitio al que llegaba tarde.

Después me sentí culpable. ¿Acaso Caro no intentaba ayudarme?

Pero ¿cómo iba alguien a ayudarme sin creerme?

Lo que quería era hablar de mi madre con Axel, que pasaran cien días desde lo del beso para intentar que se borrara de mi recuerdo y del suyo. Quería contarle lo del pájaro. Me senté en el sofá con ese deseo mientras le daba vueltas con las manos a un carboncillo (una y otra vez, una y otra vez) hasta que los dedos se me pusieron negros y empecé a manchar todo lo que tocaba.

¿Me creería Axel? Quería pensar que sí. Aunque, para ser sinceros, no tenía ni idea.

No contesté al móvil, así que llamó al fijo de casa, pero solo una vez. Nadie contestó. No dejó ningún mensaje.

Rara vez habíamos estado tanto tiempo sin vernos. Ni siquiera cuando tuve gastroenteritis, después gripe y luego infección respiratoria alta, todo seguido; en aquella ocasión también vino a verme y desafió el aire tóxico de mis pulmones sentándose a mi lado en el sofá para pintar. Tampoco cuando mi padre me obligó a ir a Mardenn, aquel infernal campamento de verano. Me sentía tan desgraciada que Axel cogió un autobús para recogerme y

llevarme de vuelta a casa.

Él nunca se alejaría de mí. Estaba segura. Todo era cosa mía.

Pensar en ello era como retorcer la flecha que se hundía entre mis costillas, así que dejé que me absorbieran los pensamientos sobre el pájaro y que las preguntas trazaran espirales. ¿Dónde está ahora el pájaro? ¿Qué quiere?

Traté de dibujarlo en mi cuaderno, pero no conseguí que me salieran bien las alas.

6

El agujero con forma de madre se convirtió en un recorte muy negro. Solo podía fijarme en el contorno porque, si lo miraba directamente, veía el vacío.

Tenía que enfrentarme a ese vacío, a esa ausencia de color. Desvié la mirada hacia otra dirección, hacia el blanco, que está compuesto por todos los demás colores del espectro visible. El blanco era la solución, o al menos el apósito más pequeño. En las horas libres de la mañana siguiente al funeral, conduje hasta la ferretería por un camino poco transitado con el fin de que ningún vecino reconociera el coche y, por ende, mi cara. La necesidad de pintura blanca era tan acuciante que ni siquiera me planteé que conducía sin carné.

Apliqué una mano de pintura en las paredes de mi habitación, pero era poco densa; el color mandarina chillón que mi madre y yo aplicamos años atrás se convirtió en un naranja pastel empalagoso. Mientras me dirigía hacia el baño, mi padre salió del despacho.

Miró la lata de pintura que colgaba junto a mis piernas y las manchas blancas que ya salpicaban mis vaqueros, y dijo:

—Leigh, ya está.

Él no comprendía lo que suponía luchar contra el enorme agujero negro, contra el vacío. Tampoco es que me sorprendiera. Había muchas cosas que él no entendía y que no entendería jamás.

—Ni se te ocurra poner eso ahí —añadió mientras señalaba la habitación principal con el pulgar.

Estaba de acuerdo. No pensaba entrar en esa habitación bajo ningún concepto. Cogió la lata de pintura y yo escapé escaleras abajo para sumergirme en mi cuaderno de dibujo y apretar el papel con los dedos.

Dibujé formas oscuras y estancadas. Presioné el carboncillo con todas mis fuerzas hasta que los dedos se me quedaron tiznados y doloridos, y un charco

negro y encerado me iluminó. Tal vez, si conseguía dibujar el vacío, lo controlaría.

Pero nunca era lo bastante oscuro. Nunca era negrísimo.

Pasé mucho tiempo sin colorear. Solo usaba el carboncillo y el lápiz, casi siempre para ceñirme a los contornos. Estaba reservando los colores para después.

7

Sabía lo que había visto. Era real, ¿verdad?

Durante las noches posteriores a la primera aparición del pájaro, cuando cesaban los ruidos de la planta de arriba, salía al porche y observaba el cielo. Las nubes pasaban por delante de las estrellas. Cada día, la luna se encogía y cedía una de sus tajadas. Yo vaciaba el cacharro y lo llenaba de nuevo para que siempre tuviera agua fresca, por si acaso. Y al volver a entrar en casa, dejaba la puerta entreabierta con una zapatilla en medio. La brisa se colaba por la rendija para arremolinarse en el salón, y me quedaba dormida soñando con el aliento de la giganta en la cara.

Una semana después del funeral, los rayos de luna entraban por la ventana del salón cuando, de repente, la temperatura cayó en picado. Era una de esas noches de verano supuestamente sofocantes, pero con cada exhalación se formaba una nube blanca ante mi rostro. No oí nada, pero aun así decidí inspeccionar el jardín.

Nada más salir, vi un paquete algo menor que una caja de zapatos sobre el felpudo. Estaba sujeto con una cuerda que se entrecruzaba en medio y se ataba para cerrar la tapa. Las esquinas estaban un poco aplastadas, y lo único que había encima era mi nombre escrito con rotulador negro y con una caligrafía desconocida. Nada más. Ni sellos ni etiquetas; ni siquiera una dirección.

Cuando levanté la cabeza, el pájaro estaba en el jardín con una pata recogida, como las grullas que había visto en los cuadros. Bajo la luz de la luna, los extremos de sus alas eran plateados y puntiagudos, y las sombras de su cuerpo parecían casi de color añil.

—Esta caja es de parte de tus abuelos —dijo mi madre, el pájaro.

Lo primero que pensé fue: «Mis abuelos están muertos». Los padres de mi padre ya eran mayores cuando él nació; hacía años que habían fallecido.

A menos que… ¿Acaso se refería a los padres de mi madre? ¿A los que no

llegué a conocer?

—Llévala contigo —añadió cuando me agaché para recoger la caja.

—¿Que la lleve dónde? —pregunté.

—Cuando vayas —contestó.

Cuando me puse de pie, el pájaro ya había alzado el vuelo y se alejaba, esta vez sin dejar atrás ninguna pluma.

No tenía nada más que hacer, salvo regresar al salón. Por un momento, a mi alrededor todo pareció derretirse; los colores se oscurecieron como si se cocinaran a alta temperatura. Las ventanas y cortinas perdieron su forma, los muebles se combaron y se hundieron sobre el suelo, y hasta la lámpara del techo se convirtió en un líquido viscoso.

Tras un par de parpadeos, todo recuperó la normalidad.

Me senté en el sofá, tan cansada de pronto que me dormí al intentar desatar el paquete. Cuando desperté, ahora por el sol que entraba por las ventanas, la caja seguía ahí.

Era real. Existía con la luz de la mañana. Respiré hondo y dejé que mis dedos se deslizaran bajo la tapa.

8

Sigo intentando averiguar qué hacer con la caja. Ya ha pasado casi una semana desde que mi madre vino en forma de pájaro para traerla. Es angustioso saber que no puedo hablar de esto con Axel.

¿Me creerá ahora mi padre?

Por la forma en que frunció el ceño la otra vez, parecía que me pasaba algo malo.

Estoy sentada en el sofá con las piernas cruzadas, justo encima del lugar donde he escondido en paquete. El contenido de la caja es… diferente a la pluma. Es mucho más que eso. Quizás esta vez consiga que él me escuche.

Miro fijamente el brillo del piano como si fuera una bola de cristal capaz de explicar por qué mi madre es un pájaro y qué debo hacer ahora. Me he dado una vuelta por la casa y he dibujado los objetos que parecían importantes, pero todavía no he pintado el piano. Tiene muchísima historia, y la historia implica colores.

Hubo un tiempo en que ese instrumento inundaba nuestra casa con su sonido. ¿Cuándo fue la última vez que oí a mi madre tocarlo? No estoy segura; supongo que eso debería haber sido una señal de alarma.

En retrospectiva, todo parece obvio.

Todos los años le prometía que durante el verano siguiente dejaría que me enseñara a tocar para que un segundo par de manos honrara aquellas teclas. Ella lo estaba deseando. Sobre todo, tenía ganas de que lo tocáramos juntas. Siempre nos imaginé aprendiendo algún dueto encantador, con mis manos aporreando los graves y sus delicados dedos haciendo tintinear las octavas más agudas.

Mi madre solía dejar el teclado del piano al descubierto, reluciente como una dentadura. Decía que las teclas necesitaban respirar. Pero mi padre ha retirado la partitura y ha cerrado la tapa. El piano que en este instante tengo

delante está desnudo, adusto, de luto.

En el lugar donde solían reposar los libros de música, abiertos por la sonata o el nocturno en el que mi madre estuviera trabajando, encuentro mi propio reflejo de ébano. Cuando era pequeña, siempre deseé parecerme más a mi madre. Parecer más taiwanesa.

Mi madre llevaba el pelo largo hasta los hombros, con una permanente de rizos sueltos, y unas grandes gafas de las que se despojaba cuando le dolía la cabeza. Me recuerdo intentando verla con los ojos de un desconocido: una mujer esbelta de pelo oscuro con una gramática deslavazada y los idiomas mezclados. Solo recuerdo haberla oído hablar en inglés. Incluso escogió un nombre inglés para sí misma: Dorothy, que acabó reduciendo a Dory.

Conservo algunos rasgos de ella, aunque la mayoría provienen de mi padre, el irlandoamericano nacido y criado en Pensilvania. Poseo una versión borrosa de sus ojos avellana y una réplica de su nariz afilada. Me parezco mucho a él de joven, sobre todo en las fotos de antes de que yo naciera, cuando se dedicaba a tocar el bajo en un grupo llamado Coffee Grind. Cuesta imaginarlo de músico, porque desde que lo conozco siempre ha sido sinólogo, un estudioso de todo lo relacionado con China: la cultura, la historia, la economía, etc. Habla mandarín con fluidez y viaja con frecuencia a sitios como Shanghái y Hong Kong para dar charlas y reunirse con otros sinólogos y economistas.

Me paso los dedos por el pelo, largo hasta los hombros, el único atributo que parece solo mío. Llevo un mechón lateral teñido de verde sirena, pero el resto es de mi color natural, un castaño oscuro que es justo el punto medio entre la melena negra tupida de mi madre y las ondas parduzcas de mi padre. Es un poco fino, pero quedaba bien cuando mi madre me peinaba con una trenza espiga; ojalá me hubiera molestado en aprender a hacerla.

Hay muchas cosas que me habría gustado aprender de ella cuando tuve la oportunidad.

Mi reflejo me hace suspirar.

El piano no me dice nada sobre mi madre, el pájaro. Nada sobre la caja. Tan solo refleja la historia de una chica desesperada que se levanta a las horas más intempestivas para dejar abierta la puerta de casa.

El sonido del café chisporroteando y burbujeando interrumpe mis pensamientos. Significa que mi padre está en la cocina. En realidad, no me apetece nada encontrármelo. Estoy cansada de que dude de mí; no soporto la forma en que se pasea emanando ese tono gris de Payne turbio. Los colores de

ese tipo de tristeza deberían ser duros y penetrantes, con el brillo alarmante de lo tóxico, no con el matiz suave de las sombras.

Pero siento retortijones en el estómago vacío; además, una vez que el café está listo, mi padre es capaz de pasarse siglos allí sentado. O me enfrento a él o paso hambre, una de dos.

Deslizo el cuaderno de dibujo debajo del sofá y me dirijo en silencio hacia la cocina para coger un trozo de queso en tiras del cajón de la nevera. La gata de mi madre se pasea entre mis piernas maullando.

Mi padre arruga el periódico.

—Ignora a *Meimer*, le acabo de poner la comida.

Me inclino para rozarle el suave lomo con los dedos. Maúlla un poco más. A lo mejor no tiene hambre de comida. A lo mejor lo que quiere es la presencia de mi madre.

Si Axel estuviera aquí, diría: «Hola, doña Gata». Se agacharía y la haría ronronear en cuestión de segundos.

Axel. Ese pensamiento me lanza un fragmento azul ftalo a las entrañas.

—¿Qué tal? —está diciendo mi padre—. ¿Te apetece un desayuno de verdad? —Le da un sorbo al café—. ¿Preparo gachas de avena?

Arrugo el gesto, pero, como estoy de espaldas a él, no me ve. ¿Acaso no sabe que solo como gachas de avena cuando estoy enferma?

No. Claro que no lo sabe. No sabe una mierda.

Mamá se habría ofrecido a preparar gofres con frutas del bosque y nata. Y si de verdad mantuviéramos la tradición de los domingos por la mañana, Axel aparecería por la puerta de atrás de un momento a otro. Pero no va a venir. Me conoce mejor que nadie: sabe cuándo intento colar un entusiasmo fingido o cuándo estoy a punto de hacerme añicos. Pese a que no ve el odio hacia mí misma que ronda en mi interior, ha de saber que esto que ha pasado entre nosotros es irreversible.

—No, gracias. —Me entretengo vertiendo un poco de zumo de naranja en la taza favorita de mi madre (la blanca y negra llena de notas musicales) para no mirarlo—. ¿Cuándo vuelves al trabajo?

—Bueno, después de lo que ha pasado… —De inmediato, mi cerebro comienza a desconectar. «Después de lo que ha pasado». Me dan ganas de quemar esas palabras hasta hacerlas desaparecer—. He pensado que me quedaré aquí.

—Espera, ¿qué quieres decir? —Me doy la vuelta. Uno de mis carboncillos está peligrosamente cerca de su taza, pero reprimo las ganas de acercarme a rescatarlo. Todo el mundo sabe que mi padre es un manazas; además, mi «afición» al dibujo no es que le importe mucho. (Como si fuera perjudicial para mi salud y debiera dejarlo, como si se tratara de cocaína en piedra)—. ¿No tenías una conferencia o un taller dentro de poco?

—No voy a ir.

—Pero tienes que ir, ¿no?

Sacude la cabeza.

—Trabajaré desde casa durante una temporada.

—¿Que harás qué?

—Leigh —dice mi padre. Traga saliva de forma audible—. Parece como si quisieras que me fuera.

Bueno, daba por hecho que se lanzaría a trabajar de inmediato. Esperaba que llamara a un taxi para ir al aeropuerto. Esperaba tener espacio para volver a respirar, para dibujar cosas en mi cuaderno sin que nadie me vigilase, para averiguar con exactitud qué significa llorar la pérdida de una madre.

—¿Es que quieres que me vaya? —continúa, y la fisura de su voz amenaza con abrir una grieta semejante a esa en mi pecho.

Recupero el ánimo y me siento cruel.

—Es que… antes dejabas de hacer muchas cosas por el trabajo. Estábamos acostumbradas. ¿Por qué ya no?

—Antes tu madre te cuidaba —responde, intentando ocultar el dolor de su voz.

—Voy a cumplir dieciséis años. Llevo mucho tiempo quedándome sola en casa.

—No tiene que ver con lo madura o independiente que seas, Leigh, sino con… Necesitamos pasar más tiempo de calidad juntos. Sobre todo, después de lo que ha pasado. Quiero que… hablemos más. —Sus ojos adquieren la pátina de la culpabilidad.

Trago saliva y respiro hondo.

—De acuerdo. Entonces tengo que contarte una cosa.

Mi padre levanta las cejas un par de milímetros, aunque también parece aliviado.

—Muy bien —dice con cautela—. Dispara.

9

Tardo un momento en sacar el paquete del escondite bajo el sofá.

—Sé que no te crees lo que te conté sóbre mamá —comienzo mientras coloco la caja en la encimera de la cocina y acerco un taburete para sentarme.

Mi padre cierra los ojos y se pellizca el caballete de la nariz con el índice y el pulgar.

—A veces los sueños son increíblemente reales. Pero no importa las ganas que tengas de que sean verdad, porque no son…

—¿Puedes mirar un momento? —le suelto—. El pájaro vino otra vez y me dejó esta caja.

Me mira con expresión de dolor.

—Leigh.

—¡Lo digo en serio!

—El paquete no tiene franqueo —dice despacio.

—Escucha un segundo. —Trato de contener la rabia—. Ya sé que esto suena absurdo.

Mi padre sacude la cabeza.

La gata maúlla junto a la puerta corredera de atrás y mi padre se acerca al cristal para dejarla salir. *Meimei* se escabulle por el hueco en perfecto silencio, como si no soportara seguir presenciando esta conversación.

La puerta se cierra con fuerza.

—¿Qué te parecería ir a ver de nuevo al doctor O'Brien…?

Aprieto y aflojo la mandíbula.

—Mira ya la caja, papá. Te lo ruego.

Suelta un sonido de frustración y arranca la tapa de cartón. Detiene las manos al ver el contenido. Cartas amarillentas en un fajo. Una pila de fotos gastadas, la mayoría en blanco y negro. Suelta el cordón de una bolsita de terciopelo; de ella cae una cadena, seguida de un trozo brillante de jade. Es un

objeto sólido y pesado, algo más pequeño que su pulgar. Una cigarra tallada con todo lujo de detalles.

Mi padre emite un grito ahogado. La reconoce, al igual que yo.

Es el colgante que mi madre llevó puesto todos los días de su vida.

—¿Cómo ha llegado esto aquí? —murmura mientras acaricia una de las alas—. Lo envié por correo.

—Me dijo que la caja era de parte de mis abuelos.

Mi padre frunce el ceño y me mira perplejo. Parece viejo y cansado. No en el cuerpo, sino en la cara. En los ojos.

Levanto una de las fotos en blanco y negro. Hay dos niñas pequeñas subidas a unas ornamentadas sillas de madera cuyos altos respaldos sobresalen por detrás. Las he visto antes en otra fotografía, una que Axel me ayudó a desenterrar del sótano. En esta foto, las niñas son algo más mayores. Una de ellas es más alta que la otra.

—¿Quiénes son? —pregunto, señalando a las niñas.

Se queda un rato largo mirando la foto.

—No estoy seguro.

—Vale. ¿Y qué dice la nota? —inquiero.

—¿Qué nota…? —comienza a decir, pero ya la tiene en las manos y la está leyendo mientras mueve los ojos a toda prisa.

He mirado esa página durante tanto tiempo que recuerdo el aspecto de su contenido entintado, los caracteres con trazos que caen en picado y vuelven a alzarse. Reconozco la escritura china cuando la veo. En el despacho de mi padre está por todas partes.

Cuando era pequeña, gateaba por la alfombra peluda de su despacho mientras él pintaba en papeles gigantes arrancados de un bloc y los pegaba a la pared. Yo trazaba formas en el aire con los dedos mientras él me enseñaba el orden de los trazos. Descomponía los caracteres y me enseñaba a identificar los radicales: «Este parece una oreja, ¿a que sí?» y «Mira cómo se parece este al carácter "persona" visto desde un ángulo distinto».

El mandarín era como un lenguaje secreto entre nosotros; lo mejor era cuando íbamos a las tiendas y los restaurantes, ya que podíamos hablar de la gente que nos rodeaba sin que se enteraran. «Mira qué sombrero tan gracioso lleva ese chico», le decía a mi padre con una risita.

Era algo en lo que a mi madre no le gustaba participar, aunque yo no podía evitar pensar que en realidad era el lenguaje secreto de ella, antes que nada. Le pertenecía de una manera que ni a mi padre ni a mí nos pertenecería jamás.

Y como tantas otras cosas, nuestro lenguaje secreto se esfumó. Llevo años sin hablar una sola palabra de mandarín.

Todavía conservo algunas nociones, claro. Me acuerdo de *ni hao*, que significa «hola», y de *xiexie*, que significa «gracias». A veces le preguntaba a mi

madre si creía que debía apuntarme a una escuela de chino los fines de semana, como un par de chicos que conocía. Ella siempre eludía la pregunta.

«A lo mejor el año que viene», me contestaba. O «Puedes recibir todas las clases que quieras en la universidad».

Todavía me acuerdo de cómo esquivaba la mirada al contestarme.

Si al menos pudiera leerlo… Leerlo de verdad. Todavía conozco algunos de los caracteres básicos, como los de *wo y ni*: «yo» y «tú».

Y *mama*. «Madre».

Pero no soy capaz de leer a quién va dirigida la carta. Ni siquiera logro adivinar quién la escribió, aunque tengo varias conjeturas.

—¿Es de mi… *waipo*?

Las sílabas de «abuela materna» se me atragantan. Suenan como «guapo». Recuerdo que mi padre me enseñó las palabras hace mucho tiempo, pero nunca imaginé que algún día podría usarlas en un contexto relevante para mí.

Resulta una ironía frustrante que, aunque es a mí a quien le corre sangre china y taiwanesa por las venas, sea mi padre irlandoamericano quien lea, escriba y hable en esa lengua.

¿Por qué fue mi madre tan testaruda? ¿Por qué rechazó el mandarín y nos habló solo en inglés? Esa pregunta me ha rondado centenares de veces, pero nunca con tanta intensidad como ahora, al mirar esas extrañas cartas. Siempre pensé que ella me daría la respuesta algún día.

Mi padre carraspea.

—En realidad la escribió tu *waigong*, pero es de parte de los dos.

Asiento.

—¿Y?

—Está dirigida a ti —añade con incredulidad.

El nerviosismo, el miedo, la esperanza y el terror se me mezclan en el estómago. Llevo años esperando la ocasión de conocerlos. ¿Habrá llegado?

Una fotografía se cae del montón. Está rígida y tiene los bordes tiesos, como si la hubieran conservado con cuidado.

En la foto, mi madre lleva unas gafas de pasta grandes, un vestido claro y luce media sonrisa. Parece lo bastante joven como para ser aún adolescente. Debieron hacerla antes de que se marchara de Taiwan para venir a estudiar a Estados Unidos.

¿Era feliz entonces? La pregunta me da vueltas y trae consigo un deje de tristeza azulada.

Se oye el sonido de una rápida inspiración. Cuando levanto la vista, los labios de mi padre forman una línea apretada. Parece estar conteniendo el aire.

—¿Papá?

—¿Humm? —De mala gana, aparta los ojos de la foto.

—¿Me vas a leer la carta?

Parpadea varias veces, carraspea. Comienza a leer, despacio al principio y

luego a buen ritmo, con su voz de profesor, alta y clara.

El mandarín suena muy musical, el modo en que el tono sube y baja, en que las palabras se encadenan formando pequeñas ondas. Entiendo frases sueltas, pero al unirlas apenas logro descifrar lo que dice la carta en líneas generales.

Mi padre acaba y, al ver mi expresión, explica:

—En resumen: tus abuelos quieren que vayas a visitarlos. Es decir, que vayas a Taipéi para conocerlos.

¿Es eso lo que quiere el pájaro? La voz de mi madre resuena de nuevo: «Llévala contigo. Cuando vayas».

Me vuelvo hacia él.

—¿Y tú?

Mi padre me mira confundido.

—¿Yo qué?

—¿A ti no quieren conocerte?

—Ya nos conocimos.

Sus palabras me golpean el pecho.

—¿Qué? Me dijiste que no los conocías.

—No —susurra—. Fue tu madre quien dijo eso. —Su expresión es indescifrable.

¿Cómo es posible que ignore tantas cosas sobre mi familia?

—¿Saben lo de mamá?

Mi padre asiente.

Oigo que el reloj marca cada segundo. Ojalá pudiera atrasarlo, retroceder en el tiempo y preguntarle a mi madre todo, hasta lo más ínfimo. Qué cruciales son ahora esos pequeños fragmentos y qué grande es su ausencia. Debería haberlos puesto a salvo, debería haberlos reunido como gotas de agua en el desierto. Siempre conté con tener un oasis.

Tal vez por eso vino el pájaro. Tal vez comprendió que hay demasiados asuntos sin respuesta. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Se me ocurre que Caro, que cree en los fantasmas, llamaría a esto una *aparición*.

«Llévala contigo. Cuando vayas». El pájaro pretendía que acudiera a algún sitio. Estoy casi segura de que solo puede tratarse del lugar donde están mis abuelos.

Quizás allí encuentre todas las respuestas.

Quiero que recordéis

—Entonces, ¿puedo ir a Taipéi?

Mi padre sacude la cabeza.

—Las cosas son más complicadas de lo que crees.

—Pues explícamelas.

—Ahora no es el momento. —Inclina la cabeza hacia abajo de un modo que indica: «Esta conversación ha terminado».

Después de eso, el pájaro no regresa.

10

Cuando cierro los ojos para intentar dormir, todo da vueltas y se tambalea. Por debajo de los párpados, veo que el pájaro se posa una y otra vez. Oigo la voz cálida de mi madre.

Entreabro los ojos sin mirar nada en particular mientras se me adapta la vista a la oscuridad. Pero, cuanto más miro, más parecen cambiar las cosas. Los bordes de la mesita se suavizan y redondean. El extremo del sofá se desinfla, a pesar de que no siento que mi cuerpo se mueva con él. La moqueta se convierte en un mar oscuro y revuelto que refleja los rayos de la luna enmarcados por la ventana. La entrada al salón se derrite, las paredes se licúan como en un cuadro surrealista.

—¿Papá? —lo llamo en voz baja.

La habitación se recompone. Espero por si me oye, pero no hay señal alguna de movimiento.

No tiene sentido tratar de dormir, tampoco lo necesito ahora mismo.

Me incorporo y me coloco el portátil sobre el regazo mientras la luz de la pantalla colma el salón con un brillo frío. Me tranquiliza verlo todo con más claridad, percibir los bordes afilados del banco del piano, la rectitud de las cortinas contra las ventanas.

Cuando tecleo la palabra «suicidio», se me resbalan las manos por el sudor y estoy casi convencida de que mi padre, desde la cama provisional de su despacho, me oye teclear cada una de las letras. Lo último que quiero es regresar a la consulta del doctor O'Brien para soportar su voz nasal y responder a sus preguntas sobre si utilizo o no «estrategias de afrontamiento», y eso es justo lo que sucederá si mi padre se percata de lo que estoy buscando en Internet.

Vuelvo a acomodarme en el sofá y meto los pies descalzos debajo de una pila de cojines antes de comenzar a avanzar por los resultados de la búsqueda.

Enlace por enlace, página por página. Las palabras llenan la pantalla, se arrastran por todas partes, enturbian mi visión como gotas de lluvia sobre el cristal y recuperan la nitidez para clavarse en mis ojos.

Las tripas se me revuelven como si estuviera en lo alto de una montaña rusa y comenzara el descenso. Pero no hay alivio, tan solo esa tensión que se enrosca cada vez más y me oprime las vísceras, me corta la respiración, amenaza con hacerme vomitar la última comida.

Lo que saco en claro es que mi agonizante madre tuvo pocas posibilidades de salir adelante. Alguien tendría que haberla encontrado antes de que perdiera demasiada sangre. Su estómago debería haber expulsado todo lo que se tragó.

No puedo dejar de pensar en el dolor físico de esa experiencia. Trato de imaginar un sufrimiento tan grande como para preferir la muerte. Así es como el doctor O'Brien lo explicó. Que mi madre sufría.

Sufría sufría sufría sufría sufría.

El mundo me da vueltas alrededor de la cabeza hasta que las sílabas pierden sus contornos y el significado se deforma. El mundo comienza a sonar como una hierba, como un nombre, tal vez como una piedra semipreciosa. Intento pensar en un color acorde con él, pero lo único que me viene a la mente es la negrura de la sangre seca.

Solo espero que, al convertirse en pájaro, mi madre se haya despojado de su sufrimiento.

Mi padre sigue sin creerme.

¿Cambiaría algo si me creyera?

¿Ser padre significa tener que creer a tu hija cuando nadie lo hace? ¿Significa creer a tu hija cuando es lo que más ha necesitado jamás de ti?

A medida que lo pienso, más segura estoy de que esa es la verdadera definición de «familia». Supongo que la mía está un poco rota. Siempre lo ha estado.

Una vez, en primero, el profesor nos mandó crear nuestro árbol genealógico. Recuerdo que recorté unas siluetas para mi madre y mi padre, para mi abuela y mi abuelo. Recuerdo que hice el tronco con la parte interior de una caja de cereales y las hojas, con cartulina de colores.

No me gustó nada cómo quedó. Mi árbol estaba desequilibrado. Mi madre no era huérfana y, sin embargo, lo parecía cuando el profesor grapó mi árbol en el tablón. La mayoría de los niños habían hecho árboles perfectamente simétricos.

Aquel día, después del colegio, llegué a casa y pregunté:

—¿Por qué nunca vemos a los abuelos?

—¿A qué te refieres? —dijo mi madre—. Vemos a la abuela todas las semanas.

—No, a tus padres —aclaré—. ¿Por qué nunca pasamos Acción de

Gracias con ellos?

—Viven demasiado lejos —contestó tajante.

No comprendí qué tenía de malo, pero supe que no debía preguntar sobre mis abuelos maternos.

En secundaria lo volví a intentar cuando mi profesor de sociales explicó el tema de las culturas de Oriente.

—El señor Steinberg me ha preguntado si en nuestra familia alguna vez se ha dado algún caso de vendaje de pies.

—¿Y por qué te pregunta eso? —respondió mi madre casi a la defensiva, y recuerdo que levantó la vista del cuchillo y de la tabla de cortar con una extraña expresión azul.

—Le conté que te criaste en Taiwán —expliqué.

Se quedó callada y miró de reojo.

—Creo que a mi abuela china, tu bisabuela, sí se los vendaron.

—¿Y a tu madre no?

—No.

Esperé un instante.

—¿Por qué nunca llamas a tus padres por teléfono ni les escribes cartas?

Mi madre me miró.

—No tenemos buena relación. Discutimos hace tiempo.

—Pero ¿no podéis arreglarlo?

Al intentar responder, parecía contrariada.

—Es difícil. A veces las cosas no son así de sencillas. Cuando seas mayor, lo entenderás.

Odiaba aquella respuesta.

11

Una semana después de enseñarle la caja a mi padre, casi a medianoche, sucede: todas las ventanas de casa se desatrancan y se deslizan hasta quedar completamente abiertas.

Estoy en el sofá cuando oigo el chirrido y el golpe de los marcos de las ventanas y, un segundo después, el ruido de algo que, con suavidad, sisea contra las mosquiteras. Objetos que suenan como si estuvieran enfadados y quisieran entrar.

¿Personas? ¿Ladrones?

La cortina del salón se agita formando grandes olas hacia mí. El susurro del viento se cuela por los bordes.

¿Mi madre?

El miedo se apodera de mí y se filtra en mi cuerpo como el agua fría a través de la tela. Estoy helada, pegada al sofá. En mi cerebro, un atisbo de lógica lucha contra la inmovilidad y me recuerda que quedarme sentada con la espalda rígida contra el respaldo no sirve de nada.

—¿Mamá? —Mi voz es áspera y temblorosa.

Es como si esa simple palabra lo detuviera todo. El siseo ha desaparecido. El viento cesa. La única respuesta es el silencio.

Me doy una vuelta por la casa y reviso la cocina. Nada.

Luego oigo un ruido distante y un nuevo siseo a lo lejos. Sea lo que sea, se ha trasladado a la segunda planta, donde el sonido es mucho mayor. Arriba, el viento produce un silbido agudo y cortante.

Mi padre suelta una palabrota desde el despacho. Oigo sus fuertes pisadas y los crujidos del suelo mientras va de un lado a otro. Más palabrotas.

—¿Qué pasa? —grito desde abajo.

Él me responde:

—¡Todo controlado! —Lo cual no suena del todo cierto.

No quiero subir, pero parece como si necesitara ayuda.

Con cada paso, el miedo se aferra a mis piernas y trata de anclarme al suelo mientras los pies se me vuelven lentos y pesados.

Al margen del episodio de la pintura blanca, he intentado por todos los medios no ir arriba. Cada vez que subo los escalones, no puedo evitar pensar que me dirijo hacia el lugar donde estaba el cadáver.

El cadáver.

La mancha.

Estoy a mitad de camino cuando se oye un segundo golpe, esta vez tan fuerte que me encojo y me llevo las manos a los oídos.

Aprieto con fuerza los ojos y me siento en el suelo.

El cadáver el cadáver el cadáver. La mancha la mancha la mancha.

—¿Leigh? —Es mi padre, que está de pie en lo alto de la escalera, apoyado contra la barandilla como si lo hubieran derrotado.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Sacude la cabeza.

Es entonces cuando una última ráfaga de viento atraviesa la casa y, al cruzar las ventanas abiertas, provoca un estallido general en la planta de arriba, un tornado en miniatura. Aparecen unos fragmentos rojos arrastrados por la corriente. Mi padre intenta enfrentarse al tornado sin dejar de agitar los brazos.

El viento se detiene de un modo abrupto; todo se calma. Una mosquitera rota rueda por el pasillo y baja varios de los escalones hasta detenerse. Algunos de los pedacitos rojos se han adherido a mi padre; intenta quitárselos de encima con un gesto frío y airado.

—¿Qué son? —pregunto mientas trato de aguzar la vista, pero, en cuanto hago la pregunta, ya sé la respuesta. Ni siquiera necesito que él la formule.

—Plumas —contesta—. Son unas malditas plumas.

Pasan los días y no hablamos del tema. No mencionamos ni al pájaro ni las plumas. El hace como si ese viento extraño nunca hubiera existido, pero se muestra más callado de lo normal: el suceso le ha asustado más que a mí. La semana transcurre envuelta en un silencio frío e incierto de color violeta de carbazol.

Más tarde, reserva dos billetes de avión.

12

Taipéi está a quince horas y media. Es un vuelo directo. No recuerdo haber permanecido sentada durante tanto tiempo en mi vida. Una parte de mí se pregunta si tiene sentido surcar el cielo para acudir junto a unos desconocidos. Aunque no merece la pena pensarlo. Este viaje es demasiado bueno para ser verdad; me da miedo que en cualquier momento mi padre se levante y haga algo para obligar al piloto a dar la vuelta.

Ha tardado alrededor de una semana en arreglar todas las cosas de trabajo y solo hemos tenido una tarde para hacer las maletas. Yo estaba dispuesta a volar sola, pero él se ha negado. Qué más da. Lo único que me importa es que estamos haciendo lo que mi madre quiere. O, al menos, lo que creo que quiere.

De camino hacia el aeropuerto, mi padre intentó informarme de todos los «datos curiosos» de Taiwán. De repente estaba entregado al viaje, como si hubiera sido idea suya o algo así.

—Te va a encantar, Leigh. Taipéi es una ciudad muy cuidada. Hay una tienda veinticuatro horas en cada esquina, la gente las llama «Seven». Y luego, los camiones de la basura llevan música, es muy peculiar. Tenemos que ir a Taipei 101, uno de los rascacielos más altos del mundo. Ah, y estaremos allí para el Festival de los Fantasmas, si nos apetece hacer una excursión a Keelung, que, por cierto, se deletrea K-E-E-L-U-N-G.

—Muy cuidada —dije, repitiendo sus palabras. La voz me salió más aduladora de lo que pretendía. Después de eso, dejó de hablar.

Justo antes de despegar, revisé mi bandeja de entrada. Por encima de todos los mensajes de pésame pendientes de leer, había un nuevo correo:

DE: axeldereckmoreno@gmail.com
PARA: leighinsandalwoodred@gmail.com

ASUNTO: (Sin asunto)

No lo abrí, ni siquiera miré la vista previa. Por una parte, deseo con todas mis fuerzas que no sea más que una de sus notas habituales. Lo abriré y habrá un chiste malo, un dibujo creado con una nueva aplicación o una foto boba de él con su hermana.

Si no lo abro, puedo fingir que nuestra amistad sigue igual que antes.

Si no lo abro, las cosas no habrán cambiado.

A mi lado, mi padre duerme con la última película de superhéroes que ponen en la pequeña pantalla de delante. Tiene los ojos cerrados, la cara hacia abajo, los auriculares baratos de la compañía aérea colgando. En su estado inconsciente, su codo sobrepasa el reposabrazos hasta mi sitio. No me abraza desde que mi madre se convirtió en pájaro. Como si ofrecer un abrazo fuera abandonarse a la tristeza. Como si yo fuera una concha frágil y él temiera romperme.

Y yo creía que ya no deseaba más abrazos, pero ese codo accidental… Percibo su calidez, su compañía.

Mis dedos son de hielo. Me los llevo al cuello, suave y calentito. Todo está frío. Me imagino un diagrama, colgado en la consulta de un médico, que ilustra1 una congelación de color azul eléctrico que comienza en la punta de las extremidades y avanza hacia el centro del cuerpo.

Quizá morirse sea algo así. ¿Sentiría mi madre este frío al final? Quizá cada vez que mis dedos comienzan a entumecerse sea el tímido principio de la muerte. Quizá lo que sucede es que mi cuerpo es lo bastante fuerte y está lo bastante vivo como para eludirla.

O quizás ese frío sea el principio de la conversión de una persona en pájaro.

13

En Taipéi el cielo es tan púrpura que cuesta saber de dónde viene el sol o hacia dónde va. Mi padre dice que está anocheciendo.

La cara se me derrite; el sudor me gotea por todas partes. En una callejuela tranquila entre edificios residenciales, mi padre busca en su teléfono móvil el número exacto del apartamento. La farola estira su cuello largo y emite una fuerte luz fluorescente. Las puertas del edificio son hojas metálicas arañadas. A los lados, las ventanas están enjauladas con barrotes. Es muy distinto a nuestro barrio. Aquí no hay puertas pintadas con colores vivos ni ventanas con postigos decorativos. No hay jardines ni caminos de acceso ni porches delanteros.

Encima de algunas de las puertas hay unas banderolas rojas con unos caracteres chinos en papel dorado que forman palabras del tamaño de mi mano. Y fuera, en la misma callejuela, una hilera de motocicletas y bicis, ropa colgada en tendederos de bambú y un palanquín polvoriento. Desde el otro lado de la esquina viene a nuestro encuentro un olor, una combinación de humo de incienso y aceite con ajo.

Los pocos viandantes que pasan se vuelven para mirarnos. Ahora mi padre se hurga en los bolsillos con frustración haciendo mucho ruido.

—Saben que estamos aquí, ¿verdad?

De pronto, pongo en duda la decisión de haber venido a Taiwán. Pienso en cómo se le ensombrecía el rostro a mi madre cada vez que yo mencionaba a mis abuelos. ¿Hay alguna razón para que fuera una mala idea venir?

El aire está tan cargado que estoy convencida de que la ciudad está cubierta por un toldo gigante que retiene la humedad de nuestra respiración colectiva. Pasa una brisa que no proporciona alivio alguno, tan solo peina el vello de mis brazos en dirección contraria. Me froto los codos con nerviosismo. Bajo la luz de la farola, veo que a mi padre le tiemblan las manos.

—¿Papá? ¿Estás bien?

—Espera un segundo —dice con tirantez. Se coloca la mochila delante y palpa su interior.

Miro hacia la calle vacía y oigo el traqueteo de mi padre. Se le caen al suelo unos papeles acompañados de un chasquido y un grito ahogado, y todo se desparrama. En cuanto me agacho para ayudar a recogerlos, la puerta de al lado se abre con un chirrido y una luz baña el exterior.

Una mujercilla encorvada aparece en el umbral y nos mira con atención.

—*Baineng* —dice.

Tardo un instante en darme cuenta de que la mujer trata de decir el nombre de mi padre. Me levanto a toda prisa, aunque él tarda un poco más.

La mujer vacila y luego añade:

—Leigh.

Trago aire y dejo que esa sílaba me haga un nudo en la garganta. La voz es la de mi madre y, al mismo tiempo, no lo es.

—*Name wan cai dao. Chiguole mei?* —Está claro que no habla nuestra lengua—. ¡Leigh! —repite, y da un paso al frente.

Bueno, ¿y que esperaba? ¿Que después de todos estos años mis abuelos hubieran comprado una copia del programa *Rosetta Stoned*? ¿Acaso no estaban en chino sus cartas? En el fondo de mi cabeza, me había imaginado que las habilidades lingüísticas de mi madre habían pasado a ellos en una especie de herencia inversa.

Mi padre se vuelve hacia mí, expectante, como diciendo: «¿Es que no recuerdas los modales que te enseñé?».

—*Ni bao*. —Sé que mi entonación no es correcta mientas deslizo las palabras arriba y abajo. Hace mucho tiempo que no pronuncio esas sílabas en voz alta.

—*Waipo bao* —corrige mi padre.

Waipo. Vale. «Abuela». Ya lo suponía, pero aún no estoy preparada para esto. Hay demasiados latidos extra empleados en buscar rasgos de mi madre en esa cara arrugada.

—*Waipo bao* —digo por fin. Mi voz nunca ha sonado tan rosa.

Repite mi nombre y una ristra de palabras que no logro procesar. Y después, como en un milagro, algo que comprendo: «muy guapa». Me sonríe. Con suavidad, me pasa los dedos por un mechón de pelo hasta el hombro.

Guapa. *Piaoliang*. ¿Con estas caderas anchas y los muslos como troncos? ¿Con esta cara, mucho más redonda que la de mi madre? ¿Con esta forma corporal, no tan delicada como me gustaría, y este pelo castaño en vez de negro?

Waipo nos hace pasar y la puerta se cierra con un chirrido. Mi padre y yo arrastramos las maletas hasta el pequeño ascensor. En la segunda planta, mi abuela se detiene y nos hace un gesto para que nos quitemos los zapatos. Nos

ofrece unas sandalias de goma para llevar dentro.

Doblamos la esquina y llegamos al pequeño salón. El hombre que debe de ser mi abuelo está en el sofá con un bastón de madera al lado. Cruza la sala arrastrando los pies, enfundados en unas zapatillas azules descoloridas.

—*Waigong hao*. —Se me quiebra la voz.

Asiente durante un momento demasiado largo, luego inclina la cabeza para toser y se tapa con el brazo. Al enderezarse, está sonriendo.

Ojalá recordara como se dice «encantada de conocerte».

Me esfuerzo por hacer memoria, pero en lo único que soy capaz de pensar es en Axel durante el funeral, cuando me preguntó: «¿De qué color?», y mi respuesta fue: «Blanco».

Blanco. Como una página en blanco. Blanco, como mis dientes. Trato de devolverle la sonrisa.

14

Doy sorbitos a mi taza de té, agradecida por tener las manos y la boca ocupadas con algo. El sabor del *oolong* está coloreado por el olor del humo acre que forma volutas desde el altar.

No hace ni una hora que estuvimos delante de las estatuas de los *bodisatva* encendiendo varas de incienso, delgadas como espaguetis, y clavándolas en un cuenco de arroz y ceniza. Mi padre cerró los ojos y yo intenté imitarle, pero no estaba segura de si debíamos rezar, permanecer en silencio durante un rato o prestar atención a algún sonido lejano.

En mi cabeza, las palabras que daban vueltas eran las tachadas al final de aquella nota:

Quiero que recordéis

El pájaro quería que viniera, y aquí estoy. Inhalé el olor salado del humo e intenté rezar. «Por favor, dime qué he de hacer aquí. Por favor, dime qué tengo que recordar».

No llegó ninguna respuesta. Bueno, ¿y qué esperaba?

Ahora estamos todos sentados en el salón. Mi padre y yo en unos sillones con brocados; Waipo y Waigong en un sofá hecho con madera y cojines. Bajo las brillantes luces halógenas, estudio sus rostros. Los labios finos de mi abuela se estrechan en una sonrisa perpetua, sus mejillas tienen algunas manchas, la nariz es pequeña y plana. Lleva unos sencillos aros de oro en las orejas y el pelo blanco recogido en un moño flojo. Mi abuelo asiente mientras hablamos; tiene el pelo gris cortado a lo militar, los dientes algo torcidos, la piel moteada

con pequeñas constelaciones marrones.

Busco la cara de mi madre en ellos. ¿Cómo serían la última vez que ella los vio? ¿Qué causó semejante abismo entre ellos?

Mi padre y Waipo dirigen casi toda la conversación. Yo pillo algunas palabras sueltas. «Avión». «América». «Comer». «Clima».

Es muy extraño. Estar aquí hablando de este modo, mantener una conversación cortés delante del té, cuando lo que nos ha reunido ha sido una tragedia.

Mi padre me transmite algunas cosas en nuestro idioma como si se tratara del juego del teléfono: esta es su casa nueva, se mudaron aquí hace dos años. Waigong sufrió un derrame y desde entonces no ha dicho una sola palabra. Estas dos últimas semanas ha hecho un tiempo aceptable, menos calor del habitual, gracias a un tifón que ha traído un poco de lluvia. Esta temporada las anonas y las frutas del dragón han sido particularmente buenas; las guayabas que Waipo añade a los batidos, también.

¿A quién demonios le importan las guayabas cuando mi madre es un pájaro? Sacudo la rodilla con fuerza y a toda prisa.

Mi padre inclina su maleta hacia él y, al abrir la cremallera, el interior brilla como las entrañas de un cofre del tesoro. Saca unos paquetes de dulces: Kisses de Hershey's. Bombones de Godiva. Caramelos Tootsie Roll.

A Waipo se le iluminan los ojos, pero luego sacude la cabeza.

—¿Qué tiene de malo? —pregunto.

—Dice que es demasiado —me explica mi padre—. Pero yo quería traerle todos los que le gustan.

Las palabras se me clavan con un marrón óxido, la injusticia me desgarra por dentro. ¿Por qué sabe lo que le gusta a mi abuela y yo no?

Por fin nos quedamos sin nada que decir y un silencio paralizante llena el ambiente. Nadie se mueve, salvo Waigong, que chupa un Tootsie Roll y asiente ligeramente para sí mismo.

A cada segundo que pasa, el cuerpo se me tensa un poco más. Estoy nerviosa, a punto de estallar.

Waipo agarra el mando de la tele y yo, presa del pánico, suelto una palabra en mi lengua:

—¡Espera! —Las palabras suben en espiral por mi memoria—. *Dengyixia*.

Porque ¿cómo podemos estar aquí los cuatro juntos y ponernos a ver la tele, fingir que es una noche normal y corriente en familia? Se supone que esto no va así.

Todos me miran con expectación. Levanto un dedo, sin saber muy bien si es un gesto universal, y salgo corriendo hacia la habitación de invitados. La caja está en mi bolsa de viaje, envuelta con esmero en unos vaqueros. Le quito la tapa.

Dudo durante un segundo. ¿Es esto lo que mi madre quiere que haga? ¿Y

cómo lo voy a saber? No puedo permitirme perder el tiempo. Si está aquí, tengo que encontrarla.

—Leigh —dice mi padre con tono de advertencia cuando regreso al salón con la caja.

Lo ignoro y me arrodillo en el suelo, entre el sofá y los sillones, para sacar el contenido. Waipo dice algo; la entonación de sus palabras lanza un signo de interrogación al aire. Mi padre no contesta. Cuando cruzo la mirada con él, percibo su ceño fruncido, la tensión en las comisuras de los labios. No quiere que lo haga.

Bueno, pues me da igual. No he venido hasta aquí para guardar secretos.

Me vuelvo hacia mis abuelos y señalo hacia el despliegue de objetos. Las cartas, que forman una pila en equilibrio. Las fotografías dispersas. El colgante de la cigarra fuera de la bolsita.

Waigong ha dejado de asentir con la cabeza.

Mi abuela se arrodilla junto a mí, toca la cadena de plata y roza los contornos de la cigarra.

—*Baineng* —dice, y de su boca brota una rápida ristra de palabras cuyas sílabas son seda y nudos, picos y valles.

Mi padre responde despacio sin levantar la mirada de los pies. Lo que está diciendo, sea lo que sea, hace que mi abuela sacuda la cabeza mientras le tiembla el cuerpo como una cuerda tensa.

—¿Qué pasa? —Cruzo los brazos—. Cuéntamelo.

Por fin mi padre alza la vista.

—¿De dónde dices que sacaste la caja?

La rabia se enciende en mi interior como una cerilla. El fuego se prende en mis costillas a toda prisa.

—Ya te lo dije. Mamá vino con forma de pájaro…

—Ya está bien, Leigh. Esto está llegando demasiado lejos. —Su voz es como una espiral caliente.

Me levanto.

—No estoy mintiendo. Jamás mentiría sobre mamá.

Mi abuela comienza a mecerse adelante y atrás.

—Cuéntame lo que ha dicho —le pido.

Mi padre inspira hondo y aprieta los ojos con fuerza.

—Que no deberías haber recibido esa caja.

Pongo cara de exasperación.

—¿Y qué mierda se supone que significa eso?

La grosería se me escapa sin querer. Al oírla, él tensa la cara, pero es obvio que hay otras cosas más importantes ahora mismo, porque la pasa por alto.

—Ellos no te la mandaron. No lleva franqueo.

—Ya te lo dije —contesto, intentando dominar mi voz—. No llegó por correo postal.

—No. Escucha. Tus abuelos hicieron el paquete y pensaron en enviártelo. Pero cambiaron de opinión. En vez de eso, lo quemaron. Las fotos y las cartas. Y también el colgante, que se lo mandé yo. Lo quemaron todo.

Waipo murmura algo mientras sacude la cabeza.

—Lo quemaron para que tu madre se lo llevara en su siguiente viaje —traduce mi padre, y su voz se va atenuando.

—Pero mamá… El pájaro… —Siento que todo se desnivela y se sacude. Soy el culmen tambaleante de este torbellino, como un chorro de pintura color asfalto que mancha el blanco de zinc—. Tienes que contarles lo del pájaro.

Mi padre se levanta del sillón de golpe.

—Se acabó la conversación.

Incrédula, oigo el sonido de sus pisadas por el pasillo y cómo cierra la puerta de la habitación de invitados con un chasquido.

Waigong cierra los ojos, agarra el bastón y suelta un sonido prolongado, a medio camino entre un zumbido y un resoplido, tan lento que apenas resulta audible.

Me vuelvo hacia mi abuela.

—*Mama shi* —empiezo, pero tardo un momento en recordar cómo se decía «pájaro»—: *Niao*.

¿Será el tono adecuado?

Mi abuela me mira perpleja.

Cojo un bolígrafo y un cuaderno de la mesa que hay junto al sofá y me pregunto cómo demonios expresar esto.

El silencio regresa, más pesado que nunca. Nadie intenta romperlo.

Empiezo por un rápido esbozo de la cara de mi madre. Es la primera vez que la dibujo desde que se convirtió en pájaro, y al principio voy despacio. Pero mis dedos la recuerdan, los músculos saben cómo dibujar los ojos oscuros, el lunar del pómulo derecho, el arco de las cejas. Su rostro de materializa a partir de la tinta.

Waipo se inclina hacia delante; le doy la vuelta al cuaderno para que lo vea. Mi abuela examina el dibujo. Entorna los ojos y parpadea, y el entendimiento aparece en sus ojos. Señalo una fotografía de la caja y de nuevo el dibujo, solo para confirmar.

—*Mama* —repito.

Mi abuela asiente. Después, dibujo una flecha. Donde acaba la punta, empiezo a bosquejar el pájaro.

Waipo se queda mirando un buen rato mientras el bolígrafo se mueve. La tinta no fluye con suavidad y no consigo trazar bien las alas, pero no importa. Es el pájaro. Levanto la vista, triunfante.

Mi abuela hace un gesto como para pedir disculpas. Sacude la cabeza y murmura algo en mandarín.

Habrá que plantearlo de otro modo. En otra hoja, trazo el cuerpo gordo y

peludo de una oruga. Una nueva flecha apunta desde ella hacia el otro lado, donde dibujo una mariposa. Antes incluso de acabar, Waipo ya está asintiendo. Lo comprende. Sigue con el dedo la flecha que va de una imagen a otra.

Arranco la hoja de mi madre y el pájaro, y la coloco junto a la de la oruga y la mariposa.

Por un momento solo se oye el tictac del pequeño despertador que hay en la estantería. Y entonces Waipo, al entenderlo todo, suelta un grito ahogado. Da un golpecito en el brazo a Waigong, que abre los ojos y mira las hojas.

—Mi madre se ha convertido en un pájaro —anuncio en mi lengua.

Waipo asiente.

15

Me despierto de golpe con unas voces fuertes. Desorientada, me incorporo despacio. Los ojos me escuecen por la sequedad y los músculos me duelen. Es la primera vez que consigo dormir desde que el pájaro trajo la caja. Es horrible intentar salir de este agotamiento que me invade.

Tengo el puño cerrado y, al aflojar la mano, veo que estoy apretando el colgante de la cigarra. Se me han quedado las marcas en la palma. No recuerdo haberlo cogido cuando me acosté. La cadena se me queda pegada; suelto el colgante sobre la almohada.

Al descorrer la cortina, el mundo exterior aparece tranquilo y oscuro. Aún no ha amanecido.

Las voces se elevan decibelio a decibelio. Waipo parece hostil y a la defensiva. Mi padre, con una extraña voz nasal, habla más alto de lo habitual. La voz de ella es siena tostado; la de él, azul real. Las palabras se chocan entre ellas tan rápido que me cuesta captar una sola frase.

Solo hay una habitación de invitados. Anoche, cuando entré, mi padre ya se había acostado en el suelo —es probable que se hiciera el dormido encima de las mantas— y me había dejado la cama. En realizad, creía que no sería capaz de dormirme después de la conmoción causada por la caja supuestamente destruida.

¿Cuánto lleva levantado mi padre? ¿Qué hora es? Una confusión púrpura me ciega la mente.

Cuando llego al final del pasillo, mi padre me está dando la espalda, pero por la inclinación de sus hombros y el modo en que apoya la cabeza en el puño sé que está llorando. Es la primera vez que lo veo llorar desde el funeral.

Mi abuelo, Waigong, está de pie en el otro extremo de la habitación —que bien podría ser el otro lado del océano Pacífico— y se agarra al respaldo del sofá. Tiene una expresión terrible. Waipo está en la puerta que separa la

cocina del salón y sacude la cabeza mirando el suelo.

Pasa un rato sin que nadie me vea, en silencio. Después, todos se dan cuenta a la vez de mi presencia, anunciada a través de una frecuencia invisible para mí. Waipo levanta la vista de golpe. Mi padre se da la vuelta.

—Perdona, Leigh —espeta al mismo tiempo que Waipo murmura una sucesión de sílabas.

Mi padre se dirige hacia la habitación de invitados y pasa por mi lado tan rápido que agita el aire.

Waipo se escabulle en la cocina y reaparece al cabo de un instante con unos recipientes de plástico en las manos. Pronuncia unas palabras que suenan a música y a nada.

—¿Perdona por qué? —Me giro para que mi voz atraviese el pasillo hasta mi padre.

—Te está preguntando qué quieres comer. —Mi padre traduce volteando la cabeza.

Doy un paso hacia él.

—Papá, ¿qué estás haciendo? ¿Qué pasa?

Waipo me agarra del codo con suavidad y me conduce a la cocina. Saca de la nevera una bolsa tras otra y apila un recipiente encima de otro para mostrarme una infinita variedad de comidas. Verduras y empanadillas sin cocer, gachas, tofu y encurtidos.

—*Yao buyao?*

—*Yao* —respondo. «Sí, quiero». Qué alivio entender esto, por lo menos.

A mi abuela se le iluminan los ojos al notar mi esfuerzo por hablar su idioma. Agarra una sartén mientras yo regreso al pasillo justo en el momento en que mi padre está sacando su mochila y su maleta de la habitación.

—¡Papá!

Me mira con cara de culpabilidad.

—Lo siento, Leigh. No puedo con esto.

—¿Cómo? —Miro a Waigong, que ahora está sentado en el sofá. Tiene los ojos cerrados y los hombros rígidos.

—Tu madre… —A mi padre se le quiebra la voz—. No le habría gustado que discutiéramos.

Levanto la barbilla.

—Yo no estoy discutiendo con nadie.

—No le habría gustado que hubiera tanta… ira. Y tanto resentimiento. Hacia ella. Hacia el pasado. Esto es lo que ella quería evitar. Y aquí estoy, rompiendo las promesas que le hice cuando nos casamos.

—Os casasteis hace casi veinte años. Las cosas cambian.

Me lanza una mirada cansada.

—Yo también pensaba eso, pero hay cosas que no cambian.

Cruzo los brazos.

—Acabamos de llegar. No puedes obligarme a que me vaya.

—No lo hago —se apresura a decir—. No te estoy obligando a nada, ¿de acuerdo? Tú puedes quedarte. Yo me marcho a Hong Kong unos días…

La incredulidad me sacude como un terremoto.

—¿Estás de broma? ¿Me vas a… dejar? ¿Aquí?

—Te quedas en buenas manos —añade mientras se frota las sienes.

Tiene unas bolsas oscuras bajo los ojos y el pelo salpicado de gris.

—Estás con tu familia. Vendré a recogerte cuando estés lista para volver a casa. Mientras tanto, conseguiré una tarjeta de teléfono. Y he visto que hay un cibercafé a la vuelta de la esquina, así podrás…

—¡Pero si ni siquiera hablamos el mismo idioma! ¿Cómo me voy a comunicar con ellos?

—Practica chino —responde con voz pausada—. ¿No es lo que siempre quisiste?

Suena a chiste. Como si me tomara el pelo. ¿Cuál es mi nivel de chino? Casi nulo.

Alguien debería prohibir que los padres puedan restregarte cosas que dijiste en el pasado.

Lo miro mientras empuja la maleta hacia la entrada, se quita las zapatillas y se pone los zapatos sin desatar los cordones. Antes de que cierre la puerta, dice con una voz de perdón fucsia:

—Te quiero, Leigh.

Estoy demasiado cabreada para responder.

Y nadie dice adiós.

16

Con cuentagotas, regresan más frases en chino que aprendí hace años:

Shengqi: tener hambre

Weisheme?: ¿Por qué?

Hao buhao?: ¿Está bien?

Buhao. No está bien. De hecho, está muy mal.

No me creo que hace menos de una hora haya presenciado cómo se iba mi padre. Por una parte, su marcha me provoca alivio; por otra, me siento enfadada. ¿Cómo voy a conseguir las respuestas que busco sin él? ¿Cómo encontraré al pájaro? La rabia carmín de alizarina se dispara desde mi interior y un grito contenido se apodera de mi garganta.

Me siento en la cama del cuarto de invitados mientras sostengo entre las manos el colgante. Su fría cadena de plata. El colgante de piedra es tan real como cualquier otra cosa. ¿Cómo ha llegado a mis manos? ¿Cómo sobrevivió, cómo sobrevivieron todas esas cartas, todas esas fotos?

Las cosas se destruyen al quemarlas. Pero nada de esto está destruido.

Mi ira sisea y chisporrotea como una cerilla encendida al rozar el agua, y de pronto me siento exhausta.

La luz de la mañana se filtra por los bordes polvorientos de la cortina. Retiro la tela para contemplar la ciudad.

Mi mirada se encuentra con dos ojos, brillantes y redondos, del color de las llamas, aunque negros en el centro. Están justo detrás de los barrotes, por fuera de la ventana, y me miran con profundidad. Un pico largo, oscuro como el carbón, afilado. Unas plumas de color rojo intenso que se arremolinan formando una cresta sobre la cabeza.

El aire se me clava en la garganta, el estómago se me encoge. Una mezcla de pánico y alivio me da vueltas en la cabeza, un batiburrillo de naranjas y amarillos.

—¿Mamá? —Estiro el brazo para tocarla y mis dedos se chocan contra el cristal. El pájaro, sobresaltado, aparta la cabeza. Dobla el pico hacia las nubes y lo abre en toda su extensión. Su chillido rasga el cielo y vibra contra la ventana.

Levanta el vuelo para marcharse y una de sus garras, al soltarse del metal, rasga la mosquitera que hay detrás del cristal.

La puerta del dormitorio se abre de golpe y aparece Waipo con pinta de buscar algo con urgencia.

—*Mama*. —Es todo lo que digo antes de salir corriendo por su lado hacia el pasillo y luchar por ponerme unos zapatos, los que sean. Dejo la puerta de entrada abierta, hago caso omiso del ascensor y bajo por la escalera chancleteando con unas sandalias que me quedan demasiado grandes.

—¡Leigh! —Waipo me llama desde arriba, pero ya he llegado a la planta baja y me dispongo a salir hacia la luz matinal.

¿Dónde está?

Trato de respirar más despacio, de tomar suficiente aire como para poder pensar. Al final de la callejuela, giro a la derecha y dejo atrás el edificio que mis abuelos llaman hogar.

¿Por qué está tan oscuro ahora?

Mis ojos buscan la ventana con la mosquitera desgarrada.

El cielo se abre y una lluvia cálida comienza a caer con fuerza. En cuestión de segundos, el agua se apodera de cada centímetro de mi cuerpo.

No hay rastro del pájaro por ningún sitio. Miro hacia arriba y lo único que veo es gris ancho y plano.

—¡Leigh!

Waipo jadea mientras me coloca un poncho de plástico por encima con una sola mano. Con la otra sujeta un paraguas, un objeto rosa pastel con una varilla rota, y murmura algo sobre la lluvia. Apenas oigo sus palabras con el ruido de la tormenta.

De vuelta al piso, me trae ropa limpia. Me seca el pelo con una toalla y luego con el secador, que emite un aire caliente y acelerado. Qué extraño resulta sentir sus dedos sobre la cabeza, tan suaves y seguros. Con los ojos cerrados, parecen las manos de mi madre.

Lo primero que percibo al entreabrir los ojos es el ventilador que zumba sobre la silla mientras giran las aspas. El sonido me hace pensar en los bichos veraniegos que pululan sobre la hierba, en sentarme en el campo a dibujar árboles con un carboncillo, en Axel poniendo caras mientras comprueba si un

puntito que tiene en la pierna es una garrapata, en el cielo azul aplanado como una lámina.

Un impulso extraño e inexplicable me hace salir de la cama y dirigirme a la cómoda. Tiro del primer cajón de la izquierda y me lo encuentro casi vacío. Solo contiene dos cosas. Una pluma de color rojo Winsor. Y una caja fina y rectangular que nunca había visto.

Lo primero que cojo es la pluma. La noto algo grasienta al tacto y con un fuerte olor a almizcle. Se parece mucho a la otra que tengo del pájaro. ¿La habrán dejado a modo de mensaje? ¿Cómo es posible que no supiera iba a encontrarla y, sin embargo, supe de manera precisa dónde buscar?

La caja tiene la forma y el tamaño adecuados para contener un abrecartas —o tal vez una pluma— y está fabricada con un tipo de cartón rígido tan viejo y gastado que está reblandecido. Los dedos se me quedan grises; está cubierta de una densa capa de polvo. Es de color naranja caléndula con unos caracteres chinos rojos dispuestos en vertical:

最難風雨故人来

El único carácter que reconozco es el que está formado por solo dos trazos. *Ren*. Significa «personas».

La tapa sale con bastante facilidad, como la de una caja de zapatos, soltando un leve sonido, una especie de siseo, como para advertir de su contenido: unos palos largos que huelen a humo y los restos de unas cerillas usadas. El aroma de una amalgama de colores se arremolina en la oscuridad.

Incienso. Más o menos del mismo tamaño y forma que las varas que ardían en el altar de mis abuelos, solo que estas son completamente negras. Levanto una con cuidado, dominada por el deseo irrefrenable de encenderla. Al agarrarla con el índice y el pulgar, noto un calor extraño, como si hubiera estado al sol.

Y, después, un susurro. La más minúscula y profunda de las voces. Proviene del incienso.

Me acerco la varilla al oído…

Un golpe en la puerta me sobresalta.

—¡Un momento…! *Deng yixia*! —grito mientras me apresuro a devolver la caja y la pluma al cajón. Me dejo caer sobre la cama justo cuando la puerta se abre.

Waipo me mira a través de la rendija con indecisión.

—Hola —digo con el latido del corazón en los oídos. No sé por qué he sentido que tenía que esconder algo ni por qué estoy así de nerviosa ahora.

Mi abuela me hace una señal con la mano para que me acerque.

—*Lai chi zaocan*.

Zaocan. «Desayuno». De acuerdo. Siento una punzada de culpa; ¿me habrán esperado todo este tiempo para desayunar?

Desvía la mirada hacia algo que hay junto a la cama. Se dirige en línea recta hasta la mesilla, recoge el colgante de mi madre y lo levanta hacia un rayo de sol que asoma por detrás de la cortina. El jade refleja la luz. Mi abuela me señala y sonríe mientras dice algo más.

Lo único que comprendo es *ni*. «Tú». Antes de intentar adivinarlo, ya se ha inclinado sobre mí y me aparta el pelo hacia un lado para colocarme la cadena alrededor del cuello.

El peso de la cigarra me cae sobre el pecho. Waipo me agarra de la mano y tira de mí para que me ponga de pie.

En la mesa del comedor hay muchísima comida. Reconozco los *youtiao* grasientos, una especie de churros que eran la comida favorita de mi madre; lo recuerdo con una punzada de dolor. Y los *shaobing* rectangulares de pan ácimo. Además, hay un montón de cosas que no he visto nunca. Unos pastelillos cuadrados al vapor bañados con una salsa oscura. Un cuenco con algún tipo de verdura clara y esponjosa. Rebanadas de un rollito con una cobertura brillante y blanca. Una extraña sopa marrón.

Se me encoge la garganta. Antes no solíamos desayunar al estilo taiwanés más que un par de veces al año, cuando a mi madre le apetecía conducir hasta la tienda de alimentación asiática. Era tan poco frecuente que esas ocasiones se convertían en algo especial. Axel y yo —y mi padre si estaba por ahí— nos atiborrábamos tanto que luego no almorzábamos.

Pienso en los días en que mi madre llegaba a casa con todos los ingredientes para preparar una comida como esta. ¿Echaba de menos Taiwán, echaba de menos a su familia? Casi llegó a convencerme de que había dejado de preocuparse por ellos.

Waigong ya está sentado con el bastón de madera apoyado contra la mesa junto al codo. Coge uno de los panes ácimos con sésamo, introduce un dedo en un lateral y lo abre en dos como si de las alas de una mariposa se tratase. Lo

rellena con un trozo de churro y lo moja todo en la leche de soja, tal y como mi madre lo habría hecho.

El colgante es pesado y trazo con los dedos la forma de la cigarra. Intento imaginar a mis abuelos treinta años más jóvenes, sentados a una mesa como esta, sonriéndole a mi madre en lugar de a mí.

17

En la pesada quietud de la noche, por fin vuelvo a estar sola en mi habitación.

Me he pasado el día derritiéndome bajo el sol mientras perseguía a Waipo por un mercado al aire libre en el que había peces enteros sobre montañas de hielo en coloridos cubos de plástico y piñas apiladas sobre carretillas metálicas. He visto una mujer que llevaba un perro en un carrito mientras se disponía a comprar un pollo con la piel negra. Más tarde, Waipo ha pedido unos tés con burbujas y nos hemos sentado en un banco del parque para mirar a la gente mientras sorbíamos tapioca a través de unas pajitas anchas.

El parque era muy diferente a los de casa; estaba lleno de árboles frondosos cubiertos con unas barbas espesas y marrones. Flores con forma de estrella que olían a *kumquat*. Largas hojas que ondeaban como banderas y sacudían el envés herrumbroso.

Hemos observado a los niños correteando por un camino que llevaba a un pequeño parque infantil. Las cometas salpicaban el cielo como confeti: una mariposa, un fénix, un mono alado.

Era una escena muy de Axel. Habría sacado su caja portátil de acuarelas y no habría permitido que nos marcháramos hasta haber logrado al menos dos buenas páginas. Una vez en casa, sus trazos rápidos de colores habrían pasado de imágenes crudas a audios calientes y deliciosos, como si los cocinara. Las cometas se habrían traducido en arpegios; los niños, en pequeños dioses timbaleros que vagarían por la tierra a un compás de siete por ocho. Para Axel, las acuarelas no son más que un modo de tomar notas, su taquigrafía particular. Utiliza los colores como guía en sus composiciones para producir piezas de lo que él denomina «ópera electrónica».

Incluso después, cuando Waipo y yo volvimos a casa y cenamos con Waigong, no he dejado de pensar en lo que Axel habría hecho y dicho si estuviera con nosotros.

No le he contado que veníamos a Taiwán. Lo imagino de pie en el porche de casa mientras llama al timbre y aporrea la puerta. Lo imagino retrocediendo un paso para contar los segundos como un pianista acompañante que espera para intervenir de nuevo.

Parpadeo y todo se desvanece: el recuerdo del parque, las pinceladas imaginarias de acuarela, la cara triste de Axel.

Se está haciendo tarde, pero hay algo que me mantiene despierta. Mis abuelos se han ido a la cama, los últimos sonidos de pasos arrastrados y el último chasquido ya se han convertido en silencio.

Me pregunto dónde estará ahora mi padre. ¿Se habrá alojado en algún hotel lujoso pagado con puntos de viaje? ¿Se arrepiente de habernos dejado? La furia sigue hirviendo en mi interior y lo tiñe todo de un ocre oscuro.

Lo más inteligente sería intentar dormir, tratar de regular el cuerpo. Necesito estar en las mejores condiciones de energía si quiero encontrar al pájaro. Estoy exhausta y el calor lo empeora todo, me noto las extremidades cargadas y pesadas.

Pero nada. Aunque cierro los ojos y pretendo relajar el cuerpo… No puedo desconectar la mente. Las imágenes rebobinan y se repiten una y otra vez. Pienso en esa criatura roja y cubierta de plumas cruzando el cielo. En la caja llena de cosas que mis abuelos han dicho que quemaron. En ese cadáver gris dispuesto en el ataúd como si fuera una muñeca.

¿Y la caja de incienso? Nunca había visto unas varas de incienso tan negras.

Las oigo de nuevo: voces susurrantes, palabras que no logro descifrar. El siseo de unas sílabas que se deslizan una tras otra.

Una luz fría inunda la amplia grieta que se forma entre la parte baja de la puerta y el suelo de linóleo y se filtra por la ventana, desde detrás de la cortina, para impregnar las paredes de rayos fantasmales. Al principio creo que es la luna que se cuela por la callejuela, pero luego me doy cuenta de que se trata de las farolas. Los ojos se me acomodan; la oscuridad se disipa. Hay suficiente claridad como para ver bien.

Deslizo los pies descalzos desde la cama baja hacia el suelo y llego hasta la cómoda. Supongo que esperaba que los susurros se volvieran más fuertes, pero se detienen de golpe en cuanto toco el tirador. Abro el cajón despacio, en silencio. Este apartamento es pequeño y tiene las paredes delgadas; el sonido vuela.

Ahí está la pluma. Ahí está el incienso. Y esta vez hay también un librito de cerillas que parece antiguo. ¿De dónde han salido las cerillas? Un escalofrío me recorre la curva de espalda. No puedo evitar mirar hacia atrás. La luz de fuera parpadea y se atenúa, como si contestara a una pregunta que yo no era consciente de estar formulando.

Estoy convencida de que esas cerillas provienen del pájaro: la pluma es

como una firma que me dice que ella las ha puesto ahí para que las use.

Arranco una cerilla, la raspo para encenderla y la acerco a la punta de una de esas varas oscuras como el alquitrán.

El extremo del incienso se enciende e ilumina como una luciérnaga. El humo que desprende es negro profundo y dibuja líneas por el aire.

No hay voces. Nada. No sé qué esperaba.

Pero, de pronto, las líneas oscuras se hinchan y dibujan cintas que dan vueltas y más vueltas con la forma de una tormenta. Suelto un grito silencioso y el humo se me cuela por la garganta hasta el fondo de los pulmones. Toso y escupo mientras me rasco los ojos para aliviar el escozor.

El humo colma la habitación hasta que no hay más que negro.

18
—Humo y recuerdos—

El humo se aclara, la oscuridad se disipa y me encuentro en una habitación completamente distinta. Una habitación que conozco muy bien, en la casa donde siempre he vivido.

Paredes verde pera. Una entrada en forma de arco.

Mi salón.

Mamá está al piano. Una sonata de Beethoven sale volando desde sus dedos mientras las notas giran y caen a una velocidad imposible.

Estoy mirando a mi madre. *Mi madre mi madre mi madre*. Tengo las costillas a punto de fracturarse.

—Mamá. —El piano ahoga mi voz.

Sus manos se deslizan sobre las teclas formando amplios arpegios mientras su torso se mece para acompasar las ondulaciones oscuras de la música. Recuerdo esta pieza: *La tempestad*.

En el ambiente flota un aroma ligeramente dulce: su champú de coco, el único que siempre ha usado, lo más parecido a un perfume que he olido en ella.

Los colores de la habitación están apagados, y hay una cualidad meditativa en la música, en su ritmo giratorio. Aunque no estoy cerca del piano, casi

siento las suaves teclas bajo los dedos.

—Para —susurra alguien detrás de mí con una risilla.

Me giro y veo que en nuestro sofá está sentada una niña con el pelo oscuro que, sin lugar a dudas, soy yo —aunque más pequeña— sonriendo de oreja a oreja mientras le da codazos a una versión de Axel más bajita y desgarbada. Los rostros están algo borrosos, pero es obvio que somos nosotros. Pese a que estoy justo delante de ellos, no me ven. Es rarísimo.

—¿Qué? —dice él, y su cara es el vivo retrato de la inocencia.

Mi yo más joven pone los ojos en blanco con dramatismo sin dejar de resplandecer. ¿Ya me había dado cuenta de lo que sentía por él?

Es un fragmento del pasado que se ha conservado de algún modo. No me acuerdo de todo; y cierta intuición me dice que este recuerdo pertenece a mi madre. Por eso huele a ella.

La mecha de mi pelo es púrpura, por lo que esta Leigh tiene unos doce años y aún es una persona despreocupada. Ella y Axel sostienen unos cuadernos de dibujo sobre las rodillas y se dan patadas en los tobillos.

Se produce un estruendo en la planta de arriba: unos pasos se acercan con rapidez a la escalera y aparece mi padre con la cara radiante. Había olvidado ese sonido, el alegre zapateo de sus pies. ¿Cuándo nos convertimos en gente de andares silenciosos?

—¿Qué es esa maravilla que huele tan bien? —dice la versión— recuerdo de mi padre.

En la cocina, suena un temporizador y los colores cambian como al despertar. Mi madre se da media vuelta en el banco y se pone de pie. Le planta un beso a mi padre en la nariz y pasa por su lado para ir a la cocina. Él, encandilado, se gira para observarla.

Tiempo atrás fuimos una familia casi perfecta. Ojalá pudiéramos rebobinar, vivir aquellos años para siempre.

Todo se torna aún más borroso y el olor del champú de coco desaparece levemente ahora que mi madre no está. Voy a la cocina y los bordes se afilan, los colores se acentúan una vez más. La cara de mi madre está radiante, con un atisbo de sonrisa mientras saca la bandeja del horno.

—¡Ya está bien de tanto suspense! —grita Axel desde la otra sala—. ¡Dinos ya lo que son!

—*Danhuang su* —dice mi padre.

Sigo a mi madre hasta el salón, que lleva la fuente con los brazos extendidos. La ha llenado con una docena de pastas perfectamente redondas, doradas y laminadas, adornadas con semillas de sésamo.

Esta es la madre que quiero recordar. Esta alegría. La forma en que su luz llenaba la habitación. Su animación, su amor por la buena comida, su risa brillante y vigorosa.

Doy un paso al frente con la necesidad apremiante de tocarla, pero me

desaparece la mano cuando la aproximo a su hombro, como si yo fuera el fantasma.

Mis padres comparten una pasta, apartan las capas hojaldradas con los dedos y chupan la crema de judías. Mi madre le deja que se lleve toda la yema de huevo salada del centro, la parte favorita de mi padre.

Me quedo allí, clavada a la moqueta de ese recuerdo, observándolo todo hasta que las costillas me crujen, me pulverizan el corazón y desperdigan el calor de mi ausencia. El dolor brota de mi interior con un sepia oscuro.

Todos los colores se invierten. La luz se absorbe.

Destello. Fogonazo.

Allí está la Leigh del pasado, más joven aún, sin ninguna mecha de color en el pelo, de cuclillas junto a la orilla de un lago oscuro. Mi padre se acerca con un ramillete de hierbas verdes. Los colores han cambiado de matiz, como si alguien hubiera girado una rueda para volverlos más cálidos. El olor es totalmente distinto, como el de unas toallitas de suavizante para secadora; el olor de mi padre de toda la vida.

Es el recuerdo de mi padre.

—A ver, el truco está en esto. Coge una. —Extiende las hierbas en un lugar plano y elige una en buen estado para el yo de mi recuerdo—. Ahora aplástala con los pulgares. Aprieta.

La pequeña Leigh alarga las manos para que él las vea. Tampoco recuerdo nada de esto.

—Eso es, así. Aprieta más. Ahora, haz esto…

Mi padre se lleva los pulgares a la cara. Infla las mejillas y frunce los labios para soplar con fuerza por debajo de los nudillos y producir un silbido aflautado que resuena sobre el agua.

Observo que mi versión del recuerdo lo imita y sopla entre los pulgares. La hierba aletea y chirría.

—Yo tampoco sé hacerlo —dice mi madre, que está a varios pasos de distancia, haciendo equilibrios encima de una roca y observando mientras sostiene otra hierba.

—Leigh está a punto de conseguirlo. Sigue intentándolo, pequeña. —Se retira de la orilla del lago para ayudar a mi madre.

El yo del recuerdo sopla y sopla. Alinea la hierba. Lo intenta con una nueva hoja y aprieta los pulgares con más fuerza aún. Al final, sale un sonido agudo y afinado, a medio camino entre un mirlitón y un pato.

Mira hacia atrás.

Allí está mi madre, una silueta contra el cielo que se apaga. Abraza a mi padre por la cintura y apoya la mejilla contra su pecho. Se balancean al ritmo de una música que solo ellos oyen.

Luego se produce el fogonazo. Los colores se invierten.

Cuando regresa la habitación, estoy sentada en la cama, en el piso de mis

abuelos en Taiwán. Los recuerdos se han acabado.

Estoy apretando el índice y el pulgar con tanta fuerza que me duelen. Miro hacia abajo: la vara de incienso ha desaparecido. Enciendo la lámpara para asegurarme: ni rastro. No hay cenizas. El incienso se ha esfumado, sin más.

Abro las palmas y me miro las manos temblorosas.

Me quedo allí sentada, tiritando, hasta el amanecer.

19

¿De quién fue la culpa? Esa es la pregunta que todo el mundo tiene en mente, ¿a que sí? Aunque nadie lo dirá jamás en voz alta. Es una de esas peguntas que la gente califica como inapropiadas. Todo el mundo te dice: «La culpa no es de nadie». Pero ¿acaso es cierto? Está en la naturaleza humana echarle la culpa a algo. Nuestros dedos están preparadísimos para señalar, pero parece como si todos tuviéramos los ojos vendados y no dejáramos de dar vueltas.

¿Qué hace que una persona desee morir?

Ella me tenía a mí. Tenía a mi padre. Tenía a su mejor amiga, Tina. Le daba clases de piano a un tercio de los niños del barrio.

Todos los que la conocían habrían dicho que parecía la mujer más feliz del mundo. La más viva. Cuando se reía, se le ruborizaba la cara y notabas su calidez.

Durante aquellos últimos meses, se reía poco. Me di cuenta, por supuesto. Pero lo achaqué a sus cambios de humor; siempre había pasado de un extremo al otro. Lo justifiqué demasiado rápido, con demasiada facilidad.

¿Fue culpa mía? Si yo hubiera…

O si mi padre hubiera…

Si mi madre hubiera…

¿Qué?

20

Incluso por la mañana temprano, el aire es pesado y agobiante, se pega a la piel y te hace sudar.

Me dirijo a mi abuela.

—*Niao*. —«Pájaro». No sé muy bien qué más decir. ¿Cómo le explico que tenemos que encontrar a mi madre?

Waipo asiente, pero no estoy segura de que me entienda.

Salimos por el laberinto de calles hacia un establecimiento de desayunos donde una mujer cocina algo que no he visto nunca. Se llaman *dan bing*. Con la mano derecha extiende una masa que forma un círculo perfecto y plano, casca un huevo encima y lo sazona con cebolleta. No tengo mucha hambre, probablemente porque no he dormido y tengo el cuerpo aletargado, pero la boca se me hace agua con el olor.

En el negocio también venden *fantuan*, esos sí los conozco: empanadas de arroz con cerdo agridulce seco o *song*, de color marrón rojizo, mullido como el algodón. Un día, cuando estaba en primaria, llevé *fantuan* para comer. Cuando los demás niños vieron el relleno de *rousong*, se rieron de mí por comer hilos y me preguntaron si iba a escupir bolas de pelo como los gatos.

La mujer se limpia los dedos en el delantal y prepara nuestro pedido. Posa los ojos en mí, me mira a la cara durante unos instantes con la intensidad de una caricia.

—*Hunxie* —le dice a mi abuela, que está contando monedas sobre la palma de la mano, arrugada y suave.

Waipo se apresura a soltar una retahila de palabras que no comprendo. La mujer me sonríe, dice algo sobre ser americana y guapa. Las pocas personas que comen en las mesas de alrededor se dan la vuelta para observarme. Bajo todas esas miradas, noto que me arde la piel.

Waipo y yo contemos mientras caminamos. Los vasos para llevar con leche

de soja helada sudan en nuestras manos debido a la condensación, y las gotas se unen en riachuelos que corren por mis dedos y entre los nudillos.

—*Shenme shi… hunxie?* —pregunto.

Se le iluminan los ojos. Le gusta cuando intento hablar mandarín.

—*Hunxie* —repite, y comienza a explicarme el término.

Por fin, logro entender que significa «mestizo». Y entonces reconozco las dos raíces, como cuando ves formas en las nubes. *Hun*, «mezcla»; *xie*, «sangre».

En mi país, a veces la gente dice que parezco exótica o extranjera. A veces incluso como un cumplido. Supongo que no se dan cuenta de que suena como si yo fuera un animal expuesto en un zoo.

Una vez dos niños del colegio me preguntaron:

—¿Tienes mezcla de hispana o algo?

Les conté que mi madre era taiwanesa y uno de ellos le dio un golpecito al otro en el hombro y le soltó:

—¿Lo ves? Asiática. Me debes cinco pavos.

No me dijeron nada más antes de darse la vuelta entre risas.

No es que suceda a diario, pero pasa lo bastante como para recordarlo con frecuencia: la gente me ve como alguien diferente.

Y ahora, al haberme calificado de una forma tan directa —*hunxie*, sangre mezclada—, como si llevara una etiqueta grabada en la frente…, se me revuelven las tripas de un modo azul violeta oscuro.

De vuelta al apartamento, Waigong descansa en el sofá con todos los cojines tras la espalda y bajo los codos. Está viendo en la tele un vídeo sin sonido. Una docena de hombres asiáticos bailan en un túnel hexagonal lleno de luces parpadeantes. La pantalla estalla en una lluvia de plumas.

Waipo le acerca un *dan bing* y leche de soja y se dirige al altar. A pesar del temblor de sus dedos, agarra con firmeza una cerilla. La llama tras su mano es como la estela de un cometa que se convierte en un punto de luz al tocar el incienso. El olor a madera se extiende por el salón. Observo la perezosa voluta de humo y pienso en las varas negras guardadas en la caja de mi habitación. Ahora no se producen susurros. ¿Me los habré imaginado?

Cerca del cuenco del incienso, hay un jarrón ancho de cerámica con unos dragones azules pintados cuyo acabado brillante capta tanto las luces como las sombras. El humo gris hace piruetas frente a ellos. Durante un momento, uno de los dragones parece doblar la cabeza para mirarme a través de la neblina con las fauces abiertas mostrando los dientes. Parpadeo y el humo se transforma. El dragón vuelve a ser bidimensional e inerte, y mira hacia una fotografía sin marco que está apoyada contra el borde de un cuenco de fruta.

No me había fijado en la foto. Es del tamaño de mi mano abierta, en blanco y negro, y está desgastada y llena de huellas. Dos niñas pequeñas están sentadas muy tiesas en unas sillas con el respaldo alto. Es una copia descolorida de la fotografía que encontré en la caja, aquella por la que le

pregunté a mi padre.

—Waipo —comienzo a decir.

Pero antes de averiguar las palabras que debo usar para preguntar por las niñas, un fuerte pío-pío-pío-pío-pío-pío-pío llena el piso. Al principio, creo que es un pájaro real, pero el sonido se repite: pío-pío-pío-pío-pío-pío-pío, demasiado rítmico, demasiado exacto. Conozco la calidad precisa y plana de las grabaciones por haber visto a Axel trabajar en sus composiciones, y esto es algo parecido: un pájaro grabado que se repite.

Waipo se traga el último bocado de *fantuan* y se apresura a abrir la puerta de casa.

Se trata de un repartidor que sostiene un paquete marrón.

Mi abuela se lanza de inmediato a una conversación veloz y animada. Sus palabras suenan completamente distintas: las vocales, más amplias; las consonantes, más rápidas, más fuertes, con sílabas secas y oscilantes. Ha cambiado del mandarín al taiwanés. Las frases me resultar totalmente irreconocibles.

El repartidor se va, pero, mientras Waipo se aparta, entra una joven de piel clara con una blusa estampada con rosas gigantes verdes y rosadas. Es mayor que yo, tal vez de edad universitaria. O quizá más. Cambio de postura en el sillón y me encojo dentro de la camiseta ancha y los vaqueros. En la maleta no he traído mucho más que la ropa que suelo usar para estar en casa, que siempre es susceptible de mancharse de carboncillo o pintura.

Waipo sigue recitando palabras con alegría y ahora hace gestos hacia mí y dice mi nombre. Abre la caja con un cuchillo de la cocina y comienza a sacar paquetes de aperitivos, fruta seca, una lata de té.

Por un momento, se pone a hablar mandarín y pronuncia una frase en mi dirección.

«Tu padre» es lo único que pillo. Cuando sacudo la cabeza, se encoge de hombros y vuelve al paquete.

La mujer me lanza una sonrisa indecisa.

—Me alegro mucho de conocerte, Leigh. —Las palabras en mi idioma son como agua fresca. No tiene nada de acento—. Me llamo Feng, pero también tengo un nombre inglés, por si te resulta más fácil…

—Hola, Feng —me apresuro a decir, un poco a la defensiva por la idea de que ese nombre monosílabo pudiera resultarme demasiado difícil—. Encantada.

—Popo dice que hablas un poco de mandarín. ¿Prefieres que hablemos en mandarín? —Sus manos se mueven como polillas, pálidas y nerviosas.

—No, mejor así —respondo, aunque siento que una sensación de ineptitud me tensa los hombros.

—¡Me parece genial! —Feng sonríe—. Tu lengua también me viene bien. Podríamos decir que la domino desde hace poco. ¡Ay, tienes el pelo verde! ¿Es

algo de los americanos?

—Eeh, creo que no es de nadie.

—Alt, pues no es muy común. La gente pensará que eres una estrella del pop.

Me muero por cambiar de tema.

—¿De qué conoces a mis abuelos?

—Bueno. —Parece incómoda, vacilante—. Los conozco desde hace mucho. Soy una vieja amiga de la familia.

Waipo me pasa un recorte que estaba en la caja, un trozo de papel rosa de *Hello Kitty*. En él hay dos palabras en chino, pero están garabateadas en pinyin, el sistema de transliteración que mi padre me enseñó cuando era pequeña. Como las letras están en el alfabeto latino, más o menos sé cómo se pronuncian las palabras, aunque no tenga ni idea de lo que significan.

—¿Qué es? —pregunto.

—Mi dirección, por si acaso. Pero no creo que la necesites.

Asiento.

—¿Vives por aquí?

—De forma pasajera. Llevo una temporada lejos de casa.

Y entonces me señala hacia una bolsa de regalo blanca que Waipo acaba de sacar de la caja. La parte delantera tiene unos caracteres chinos rojos escritos con trazos caligráficos.

—He traído unas pastas frescas con distintos rellenos: alubias rojas, crema de semillas de loto, sésamo. He escogido las que más me gustan para que las pruebes. Están deliciosas.

Waigong ya se ha puesto a investigar el contenido. Hunde la cabeza para oler uno de los bollos envueltos en un pergamino encerado.

Mi abuela habla de nuevo en taiwanés y se coloca al lado de Feng; es obvio que ambas están muy unidas.

Nos veo a las tres reflejadas en el cristal brillante de un marco. Feng es quien parece la nieta, con su coleta lustrosa, esos ojos oscuros y los rasgos delicados. La que desentona soy yo. Pelo fino castaño con un mechón de color, ni por asomo tan brillante y tupido como el suyo. Los ojos demasiado tenues.

Feng le hace un gesto afirmativo y se vuelve hacia mí con una sonrisa.

—En el paquete también hay una tarjeta SIM. ¿Tienes teléfono móvil? La tarjeta que te he traído tiene acceso a Internet. He pensado que te vendría bien.

Me ayuda a sacar la tarjeta americana con un clip y a meter la nueva.

—Listo.

—Gracias. —Pienso en el correo electrónico de Axel que todavía no he leído.

Ella sonríe con satisfacción.

—Si hay algo particular que te apetezca ver, dímelo. Sé que vas a necesitar mucha ayuda, y quiero hacer todo lo que esté en mi mano por ti.

Trato de sonreír, pero mi rostro refleja rubor y rigidez.

—Es poco frecuente tener la oportunidad de ver a la familia, de reunirse así. —Entrelaza los dedos y los separa de nuevo—. Quiero asegurarme de que lo pasas bien.

—Gracias —repito.

Feng sonríe de oreja a oreja a Waipo y Waigong. Intercambian unas cuantas palabras más, sílabas que se suceden demasiado rápido para adivinar siquiera si son en mandarín o en taiwanés. Mi abuela hace una especie de chiste, o al menos eso creo, por la forma en que se ríen Waigong y Feng. Una fría envidia peltre se me enrolla en el estómago. Waipo no me conoce lo suficiente como para bromear conmigo. Ni siquiera espera que comprenda un chiste.

Feng se pone de nuevo los zapatos y se da la vuelta para despedirse de mí moviendo los delgados dedos adelante y atrás. Mientras se marcha, los hombros se van alejando de mis orejas y liberan la tensión como si me quitara un peso de encima.

Waipo se dirige a la cocina y Waigong vuelve a ver sus vídeos musicales en el sofá.

Me dejo caer en una silla del comedor, donde el olor a aceite y azúcar es embriagador. Allí está la bolsa de papel llena de pastas con las palabras dibujadas en la parte delantera. El hecho de trazar con el dedo los llamativos caracteres no me ayuda a reconocerlos. Le doy la vuelta a la bolsa con la esperanza de que el otro lado esté escrito en mi idioma.

Pero no. En vez de eso, hay un logo: un círculo rojo que rodea a un pájaro rojo.

21

No puedo dormir, así que abro el correo en el teléfono. Hay un mensaje de mi padre que me exaspera un poco. Luego lo leeré.

Más abajo, el que mandó Axel. Basta de dudas. Pincho fuerte con el índice.

DE: axeldereckmoreno@gmail.com
PARA: leighinsandalwoodred@gmail.com
ASUNTO: (sin asunto)

4 minutos 47 segundos

Tú exhalas todas esas lineas pictóricas como si tu vida dependiera de ello. Bueno, mi vida no depende de esto, pero supongo que así es como proceso las cosas… Mi cuaderno de dibujo es como un diario. Al convertirlo en música… Así soy yo analizándolo y procesándolo. Esta es la pieza final de la obra *El manzanar de Lockhart*. Se titula «Adiós».

Adiós.

Leo de nuevo el mensaje y la última palabra me pone el corazón en un puño.

¿Qué mierda de mensaje es este? ¿Qué se supone que significa?

Adiós. La confirmación de todo lo que he estropeado choca contra mí con ondas de tonos fluorescentes. Era ridículo esperar que un beso convirtiera en cenizas todo lo que él tiene con Leanne.

Pienso en lo mucho que se enfadó durante el funeral. Sé que no era su intención, que era lo último que habría querido en un día como ese.

Pero fue culpa mía. Rompí la regla de no mentir.

Me imagino a Axel en el sofá de *tweed* donde nos besamos, con un cuaderno y unos rotuladores de acuarela. Me imagino que una alfombra mágica me transporta hasta allí, que desciendo al sótano y me estrello contra el suelo mientras mi boca formula una disculpa.

Al final del correo electrónico, un enlace.

Me lleva a una página privada donde Axel ha subido la pista como MP3: «Adiós: adagio en el manzanar». La última pieza de la composición. Sé exactamente a lo que se refiere.

La imagen que ha usado como portada del álbum es una fotografía del manzanar de Lockhart, una imagen que me revuelve el estómago y me provoca una oleada de nostalgia rojo ocre. Es la foto que le vi tomar con el móvil un día que recuerdo demasiado bien.

No puedo evitar preguntarme: ¿lo habrá oído Leanne? ¿Le habrá preguntado por el significado del «manzanar de Lockhart»?

¿Sabe lo que pasó entre nosotros?

Pulso el botón de inicio con el pulgar. La pieza comienza con el zumbido grave y profundo de unos bajos en legato que forman un *crescendo* amenazador. Aparece un piano con acordes suaves y un chelo por encima.

Fragmentos del pasado resurgen en la superficie de mi mente como pequeñas burbujas.

22
Verano, antes del primer curso

Siempre recordaré mi decimocuarto cumpleaños como si fuera ayer porque fue una de las primeras veces que me di cuenta de que había algo mal en mi madre. Le importaba que fuera mi cumpleaños, pero eso no bastó para aplacar la tormenta. En la oscura habitación principal, con las luces apagadas y las cortinas echadas, mi madre caía en espiral. Aunque su cuerpo se mantenía en silencio, su oscuridad era más sonora que cualquier cosa. La casa adoptó el tamaño de una casa de muñecas y las paredes me oprimían tanto que no podía respirar ni hablar ni oír nada que no fuera su desesperación.

Axel y yo salimos a montar en bici. Intentamos perdernos para que yo recordara otro tipo de temores. En cada cruce, en lugar de girar hacia las calles que conocíamos como siempre hacíamos, tomamos la dirección opuesta.

Pedaleamos por el bosque, por delante de unas granjas, a través del campo y alrededor de unos aparcamientos. Echamos una carrera hasta el límite del cielo, vimos la línea donde se unía con nuestra parte de la tierra, pero no conseguimos alcanzarla. El horizonte siempre nos llevaba la delantera. Nos rendimos cuando llegamos a una hilera de árboles que no habíamos visto nunca. Parecía extenderse hasta el infinito.

—¿Nos hemos perdido? —pregunté.

Axel no contestó. Se bajó de la bici y se tendió en la hierba. Un abejorro grande zigzagueaba sobre él.

—Todo parece distinto desde este ángulo —observó.

Me tumbé a su lado. Las franjas blancas del cielo parecían líneas de espuma en un mar agitado. Los pájaros pasaban despacio. Algo pequeño me zumbó en el oído y luego se fue.

—No estamos perdidos —dijo por fin Axel—. Simplemente hemos venido a un sitio distinto.

Terminamos en un huerto de manzanas, y para entonces yo estaba de mejor humor. El aire era denso y pegajoso, un poco dulce. Los árboles se agitaban con las caricias de una suave brisa. Todavía no sabía lo mucho que debía preocuparme por mi madre, así que me permití distraerme lo suficiente como para celebrar mi cumpleaños.

—Qué buena está —comenté con la boca llena, con una manzana medio comida en la mano, sentada en la unión entre dos ramas gruesas. El viento tiró de la mecha de color de mi pelo, que por entonces era azul eléctrico—. ¿Cómo has dicho que se llama esta variedad? —pregunté.

—Honeycrisp, creo —gritó Axel desde el otro lado del huerto.

Agaché la cabeza para verlo entre las ramas. Estaba subido a otro árbol, la camisa de cuadros violeta asomaba entre las hojas y las frutas.

—Parece el nombre de una marca de cereales.

—Si sigues comiendo manzanas, te vas a empachar —me advirtió.

—De eso, nada. Podría comerme cien más como esta.

Serpenteó entre dos ramas complicadas y se acomodó en un nuevo lugar cerca del tronco mientras daba un suspiro de satisfacción. Su piel, morena de por sí, estaba aún más oscura por el sol del verano.

—¿Por qué la gente ya no trepa a los árboles? Se está en la gloria. Me siento tan vivo aquí arriba…

—A mí me encanta —le respondí mientras dejaba colgando una pierna para ver qué pasaba—. En la gloria, tú lo has dicho. No se puede explicar mejor. Una gloria dorada.

—Deberíamos llevarle unas cuantas manzanas a tu madre —dijo Axel.

Mi madre. Esas tres sílabas me provocaron una oleada de tristeza y preocupación. En lo único que podía pensar era en el aspecto que presentaba aquella mañana, desplomada sobre la mesa de la cocina, pequeña y comprimida como si su oscuridad hubiera abarcado tanto espacio que no quedara ninguna habitación en la casa para su cuerpo.

No pude evitar sentirme un poco molesta porque hubiera sacado el tema. Sin la extraña desolación de mi madre, el día habría sido perfecto.

—¿Qué dices? —insistió—. ¿No te parece que le encantarían?

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué tienes que ser tan pelota? No es tu madre.

Se quedó atónito. La dureza de esas palabras me sorprendió incluso a mí, pero ya era tarde para recular, para intentar convertirlas en una broma que salvara la conversación.

Axel era así de considerado. ¿Y qué importaba si le hacía la pelota? Su madre los había abandonado cuando él tenía siete años. A lo largo de nuestra amistad, mi madre se había convertido en algo parecido a una madre subrogada para él.

Mis sentimientos ascendieron y descendieron con la misma velocidad, y después me avergoncé. Allí estaba él, tratando de hacer algo amable por mi madre. Y ahí estaba yo, abatida porque ella estuviera de mal humor el día de mi cumpleaños.

Agarré la manzana a medias y la lancé al cielo. La honeycrisp trazó un arco pronunciado y cayó con un ruido entre las ramas de otro árbol.

Pagamos las manzanas —todas menos las que llevábamos en el estómago — y nos las metimos en la mochila antes de volver a las bicis, que estaban junto a una valla que separaba el manzanar de la carretera. Mi bici se apoyaba en la de Axel y ambas estaban sujetas con candados entre las ruedas y los cuadros.

Se me ocurrió —algo muy triste y penoso— que aquellas bicicletas tenían un aspecto romántico. Se acariciaban y entrechocaban sin vacilar, sin pensarlo siquiera. Habían participado en muchas aventuras, tenían historia. Se llevaban bien.

Se me estaba yendo la pinza. Estaba personificando bicicletas, por Dios. Unos objetos de metal y goma sin corazón ni cerebro.

La carretera era llana y estaba vacía. El sol se estaba poniendo: su brillo se cortaba en el horizonte formando un ángulo llano y distendía las sombras largas y difusas que nos perseguían por todas partes. Mi bici tenía una marcha demasiado forzada para subir la colina, pero apreté los dientes y no la cambié. Mis piernas pedaleaban al máximo y las pantorrillas me quemaban. Mantenía la vista fija en la parte posterior del casco de Axel.

—¿De qué color? —le grité.

No me respondió, aunque su bici ganó velocidad. Apreté el ritmo para seguirlo.

—Axel —insistí—, ¿de qué color?

La colina se allanó y debió cambiar de marcha. Me fijé en el esfuerzo de sus piernas, en el modo en que su bici avanzaba dando tumbos y se dejaba llevar como arrastrada por una ola. Llegó a toda velocidad hasta el final de la carretera y giró a la derecha. Lo seguí por un camino que conducía a un parque. Axel frenó de golpe y soltó la bici en el suelo sin molestarse en poner la patilla.

—¿Qué haces? —Me detuve a su lado, a horcajadas sobre la bici y jadeando.

—Naranja tostado —dijo—. El color de estar enfadado contigo.

Axel a veces incumplía el propósito de nuestro sistema de colores al explicar lo obvio.

—Lo siento —me disculpé de inmediato. Me disgustaba haber sido tan estúpida, saber que tenía razón al enfadarse—. Lo siento mucho, de verdad.

Se quitó una de las asas de la mochila para sacar una manta y una fiambrera.

—Bueno, todavía es tu cumpleaños —dijo a regañadientes, y me di cuenta de que casi se me había olvidado—. Esta es la segunda parte.

—¿Qué…, qué es eso?

—Sándwiches —contestó mientras me lanzaba el recipiente—. Pera laminada y queso brie. Tus favoritos.

—¿Cómo?

—Estamos de pícnic —explicó como si nada—. ¿No te quejabas de que éramos muy mayores para hacer pícnics? Bueno, pues no lo somos.

Y por eso le estaba tan agradecida, porque ¿qué otro chico de quince años iba a preparar un pícnic sorpresa para su mejor amiga? Se me hizo un nudo en la garganta. Después de haberme comportado como una niñata, ¿por qué era tan bueno conmigo?

—Los de pera con queso son tus favoritos; los míos son los de pera, queso y mantequilla de cacahuete.

—Ah, no te equivoques —bromeó—, los tuyos tienen mantequilla de cacahuete, tía rara. Los he envuelto en papel de aluminio para que los míos no se contaminen.

Lo ayudé a extender la manta antes de quitarme los zapatos y examinar los sándwiches. Les había puesto la mantequilla de cacahuete sin trocitos. Perfecto. Me tumbé bocarriba con las rodillas dobladas y le hinqué el diente al sándwich.

Axel sacó de la mochila los utensilios de pintura. Un cuaderno para acuarela, una cartuchera negra llena de pinceles y un pequeño trapo de felpa. Su caja de pinturas Winsor & Newton era una especie de origami de plástico que al abrirse se desplegaba en una paleta con varias bandejas a modo de alas. Observé cómo desenroscaba uno de los pinceles portátiles, que parecían rotuladores del futuro. Con cuidado, inclinó una botella de agua y llenó el depósito del pincel para que, al presionar con suavidad, saliera el líquido y atrapara el pigmento.

Abrió el cuaderno por una página vacía y apretó el pincel contra uno de los cuadrados de pintura.

Yo había desaparecido. En esas ocasiones, para Axel no había nada en el mundo salvo él y los colores. Cada vez que observaba este proceso, no podía evitar sentirme abandonada. Cuando se dirigía a ese lugar en el interior de su cabeza, no podía ir tras él.

Los dedos me quemaban a mí también por las ganas de pintar, pero me quedé inmóvil. Quería asimilar esa quietud. El cielo se había vuelto eléctrico y el sol cortaba franjas en la cara de Axel y le colocaba una máscara de luz. Al principio lo esbocé mentalmente, un ejercicio meditativo que solía hacer antes de empezar a dibujar un retrato realista.

Cejas anchas, pómulos marcados…; luego, como siempre, posé la mirada en sus ojos. Eran muy oscuros, casi tanto como los míos. Me pregunté si los habría heredado de su madre. Axel se parecía tanto a su padre que siempre sentí curiosidad por cómo sería su madre. En su casa no había fotos de ella, o al menos yo no las había visto. Sospechaba que su padre las había escondido todas.

Axel y yo parecíamos ser los dos únicos mestizos del distrito escolar de Fairbridge. Cuando la gente nos veía juntos, a veces nos llamaban «los mezcladitos», cosa que a mí me aburría un poco y que a Axel le molestaba bastante.

En su vida no quedaba casi ningún rastro filipino. Algunos días se ponía a la defensiva cuando salía el tema. Otros, en cambio, hablaba de su madre como si ella no se hubiera marchado.

Y algunas veces parecía desear que la gente lo tratara como si fuera cien por cien portorriqueño. O intentaba eliminar todos los elementos heredados, integrarse y aparentar que era como el resto de los alumnos. Lo entendía a la perfección; también pasé por un periodo en el que puse todo mi empeño en aparentarlo.

Todo eso me rondó la cabeza mientras me quedaba dormida en la manta de pícnic. Cuando me desperté, tenía la mano Axel en el hombro y me decía que era hora de irse.

Mi madre ya estaba en la cama, pero había un bizcocho Bundt en miniatura esperándome en la encimera de la cocina con una nota en una servilleta que decía solo «Feliz cumpleaños» con sus garabatos inclinados. Había reunido la energía suficiente para prepararme el bizcocho; esa idea hizo que me sintiera mejor. Coloqué sobre el mostrador las manzanas que Axel había recogido para ella.

Aquella noche me fui a la cama pensando en lo poco que faltaba para que empezara el colegio. El año anterior —octavo curso— había sido duro. Pensaba —o más bien así lo esperaba— que para Axel también había sido difícil. Como él era un año mayor, cruzaba al otro lado de la calle para asistir a secundaria sin mí. Seguíamos cogiendo el mismo autobús y pasando mucho tiempo juntos fuera del colegio, pero los dos sentíamos que habíamos perdido un aliado en los pasillos.

En ese momento, yo estaba a punto de ser alumna de primero de secundaria y Axel, de segundo, de manera que todo recuperaría la normalidad. Estaría de nuevo con mi mejor amigo. Al menos tendríamos clases de arte

juntos, porque Axel se saltó esa asignatura en primero, no sé por qué. Quería pensar que él sabía que, si empezábamos Arte I a la vez, tendríamos asegurada al menos una asignatura común durante tres años.

Al día siguiente, vino a casa a cenar. Mi padre había vuelto y mi madre preparó empanadillas de cebolleta para una celebración de cumpleaños atrasada, señal de que había salido de la oscuridad. Después, Axel y yo nos sentamos en el sofá para dibujar cada uno los pies del otro. Cuando llegó la hora de que se marchara, me entregó un papel cuadrado, doblado y grueso.

—Tu regalo de cumpleaños —dijo.

—Ya ha pasado —bromeé para ocultar mi alegría.

—He necesitado un día extra —respondió—. Ya lo verás.

Lo vi bajar los escalones del porche arrastrando los pies mientras se metía las manos en los bolsillos de la sudadera con capucha. La luz trapezoidal se vertía desde la puerta abierta hacia la calle; seguro que era consciente de que yo seguía allí observándole. No miró atrás.

El cuadrado se abría en varios trozos de papel de acuarela. En el centro de ellos había un USB y una nota:

> Los hice ayer cuando dormías la siesta en el pícnic.
> Considéralos partituras.

Fue uno de los primeros experimentos que hizo Axel en la traducción de pintura a música, y me dejó pasmada. En el USB había cuatro pistas de MP3; era increíble que hubiera hecho todo eso en un solo día. Las pinturas estaban numeradas de acuerdo a las pistas de audio, y me quedé mirándolas hasta que me escocieron los ojos. Había captado algo más que los colores. Cada una de ellas era un globo de nieve de emoción e instinto.

Y la música…, eso sí que era otro lenguaje.

Había representado el parque con manchurrones de tinta. Las salpicaduras amarillas de un carrusel se habían convertido en los solos abruptos de una guitarra eléctrica. El parque infantil azul real estaba esbozado con el *spiccato* de un contrabajo. Un sintetizador arpegiado se elevaba desde debajo de las notas pesadas, ligero y enérgico como los trazos carmín utilizados en los reflejos. Unos remolinos berenjena correspondían al *vibrato* alto que, según me explicó después, pretendía ser una voz operística. Quizás algún día recurriría a una voz real, ya que esta era la grabación digital más floja.

También me pintó a mí: capas de naranjas, rojos y amarillos sobre líneas de tinta china. Y otro color más: una franja azul pacífico que me recorría el pelo. Todo esto se describía a través del *legato* de un violonchelo, un solo de clarinete que entraba y salía de un *crescendo* de cuerdas, un timbal grave y un fabuloso tono etéreo que luego supe que era un teremín.

Durante mi siesta en el parque, mientras repasaba recuerdos sobre él escondidos en lo más recóndito de mi mente, Axel había excavado en mi interior hasta llegar al centro de mi alma.

Escuché las cuatro pistas de audio en bucle durante toda la noche, segura de que era una confesión amorosa, convencida de que la próxima vez que nos viéramos todo sería distinto. No sé cuándo me quedé dormida, pero me desperté envuelta en amarillo de cromo y rojo vino, con la sensación de que esa franja azul era el núcleo de mi ser, utilizada como una muestra de amor.

Secundaria empezó y tuve razón: todo fue distinto.

Pero no como yo esperaba.

Me enteré el segundo día por los chismorreos de unos alumnos de primero que hacían cola en la cafetería para pagar el almuerzo: Axel le había invitado a salir a la tal Leanne Ryan.

23

Intentamos por todos los medios construir pequeñas cápsulas del tiempo. Los recuerdos se extienden así, como luces de Navidad que proyectan una luminosidad perfecta con tonos perfectos. Pero esa posibilidad de escoger y seleccionar qué mirar, qué resaltar, no es la verdadera naturaleza del recuerdo.

El recuerdo es algo mezquino que te escinde por los ángulos más duros y que sumerge tu conciencia en los colores equivocados una y otra vez. Un momento de humillación o de devastación, un momento de rabia absoluta que se rebobina y se reproduce sin cesar, que te enrolla un hilo alrededor del cerebro y lo ata con una especie de nudo. No te va a matar, pero te hace sentir la presión de todos los momentos horribles. ¿Cómo lo detienes? ¿Cómo liberas la mente?

Ojalá pudiera dar órdenes a mi cerebro y decirle: «Aquí. Sigue. Desenrolla los recuerdos, suéltalos. Deja que se marchen».

24
Otoño, primer curso

Mientras yo afrontaba las novedades de primero, el humor de mi madre no dejaba de caer en picado y cambiar de dirección al llegar al fondo.

Sucedía con tanta frecuencia que comenzaba a resultar casi normal. O tal vez se trataba de una trampa mental para convencernos de que todo iba bien. Pero me aferre a esa normalidad con uñas y dientes, y seguí adelante. Intenté ser una adolescente normal. Me permití prestar atención a cosas vergonzosamente triviales.

Por ejemplo, a la pregunta de si Axel iba a cortar con Leanne Ryan. Las semanas pasaron. De pronto, llevaban juntos una buena temporada.

Un día, Axel y yo estábamos en la cocina mientras su tía Tina le enseñaba a mi madre a eliminar las algas que crecían al lado de nuestra casa.

Llevaba tiempo sin venir, y me resultaba raro verlo tamborilear los dedos contra la encimera de ese modo tan particular. Me estaba contando que a Leanne no le gustaba nada la limonada que él preparaba con polvos y que le pedía que hiciera limonada de verdad. Que se había negado a beber de la jarra, que era lo que siempre hacíamos nosotros cuando íbamos a casa de los Moreno. Me lo contó en plan broma, pero yo no le vi la gracia por ninguna parte.

—¿Qué tiene esa tía? —solté.

Se le paralizó el rostro y me dirigió la mirada despacio.

—¿A qué te refieres? —preguntó, que era justo el tipo de patrañas que él odiaba, ya que sabía perfectamente a qué me refería.

—¿Qué tiene Leanne Ryan que es tan maravilloso?

Aunque la pregunta real era: ¿por qué demonios estás saliendo con ella? Aparentemente, era un compendio de todo lo que él odiaba.

Esperó un rato antes de contestar de forma concisa:

—Me gusta.

Eso congeló nuestra conversación. Mi madre sugirió que Tina y Axel se quedaran a cenar, pero Axel puso la excusa de que tenía muchos deberes. Subí las escaleras pensando: «Me da igual me da igual me da igual», y las sílabas me retumbaban en la cabeza como las notas *staccato* que mi madre les arrancaba a las teclas del piano.

Y de repente, dejé de ver a Axel. Seguíamos teniendo clase de arte juntos, pero cada vez que yo abría la boca corría el riesgo de decir algo horrible sobre Leanne. Era más seguro quedarse callada. No sé si él se percataba de mi silencio, pero no decía nada.

Después, me llevaba el silencio a casa.

Una tarde, se retrasó el vuelo de vuelta de mi padre y, después de que llamara para avisarnos, mi madre se fue a la planta de arriba y allí se quedó. Pasó la hora de cenar, yo engullí unas tiras de queso y subí para peguntarle si le apetecía que pidiera una *pizza*. Estaba en la cama, hecha un ovillo y envuelta en una colcha enorme. Me quedé observándola durante un buen rato hasta que se movió y murmuró unas cuantas palabras incomprensibles. Había algo perturbador en aquella imagen, en aquel sueño inducido por la soledad.

Fue al principio de que mi padre empezara a viajar por trabajo. Yo suponía —más bien, lo esperaba— que las cosas mejorarían cuando nos acostumbráramos a su ausencia. Pero aquel recuerdo de ella, dormida y triste por echar de menos a mi padre, se me quedó grabado.

En mi vida todo parecía estar cambiando. Sentía que en mi casa las cosas se desmoronaban en la misma medida en que Axel y yo nos separábamos.

Mi padre llegó a casa a tiempo para Acción de Gracias, y a mi madre se le fue la mano con la comida. Cuando le enseñé los trabajos que había hecho para la clase de arte, él asintió sin sonreír.

—¿Este es tu último año de arte?

—No —contesté para evadir la pregunta.

—Ah. Pensaba que al llegar a secundaria dejaría de interesarte.

¿Dejar de interesarme? Esas palabras me impresionaron tanto que me quedé sin habla. Era la primera vez que me daba cuenta de que quizás era eso lo que él quería. Que me cansara del arte, que lo dejara. Que me dedicara a otra cosa. ¿Cómo iba a hacer eso?

La semana siguiente, Axel estuvo enfermo. Leanne Ryan vino a la clase de arte para buscar la carpeta de Axel. Me vio, pero no sonrió, simplemente apartó la mirada. No hacía falta fingir; Axel no estaba presente.

—Tiene mononucleosis —le dijo al doctor Nagori—. Así que no sabemos cuánto tiempo estará sin venir.

Al oír aquello, me dieron ganas de vomitar. ¿Podía haber un estereotipo más manido?

Como Axel no estaba, Carolina Renard comenzó a sentarse en su sitio. Desde el principio me cayó bien, tal vez porque ambas llevábamos una mecha azul en el pelo o porque supe de inmediato que era del tipo de personas que me gusta. Fuimos compañeras en un trabajo: pintura acrílica sobre un lienzo compartido. Según Nagori, lo importante era aprender de tu pareja y ver a través de sus ojos. La clave estaba en la uniformidad. Quería que no hubiera distinción entre la parte pintada por cada uno de los artistas.

Nuestro cuadro estaba adquiriendo mucha intensidad. Caro —«No me llames Carolina, por favor; ese nombre fue un tremendo error»— realizó un diseño dentado parecido a un rayo que dividía el cuadro en dos. A la izquierda, pintamos una figura arrodillada azul y con el cuello largo que ofrecía un corazón anatómico. A la derecha estaba el amante, que extendía las manos para recibirlo, pero el rayo lo dividía de manera que se veía como en una radiografía. Dentro del amante flotaban todo tipo de males naranjas. Las promesas falsas se arremolinaban y los pensamientos tóxicos se retorcían. Ambas figuras eran andróginas.

Llegó el viernes por la tarde y el cuadro aún no estaba terminado.

—¿Os va a dar tiempo, chicas? —nos preguntó Nagori cuando nos vio recoger nuestras cosas.

—No se preocupe. Lo terminaremos durante el fin de semana —dijo Caro —. En mi casa tenemos todo lo necesario, ¿verdad, Leigh?

—Sí —contesté al instante, a pesar de que era la primera noticia que tenía de aquello. Vi que Caro cogía el cuadro con mucho cuidado y lo sostenía por el marco de madera.

—¿Me ayudas a meterlo en el coche de mi madre? —me preguntó—. Y luego te llevamos a casa, así no tienes que esperar al autobús. Si me llevas la mochila…

La seguí hasta el aparcamiento principal, donde se dirigió hacia un coche blanco y cuadrado.

—Hola, mamá —saludó mientras se montaba en el asiento del copiloto—. Esta es Leigh. Necesita que la llevemos. Vive en Larchmont, justo al tomar la curva.

Metí las mochilas en el asiento de atrás.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

Su madre resopló.

—A Caro se le da bien enterarse de dónde viven todas las chicas. Encantada, Leigh. Soy Mel.

Caro volvió la cabeza poniendo cara de fastidio y soltó:

—Mi madre está convencida de que tonteo con todas las chicas que me encuentro, y no es verdad. —Se giró para comprobar que el cuadro no se había estropeado—. Lo que pasa es que vivimos en el mismo barrio y que tu casa está cerca de la de Cheslin.

Me quedé pensando.

—¿Quién?

—¿No conoces a Morgan Cheslin? Se mudó a tu calle hace un par de años.

—Cheslin va a Stewart —añadió Mel.

—Ah, eso lo explica todo. —Si se me daba bastante mal seguirles la pista a los de mi clase, no hablemos entonces de la gente de otros colegios.

—¿Puede venirse Leigh este fin de semana para acabar el cuadro? —preguntó Caro.

—Claro que sí —respondió Mel. Me guiñó un ojo por el retrovisor.

Caro se percató y soltó un bufido.

—No nos vamos a enrollar, mamá.

Mel se encogió de hombros con teatralidad.

—¡Si yo no he dicho nada!

Me dejaron en casa y ya estaban saliendo por el camino de acceso —Caro me lanzaba una última mueca por la ventanilla— cuando me di cuenta de que la puerta principal estaba cerrada con llave.

Hasta donde yo sabía, nunca echábamos el cerrojo, y yo no tenía llave. Por instinto, fingí que buscaba en los bolsillos y en la mochila. Mel detuvo el coche en la calle y ambas se quedaron mirando. Me di la vuelta, saludé y me encogí de hombros con la esperanza de que eso las animara a continuar; mientras, mi madre oiría el timbre y acudiría a abrir justo a tiempo para que Mel y Caro me vieran entrar en casa como una persona normal.

Pero nadie abrió la puerta. No se oía nada dentro. Llamé más fuerte y, cuando constaté que era inútil, le di un par de patadas fuertes a la puerta.

Mi vergüenza aumentó cuando Mel retrocedió por el camino de acceso y bajó la ventanilla.

—¿No hay nadie en casa? Si no consigues entrar, puedes venirte con nosotras.

—Bueno, es que mi madre tiene que estar. —Solté una risa nerviosa.

—¿Hay alguna otra puerta? —preguntó Mel.

—Eeh, una puerta corredera —expliqué—. Pero suele estar cerrada…

Deseaba que se fueran, pero Mel insistió en esperar mientras yo rodeaba la casa para intentar entrar por detrás.

En efecto, la puerta no estaba cerrada. En cuanto la abrí, encontré a mi

madre sobre el suelo de la cocina. Estaba hecha un ovillo, pequeña e indefensa.

—¡Mamá! —Corrí hacia ella con ganas de vomitar, imaginando lo peor.

Logré despertarla, pero parecía terriblemente aturdida y desconcertada. Todo me daba golpes en el pecho mientras sopesaba las distintas posibilidades. ¿Un ataque al corazón? ¿Un desmayo?

—¿Qué ha pasado? —le pregunté—. ¿Estás bien?

No me contestó.

—¿Quiénes son esas? —Se refería a Mel y a Caro, que al oírme gritar se habían bajado del coche y habían venido corriendo.

—Me han traído a casa —le expliqué.

—¿Llamamos a alguien? —me preguntó Mel. Con un nuevo vuelco del corazón, entendí entonces que con «alguien» se refería a urgencias.

—No —respondió mi madre—. Estoy bien. Todo en orden.

Mel y Caro tardaron mil años en irse. Yo ni siquiera podía mirarlas, la vergüenza trazaba espirales en mi interior, se enardecía con un color carmesí, se calentaba como una especie de enfado.

Después de que se marcharan, observé a mi madre como un halcón. La forma en que le temblaban las manos al agarrar la sartén. La lentitud de sus pasos al moverse.

Un nuevo peso me oprimía. ¿Qué hacía desmayada en el suelo?

—El vuelo de papá está a punto de llegar —me dijo después, cuando pareció recuperarse de lo que quiera que fuera aquello. Me dirigió una pequeña sonrisa—. Es mejor no preocuparle.

Pensé en aquellas palabras durante mucho tiempo. Lo que mi madre quiso decir es que no hacía falta contarle que no había podido entrar en casa y que me la había encontrado tirada sobre el suelo frío. Su forma de hablar me dejó intranquila. «No hace falta preocuparle». ¿Y qué pasaba conmigo? ¿Qué pasaba con mi preocupación?

Esta se expandió como un globo color coral que se volvía más claro con cada insuflación, hasta que la preocupación fue casi transparente, poco más que una ligera sombra pero constante, a pesar de todo: siempre ahí.

25

—Aquí es —dice Feng—. Esta es la tienda donde compré los pasteles.

Waipo me da un golpecito en el codo y señala hacia una estantería.

—*Ni mama zui xihuan* —me explica. «Los favoritos de tu madre».

Busco con la mirada la hilera a la que se refiere y reconozco los *danhuangsu*.

—*Yiqian*… —comienza. «En el pasado». Y no me entero de nada más. Tiene los ojos vivos e intensos. Está diciendo algo relevante, pero no entiendo nada.

Feng se lanza a traducir antes de que yo se lo pida.

—Popo dice que, hace muchos muchos años, esta pastelería pertenecía a otra familia. Era la favorita de tu madre por los *danhuang su*, que son esos redondos…

—Sé cuáles son —interrumpo con la voz algo cortante.

—Ah, vale. —Feng juguetea con las manos, abriendo y cerrando los dedos —. ¿Tu madre te los preparaba?

—Sí, y yo la observaba mientras los hacía —contesto despacio, y de pronto estoy sumergida en un azul indantreno, cargada de recuerdos.

Mi madre dándole forma a la masa clara y harinosa, distribuyendo los pegotes de crema de alubias granate y las yemas con sal como gotas de sol en medio del rojo.

Se apartaba un mechón de pelo de la frente y se dejaba una veta de harina en la sien como una estrella fugaz. Pintaba los pasteles con una fina capa de huevo y espolvoreaba semillas oscuras por encima, pequeños guiños de sésamo.

A nuestro alrededor hay vitrinas llenas de bandejas con productos de confitería. ¿Cuáles habría elegido mi madre? ¿Las tartaletas amarillo chillón? ¿Los bollos hinchados? ¿O los rollitos de forma extraña con maíz y cebolleta?

Feng inhala haciendo ruido con la nariz, un sonido que me crispa los nervios.

—¿No huele fenomenal? Podría quedarme toda la vida aquí oliendo. —Señala hacia una bandeja de bollos con forma de cabeza de panda—. ¡Mira qué monos son esos! Las orejas deben de ser de chocolate. Lo que más me gusta de estos pasteles es que no son muy dulces. Los sabores son más sutiles…

Lleva hablando sin parar desde el desayuno, me está dando una chapa tremenda, la cabeza me palpita con la cadencia de su voz.

Trato de no escucharla y limitarme a pensar.

No puede ser una coincidencia que esta sea una de las tiendas favoritas de mi madre. Pero ¿por qué su logo es un pájaro rojo?

—El pájaro es el logo nuevo —dice Feng, cosa que me sobresalta—. Comenzaron a usarlo hace un par de semanas. Antes era una media luna, pero ahora se supone que el círculo es una luna llena.

Se me erizan los pelos de la nuca.

—¿Por qué lo han cambiado?

—El otro día se lo pregunté a la dueña. Según parece, siempre le han encantado las aves, y durante las últimas semanas ha visto un pájaro rojo como ese sobrevolando la ciudad. Cree que es señal de buena suerte.

El pájaro. Mi madre. Así que hay más personas que la han visto.

El corazón se me llena de esperanza color tierra. Sabía que vendría. Sabía que la encontraría.

Si esa mujer vio al pájaro sobrevolando la ciudad, tal vez lo que necesitemos sea acudir a algún lugar con buenas vistas. Tengo que encontrarla.

Las palabras de mi padre regresan a mí: «Uno de los rascacielos más altos del mundo».

—Feng, ¿conoces el rascacielos ese que es tan alto?

Pestañea unos segundos.

—¿Te refieres al Taipei 101?

—Sí, ese. ¿Dejan a los turistas subir hasta arriba?

—¡Claro que sí! —Parece contenta por mi repentino interés—. Desde allí se ve la ciudad entera en todas direcciones…

—Estupendo —contesto—. ¿Podemos ir? ¿Ahora mismo?

Apenas hemos pisado la calle cuando una manzana rueda hasta mis pies. No hay nadie en el lugar de donde viene.

Waipo me detiene cuando me agacho a recoger la fruta y murmura algo con un tono apremiante.

—Dice que no la toques —traduce Feng—. Un fantasma podría perseguirte.

—¿Un fantasma? —repito.

—Les gusta aferrarse a la gente.

Vuelvo la vista atrás, hacia la manzana, mientras nos alejamos. Su piel cerosa refleja la luz del sol y brilla como una sonrisa. No puedo dejar de pensar que parece una honeycrisp.

Waipo me llama y por un instante su voz suena como la de mi madre.

No se da cuenta de que el fantasma ya está con nosotras.

La planta ochenta y nueve del Taipéi 101 es un mirador desde el cual se puede observar toda la ciudad a través de unas paredes de cristal. Edificios en miniatura. Montañas apiladas en la distancia como suaves pinceladas de acuarela, donde las más lejanas se empañan con la bruma y se desvanecen entre las nubes. Es una yuxtaposición extraña: la ciudad repleta, todos los edificios muy juntos y, más allá, la amplia extensión de verdes y azules del exuberante bosque.

Feng no se calla. No para de soltar todo tipo de datos turísticos:

—Este es el único amortiguador de viento del mundo que se puede visitar. El acero compensa cualquier movimiento del edificio causado por el aire y…

Hemos recorrido la planta cuatro veces, pero nada. Ni rastro del pájaro.

Animada, Feng suelta:

—Oye, ¿y si nos hacemos una foto? ¿Quieres usar tu teléfono, Leigh?

A regañadientes, saco el móvil. Me acerco a mi abuela y esbozo una sonrisa forzada. Al otro lado, Feng se espachurra contra ella y no puedo evitar pensar que parecen una abuela y una nieta en toda regla.

Yo solo parezco una turista.

En la pequeña pantalla, veo que el pelo se me revuelve en todas direcciones. Me paso los dedos por él varias veces para recolocármelo. Por detrás de nuestra cabeza se extienden Taipéi y el ancho cielo, claro y sobrexpuesto.

—¡Sonreíd! —exclama Feng.

Algo rojo se eleva a nuestra espalda; Waipo y yo soltamos un grito ahogado.

—¡Era ella! —Aprieto el brazo de mi abuela, que está temblando un poco.

—Espera —dice Feng—. No has hecho la foto…

Me doy la vuelta y me pego al cristal.

—¡Era el pájaro!

A mi espalda, Waipo está callada con las manos enlazadas y las cejas fruncidas. Mira por encima de la ciudad. Ella también lo ha visto. Durante una fracción de segundo, esas alas rojas han batido el aire por detrás de nosotras, ella lo ha visto con la misma claridad que yo.

Nos quedamos esperando un buen rato, pero el pájaro ha desaparecido. ¿Nos habrá visto? ¿Sabrá que estoy aquí?

El corazón todavía me late con fuerza y me sacude las venas con un pesado ritmo violeta. Una idea hace que me gire hacia Feng.

—Tengo que ir a todos los lugares favoritos de mi madre en Taipéi. A los sitios donde iba cuando era joven. ¿Podemos?

Feng comienza a traducir. La cara de Waipo está rígida como una roca, pero al absorber las palabras su rostro se suaviza. Sus rasgos se arrugan, se doblan como papel de seda y adquieren un aspecto frágil.

—*Hao* —dice mi abuela. Asiente.

Tenemos que encontrar al pájaro. Y entonces mi madre me explicará.

Quiero que recordéis

26

Las manos de mi madre se han convertido en alas. Su pelo, en plumas. Su complexión pálida ahora es roja como la sangre, como el vino, como todos los matices rojos del universo.

El pájaro. El pájaro. El pájaro.

Solo puedo pensar en eso.

Meterse en la cama es como nadar a través de una sustancia espesa y turbia. Siento el peso de cada una de mis extremidades. Mi cerebro está confuso por la falta de sueño. Me escuecen los ojos, mi visión periférica es lenta y tenue.

Debería ser capaz de dormir. Estoy exhausta.

Pero, en cuanto cierro los ojos, empiezo a parpadear. Tengo que hacer fuerza para mantenerlos cerrados.

El pájaro el pájaro el pájaro.

Mi madre el pájaro.

Advierto que estoy acariciando con el pulgar los bordes de la cigarra de jade.

Tiene gracia que, cuando no puedes dormir, el cerebro se ponga patas arriba, se convierta en algo desesperado y hambriento. Lo único que quiero ahora mismo es caer de cabeza en la más negra de las negruras. Lo único que quiero es que todo se apague para poder descansar al fin. Que los colores se detengan. Mandar lejos los pensamientos.

Dejar que todo se aplaque.

¿Es esto lo que se siente al querer llegar al final? ¿Es este el tipo de existencia que hizo que mi madre se convirtiera en pájaro?

Fuera hay un sonido rítmico que se vuelve cada vez más fuerte. El batir de unas alas. Me incorporo de golpe y abro la cortina.

Nada. Solo la moneda radiante de la luna y, junto a ella, el atisbo de las

nubes café oscuro a la deriva.

Quizá si salgo, ella venga, como hizo cuando estaba en casa.

Sin encender ninguna luz, atravieso descalza el apartamento para ser aún más sigilosa. Solo me detengo para enganchar con los dedos las correas de un par de sandalias que me pongo nada más cerrar la puerta.

Fuera, el aire sigue siendo denso y bochornoso, y las farolas fluorescentes proyectan rayos fantasmales sobre la calle. Me detengo en el cruce más próximo para intentar oír de nuevo el aleteo. Para recibir algún tipo de señal. Un sonido, un olor. Una imagen. Algo.

Aunque fuerzo la vista, no veo que nada se mueva en el cielo. Todo está oscuro, tenebroso, inmóvil. Las calles adyacentes permanecen en silencio, pero oigo el sonido lejano del tráfico, de los coches que circulan.

Estoy tan acostumbrada a la oscuridad que, cuando me giro y veo que hay un hombre debajo de un árbol al otro de la calle, casi doy un respingo. Me mira con insistencia, sin apenas moverse, con las manos a ambos lados del cuerpo. Espero a que se marche, pero no lo hace, así que soy yo quien aparta la mirada y me doy la vuelta hacia el apartamento. No me gusta nada la idea de que sepa dónde vivo, pero cuando miro atrás ya ha desaparecido.

Aunque no hay brisa, el árbol se mueve ligeramente, y por un segundo creo ver algo parecido a una neblina moviéndose entre las ramas. Pero también se esfuma. El árbol se queda inmóvil; estoy sola en la calle.

De vuelta a mi oscura habitación, me siento en la cama. Y sucede en un instante, en un fogonazo: cierro los ojos y, cuando los abro, la habitación está iluminada como el día, el techo es tan blanco que refulge, salvo por unas grietas oscuras que se ramifican en todas direcciones por encima de mí. Son dentadas como un rayo, como si algo pesado que hubiera caído al otro lado ahora se abriera paso hacia mi habitación. Las líneas intermedias son tan delgadas, tan negras, que parece que no hay nada tras esa capa de techo salvo un abismo que desafía la gravedad. El viento me ruge en los oídos y me pone la piel de gallina.

No tiene sentido.

Parpadeo de nuevo y la habitación se oscurece. Tanteo con los dedos para encender la lámpara: el techo está en perfecto estado. Ni una grieta a la vista. No hay viento ni ruido. Solo mi corazón, que aporrea sin cesar.

27

Las agujas del reloj brillan con un verde alienígena: son las 4:12 de la mañana. ¿Tiene algún sentido dormir? El segundero avanza, cada vez más ruidoso, retumbando en mis oídos.

Después, por encima del sonido del reloj, vuelvo a oírlo: el batir de unas alas que se pierde en la distancia. Enciendo la lámpara. Saco las piernas de la cama.

El ruido ha desaparecido.

Los pies me conducen por un suelo frío como la luna hacia el mismo cajón de siempre. Estiro el brazo por encima de la bolsa de la pastelería en busca de la caja de incienso. La pluma sigue ahí, algo curvada, como si durmiera. La saco por el cálamo con el índice y el pulgar.

Todavía me pregunto por qué el pájaro me ha traído el incienso. ¿Me conducirá hasta ella? ¿Me ayudará a comprender?

Quiero que recordéis

Enciendo la cerilla. Rozo la vara de incienso —la punta está enardecida y en calma como una ascua— con las barbas de la pluma.

Lo que sigue es un chisporroteo. Comienza entre mis manos y asciende como una nube; su ruido me rodea y llena la habitación. La pluma se recalienta con brusquedad, pero no puedo soltarla porque tengo los dedos pegados a ella.

Un humo negro emana en forma de cintas que se estiran como un caramelo masticable sobre una corriente de aire que no puedo percibir.

Se producen los remolinos. Las volutas. El cambio en la luz y en los colores.

La habitación se oscurece.

28
—Humo y recuerdos—

Lo único que veo es negrura. Negrura y la pluma. Mis dedos aferrados a un raquis rojo.

El dolor me sacude: en mi cabeza, todo es luz, ruido y emoción contra mis sienes.

Un estallido de luz fría. Los colores se invierten.

Allí está mi madre, sola junto a la encimera de la cocina, y al lado de su codo hay un bote naranja vacío y unas pastillas dispuestas en forma rectangular. Está oscuro, tanto fuera como alrededor del recuerdo; la única luz encendida ilumina a mi madre con un resplandor amarillo marchito. Con el índice desliza las pastillas para formar líneas perfectas mientras mueve los labios al contarlas.

¿Cuándo fue eso? Este año no. Parece muy joven. Su rostro está pálido, aunque la frente está lisa y relajada, y hay reserva en sus ojos. ¿Había tomado ya la decisión?

Los colores chispean y parpadean. El olor cambia.

Ahora aparece mi padre, al teléfono, llamando a todo el que se le pasa por la cabeza para preguntar con voz temblorosa: «¿Habéis visto a Dory?». Yo estoy en el sofá, con las rodillas plegadas contra el pecho, la mirada perdida,

mientras escucho las palabras crispadas de mi padre.

Todas las cortinas se abren, las ventanas se oscurecen, el reloj marca la cena y deja atrás la hora en que mi madre se fue.

Mi padre diciendo: «No, hace catorce horas que no la vemos».

Diciendo: «Creo que todavía no podemos avisar a la policía».

Eso lo recuerdo, sí que lo recuerdo. Pero hay un olor químico a toallitas para la secadora, y mi cara está borrosa. Es un recuerdo de mi padre, todo es tenue y silencioso, los tonos de su preocupación, la umbra de su miedo.

Por fin, unos rayos blancos atraviesan la pesadumbre. Unos faros se deslizan por el camino de acceso, un coche con una abolladura en un lateral.

Mi madre fue aquella mañana a comprar una garrafa de leche. Eso es lo que dijo. «Vuelvo ahora mismo».

Mi padre colgando el teléfono.

Yo levantándome del sofá.

Los dos atónitos y en silencio mirando por la ventana. Mi madre entra por la puerta principal, con las manos vacías por completo, salvo por las llaves, sin la leche, sin nada, arrastrando los pies con pesadez por el hormigón.

Ahí está el destello. Ahí está el fogonazo.

Otra vez el champú de coco en el ambiente. Los colores se acallan.

Nuestra cocina iluminada por la luz previa al amanecer, el sonido del agua que corre por el fregadero. Ahí está mi madre, deslizándose por los armarios de la cocina hasta el suelo frío.

Se hace un ovillo sobre las baldosas y se arrebuja en el albornoz. El sol ha comenzado a trepar por los bordes de la ventana y a caldearlo todo, excepto a la figura sombría de mi madre. Fuera, el cielo se pinta de un azul radiante y burlón.

Unos pasos hacen crujir la escalera; entonces aparece mi padre en la cocina y la encuentra en el suelo.

—Dory —dice en voz muy baja.

Le pregunta qué le pasa, cómo puede ayudarla, qué necesita. Las palabras de mi madre salen a trompicones, ininteligibles, cargadas de desesperanza, con el peso de algo que me ha costado años empezar a comprender.

«Nada está bien», dice. Las únicas tres palabras que entiendo.

Si alguien me hubiera preguntado, habría dicho que todo parecía ir bien excepto lo concerniente a mi madre, que parecía ir fatal y que a su vez le daba a todo lo demás un cariz oscuro y turbio. Me habría sacado el corazón y el cerebro, y se los habría regalado con tal de que se sintiera bien de nuevo.

Un destello de luz, un fogonazo de oscuridad y un estallido de tiempos mejores que cierra el pasado:

Mi madre sonriéndole con sinceridad a mi padre por primera vez en años. Tranquila, en calma, tocando Debussy con los dedos sobre las teclas, haciendo que el piano tintinee y brille.

Despertándose temprano de nuevo, en lugar de dormir durante días.

Poniéndose un vestido satinado, maquillándose y peinándose, con un aspecto rejuvenecido y vivo.

Recuperando la tradición de los gofres de los domingos con Axel y conmigo.

Pensábamos que estaba mejor. Estábamos convencidos.

Y luego, injustamente, un recuerdo de su cuerpo en el ataúd. Yo, de pie en el funeral. Axel, a mi lado. «No es ella —grita una voz desde el fondo de mi mente—. Mi madre es un pájaro».

Pájaro pájaro pájaro pájaro pájaro. Esa palabra se repite sin cesar.

Los colores se invierten y se oscurecen. En un abrir y cerrar de ojos, regreso a la habitación. El incienso se ha consumido. La pluma se ha convertido en cenizas. Volteo la mano, la ceniza cae y, antes de que llegue al suelo, se desvanece.

29

Pensábamos que estaba mejor.

¿Qué se puede hacer cuando lo único que ves al cerrar los ojos son los destellos de tu madre, tu madre, tu madre, abatida, viva, hermosa, enferma, cálida, sonriente, muerta?

Aunque no está muerta.

No exactamente.

Mi madre es un pájaro.

30

¿Qué hace que una persona —alguien tan querido— decida llevar a cabo algo semejante?

Un recuerdo repentino: mi madre y mi padre de pie, en extremos opuestos de la cocina, hablando entre ellos, pero mirando hacia otro lugar. No estaban sincronizados. Mi madre con los brazos cruzados. Mi padre, asintiendo hacia el suelo con la espalda apoyada en la nevera.

Ni siquiera me acuerdo de qué hablaban —es probable que de algo organizativo relacionado con la compra o algo así—, pero el caso es que recuerdo que intenté atisbar amor entre ellos, una chispa o un brillo débil cerniéndose sobre el aire, aunque fuera mínimo. Recuerdo que observé con atención en busca de algo.

Tenía que estar ahí. Un color tenue, sin importar la sutileza de su tono, una fina capa alrededor de ambos.

¿La queríamos de un modo incorrecto?

¿Cómo pudimos fracasar?

Lo que necesito es dormir. Dormir pondrá fin a todos esos pensamientos, a esta espiral verde viridián. Pero, con los ojos apretados y las pestañas contra las mejillas, lo único que consigo es pensar en el pasado.

31

Otoño, primer curso

Nunca había sentido una envidia tan intensa de otra familia hasta que conocí a los Renard. Más tarde, la culpa por albergar tales pensamientos me asaltó en oleadas verde fluorescente, como si yo hubiera cometido la peor traición.

En primer lugar, me enamoré de la casa de Caro. Su garaje era alucinante, lleno de caballetes, pinturas, botes de pinceles, lonas y telas manchadas de colores, y un cesto lleno de guardapolvos. Todo era de Mel. No pude evitar pensar: «¿Cómo sería mi casa si mi madre estuviera siempre contenta y mi padre fuera artista?».

Abajo, en el sótano con acceso al jardín, Caro tenía su propio espacio de trabajo. Unas estanterías de madera forraban las paredes, pero, en vez de contener libros, estaban llenas de cámaras, lentes y otros aparatos.

—Es increíble —comenté—. ¿Eres fotógrafa?

—Oh —respondió con timidez—. La mayoría de lo que hay aquí era de mi abuelo. Él fue quien me metió en esto.

La seguí hasta otra habitación. Era mucho más oscura, no entraba el sol y tenía dos bombillas colgadas del techo.

Las paredes estaban cubiertas de fotos en blanco y negro, retratos de chicas haciendo diversas cosas. Una tejía. Otra estaba agachada atándose los cordones. Otra se rapaba el pelo. Otras cuantas arqueaban el cuerpo como si estuvieran bailando.

—¡Búa! —exclamé—. ¿Las has hecho tú? Son increíbles.

—Gracias —contestó Caro. Parecía avergonzada.

Una de las chicas, que aparecía con frecuencia, me resultó familiar. Tenía

algo distinto a las demás, su postura era más sensual, con el torso girado, las manos curvadas con gracia. Los labios fruncidos, la mirada baja. Estaba retratada del modo en que Da Vinci habría pintado a su amante.

Caro se dio cuenta.

—Esa es Cheslin.

Creo que percibí un leve color en sus mejillas.

—¿Estáis…? —Me quedé a mitad porque quizás era una pregunta un poco impertinente.

—¿Qué? —dijo con cierta brusquedad.

—¿Saliendo? —concluí dubitativa.

—Ah. —Bajó los hombros—. Sí. ¿No es obvio? O sea, mi madre cree que salgo con nueve chicas a la vez, pero Cheslin y yo llevamos juntas desde el principio del verano.

—Guau. Eso es un montón.

Pensé en Axel y Leanne e intenté imaginármelos juntos durante todo ese tiempo. Se me revolvió el estómago.

—Tengo que pedirte disculpas por mi madre —se excusó Caro—. Espero que no te hiciera sentir incómoda. Hace poco que lo sabe, y creo que se quedó tan sorprendida cuando salí del armario que se ha pasado de rosca.

Tardé un momento en entender que se refería a las bromas de Mel durante el trayecto en coche. Me pregunté si me tocaba a mí pedir disculpas por mi madre. Por que se hubiera desmayado en el suelo. Por hacer que ella y Mel se metieran de lleno en esa ciénaga incómoda. ¿Debía explicarle lo sucedido, cuando ni siquiera yo tenía ni idea?

Tomé aire y me obligué a sonreír.

—No te preocupes. Tu madre parece muy guay.

Caro puso cara de fastidio.

—Todo el mundo lo dice, pero es una friki repelente.

—¿Y qué somos nosotras? —Señalé todo el material de pintura y fotografía que nos rodeaba.

—En eso tienes razón —aceptó.

Sentí alivio en los hombros. Parecía que el tema de mi madre no iba a salir, menos mal.

En la otra habitación, colocamos el material donde la luz era mejor. Nos pasamos el día pintando detalles arremolinados en el cuerpo de *Amante del mal*, que era el nombre que le pusimos. A él. A ella. A *elle*. Caro me contó cómo encontró la primera cámara réflex original de su abuelo. Cómo se dio cuenta de que le gustaban las chicas mientras veía *Titanic* y no podía parar de mirarle el pecho a Kate Winslet. También hubo momentos de silencio en los que mezclamos colores y nos concentramos en las pinceladas.

Pintamos hasta que el sol se escondió. Mientras trataba de elaborar un verde azulado perfecto, me percaté de que no veía bien.

—¿Hay alguna lámpara aquí? —pregunté.

Caro levantó la vista.

—Creo que deberíamos parar. Tengo una lámpara, pero la luz que da atenúa los colores. Podemos terminar mañana.

—Vale —asentí, aunque en parte no quería irme. La pintura había sido meditativa.

—Pero deberías quedarte a cenar —añadió—. Mis abuelos están de visita y les encanta conocer a mis amigos.

Amigos. La palabra me retumbó en la cabeza y me lanzó un rayo de calidez al pecho. Llevaba años sin hacer nuevos amigos.

—Me encantaría —dije.

—Pero te lo advierto: son un poco brutos.

Gaelle y Charles Renard me hicieron sentir que era una más de la familia. Me contaron la historia de cuando Mel echó a su novio dos días antes de que naciera Caro.

—Y desde entonces no hemos vuelto a ver a ese cabrón —explicó Gaelle con un guiño mientras venía de la cocina con una cazuela—. Adiós, muy buenas.

Mel se encogió de hombros y apuró su vino.

—Al menos no me casé con él.

Mientras que el acento de la abuela Renard era estadounidense al cien por cien, Charles tenía un deje francés.

—Y los revolcones en el pajar nos regalaron a Carolina. —Pronunció su nombre haciendo vibrar la erre en el fondo de la garganta de un modo especial, como lo pronunciaría una actriz de Hollywood en una película en blanco y negro.

Caro emitió un gemido de dolor.

Mel arrugó la nariz.

—Nunca lo hicimos en la granja.

—Pero el olor sería el mismo —replicó Gaelle, que le tendió la mano a Charles por encima de la mesa. Ambos se reían a carcajadas.

—Nunca lo hagas en una granja —dijo Charles con tono burlón mientras se inclinaba hacia Caro, como si le hiciera una confidencia—. Da igual lo sexi que sea tu novia. —Puso un énfasis especial en la palabra «sexi».

—Abuelo —suplicó Caro. Perecía muerta de vergüenza.

—¿Por qué te da corte? —preguntó Gaelle—. En mis tiempos, yo también estuve colada por unas cuantas mujeres.

—Más de unas cuantas —añadió Mel—, según tengo entendido.

La abuela de Caro hizo oídos sordos al comentario.

—Se quiere a quien se quiere. Da igual. Para el amor, cualquier hora y cualquier lugar son buenos…

—Cualquiera menos las granjas —interrumpió Charles.

—Bueno, pues si lo haces en una granja —sentenció Gaelle—, no se lo cuentes a tu abuelo.

—*Chérie*, eres la peor de todas —le dijo Charles a su esposa.

Gaelle soltó una risita y se inclinó para frotar la nariz contra la de su marido.

—Puag —dijo Caro.

—Lo mismo digo —añadió Mel.

Agaché la cabeza para comerme unas judías verdes y así esconder la sonrisa.

—Leigh, ¿y tus padres? —preguntó Gaelle—. Siempre estoy dispuesta a escuchar una buena historia de amor.

Mastiqué deprisa y tragué, muy consciente del modo en que sujetaba el tenedor.

—Ni siquiera estoy segura de conocer la historia completa. De pequeña, les preguntaba cómo se conocieron y lo único que me decían era que se conocían desde el inicio de los tiempos, desde cientos de vidas atrás.

—Una vida tras otra —comentó Charles—. Qué romántico.

Sonreí, pero por dentro me pregunté si «romántico» sería el mejor término para describirlo. En su época, quizá. Recordé aquella fez en que mi padre se sentó en el sofá mientras mi madre desentrañaba nuevas piezas al piano. En el regazo sostenía algo relacionado con el trabajo, unos papeles que fingía ordenar, aunque yo sabía que en realidad estaba escuchando la música y que observaba a mi madre, que se movía como una ola. Con una leve sonrisa en la comisura de los labios, no despegaba la mirada de ella.

Eso sí fue romántico. Pero en los últimos meses algo cambió; lo más obvio fue que mi padre comenzó a asistir a conferencias y cosas por el estilo en lugares lejanos. Estaba muy ocupado.

Su trabajo había virado hacia la sociología económica, vaya usted a saber lo que significaba eso. Su reconocimiento aumentaba y lo invitaban a hablar, a unirse a proyectos de investigación, a participar como profesor invitado. Estaba coescribiendo un libro con un colega sinólogo, lo cual parecía algo importante.

Mi madre se mostraba muy entusiasta y le apoyaba en todo. Estaba claro que le estaba compensando porque se sentía culpable cada vez que él proponía que nos mudáramos a Asia. Mi padre había sugerido China, Taiwán, Hong Kong y Singapur, pero la respuesta de mi madre siempre era: «Tal vez dentro de unos años» o «¿Y el colegio de Leigh? No podemos permitirnos un colegio privado internacional» o «Por algo me vine a vivir aquí».

—¿Leigh?

Caro me dio una patadita por debajo de la mesa. Me había perdido algo que había dicho Gaelle.

—Perdón, ¿qué?

Todos sonrieron con educación como si yo no estuviera en Babia.

—¿Te enteraste después de cómo se conocieron en realidad? —preguntó Charles.

—Ah, sí —contesté—. Mi madre estudiaba en la universidad de Taiwán, pero vino a Illinois en verano para asistir a un curso de música en la universidad. Mi padre acababa de comenzar el doctorado, y coincidieron en alguna actividad. Estuvieron saliendo durante casi todo el verano… y después siguieron a distancia.

—Vaya —dijo Mel—. Las distancias son difíciles.

—Sí. —Me imaginé a mi madre esperando las llamadas de teléfono y descolgando tras el primer toque.

—¿Y después? —preguntó Charles.

—Le pidió matrimonio por teléfono, ella cogió un avión hasta Chicago y se fugaron juntos.

Gaelle estaba pletórica.

—Me encanta.

—Si se hubieran caído en una fosa séptica, también te encantaría —declaró Mel—. Siempre y cuando acaben juntos.

—Sí, es una romántica empedernida —me explicó Caro, poniendo los ojos en blanco.

—Tenía que haber una en la familia, por lo menos —intervino Gaelle.

—Pero, por suerte, hay dos. —Charles le pellizcó la mejilla y luego la nariz. Gaelle se deshizo en una risilla musical.

Traté de recordar la última vez que vi reír así a mi madre. La última vez que pareció ser así de feliz. Me fijé en la amplia sonrisa de Gaelle, en las patas de gallo que se le formaban alegremente en los rabillos de los ojos, e intenté trasladar con la mente los rasgos de mi madre a aquel rostro despreocupado.

Al día siguiente, mientras pintábamos, mi cerebro repasó la conversación de la cena anterior. No podía dejar de pensar en mi madre. En mi padre. En Axel y Leanne. Caro era afortunada por tener a aquellos abuelos tan maravillosos en su vida y por estar tan unida a ellos que podían bromear por cosas como el sexo. El árbol genealógico de papel que había fabricado años atrás se expandía dentro de mi mente. Hacía tiempo que aquel trabajo había desaparecido, es probable que lo reciclaran en cuanto lo quitaron del tablón de anuncios, pero en mi cerebro seguía vivo. Me lo imaginé atravesando una de esas trituradoras que escupen pedacitos de papel tan pequeños que resulta imposible recomponerlos.

—¿Qué tienes en la cabeza? —me preguntó Caro.

—¿Eh?

—Estás demasiado callada. ¿En qué piensas?

—Ah, en nada. —La pregunta me pilló tan desprevenida que ni siquiera se me ocurrió una buena mentira.

—Pues no lo parece. —Dejó el pincel y se limpió las manos en el guardapolvo—. Venga. Suéltalo.

—Pensaba… en tus abuelos. —Caro no dijo nada. Se quedó esperando a que prosiguiese—. No conozco a mis abuelos maternos. Ni siquiera sé cómo son.

—¿Y eso? —preguntó.

—Pues ahí está lo frustrante —expliqué—: que no tengo ni idea. Mis padres no me han dado la más mínima explicación. Es algo que se da por hecho… y punto. Nunca los conoceré. No hay nada que hacer. Nunca sabré si están superenamorados, si se odian, si son raros, si se tocan la nariz durante el desayuno…, nada.

—No te ofendas —dijo Caro—, pero me parece una faena.

—Ni que lo digas. —Me pasé la mano por el pelo y me di cuenta de que quizá me estaba manchando de pintura—. Aunque fueran unos seres humanos horribles, unos sociópatas o algo por el estilo, me gustaría conocerlos y juzgarlos por mí misma. Como mínimo sabría por qué me han alejado de ellos.

—¿Y qué piensas hacer?

—Mis padres no me van a contar nada —contesté.

—Pero habrá algo que puedas averiguar tú sola.

Mi instinto fue encogerme de hombros, pero entonces lo pensé mejor. ¿Había algo que averiguar?

Asentí despacio.

—A lo mejor.

—Al menos tienes que intentarlo —me dijo. Cogió un tubo de pintura y extrajo de él una generosa cantidad de naranja—. Ya me contarás.

—¿Te puedo preguntar otra cosa?

—Acabas de hacerlo —bromeó.

Puse los ojos en blanco.

—Cheslin y tú fuisteis amigas antes de estar juntas, ¿verdad?

Caro me miró como si supiera lo que iba a decir después.

—Durante un tiempo, sí. ¿Por?

—¿No fue… raro?

—Estás pensando en Axel Moreno. —No era una pregunta, así que no confirmé ni desmentí—. Mira, Leigh. Si tienes algo que arreglar con Axel, arréglalo con él, no conmigo. Yo no *soy* Axel.

Inspiré despacio.

—Tienes razón.

«Arréglalo con él». Sonaba fácil, pero no estaba segura de cómo lograrlo. Ni siquiera sabía bien de qué se trataba, cuáles eran mis sentimientos. Suspiré y limpié el pincel.

Nunca había interrogado a mis padres. Sin embargo, la idea se me había asentado en el estómago como algo que no debería haber comido. Merecía la pena una última conversación antes de comenzar la «investigación», como decía Caro.

Una tarde, mi padre estaba en casa a la hora de la cena. Por la mañana se marcharía de nuevo en avión, pero esa noche era nuestro. Era marido y padre. Mi madre cocinó sus platos favoritos. Puse sus temas favoritos de Nachito Herrera y subí el volumen. Nos sentamos a la mesa y todo parecía normal. Era una de esas cenas que llevábamos mucho tiempo sin tener.

Yo quería pillarlos de buen humor, así que esperé hasta la mitad de la comida, después de habernos reído con una historia que contó él sobre uno de sus alumnos. Mi madre tenía la sonrisa en la cara y mi padre se sirvió más arroz frito en el plato.

—¿Cuándo voy a conocer a los padres de mamá? —pregunté como quien no quiere la cosa.

Mi padre soltó el arroz.

—Leigh —dijo con tono de advertencia.

Mi madre dejó de masticar; su sonrisa se desvaneció.

—¿A qué viene eso ahora?

Me encogí de hombros.

—Tampoco es la primera vez que lo pregunto. ¿Por qué nunca hemos ido a visitarlos? No sé nada de ellos. Es una cosa muy rara, vaya.

—Ese tono, Leigh —me recriminó mi madre—. No les hables así a tus padres.

La culpa se agarró a mi estómago, pero me negué a acobardarme.

—Es que no es justo.

—Hay muchas cosas injustas. Y muchas cosas difíciles de arreglar. —Mi madre empujó la silla hacia atrás y salió del comedor sin acabarse el plato.

—Papá… —comencé a decir.

—Déjalo, Leigh. Es complicado. No preguntes más. Vas a remover cosas que no son buenas para nadie.

Me dejé caer en el respaldo.

Mi padre tomó sin ganas unos cuantos bocados más.

—Yo, eeh…, tengo que contestar unos correos. —Recogió el plato y se fue a su despacho.

—Vale —respondí. Me quedé en la mesa prestando atención a los sonidos que venían de arriba: mi madre abriendo el grifo de la ducha, mi padre acomodándose en su silla destartalada. Costaba creer que un momento atrás el

comedor hubiera albergado a una familia risueña.

En el techo, una de las luces amarillas emitió un zumbido y parpadeó.

—Aguanta —le dije a la bombilla. De todos modos, se fundió.

32

Mi madre es un pájaro.

Y yo soy solo una niña.

Una niña, humana y sin alas…, pero lo que sí tengo es el principio de un plan.

Porque ¿para qué me han dado el incienso, si no es para guiarme? Tiene que haber pistas en esos recuerdos. Tiene que haber respuestas a mis preguntas.

Waipo me prometió que iríamos a todos los lugares importantes. A los sitios que mi madre amaba. A los sitios que frecuentaba, por donde caminaba, donde encontraba inspiración, donde reflexionaba acerca de las cosas que le entristecían, donde pudo dejar algún rastro de sí misma.

Visitaremos todos esos lugares. Quemaré las varas de incienso negras como la tinta. Seguiré hasta la última pista y las reuniré todas como si fueran fragmentos desperdigados de un mapa.

El pájaro quiere que lo encuentren. Tiene algo que decirme. Y este es el modo de dar con él. Estoy completamente segura.

33

Nos dirigimos a un templo, y la calle de ladrillos desvaídos está atestada de gente. De vez en cuando, un ciclomotor se abre paso despacio entre la muchedumbre y me permite ver qué hay más adelante. Varios milisegundos después, el hueco desaparece. La gente vuelve a mezclarse como los granos de arena que se deslizan por una grieta. No me imagino así ningún lugar de los Estados Unidos, con las motos y los peatones compartiendo acera.

Sigo a Waipo de cerca, detrás de mí viene Feng, y juntas atravesamos los apretados grupos de personas que vuelven la cabeza y me siguen con la mirada.

—*Hunxie* —dice alguien sin molestarse en bajar la voz. «Mestiza».

—*Shi ma*? —pregunta otra persona que no termina de creérselo.

Respiro hondo y aprieto el paso para acercarme más a mi abuela. Ojalá no destacara tanto por los ojos claros, el pelo castaño, la mecha verde. Ojalá me hubieran educado más a la taiwanesa y pudiera demostrarle a la gente que soy de aquí. Este fue el hogar de mi madre durante la primera mitad de su vida, ¿no podría ser también un poco mi hogar?

Imagino un velo negro como el carbón que me rodea y me aísla de los demás, que me oculta y me proporciona momentos de soledad serena y silenciosa.

La muchedumbre parece aumentar con cada paso. Me pregunto si esa es la razón de que Waigong sacudiera la cabeza cuando le propusimos que viniera, si sabía que estaría lleno hasta los topes.

Los ladrillos rojos que nos flanquean forman una serie de arcos como fauces abiertas que llevan hacia las fachadas sombrías de las tiendecitas y puestos donde venden de todo. Estiro el cuello para ver mejor: pinceles de caligrafía, rollos de papel, bloques tallados de tinta seca. Baratijas *vintage* y postales retro. Tentempiés, como bollos al vapor, pasteles y una especie de tofu flotando en una sopa blanca. Nos quedamos atascados detrás de una

muralla de gente, y el arco más cercano comienza a deformarse y a retorcerse. Sus sombras se oscurecen, cada vez más negras y alquitranadas. Se transforman en la silueta de un pájaro con las alas extendidas.

—¿Leigh?

Mi abuela me tira del codo. La multitud de enfrente se ha dispersado un poco.

Parpadeo y vuelvo a mirar: el arco parece normal. Tengo la cabeza pesada, nublada. Debe de ser la falta de sueño.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Feng.

Asiento.

—Sí. Cansada.

—¿El cambio de horario? —inquiere.

—Supongo. —«O tal vez esté perdiendo la cabeza».

Atajamos por un callejón fresco y gris donde no llega el implacable sol, y volvemos a salir a la calle.

Waipo señala hacia el espléndido templo. Los amplios tejados se curvan hacia arriba en las esquinas. Unos dragones de piedra con la boca abierta y las garras afiladas custodian los puntos más altos. De los aleros cuelgan faroles encendidos, alineados como planetas, con borlas que se mecen con el viento.

Zigzagueamos entre el humo y la gente hasta llegar a la escalinata. Las gruesas columnas que sostienen el templo están talladas con profusión y muestran con detalle y realismo diferentes figuras humanas y criaturas.

—Todos representan diferentes acontecimientos —explica Feng mientras señala el más cercano—. Cada panel muestra una historia. De pequeña, me inventaba cuentos con ellos. Por lo general, había dos personas que se enamoraban y atravesaban un mundo de monstruos para reunirse y poder estar juntos.

Waipo gesticula agarrando cosas invisibles con las manos mientras intenta explicarme algo. No entiendo ni una palabra.

Feng se lanza a traducir, y debo contenerme para no suspirar. Sé que necesito ayuda, pero me gustaría recibirla de otra persona.

—Este era el templo taoísta favorito de tu madre. Solía venir aquí cuando necesitaba consejo, cuando buscaba una respuesta.

Mi abuela señala el techo. La parte inferior de los tejados está abovedada y construida con trozos de madera tallada que forman complejos sistemas de círculos entrelazados y octágonos. Es hermoso y hasta un poco mareante.

En el centro del templo, la gente se inclina ante una estatua coronada, con el rostro de piedra negra, vestida de rojos imperiales y dorados.

En el extremo opuesto, un joven arroja unos objetos al aire que, antes de caer, forman un arco de destellos rojos. Durante un segundo creo que son plumas, justo como las del pájaro, pero caen demasiado deprisa. Ni tienen la misma forma ni el mismo peso, y hacen ruido al chocar contra el suelo. No,

son trozos de madera con forma de media luna pintados de color cereza. La percusión al caer les hace parecer juguetes.

Por un lado, me dan ganas de preguntar qué son y qué hace ese hombre, pero no me apetece alentar a Feng. El modo en que se dirige a mí hace que me sienta como una turista, como alguien que no es de aquí. Y, bueno, tal vez yo no sea de aquí, pero no necesito que me lo recuerden sin cesar.

Sin embargo, es como si llevara los pensamientos escritos en la frente, porque comienza a explicar:

—En taiwanés se llaman *bwabwei*. Le está haciendo una pregunta a su dios. Si uno cae bocarriba y el otro, bocabajo, la respuesta es «sí». Si los dos caen bocabajo, significa que al dios no le gusta la pregunta. Si los dos caen bocarriba, significa que se está riendo de él.

—¿Qué tipo de pregunta?

—Es posible que algo relacionado con la toma de una decisión. Tiene que ser algo que pueda responderse con «sí» o «no».

El hombre se dirige hacia un cubo de palos rojos, lo levanta como si fuera un tambor y lo sacude para hacerlo sonar.

Feng se acerca más.

—Antes estaba preguntando si la respuesta podía estar en los palos. El dios ha debido de contestar que sí. —Una vez seleccionado uno de los palos, vuelve a tomar el *bwabwei*—. Ahora está confirmando que el palo tiene la respuesta adecuada.

Las lunas rojas dan vueltas por el aire y, al llegar al suelo, repiquetean. Vuelve a lanzarlas. Y, de nuevo, por tercera vez.

—La respuesta es «sí» —explica Feng—. Así que ahora puede servirse del número del palo para encontrar el poema correspondiente. Ese poema le explicará lo que el dios trata de decirle.

Nunca había visto algo parecido a este templo, ni tampoco a mi madre haciendo nada relacionado con la religión. ¿Sería eso lo que mi madre necesitaba? ¿La habría salvado tener un lugar donde acudir para hacer preguntas?

Me acerco al lugar donde el hombre estaba lanzando los *bwabwei*, justo delante de la estatua coronada.

Una curiosidad verde azulada se me asienta en el estómago y los dedos me queman, ansiosos por lanzar las piezas. ¿Qué respuestas podría obtener? ¿Qué preguntas podría formular?

«¿Voy a encontrar al pájaro?».

«¿Es feliz mi madre al fin?».

«¿Fue culpa mía?».

Waipo deambula por el otro lado del templo y Feng va tras ella.

El alivio de estar sola llega como el lado frío de la almohada durante una noche de insomnio. Mientras están de espaldas, agarro los *bwabwei*. En

cuanto toco las dos lunas, siento un escalofrío en la nuca.

El miedo me hace dudar. Lanzo las piezas. Mientras dan vueltas en el aire por encima de mí, pregunto:

«¿Está el pájaro aquí?».

Una pieza cae bocarriba; la otra, bocabajo.

La respuesta es «sí».

34

Las piezas con forma de luna aseguraron que el pájaro estaba allí. Pero recorrí cada centímetro del templo, incluidas las pequeñas oficinas donde no parecía que se pudiera entrar, y no encontré nada. Ni rastro de mi madre.

Después de comer, ya en el piso, Waipo está delante de una bandeja de bambú abriendo un paquete de té sellado al vacío. Se trata del té que trajo Feng en la caja. Mi abuela me dice algo, pero no sé qué.

—Popo dice que cada puñado de hojas posee una historia propia —traduce Feng.

Mi abuela se acerca el paquete a la nariz, inhala con fuerza y expulsa el aire con un suspiro. Su rostro se llena de una satisfacción cobalto.

—En América nunca lo tomáis, ¿verdad? —pregunta Feng.

—Bueno, yo sí. En Estados Unidos hay té asiático. Y, por ejemplo, en los restaurantes chinos siempre sirven té. —Trato de reprimir mi instinto de ponerme a la defensiva.

—Sí, pero seguramente no tenéis té de este tipo. Es *oolong* Dong Ding —explica Feng, orgullosa y con los ojos brillantes—. Lo traje porque es el favorito de Popo.

La forma en que me sonríe al pronunciar esas últimas palabras me deja boquiabierta. ¿Intenta demostrar algo? ¿Dejar claro que conoce a mi familia mejor que yo? Es difícil apartar la mirada, ya que está sentada justo enfrente de mí, pero bajo la vista e intento ignorar la irritación verde savia que se me filtra en las entrañas.

Waipo alinea las tazas como si fueran frágiles obras de arte. Solo hay tres; Feng ha soltado un discurso sobre lo mucho que le afecta el té al estómago. Supongo que lo ha traído solo por hacer la pelota.

Mi abuela reparte el líquido vertiendo un chorro continuo de izquierda a derecha, que se desborda por las tazas y entre los listones de la bandeja de

bambú.

Cuando me dispongo a asir una de las tazas, mi abuela sacude la cabeza.

—*Hai mei* —me dice. «Todavía no». Con unas pinzas de madera, agarra las tazas por el borde, una a una, y vierte el contenido por encima de la bandeja.

—Eso era solo un lavado —puntualiza Feng y, al ponerme la mano en el brazo, me hace cosquillas con la manga larga de flores—. Es uno de los pasos de la tradición *laoren cha*.

Al sentir su mano, aparto el brazo.

—De acuerdo.

Waigong traza ochos sobre la superficie de la mesa arrastrando el dedo por una mancha de agua, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Se da cuenta de que lo observo y me guiña un ojo, y parte de mi tensión se desvanece.

Una nueva ronda de agua de la tetera. Esta vez, mi abuela deja que las hojas se asienten. El temblor habitual de sus manos ha desaparecido: al preparar té, son hábiles, firmes, seguras. Permanece de pie frente a nosotros con una confianza en los hombros que no había visto hasta ahora. Sus dedos son una versión más vieja y más suave de esas manos que conozco tan bien, las manos que daban forma a los *danhuang su*, que batían la mezcla y la vertían en la plancha de los gofres.

Mi abuela. Mi madre. Ambas tan cuidadosas, tan llenas de amor. ¿Por qué acabaron tan alejadas la una de la otra?

Cuando Waipo vuelve a servir el té, el vapor que emana es marrón rojizo.

Feng inspira con fuerza.

—Mmm. Huele fabuloso. ¿Tu madre te preparaba té muy a menudo?

Mi madre nunca le prestó tanta atención al té cuando lo preparaba, pero una vez vi que se pasaba un largo rato en silencio junto a la encimera de la cocina examinando las hojas húmedas con los dedos. Escarbaba en el fondo de la tetera y frotaba los pedazos con las manos. Parecía ensimismada, como si tratara de recordar algo.

Entonces caigo en la cuenta… El té. Las hojas que mi abuela ha sacado del paquete con tanto esmero. Las hojas que ha manipulado tan primorosamente, cuyo olor se le filtraba entre los dedos al acercarse la mano a la nariz. Nadie se dará cuenta si las cojo.

Waipo saca unas bandejas de maracuyás con la parte superior cortada. La pulpa es brillante y reluciente, ácida como un cítrico a la par que dulce, y la tomamos con unas cucharillas de plata.

—Creo que esta debería ser una nueva tradición familiar —comenta Feng mientras me observa masticar las semillas oscuras—. El té de la tarde con maracuyás.

La sensación verde se vuelve candente y me rodea como una coraza, como

una armadura; trago y suelto la cucharilla.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —responde con una voz demasiado jovial—. Creo que las tradiciones familiares son importantes.

—Tenemos muchas tradiciones —contesto.

—Pero no tienes ninguna con Popo —replica.

Ante eso, no sé qué responder. Waipo y Waigong me miran casi con expectación, aunque sé que no han seguido la conversación. No comprenden lo que Feng y yo hemos hablado.

—Puede ser una tradición para todos nosotros —insiste Feng.

La idea de que se acople a esta familia, de la que apenas siento que formo parte, me vuelve cobriza y mezquina. Agarro mi té y exhalo sobre la taza para dejar que el vapor me dé en la cara.

Cuando las cáscaras de fruta están vacías y ya nos hemos servido unos ocho tés, acompaño a Waipo a la cocina. Juntas, lavamos las tazas y las cucharas y lo colocamos todo en su sitio. En el momento en que se dispone a coger la tetera, le hago una señal, y sonríe al comprender que yo me ocuparé de limpiarla.

Cuando no me mira, agarro un puñado de hojas de té usadas y las envuelvo en un trapo para después.

35

Nos dirigimos a otro templo budista —según Feng, un lugar muy importante — justo para el servicio de la tarde. Mientras camino detrás de mi abuela, percibo la tensión en sus hombros. Desliza la mano por encima de la balaustrada y solo la aparta cuando se topa con la seda brillante de una telaraña.

Este templo está construido con una piedra blanca inmaculada y tiene los tejados de un color verde apagado. Los bordes de los aleros están coronados con dragones y otras criaturas míticas que miran hacia abajo como guardianes. Uno de los dragones tiene los ojos entornados.

Parpadeo con fuerza para ahuyentar esa imagen. No me puedo librar de la idea de que me observa. De que me está advirtiendo de algo.

Una religiosa vestida de marrón nos hace una reverencia y nos entrega unas varas de incienso.

—*Amituofo* —dice mientras junta las palmas de las manos y se lleva la barbilla al pecho—. *Amituofo*. —Su voz es muy tranquilizadora, como si esas cuatro sílabas atenuaran las arrugas del mundo y lo recolocaran todo donde debería estar.

—Popo dice que siempre venían aquí juntas —me explica Feng—. En este templo tu madre pasaba la mayor parte del tiempo. Aquí es donde está su espíritu.

La última frase vuelve a despertar de golpe mi atención.

—¿Qué significa eso?

Waipo señala hacia una salita donde hay un *bodisatva* dorado dentro de una urna de cristal que llega hasta el techo y que brilla como si fuera un tesoro. A ambos lados de la figura hay cientos de placas de madera pintadas de color caléndula.

—Esas placas amarillas contienen los nombres de los muertos —continúa

Feng—. Incluido el de tu madre. Ella sabe que su nombre está aquí. Aquí es donde reside su espíritu.

«Donde reside su espíritu».

Recorro la salita con la mirada en busca de un fragmento rojo, de una pluma, de una sombra, de algo.

Mi madre mi madre mi madre.

De repente, un tambor retumba desde el suelo. En el aire se curva el sonido repetitivo de unas campanas como un arcoíris. Y, entonces, se eleva como una ola la voz amplificada de un monje. Cientos de voces se unen a coro siguiendo los altibajos de una canción que carece de una melodía real.

—Están cantando sutras para los difuntos. En especial, para aquellos que no han alcanzado aún los cuarenta y nueve días —aclara la chica.

Sacudo la cabeza sin entenderlo.

—¿Los cuarenta y nueve días?

—Cuando una persona muere, cuenta con cuarenta y nueve días para procesar el karma y soltar las cosas que lo aferraban a esta vida: gente, promesas, recuerdos… Luego llevan a cabo su transición. Por eso el templo mantiene cada placa amarilla durante cuarenta y nueve días. Después de ese periodo, las queman.

El ruido sordo de mi cabeza acompaña al que se produce contra mis costillas.

—¿Qué transición?

—La de renacer, claro —especifica Feng.

Cuarenta y nueve días. ¿Eso es lo que durará siendo un pájaro? ¿Cuántos días han pasado? No puede quedar mucho tiempo. Es increíble que nadie me haya hablado antes de todo esto.

«Soltar las cosas que la aferraban a esta vida». Pero yo no quiero soltarla a ella. No quiero que nos olvide. Que me olvide.

Waipo forma un ramillete con nuestras varas de incienso y hunde los extremos en una fuente de llamas. El tenue humo se suspende en el aire como una telaraña. No se parece en nada al incienso negro que tengo escondido en el cajón ni al humo negro de los recuerdos que se despliegan.

Feng y Waipo se arrodillan sobre un banco bajo y acolchado como si ya lo hubieran hecho antes. Como si vinieran aquí juntas a menudo. Las pestañas les rozan las mejillas y ambas bajan la barbilla a la vez.

Ojalá Feng no estuviera aquí. Esta idea lleva ardiendo en un rincón de mi cabeza todo el día, pero, ahora que ha salido a la superficie, no puedo volver a ocultarla. ¿No tiene nada mejor que hacer? ¿Por qué se pega siempre como una lapa? ¿Acaso Waipo la invita a venir porque le resulta raro estar a solas conmigo?

La imagen de ellas dos allí arrodilladas… es perfecta y pintoresca, algo que Axel podría pintar. Si me uniera a ellas, lo único que conseguiría es añadir

extrañeza. Una chica americana rara que no habla la lengua de sus antepasados. Cuyo pelo no es lo bastante oscuro, cuyas manos agarran el incienso con incomodidad. Cuya fe es dudosa.

Ojalá me sintiera más taiwanesa. Ojalá conociera todas las tradiciones y supiera qué hacer.

Este no es mi sitio. Debería irme, sin más.

Waipo vuelve la cara hacia mí.

—*Lai* —musita, y me llama con un gesto sincero.

Así que me arrodillo al otro lado con torpeza y pesadez. Las espinillas me duelen al caer en el banco con demasiada fuerza.

No importa, me digo. No importa si no soy de aquí, si soy un pez fuera del agua. Necesito encontrar el pájaro. Necesito llegar hasta ella antes de que pasen los cuarenta y nueve días.

Regresamos por el mismo camino hacia el aire bochornoso. Intento contar el paso del tiempo cuando oigo un chillido estridente y agudo sobre nosotras. A nuestro alrededor, la gente se protege los ojos de la luz e inclina la cabeza hacia atrás. Waipo y yo nos giramos hacia el sol del atardecer y creo vislumbrar el extremo de una cola roja que desaparece por detrás de un edificio.

El pájaro.

Mi corazón palpita, los dedos me tiemblan y el humo me escuece en los ojos, pero no puedo cerrarlos, no quiero perderla de vista si vuelve a aparecer.

Necesito alcanzarla, hablar con ella. ¿Por qué se va volando? ¿Por qué no desciende y habla conmigo como cuando yo estaba en casa? La impaciencia y la añoranza me envuelven formando volutas de aureolina y manchas violeta.

Nos quedamos allí de pie el tiempo suficiente como para que la gente comience a adelantarnos como un río que sortea las piedras.

¿Cuántos días quedan? Sigo contando.

36

La noche se extiende silenciosa e infinita. Tengo una teoría que me incita a la acción. La teoría es que, cuanto más tiempo lleve mi madre siendo un pájaro, más habrá olvidado sus necesidades y deseos humanos, y más me habrá olvidado a mí. Si no, ¿por qué pasaría volando por mi lado sin detenerse?

Han pasado cuarenta y un días.

Es lo que he contado y recontado para cerciorarme y hacerme una idea de todo el tiempo que ha transcurrido desde la mancha.

¡Qué daría yo por un mando a distancia con un botón que detuviera el tiempo o incluso que rebobinara un poco! Han pasado cuarenta y un días desde que mi madre se convirtió en pájaro, lo que significa que, cuando salga el sol, será la mañana cuarenta y dos. Contando con mañana, quedan ocho días para que mi madre realice la transición.

Ocho días.

Tengo que actuar más rápido. Quemar el incienso, ver los recuerdos. Hallar las pistas. Encontrar a mi madre.

He sacado todas las camisetas y pantalones de chándal de los que puedo prescindir y he encontrado unas tijeras. Hay algo muy meditativo en esto de abrir las hojas de acero y deslizarías por la tela, chas, chas, chas. De pequeña aprendí a tejer cestas a partir de camisetas cortadas en largas tiras. Es bastante fácil: cortas la camiseta en espiral comenzando por el bajo, de manera que la prenda se convierte en una sola cuerda larga. Necesito todas las cuerdas posibles.

Estoy tejiendo una red, la más grande que pueda, así que debo cortar la ropa en tiras muy finas. No creo que eso dañe al pájaro, puesto que el material es suave. Espero que reconozca mi olor, la marca particular del detergente para lavadora que siempre compraba. Si todo sale como está planeado, cuando la red caiga sobre ella, percibirá esos olores familiares y me verá, verá a su hija, su

propia carne, su propia sangre, antes de que se convierta en pájaro. Se calmará y me explicará qué quiere que recuerde.

Chas chas chas.

Mi cerebro no deja de trazar formas y repasar recuerdos. A veces, cuando entra en un bucle como este, intento calmarme inventando nuevos colores.

Una vez encontré un vídeo sobre unos científicos que crearon, sin intención alguna, un nuevo tono de azul. Lo llamaron azul YInMn.

Me pareció guay, pero también difícil de creer, porque ¿cómo es posible que el YInMn no existiera antes?

El YInMn, según dijeron, era supuestamente indeleble. Cuando llegué a esa parte, me entró un poco la risa. Todo desaparece.

Todo en el mundo físico, como el papel y los muebles, pero también en la mente. Los recuerdos, las emociones. La vida.

La amistad. Eso también desaparece. Solo es cuestión de tiempo.

Lo escalofriante es que, en el preciso instante en que lo pienso, mi móvil se ilumina y comienza a emitir aquella pieza que Axel me mandó. «Adiós».

37

Invierno, primer curso

Cuando la casa estaba vacía, buscaba pistas; empezaba por la habitación de mis padres. Tanteaba con cuidado. Los cajones emitían un susurro sonoro al abrirse. La puerta del armario crujía a modo de advertencia.

¿Qué esperaba…?

¿Una carta? ¿Un diario? Algo en chino habría resultado inútil. Pero Caro tenía razón: había que intentarlo.

Nada parecía extraño ni misterioso hasta que llegué al almacén del sótano; en una esquina había una pila de cajas de cartón gigantesca y cubierta de polvo que llevaba años sin que nadie la tocara. Nunca había reparado en ella.

Le pregunté a mi madre qué había en las cajas.

—No estoy segura. Algunas cosas son mías; otras, tuyas. Quizá tus viejos deberes del colegio. No me acuerdo. Es poco probable que haya algo de tu padre, él siempre tira lo que ya no usa. ¿Por qué lo preguntas?

La mentira me salió con facilidad:

—Necesito algunos trabajos antiguos, de primaria. Es para una tarea que nos han mandado. ¿Puedo buscar en las cajas?

—Vale, pero hay mucho polvo. A lo mejor, ya que te pones, podrías pasar la aspiradora y limpiar.

—Claro. —Traté de parecer reticente, aunque estaba encantada de tener una excusa para pasar más tiempo entre las cajas—. Yo me encargo.

Había muchas, y el contenido estaba totalmente desorganizado. Hurgué despacio en el caos de cada una de ellas, paranoica por obviar algo si iba demasiado deprisa. Había extractos bancarios y pólizas de seguros sin orden ni

concierto, pruebas de ortografía, redacciones y exámenes de ciencias sociales, postales viejas de mis abuelos paternos, piezas obsoletas de ordenador. Saqué algunos trabajos antiguos que encontré por si mi madre preguntaba algo.

Con suerte, durante las tardes entre semana —mientras ella estaba ocupada dando clases de piano— me daba tiempo a registrar media caja. Los fines de semana, en cambio, eran completamente improductivos. Si me quedaba en casa, mi madre pretendía que nos quedáramos charlando durante horas; y en caso de que se apoderara de ella el mal humor, la casa se encogía tanto que creía ahogarme.

Comencé a acudir a casa de los Renard los sábados y domingos para ayudar a Caro a organizar el material fotográfico y que así pudiera sacar primeros planos de las gotas de agua y de la cara de los bichos muertos. Cuando nos cansábamos, jugábamos al *cribbage* con sus abuelos.

Llevaba siglos sin tener una verdadera conversación con Axel. Hasta mi madre me preguntó por qué no venía a casa cuando ella preparaba empanadillas de cebolleta o gofres.

—Tiene novia, mamá —espeté—. Y mejores cosas que hacer.

En su rostro apareció una sombra marrón de dolor antes de volverse a suavizar.

—Entiendo.

La primera mañana de las vacaciones de Navidad trajo un golpeteo familiar a nuestra puerta, una cadencia que subió como un sueño hasta la segunda planta. Yo estaba tumbada bocabajo mientras dibujaba una vieja cámara que me había prestado Caro.

Esos golpes eran algo que había imaginado, estaba segura. Todas esas ilusiones se estaban manifestando en una especie de psicosis. Apreté fuerte el carboncillo contra el papel.

A continuación, sonó el mismo golpeteo en la puerta de mi habitación. Estaba tan desconcertada que casi arranco la página del cuaderno.

—¿Adelante? —No me gustó nada que sonara a pregunta.

La puerta se abrió y allí estaba Axel con su camisa de cuadros verde bosque. Tenía el pelo oscuro y ondulado, más largo que nunca. Le quedaba bien, le enmarcaba la cara. Sobre la frente le caían unos cuantos mechones como flechas que trataban de dirigir mi mirada hacia sus ojos.

—Hola, Leigh. —Me saludó como si no hubiera pasado nada en los últimos meses. Me quedé mirándolo—. Ay, me gusta el rosa. —Señaló el mechón de color de mi pelo—. ¿Te lo acabas de poner?

Quise responder con la voz más distante de la que era capaz. Lo que me salió fue:

—¿Por qué has venido?

Torció la boca. Intentó esbozar una sonrisa tensa.

—¿Ya no soy bienvenido?

—No. Es decir, sí lo eres. —Me senté mientras me preguntaba si tendría pelos de loca. ¿Me había peinado? Decidí pasar del tema—. Veo que ya no tienes mononucleosis. ¿Se la has devuelto a Leanne o qué?

Parecía dolido.

—La mononucleosis no funciona así.

—Ya —dije—. No lo sabía. Bueno, ¿y cómo está Leanne? ¿O prefieres llamarla Lee para abreviar?

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Cuando habló por fin, su voz fue muy suave:

—Nunca la llamaría así.

—¿Te estás dejando el pelo largo por ella?

Axel emitió una risa triste.

—¿Estás de coña? A ella no le gustaba nada, prefería el pelo rapado. Me lo estoy dejando largo por mí.

—¿«No le gustaba»? ¿En pasado?

—Corté con ella —anunció, encogiéndose de hombros—. La semana pasada.

Por una parte, me sentía aliviada; por otra, me podía la mala leche. Me levanté de la cama y me enderecé.

—Se supone que soy tu mejor amiga, ya sabes.

La cara de Axel se volvió gris.

—Leigh…

—No soy una sustituta. No soy nadie a quien sustituir.

—Tienes razón —asintió.

—Es una ridiculez que dejaras de ser mi amigo porque te echaras novia.

—Tienes razón.

Esta vez sí lo oí.

—¿Cómo?

—Que tienes toda la razón —repitió—. Fui un imbécil. Te di de lado. Supongo que no quería que vieras cómo era cuando estaba con Leanne.

No entendí muy bien qué quería decir con eso, pero tampoco estaba segura de querer oír más.

—¿Y por qué la has dejado? —preferí preguntar.

—No fui capaz de ver cómo era.

—¿A qué te refieres?

—Antes pensaba que era una chica interesante. Pero cuando empezamos a salir…, se convirtió en un reflejo extraño de mí. Todo lo que me gustaba le gustaba a ella. En cuanto yo quería hacer algo, ella también. Eso empezó a sacarme de quicio. No estaba saliendo con ella para tener una relación conmigo mismo, ¿sabes? Y, encima, la mitad de las veces ni siquiera eran cosas que quisiera o que me gustaran de verdad. Lo único que me apetecía era irme a mi cuarto a trabajar en mi música, pero no era una «actividad en pareja». —

Marcó las comillas con los dedos al pronunciar las últimas palabras y puso cara de fastidio—. Además, y esto va a sonar fatal…

—¿Qué? —pregunté. Precisamente eso era lo que quería oír.

—En fin, que era repulsiva con… el dinero. No es que su familia sea rica ni nada por el estilo. Me refiero a su forma de gastarlo. Un día, por ejemplo, se compró un refresco a la hora de la comida y se lo dejó en la sala de ciencias. Cuando volvió, alguien se lo había llevado, así que fue y se compró otro…, y ni siquiera se lo terminó. Lo tiró a la mitad. A su lado siempre me sentía… pobre, supongo.

—Ajá. —No supe qué más decir.

—Bueno, ¿podemos cambiar de tema? Necesito una dosis de normalidad. —Le sonreí con extrañeza—. ¿¡Qué!?

—Nada —contesté—. Es que por aquí las cosas tampoco han estado muy normales.

—¿Qué ha pasado?

Él siempre supo lo raro que era todo respecto a mis abuelos, así que le conté directamente lo que Caro me dijo sobre intentar averiguar algo.

—¿Y cuánto has avanzado con las cajas? —inquirió.

—No llevo ni la mitad. Pero espero encontrar algo cuando llegue a las más antiguas, que están al fondo.

Axel asintió.

—¿Puedo ayudarte?

La pregunta me sorprendió. Ni siquiera Caro se había ofrecido, aunque era posible que por respeto a mi intimidad. Ella era así, educada y considerada, sobre todo cuando se trataba de asuntos personales.

Pero esto era diferente. Axel era como de la familia.

—Claro que sí.

Soltó un suspiro que sonó a alivio.

—Entonces, ¿me perdonas? ¿Estamos bien?

Volví a coger el carboncillo.

—Te diré el color cuando lo averigüe.

La mitad de las vacaciones de Navidad se me pasó en un abrir y cerrar de ojos encerrada en el sótano. Con la ayuda de Axel, la revisión de las cajas fue mucho más rápida.

Caro se había ido a Colorado con su familia para hacer *snowboard* durante la semana y yo prometí mandarle un mensaje si encontraba algo interesante. De vez en cuando, me mandaba alguna foto. Sonreí al ver una en la que Caro

aparecía saltando por el aire y otra en la que Gaelle y Charles estaban tirados en la nieve, agarrados de la mano. Escondí rápido el móvil cuando recibí la imagen de una escultura gigante con forma de vulva que ella misma había modelado con nieve.

—El teléfono te echa humo estos días —observó Axel.

—¿Estás celoso?

Lo dije de broma, pero su gesto vacilante me hizo pensar que mis palabras habían dado en el clavo. Neutralizó la expresión poniendo los ojos en blanco.

—Caro te va a gustar —comenté—. Cuando vuelva. Ya verás.

El vuelo de regreso de mi padre se canceló por el mal tiempo. Era nuestra primera Navidad sin él. Su ausencia era como una grieta que, de tanto saltarla, se nos olvidada que estaba allí, pero en Navidad era distinto. En Navidad era un foso negro y vacío. Aunque no éramos religiosas, era la época del año favorita de mi madre.

Mi madre se pasó toda la mañana luciendo una falsa alegría festiva como si fuera un jersey chillón. Mi padre llamó desde el hotel, hablé con él unos veinte segundos antes de que mi madre agarrara el teléfono y se lo llevara a la planta de arriba. Me quedé en el recibidor con la oreja puesta, a la espera de escuchar el culmen de una discusión. Pero, al cabo de unos minutos, bajó de nuevo a la cocina y se puso a freír unas empanadillas chinas.

Axel se pasó después de cenar para intercambiarnos los regalos. Apagamos todas las luces salvo las bombillitas parpadeantes de Navidad y nos colocamos en la cama uno enfrente del otro con las piernas cruzadas. Desde séptimo había una regla tácita: nuestros regalos tenían que estar hechos a mano.

Abrió la cremallera de su mochila y sacó lo último que yo hubiera esperado: un proyector del colegio. Reconocí el apellido del profesor de historia marcado en uno de los laterales con rotulador permanente.

—¿Has robado el proyector? —pregunté.

—Lo he tomado prestado durante un tiempo indefinido. Para mejorar la calidad de las presentaciones. —Había abierto el portátil y buscaba entre las carpetas—. Cierra los ojos.

Resoplé.

—¡Lo digo en serio! —Entrecerró el ordenador—. Cierra los ojos o no te doy el regalo.

Me dejé caer en posición horizontal y me llevé una almohada a la cara. Le oí teclear.

—Cuesta respirar así, ¿sabes?

—Se te da mal seguir instrucciones. No te he pedido que te asfixies. —Más ruidos de teclas. Varios clics—. Ya está. ¿Te acuerdas de la memoria USB que te di? La que contenía los temas de *El manzanar de Lockhart*.

—Por supuesto. —Al momento deseé haber dicho algo más indiferente.

—Pues esto acompaña a esos temas. Puedes incorporarte.

Me senté de nuevo. Tardé un poco en adaptar la vista, ya que Axel había dirigido la luz del proyector hacia el techo y había colocado una pecera redonda bocabajo sobre la lente para distorsionar la imagen. Unas enérgicas pinceladas de acuarela formaban una cúpula en el techo y las paredes.

—¿Preparada? Ya estamos. Escucha.

Axel llevó el dedo a la barra espaciadora. La música comenzó y la reconocí de inmediato. El vaivén de las cuerdas, el fragor de una guitarra eléctrica. Las acuarelas cambiaban de forma. Los esbozos azul regio de un parque infantil giraban a nuestro alrededor. La música se oscureció y el parque se desmoronó. Unas vetas negras con forma de rayo se clavaban desde el techo al ritmo de las notas bruscas del bajo.

El mundo estaba hecho de fragmentos dentados que giraban y se retorcían. De algún modo, había transformado sus acuarelas en elementos que se unían como baldosas, como teselas, para volver a encajar.

—He hecho un vídeo para cada pieza musical —explicó casi con timidez.

—Es increíble —le dije—. En serio. No sé cómo se te ha ocurrido.

—Los he diseñado para que se vean mejor así, proyectados en una burbuja —aclaró con una sonrisa. Pulsó un botón y comenzó a sonar la siguiente pieza.

Me recosté y permanecí tumbada con la almohada entre los brazos mientras las imágenes se combaban y cambiaban de forma. Al cabo de unos segundos, Axel también se tumbó y acomodó la cabeza sobre su sudadera doblada. Yo olía su champú. Era un olor reconfortante que provocaba en mí el deseo de acariciarle el pelo. Le lancé una mirada a hurtadillas.

Pero él no prestaba atención a la proyección; me miraba a mí. Nuestros ojos se cruzaron y el calor se elevó por mi rostro. No aparté la vista.

38

Cada vez que evoco esos recuerdos es como tomar aire fresco. Intento quitarme de encima la sensación de estar rememorando mi vida. Intento pensar en algo más, en algo que no tenga nada que ver con Axel. Porque pensar en Axel es pensar en aquel día en el sofá de su sótano, el mismo día en que mi madre se convirtió en pájaro. El día en que todo cambió de manera irreversible.

Lo que necesito es un tipo de recuerdo distinto. Me duelen las manos de tanto cortar, así que suelto las camisetas y las tijeras y abro el cajón que contiene el incienso y las cerillas.

Desde que la pluma ardió y me mostró el pasado, he intentado descifrar cómo pasó. La primera vara de incienso me trajo cosas que casi había olvidado. Pero cuando encendí el incienso con la pluma, algo se activó en el humo. Algo distinto. Se mezcló con recuerdos que no eran míos, con momentos que no sabía que hubieran sucedido.

Sola en la habitación, envuelta en un silencioso insomnio, enciendo una nueva vara de incienso. Desenvuelvo el trapo húmedo y saco el puñado de hojas de té…

39
—Humo y recuerdos—

Se produce el fogonazo, los colores del tiempo que cambia.

Hay un destello y percibo un olor a madera quemada.

Despacio, mis ojos se acostumbran a la penumbra. Estoy en una pequeña casa de campo y, en un hueco de la pared, arde un fuego bajo. Cuando me doy la vuelta para mirar, algunos fragmentos son más borrosos que otros y sus colores se difuminan como en las fotografías antiguas.

Una mujer se mueve por debajo de una manta raída sobre un lecho de hierba seca, tiene la cara roja por el esfuerzo y brillante por el sudor.

—Es una niña —anuncia la comadrona desde los pies de la cama. No habla mi lengua, aunque la comprendo igual.

Agarra unas tijeras de acero relucientes, las abre como dientes y separa el cordón umbilical con un corte sonoro.

La madre se estira para tomar en brazos el revoltijo de pequeñas extremidades.

—Una hija —dice su marido—. ¿Nos quedamos con esta?

La mujer aparta una pizca de suciedad pegada a la nariz del bebé.

—No. Esta la vendemos.

Los colores se oscurecen. Una luz trémula y un estallido aportan una nueva

claridad.

La misma mujer, en el umbral de su cabaña, acuna al bebé, que es pequeño, inconsciente y está envuelto en harapos. El rostro de la mujer está manchado y vacío; junto a ella, su marido parece abatido. Él toma un sucio fajo de dinero de un hombre medio calvo en la hierba que crece junto a su casa. El hombre coge a la niña. Una transacción sencilla, corazones aparte.

El hombre medio calvo se lleva al bebé por el campo y entre los árboles hacia la montaña. Una vez dentro de su ruinosa cabaña de barro, le muestra la niña a su mujer. Ella ya está acunando en sus brazos otro cuerpecito y lo ayuda a que encuentre el pezón con su diminuta boca para alimentarse.

—¿Cómo llamaremos a nuestra nueva hija? —pregunta el hombre.

—Yuanyang —dice ella, sin dejar de acunar al otro bebé.

—¿Cómo los pájaros? —duda él, aunque no parece sorprendido del todo.

—Exacto, como los pájaros —contesta ella.

—Yuanyang —repite el hombre para sí mismo.

Hay algo en el humo, en el cariño con el que pronuncia el nombre… De pronto, lo entiendo todo. Se trata de mi abuela. Yuanyang es Waipo.

—Yuanyang —dice de nuevo el hombre, y la lleva al otro lado de la habitación para ver a su otro hijo—. Mira a quién tiene mamá en brazos. Es nuestro hijo, Ping.

Parpadeos, oscuridad, destello. Aparecen nuevos colores; el olor de este recuerdo es telúrico y verde.

Yuanyang, con siete años, contempla cómo todos saludan a su tío, que ha venido para celebrar el Año Nuevo lunar. Veo su mente, oigo sus pensamientos, siento lo que ella siente.

—¡Ping! ¡Qué grande estás! Ya mismo serás más alto que tu madre. —El tío se ríe con ganas mientras cruza la puerta—. Ocho años, un número de la suerte. Será un buen año para ti.

Ping sonríe con satisfacción.

—Gracias por venir, tío. Feliz Año Nuevo.

—Gracias por venir —repite la madre—. Debes de estar cansado después del viaje. ¡Yuanyang, tráele el té a tu tío!

En la pequeña cocina, hay preparativos por todas partes. El tablón de madera que hace las veces de mesa está cubierto de especias. Cuencos manchados de salsa y aceite. Fia y batatas asadas, hojas de batata salteadas y papilla de arroz. Sopa de tallarines sin carne, pero con hueso de cerdo, lo cual es un lujo poco frecuente. Un puñado de espinacas de agua, gracias a un vecino que fue de excursión a la montaña. Hay incluso varios huevos de té; si Yuanyang tiene suerte, probará un trozo.

Se pregunta cómo han sido capaces de permitirse toda esa comida. Ping es afortunado, su cumpleaños coincide con la fiesta más importante. Solo una vez al año comen como la gente que merece vivir.

Busca con la mirada la tetera que calentó hace un momento. Ahí está, en un tocón de árbol al fondo de la cocina, junto a la pila, la única fuente de agua de toda la casa. Se envuelve las manos con unos trapos para no quemarse con la tetera.

Yuanyang coloca una taza delante de su tío y vierte el té rojo despacio, con cuidado de alejar el codo para no parecer maleducada. Él se da dos golpecitos con los dedos en la rodilla, como señal de agradecimiento, y la niña se escabulle. Su trabajo es mejor cuando se vuelve invisible, cuando se funde con la pared y se convierte en uno de los escasos muebles.

Se dirige a la cocina sabiendo que *mama* querrá que limpie todo el desaguisado. Pero, al marcharse, oye que el tío chasca la lengua y dice:

—Cuando llegue el momento, Yuanyang será la esposa ideal para Ping.

La pequeña Yuanyang se queda de piedra y casi tropieza por el camino. Oye a su madre comentar en voz baja:

—Solo espero que se le ensanchen las caderas o no será capaz de parir un niño sano.

La oscuridad cae como un velo, seguida de un amplio rayo de luz que se despliega en nuevos colores.

En la abrupta ladera de una colina, Yuanyang, que tiene nueve años, se encuentra entre unos arbustos que le llegan por el hombro. Lleva una bufanda andrajosa alrededor de la cabeza y sobre ella, una tira de cuero le aprieta la frente para sostener la cesta que acarrea en la espalda. El sudor le cubre las sienes y le cae en gruesas gotas por la cara. Con manos rápidas, arranca hojas y brotes de los arbustos.

Mientras Yuanyang avanza por la montaña, se pregunta quién será su familia biológica y qué vida llevarán. Se imagina a una madre que le cose bonitos vestidos y la peina con elegantes trenzas. A un padre que le enseña canciones acompañadas de una flauta de madera, cuyos agujeros recorre hábilmente con los dedos mientras contiene el aire con los labios. Yuanyang se pregunta si tendrá hermanos. ¿Quizás una hermana con la que compartir la cama y a quien susurrar secretos?

Con una mano, se seca el sudor de la frente. El trabajo es agotador, pero más fácil que la escuela. Más fácil que estudiar los caracteres, arañándolos en el barro, con la preocupación de que, ante cualquier error, el profesor la golpeará en la mano con una vara. Aquí, entre las hojas, el único castigo es el calor del sol o la picadura ocasional de algún insecto. Pero se está en silencio. Nadie le dice cómo pensar. Tiene las manos ocupadas, pero la mente libre para divagar.

Se lleva un puñado de hojas de té a la nariz e inspira hondo para dejar que el olor verde le cuente los secretos de la tierra.

40

¿Era real? Tenía que serlo.

Mi cerebro no para de darle vueltas a estos fragmentos una y otra vez.

Yuanyang.

Pienso en el esmero con el que mi abuela preparó el té. La intensidad con la que miraba la bolsa de aluminio llena de hojas curvadas y tiesas.

Pronuncio su nombre en voz alta para sentir su forma en la lengua:

—Yuanyang.

Yuanyang, que es mi *waipo*.

¿Será Ping… mi *waigong*?

En mi cerebro todo es un destello de incredulidad con tonos iridiscentes, como los colores que desprende el sol sobre una superficie aceitosa. Asombro y tristeza. Porque siempre imaginé que sería mi madre quien me contaría la historia de su familia. No unos recuerdos materializados a partir de unas volutas de humo de incienso, no unos recuerdos que parecen robados.

Y, de algún modo —estoy convencida—, esos destellos del pasado me conducirán a mi madre, el pájaro. Esos fragmentos me ayudarán a encontrarla, la traerán hasta mí.

Y, cuando llegue el momento, estaré preparada.

Cojo las tijeras de nuevo e inserto los dedos en los ojos de plástico para agarrarlas bien.

41

Ya he cortado todas las camisetas y tengo la mano dolorida, así que decido descansar un poco.

El cuerpo me pesa por el cansancio, pero el cerebro no se detiene. Se agita como un animal inquieto. Cuando cierro los ojos, el pasado danza por la oscuridad con borbotones y remolinos de luz.

Dormir es algo que no recuerdo. He olvidado su cara, su olor y su textura, como si se me hubiera borrado de la mente.

Pienso en el templo, en la gente cantando, en la melodía de sus palabras, oscura y rítmica.

Pienso en esa cola que pasó sobre nosotras. Necesito que descienda del cielo y se quede aquí durante un tiempo.

Quiero que recordéis

Lanzaré la red: con suavidad, con cuidado, para que sienta que no quiero hacerle daño. La atraparé y ella me hablará. Me dirá lo que necesito saber.

Parpadeo y el techo se vuelve sombrío. Las grietas aparecen otra vez, se ensanchan y se extienden. Ya ocupan toda la superficie y comienzan a resquebrajar las paredes. Una esquina entera ha desaparecido, como si alguien hubiera arrancado un trozo. No hay nada que ver, solo el olvido compuesto del negro más oscuro.

Parpadeo de nuevo y desaparece.

42

En la oscuridad del amanecer, la pantalla de mi móvil brilla como un relámpago, candente como los últimos correos recibidos.

Axel.

DE: axeldereckmoreno@gmail.com
PARA: leighinsandalwoodred@gmail.com
ASUNTO: (sin asunto)

Los domingos que había gofres, a veces llegaba a tu casa antes de que te levantaras. Aquellas mañanas tu madre y yo nos sentábamos a tomar café antes de que ella preparara la masa de los gofres. Hubo un domingo que, sin venir a cuento, me dijo: «¿Te gusta Emily Dickens?».

Yo le pregunté si se refería a la poeta Emily Dickinson, porque justo por esa época acabábamos de registrar aquellas cajas. Me contestó que sí y se puso a recitar poemas con voz tranquila y firme.

Me acuerdo muchas veces de esa mañana. Siempre recordaré uno de los poemas:

> El otro día perdí un mundo.
> ¿Lo encontró alguien? Se conocerá
> por la hilera de estrellas
> que le ciñe la frente.

Ni siquiera estoy seguro de que sea el poema

completo, pero pienso mucho en él. Me pregunto qué perdió ella.

43

Invierno, primer curso

Un día, hacia el final de las vacaciones de Navidad, Axel y yo estábamos abajo con las últimas cajas.

—¡Agh! ¡Dios mío! —gritó mientras se levantaba de golpe y agitaba los brazos.

—¿Qué? —Yo también me puse de pie, alarmada—. ¿Qué pasa?

—Había una araña. Una araña, seguro. Se ha ido por ahí. —Señaló hacia una caja a medio abrir.

Puse cara de desesperación.

—¿En serio? Si era venenosa…

—No… Uff, creo que era una segadora.

—Madre mía, Axel. Una segadora. Son como los perritos salchicha de los arácnidos. Pensé que ya lo habías superado.

—No. Tiene. Gracia —dijo con los dientes apretados—. ¿Podrías matarla?

—Claro, si me ayudas a levantar la caja para buscarla.

—Uff. Venga.

Agarró dos de los bordes de la caja y yo la cogí por el lado opuesto. La desplazamos tres pasos hacia la derecha y estiramos el cuello para mirar la marca cuadrada sobre la moqueta *beige*. Estaba lisa y vacía.

—No la veo.

Aguzó la vista.

—Dios… Si está dentro de la caja…

Justo en ese momento, vi que asomaban unas patas por fuera, desde el fondo, no lejos de mi mano izquierda.

—No mires… —comencé a decir, pero ya era demasiado tarde.

Axel chilló, dejó caer la caja por su lado y se alejó de un salto. Yo también la solté; pesaba demasiado para mí sola.

Y entonces no puede evitarlo: me dio un ataque de risa, unas carcajadas amarillo monoazo tan fuertes que se la saliva me escapaba de la boca. Me reí tanto que me dolía la barriga, se me secó la garganta y se me saltaron las lágrimas. La risa era por la araña, pero también porque llevaba meses sin sentirme tan a gusto.

Él esbozó una sonrisa avergonzada.

—Parece que ha muerto.

—¿Ya estás contento? —Aún trataba de contener las últimas carcajadas.

—Lo estaré cuando retires el cadáver.

—¡Virgen santa! —Me fui a buscar un papel.

—Pero si tú no crees en la virgen.

—Tampoco creo en matar cosas y mira lo que acabo de hacer por ti.

Abrimos juntos la caja. Al instante, resultó obvio: era diferente a las demás. En vez de carpetas y papeles, estaba llena de sobres casi hasta arriba.

Axel agarró un montón y los extendió en forma de abanico.

—Están todos cerrados.

Escogí uno de ellos. Estaba dirigido a Dorothy Chen, pero al lado había también unos caracteres chinos. El remite estaba escrito entero en chino salvo las últimas palabras, que eran: «Taiwán (República de China)».

Ordenamos los sobres según la fecha del matasellos. Las últimas eran de hacía más de una década.

—Joder —dije—. Es increíble que no las haya leído.

—¿De quién crees que son? —preguntó Axel.

Sacudí la cabeza. Me dieron ganas de preguntarle a mi padre… pero seguro que no me contaría nada.

—¿Crees que son de ellos? —insistió Axel—. ¿De tus abuelos?

Agarré un montón de cartas y examiné los detalles. La dirección del remite siempre era de Taiwán. Y el nombre —o lo que yo suponía que era el nombre, escrito con trazos bruscos— era también el mismo.

Asentí despacio.

Axel fue a sacar otro puñado más, cuando algo se le cayó de la mano. Lo recogió: una pulsera. Pequeñas bolitas de jade verde veteado engarzadas en oro. Me la abroché en la muñeca; las piedras eran pesadas y frías en contacto con la piel. ¿De quién era esa pulsera?

—Qué curioso —dijo Axel. Levantó un libro con las tapas de cuero gastado. En la cubierta se leía: *Los poemas de Emily Dickinson*.

Tenía el olor acre y rancio de las cosas antiguas. De las cosas que una vez fueron amadas y luego olvidadas. Busqué notas en los márgenes sin encontrarlas, aunque sí había fragmentos subrayados, palabras resaltadas y

estrofas enteras rodeadas con un círculo. Faltaban algunas páginas, otras estaban manchadas. Habían doblado las esquinas de las hojas, ahora frágiles. Lo abrí por la mitad.

Me das dejado confines de dolor
vastos como el mar,
entre la eternidad y el tiempo,
tu conciencia y yo.

—Es lo único escrito en inglés —dijo Axel mientras curioseaba en la caja —. Suponiendo que todas las cartas estén en chino, claro.

¿Lo estaban? Era una cuestión importante. Pero si abría uno de esos sobres, traspasaría un límite. Lo que estaba haciendo en ese momento —rebuscar en las cajas— solo era explorar, pero, en el instante en que abriera el correo de alguien, pasaría a fisgar. Sería una violación de la intimidad. Sentí que mi cuerpo era naranja por la culpa anticipada.

Me vino un pensamiento: ¿y si mis abuelos no sabían siquiera de mi existencia? ¿Y si no tenían ni idea de que en la localidad de Fairbridge había una descendiente suya, medio asiática y medio blanca, que se moría por conocerlos?

Eso sería un desastre. Ya oía la rabia de Caro revolviéndose en mi caja torácica y la curiosidad de Axel extendiéndose por mi columna.

Pero ¿qué sentía yo, independientemente de los demás?

Solo el frío agarrotado verde menta de ser incapaz de procesar lo que estaba delante de mí.

Rasgué el sobre de una de las cartas de Taiwán antes de cambiar de opinión.

Unas líneas a bolígrafo surcaban el papel con unos trazos finos y tenues. Todo estaba en chino, y no reconocí una sola palabra. Pensé que identificaría algo —un «tú», un «yo», un «de»—, pero nada parecía estar en su sitio. No era la escritura a la que mi padre me había acostumbrado cuando me enseñó, sino que parecía el equivalente chino de la cursiva. Elegante. Con el movimiento del agua. Difícil de leer.

Cuando llegué al último montón de cartas, un pequeño rectángulo duro se deslizó entre los sobres y cayó bocarriba junto a mi rodilla.

Una fotografía. En blanco y negro —mejor dicho, marrón y amarillo, ya que estaba desvaída por el tiempo—, mostraba a dos niñas, una al lado de la otra, que miraban a la cámara sin sonreír. Ambas llevaban un vestido claro y merceditas oscuras. Una tenía el pelo recogido en una larga trenza de espiga que le caía por delante del hombro. La otra llevaba dos coletas altas que le descendían en bucles a ambos lados de la cabeza. Parecían hermanas.

Axel se acercó para ver la foto.

—¿Quiénes crees que son?

—Ni idea.

—¿Puede que una de ellas sea tu abuela? —preguntó.

Miré con atención, como cuando trataba de identificar los puntos más claros y más oscuros de un dibujo. Busqué algo en esos rostros que me resultara familiar, pero ¿qué se podía ver ahí? No eran más que dos niñas pequeñas, lo más probable es que tuvieran menos de ocho años. Metí la foto entre las páginas del libro de poesía.

Esa noche vi a las niñas de la fotografía. En el sueño tenían la misma cara, el mismo vestido y los mismos zapatos, pero habían crecido. Su cuerpo era viejo y arrugado de cuello para abajo. Se encorvaban al caminar.

«¿Quién eres?», preguntaban sin mover la boca.

«¿Quién eres?».

«Soy la hija de Dory», contestaba yo.

«Dory no tiene ninguna hija», replicaban.

Estiraron la mano. Ambas llevaban un borrador de pizarra, de esos que tienen fieltro en la base, y comenzaron a borrarme desde los pies hacia arriba. Cuando me desaparecieron las rodillas, era incapaz de moverme y me sentía obligada a ver cómo se desvanecía mi cuerpo.

Me desperté sobresaltada justo cuando me iban a borrar la cabeza.

44

Por fin, el aire no es tan pegajoso y llega una negrura fresca y aterciopelada.

Me envuelve, se instala como una manta. Oscurece todo lo que hay en la habitación, de manera que ya no veo el techo ni las paredes. Solo estoy yo y el ritmo de mi respiración. Mi pecho, que sube y baja. Mis dedos se estiran.

—Leigh.

No estoy en mi habitación. Voy a la deriva por un cielo vacío, frío y despejado, carente de gravedad. Estoy flotando por la más negra de las negruras.

Cuando el ruido de un suave aleteo me alcanza los oídos, ya sé lo que estoy a punto de ver.

—¿Mamá?

El pájaro se desliza hacia mí desde la oscuridad, majestuoso y elegante, con sus relucientes alas rojas.

Me estiro para abrazarla.

Aletea una vez, luego otra.

Titubea. Sacude las patas con fuerza para intentar agarrarse a algo. Cuando una de las afiladas garras se cierra en el aire, se convierte en cenizas. Se desintegra, consumida como una vara de incienso.

El pájaro grita:

—¡Leigh!

Tengo el corazón en la garganta. Parpadeo y me siento, pero ya ha desaparecido.

Un sueño. Solo un sueño. Pero el sonido de su voz retumba en mis oídos hasta que amanece.

45

Todavía me late el corazón cuando la clara luz del día ilumina el apartamento.

La noche ha transcurrido rápida y lenta a la vez, un angustioso giro alrededor de todos los colores oscuros y tenues.

Cuarenta y dos días ya. Sé con exactitud lo que significa el sueño: cada día que pasa, mi madre mengua un poco más. Tengo que encontrarla.

Cuarenta y dos días.

Me encuentro a Waigong junto a la puerta del salón. Se está quitando las zapatillas para ponerse los zapatos de calle. Se apoya con una mano en la pared y con la otra se calza las deportivas y se abrocha el velero.

Cuando cruzamos la mirada, mi abuelo me sonríe. Extiende la mano con la palma hacia abajo y la sacude hacia el suelo. Tardo un momento en procesar el gesto: me está invitando a que lo acompañe.

Cuarenta y dos días.

Tal vez veamos algo. Algún indicio del pájaro. Alguna pista.

Waigong es más lento que Waipo, con su largo bastón y su cojera escorada. El cielo aún está gris cuando salimos, pero se abre a los colores acuosos de la mañana a medida que caminamos. Acabamos en el parque, donde serpenteamos entre el follaje hasta detenemos para observar los insectos que se cuelan por los huecos acampanados de las flores.

Al principio, el silencio parece extraño, pero una vez que me acostumbro a que mi abuelo esté callado, comienzo a hablarle en inglés. Resulta agradable hacer como si me entendiera.

—He tenido un sueño —le cuento—. Uno horrible.

Mi abuelo me lanza una mirada larga y firme. Me guía hacia un banco, donde nos sentamos durante un rato para observar a dos niños que juegan al pilla-pilla alrededor de un pequeño parque infantil. Al otro lado, bajo un cenador, hay una mesa. Dos ancianos están sentados, uno enfrente del otro, y

miran algo que hay en medio, algún tipo de juego. Se turnan para mover unas fichas planas.

—¿A qué juegan? —pregunto.

Waigong no dice nada, pero imagino que será algo parecido al *backgammon* o tal vez a las damas.

Observo a mi abuelo mientras él mira a los jugadores y busco los rasgos de Ping en su rostro. ¿Era él? Trato de imaginar a Waigong creciendo junto a Waipo, como un hermano.

La perversidad de la idea hace que me estremezca. Por muy adoptada que fuera mi abuela. Dos hermanos comprometidos y casados. ¿No les parecía extraño?

Un zumbido insistente resuena en el aire. Toma la forma de un traqueteo y acelera el ritmo hasta que se vuelve constante. Es un ruido a medio camino entre un chirrido sordo y un zumbido eléctrico.

Recorro la zona con la mirada, pero no encuentro nada en lo que fijarme.

—¿Qué suena?

Waigong señala con un dedo tembloroso.

En una rama delgada del árbol más próximo, hay algo marrón e inmóvil, casi del tamaño de mi pulgar.

Una cigarra.

La miro durante un buen rato hasta que advierto que está demasiado quieta. Es solo el caparazón, una envoltura que se quedó atrás como una casa vacía.

No vemos a la que está cantando, pero cada vez chilla más. El ritmo cambia, se acelera, se ralentiza. Se acerca como una ola, se retira como la marea. Seguimos escuchando hasta que el sonido se desvanece.

Antes de volver a casa, mi abuelo se detiene cerca de un retazo de flores moradas. Las toca, recorre su borde sedoso con los dedos y las va apartando hasta que encuentra la flor perfecta. Agarra el tallo por la base, cerca del suelo, y lo dobla para arrancarla.

Cuando me la acerca, le digo:

—Es preciosa.

La más perfecta. Se la llevamos a Waipo.

46

Lo primero que veo cuando Waigong y yo llegamos al piso es a Feng, que lleva una de sus blusas floreadas con unos colores tan chillones que me dañan la vista: girasoles pintados con tonos fluorescentes. Está sentada a la mesa del comedor, donde hay unos cuencos con una papilla de arroz blanca como la nieve, mientras charla alegremente con mi abuela en un taiwanés acelerado. La televisión está a todo volumen, pero su voz suena por encima. El ruido me rechina en los oídos. Sin dejar de hablar, Feng se gira para saludarnos con la mano con una sonrisa de medialuna afilada y deslumbrante.

Reprimo un suspiro. ¿No se cansan Waipo y Waigong de ella?

Feng describe algo con las manos y dibuja amplios círculos, casi como una parodia.

Enfrente de ella, justo delante de la cocina, Waipo se agarra la tripa con los ojos apretados y se apoya contra la puerta mientras se parte de la risa como si no supiera hacer otra cosa.

En la televisión, el público también se ríe. Es como si el universo hubiera planeado al detalle una broma absurda donde todo se sincroniza y yo soy la única que se queda fuera.

Me quito los zapatos haciendo mucho ruido.

—Leigh —dice Feng—, *lai chi*.

«Ven a comer». Como si ella fuera la anfitriona. Como si este sitio fuera más de ella que mío.

Saco la silla de debajo de la mesa con el mayor estruendo posible.

—A lo mejor podríamos poner un poco de *yinyue* —dice Feng con aire de estar encantada consigo misma por haber mezclado el inglés y el mandarín—. *Yinyue* significa…

—Música —interrumpo—. Lo sé. —Mi buen humor por el paseo con Waigong se ha ido al traste.

—Oh. —Me examina la cara durante un momento y yo intento que mi expresión sea dura como la roca—. ¿Va todo bien?

—Claro —respondo—. Todo bien.

Feng se da la vuelta y dice algo en taiwanés. Al principio me pregunto si le estará contando a Waipo lo horrible que soy, pero mi abuela responde con un gesto de entusiasmo y la mano en el aire. Cruza el salón despacio, apaga la tele y enciende un antiguo reproductor de CD.

Las cuerdas canturrean con un suave vaivén. Por encima, como campanas colgadas de las estrellas, se unen las notas austeras y delicadas de un carrillón. Una mujer comienza a cantar con una voz zalamera, cálida y con un *vibrato* lento. La letra está en mandarín.

Feng se pone a cantar. Su buena voz es sorprendente; cuando sonríe entre verso y verso, su rostro resplandece.

—Esta canción fue muy popular en sus tiempos —dice durante la parte instrumental.

Y entonces noto que la melodía me resulta familiar y que, en cierto modo, la reconozco. Sin embargo, estoy segura de no haberla oído nunca, porque nunca he oído canciones en otras lenguas. ¿Es posible que la oyera de bebé? ¿Funciona así la memoria?

Entonces caigo en la cuenta. Nunca he oído esta pieza cantada, pero sí al piano. Esta misma melodía, en las octavas más altas, con el acompañamiento de la mano izquierda. Cuando cierro los ojos, veo a mi madre inclinada sobre el piano con los ojos cerrados, tanteando la canción con las manos. Lo único que yo sabía es que era improvisada, ya que nunca le salía de la misma forma.

En la silla de al lado, Waigong dibuja pequeñas sonrisas en el aire con un dedo al ritmo de la música como si dirigiera la orquesta.

—La cantante se llama Teresa Teng —explica Feng—. Deng Lijun. ¿La conoces?

—*Ni mama zui xihuan* —dice Waipo. «La favorita de tu madre». Me acerca la caja del disco.

La portada muestra a una mujer de mejillas sonrosadas con el pelo negro rizado y ahuecado, y una expresión suave y recatada en el rostro.

¿Cuántas canciones reconocería si oyéramos el CD completo?

Waipo cubre la mesa con platos llenos de guarniciones para el *congee*. Hay unos encurtidos dulzones y negros, y unas rodajas finas de brotes de bambú aderezadas con aceite que antes me encantaban. No recuerdo la última vez que las tomé. También hay una verdura salteada que no reconozco, lonchas de embutido rojo y unos bloques rojizos de pasta o de tofo. En el último cuenco, veo unos pequeños nudos de algo marrón y blando en almíbar con cacahuetes asados en los bordes.

Siguiendo el ejemplo de Waigong, me ayudo de unos palillos para servirme un poco de todo.

—Waipo, *ni zai nali…?* —comienzo con voz decidida. «Dónde estabas…». Me esfuerzo por encontrar las palabras en mandarín. Quiero preguntárselo yo para ver la cara que pone.

—Dilo en inglés —propone Feng, que nos mira mientras comemos—. Yo lo traduzco.

Casi no soy capaz de tragarme la respuesta borde que me quema en la garganta. Me dan ganas de soltarle que no necesito traductora, pero es mentira. La necesito para obtener las respuestas a mis preguntas.

—Quiero saber dónde nació y dónde se crio —digo a regañadientes, ralentizando las palabras y odiando su sonido en inglés—. Cómo era la vida con…, con su familia.

Feng lo traslada al taiwanés. Me gustaría que se limitara a hablar en mandarín para saber cómo se dice.

Waipo me mira directamente al responder, cosa que agradezco.

—Dice que nació justo a las afueras del distrito de Alibung Mountain. Sus padres no tenían dinero y ya tenían un hijo. Como simplemente era una niña, se la vendieron a otra familia.

Sacudo la cabeza.

—Pero tú… —Me vuelvo hacia Feng—. Ella era su hija.

—Cuando alcanzara la edad adecuada y se casara con alguien de otra familia, sería hija de esa otra familia. Para sus padres no resultaba económico quedarse con ella, alimentarla y criarla para que luego se marchara. Lo lógico era venderla.

Mi abuela asiente con franqueza.

Pienso en la mujer del recuerdo. En el hombre medio calvo que se llevó al bebé.

—¿Eso era algo… común?

—Sí —responde Feng—. De hecho, los padres adoptivos de Popo vendieron a su hija para comprar a tu abuela. Fue un buen negocio porque así, cuando creciera, Popo sería la mujer de su hijo.

—¿A pesar de que se criaran juntos? ¿A pesar de que eso los convirtiera en hermanos?

—Al vivir con ellos, Popo aprendería todas las costumbres y gustos de la familia —explica Feng—. La educarían para ser la nuera perfecta y, cuando se casara con su hijo, no haría falta dote.

—Entonces ¿Waigong…? —comienzo a decir.

Waipo sonríe y se apresura a seguir hablando; las palabras brotan de su boca con rapidez.

—El compromiso no salió exactamente como estaba previsto. El padre adoptivo murió; Popo era solo una niña, pero dejó el colegio y se puso a trabajar recogiendo hojas de té para ganar dinero y que pudieran sobrevivir. Ella se convirtió en la principal fuente de ingresos.

—¿Y su hermano? —pregunto.

Waipo se encoge de hombros.

—Él no sabía asumir ningún tipo de responsabilidad. No tenía mal corazón… Era un niño rebelde que perdió a su padre demasiado pronto. Cuando Popo se hizo mayor…, su madre se la llevó aparte y le dijo: «Yuanyang, no tienes que casarte con él. Has sido una hija muy buena. Tienes un gran corazón. Haz lo que desees, vive tu vida y sé feliz». De ese modo, se anuló el compromiso.

Intento imaginar una vida rural en las montañas, recogiendo té y sin ir a la escuela. Si hubiera estado en su lugar, creo que me habría fugado.

—¿Se marchó?

Waipo sacude la cabeza.

Feng traduce:

—Se quedó. Su madre le enseñó a cocinar y a coser. Le enseñó a reunir a las gallinas cuando se asustaban, a atar ristras de petardos para venderlos durante el Año Nuevo lunar. Se comprendían; para cada una, la otra era su verdadera familia. Así que su madre se quedó con ella, en la misma casa donde siempre vivieron…, hasta el día en que un joven llamó a la puerta. Un hombre que Popo nunca había visto.

—Waigong —digo, y miro a mi izquierda. Él me sonríe y sacude un poco la cabeza.

—No —continúa Feng—. No era tu abuelo. Esto sucedió antes de que él se trasladara desde China hasta Taiwán. Cuando tu madre abrió la puerta, el hombre dijo: «Perdí a mi hermana hace dieciocho años. Cuando mis padres la vendieron a una familia de la montaña, no era más que un bebé. La estoy buscando».

Parpadeo, incrédula.

—¿Era su hermano de verdad?

En la cara de Waipo se asienta una sonrisa lejana.

—Sí. Después de unos años muy duros, su familia biológica había solicitado una parcela y había construido un hotel. Habían prosperado.

—¿Y luego?

La expresión de Waipo se transforma. Su voz se vuelve más suave.

Feng explica:

—Su madre le dijo que se marchara con su hermano y que regresara con la familia que la trajo al mundo. Y tu abuela le hizo caso. Popo descendió de la montaña con su hermano y empezó a trabajar en el hotel familiar. Al principio, visitaba a su madre todas las semanas, pero después comenzó a estar demasiado ocupada. Pasó un mes, luego dos. Tu Waigong fue a alojarse al hotel, se conocieron y se enamoraron, y el tiempo desapareció. Cuando Popo regresó para visitar a su madre, estaba muy enferma.

Se me encogen los pulmones; me quedo paralizada. Si permanezco

inmóvil, no sentiré el dolor en la expresión de mi abuela.

—Estaba claro que la vida no era la misma en aquella cabaña de la montaña. Popo cree que, cuando ella se marchó, se llevó algo consigo, algo invisible pero necesario. Su madre adoptiva cayó en picado. Popo le llevó medicinas y hierbas, pero ella le dijo: «Tu nueva vida está en la ciudad. Vívela y sé feliz. Estaré bien». En ese momento, su madre parecía casi recuperada, sana. Popo solo la visitó una vez más después de eso.

Dejo que el aire vuelva a entrar. Me escuecen los ojos.

La voz de Waipo se atenúa todavía más.

Feng duda. Inspira con los dientes apretados.

—Tu abuela supo que su madre había muerto en cuanto vio que su hijo, el hermano adoptivo de Popo, acudía a buscarla al hotel. Lo supo en ese mismo instante. Extendió los brazos, su hermano la abrazó y se echaron a llorar. Es la única vez que recuerda haberlo tocado. Intentó buscarle un trabajo en el hotel, pero él no lo quiso. Incineraron el cuerpo de su madre y le presentaron sus respetos. Después de eso, no volvió a verlo nunca más.

Mi abuela recoge los cuencos y platos vacíos. Veo que se marcha a la cocina. Cuando cree que nadie la ve, se pasa el dedo por el rabillo del ojo.

47

El sol de la tarde fragmenta mi habitación en líneas y triángulos, parches de luz y sombras geométricas. Estoy sentada en la cama sopesando todo lo que he visto. Todo lo que sé.

Mi mente da vueltas. Si cierro los ojos, se produce una fuerte sensación de vértigo, como si me cayera por un abismo enorme y oscuro, un barranco profundo que señala dónde se escindió el mundo de mi familia, dónde se desmoronaron los cimientos. Es la ruptura en las líneas de mi historia familiar. Una ruptura ensanchada por la conversión de mi madre en pájaro.

Me duelen los ojos. Una fuerza me oprime el cráneo como si unas gruesas cadenas me rodearan y me apretaran las sienes.

Intento ignorar el dolor de cabeza, lo combato con toda mi voluntad. Agarro las cuerdas formadas a partir de las camisetas cortadas y comienzo a tejer la red. Al principio solo es una especie de trenza, y el material avanza y desciende como las olas del mar. Me preocupa no disponer de suficiente tela para el tamaño de red que necesito, así que tendré que emplearla con cierta estrategia.

Me suena el teléfono. Tengo nuevos mensajes.

Uno es de mi padre, porque no llegué a responder al primero que me envió.

DE: bsanders@fairbridge.edu
PARA: leighinsandalwoodred@gmail.com
ASUNTO: Re: Contacto

Leigh, ya he hablado por teléfono con tu abuela para decírselo, pero mi número de Hong Kong está aquí abajo, así que llámame cuando quieras. O

escríbeme. Cuéntame cómo estás.

Pongo cara de fastidio y archivo el *e-mail*. Hay un tema más acuciante: el nuevo correo de Axel.

DE: axeldereckmoreno@gmail.com
PARA: leighinsandalwoodred@gmail.com
ASUNTO: (Sin asunto)

Dory no sabía que la estaba grabando. Fui a tu casa para estar contigo, pero por alguna razón habías salido. La puerta estaba abierta, así que entré. Dory estaba frente al piano. Tocaba de una forma distinta a la habitual. Me asomé desde una esquina y me pareció que parafraseaba una melodía específica. Grabé un buen fragmento y lo acompañé con sintetizadores y cuerdas. A veces, cuando escucho

El correo electrónico termina ahí.

Pincho el enlace que hay al final. Otro archivo MP3. Tarda una eternidad en cargarse, pero, cuando por fin suena, un escalofrío me desciende por la espalda.

Es Teresa Teng, la misma canción que Waipo puso mientras desayunábamos.

Entorno los párpados y veo las manos cuidadosas de mi madre que recorren las teclas, que palpan el tacto de la melodía, de las notas bajas y altas. Cierra los ojos y la expresión de su rostro se tiñe con los tonos sepia de la nostalgia, con una música verde esmeralda.

La veo.

Lo veo todo.

48

Invierno, primer curso

Era la última mañana de las vacaciones de Navidad. Me preparé café con la cafetera de embolo de mi padre y me senté en la cocina durante una hora entera mientras trataba de olvidar el sueño de las dos niñas de la fotografía.

Sus palabras me retumbaban en el cerebro: «Dory no tiene ninguna hija».

Cuando me eliminaron con aquellos borradores de pizarra, sentí picor y quemazón, ambas cosas a la vez, una sensación que seguía experimentando en las piernas. No podía quitarme de encima el deseo de ser reconocida y recordada.

Necesitaba una distracción. Sin darme cuenta, abrí el libro de Emily Dickinson.

El dolor tiene un elemento de vacío;
no puede recordar
cuando empezó o si existió
un tiempo en el que no existiera.

—¿Qué es eso? —inquirió mi madre al entrar.

Di un respingo. El café se derramó por el borde de la taza.

—Un libro que he encontrado —comencé a decir con la esperanza de que no se diera cuenta de cuál era y, por otra parte, de que su reacción me revelara algo más.

Pero no se refería al libro. Señaló las piedras de jade que me rodeaban la muñeca.

—Ah. La encontré en el sótano. ¿Es tuya?

Se quedó mirando la pulsera un instante demasiado largo con unos ojos oscuros y entrecerrados. Luego su gesto recuperó la neutralidad.

—Sí. Es muy antigua.

—¿De cuando aún… vivías en Taiwán? —pregunté con indecisión.

Asintió.

—Sí.

—¿Quieres que te la devuelva?

—No. Te queda muy bien. —Sacó la plancha de los gofres y se volvió hacia mí con una expresión interrogante en las cejas.

—Sí, por favor —dije—. ¿Me puedes poner el doble de nata? Ya sabes, por ser el último día de vacaciones y tal.

—¡Yo también quiero! —exclamó Axel mientras entraba por detrás.

—Ya somos tres —se apuntó mi madre.

Tomamos los gofres con doble de mermelada y doble de nata. Axel hizo reír a mi madre al contarle la historia de cuando él y su hermana engañaron a su primo, un día después de Navidad, para que creyera que uno de los duendes de Santa Claus se había instalado en el sótano.

—No sé de dónde sacó Angie aquellos zapatos con campanitas tan extraños, el caso es que los dejó por allí y puso unos mechones de barba de duende en el sofá. Angie le dijo: «Oye, Jorge, si esperas el tiempo necesario, el duende volverá». Y Jorge: «¿Cómo sabes que se trata de un duende, en masculino?». Y se pasó dos horas en el sótano esperando. Incluso le llevó un plato de empanadas. Tiene mucha más paciencia que yo, de aquí a Lima.

—Qué malos —solté.

Axel se encogió de hombros y sonrió.

—No tiene hermanos. Alguien tenía que tocarle las narices.

Más tarde, cuando Axel se fue, mi madre se sentó al piano. Su improvisación era de las cosas que más me gustaban, cada actuación era única. Guardaba en su arsenal un montón de melodías que se inventaba, supongo, y las tocaba una y otra vez de diferentes maneras, a veces con una sonrisilla entre los labios, a veces con los ojos cerrados y aspecto melancólico.

Las cosas eran casi normales, salvo que mi padre llevaba fuera demasiados días. Salvo que a mi madre los ojos se le habían vuelto vidriosos, como si intentara ir a algún lugar lejano de su mente.

Caro ya había regresado de hacer *snowboard*, así que me fui a su casa con Axel. Era la primera vez que nos veíamos los tres fuera de la clase de arte.

—Me he partido de risa con mis abuelos —comentó Caro mientras bajábamos al sótano—. Se han pasado la mitad del tiempo liándose en el albergue. Y mi madre se ha dedicado a buscar chicas que me gustaran: un rollo muy raro, además de que no era justo para Cheslin.

Sonreí.

—Estoy casi segura que una chica la oyó decir: «¿Y esa tía de allí? ¿No está buena?». Ha sido un infierno. Pero, aparte de eso, ha sido muy divertido.

—Qué guay —dije.

Ella ladeó la cabeza.

—Bueno, cambiando de tema… ¿Qué te pasa?

—¿Qué? —pregunté—. ¿A qué te refieres?

—Me has estado escuchando, pero no estabas presente al cien por cien. Te pasa algo. —Miró a Axel, que estaba sentado en un taburete dándonos la espalda mientras observaba las fotografías de la pared. Después, volvió a mirarme con expresión interrogante.

—Bueno, ya hemos registrado todas las cajas del sótano.

No preguntó quiénes. Nunca habíamos hablado de Axel, aunque me daba la sensación de que ella intuía gran parte de lo que pasaba.

—¡Lo sabía! —exclamó—. Has encontrado algo.

—Varias cosas —confesé. Le mostré la pulsera y el libro de Emily Dickinson. Reservé la fotografía para el final—. Pensé que tal vez tú podrías decirme algo sobre la foto. Lo que sea. ¿Cuánto tiempo puede tener?

La giró, examinó los bordes y el reverso antes de fijarse en la imagen.

—¿Quiénes son?

—Ni idea. Si pudiera precisar un periodo aproximado…, tal vez me daría una pista. Aunque Axel está convencido de que una de las niñas es mi abuela. —Miré la espalda de mi amigo. Era raro que estuviera tan callado desde que llegamos a casa de los Renard. Se me ocurrió que a lo mejor era por timidez.

Caro sacudió la cabeza.

—No sé mucho sobre la historia del papel fotográfico. Podría darte algo más de información si se tratara de un retrato de tarjeta de visita o de una tarjeta de gabinete. Lo único que veo es… que su antigüedad podría ser… ¿del siglo XIX? Aunque también posterior.

Disimulé mi decepción.

—¿Y el libro de Emily Dickinson? —preguntó Caro—. ¿De qué fecha es la edición?

—No tiene fecha —intervino Axel cuando abrí el libro—. Ya lo miré.

Aun así, lo comprobé.

—¿Qué clase de libro no lleva fecha?

—¿Uno antiquísimo? —sugirió Caro.

—Pues es lo que hay —dijo Axel—. Una pulsera antigua. Un libro de poesía antiguo. Y una fotografía antigua. ¿A alguien se le ocurre algo más?

—Necesitamos alimento para el cerebro —propuso Caro—. Quizás así se nos ocurra alguna idea. Voto por ir a Fudge Shack.

—Soy alérgico a esos dulces —repuso Axel.

—Vaya —dijo Caro, chafada.

—No es alérgico. —Puse cara de perder la paciencia—. Una vez lo vi

comerse de una sentada seis bloques de dulce de nuez con sirope de arce… acompañados de un litro de Coca-Cola sin azúcar. A las tres de la mañana.

—Exacto. Y luego vomité en tu bañera. Una reacción alérgica.

—Podemos ir —dije sin hacerle caso—. Lo único es que hay que controlar la ingesta de Axel.

—No soy una niñera, no voy a controlar a nadie —dijo Caro—. Pero una cosa: pota en mi bañera, colega, y te machaco.

Axel se aporreó el pecho hasta que salió un sonoro eructo.

—Entendido.

Oculté una sonrisa. Se iban a llevar muy bien.

Mientras esperábamos en la cola de Fudge Shack, busqué a Emily Dickinson en el móvil. ¿Lo más deprimente? Que apenas publicó nada en vida. Nadie tenía ni idea de quién diablos era. Ella estaba allí, escribiendo un poema tras otro, pero no adquirió importancia hasta después de morir.

Sin embargo, según parece, le pidió a su hermana que quemara todo lo que había escrito. Supongo que en realidad no quería ser importante, al fin y al cabo.

Lo de quemar las cosas, sin embargo…, no lo entiendo. Vale que no te apetezca compartir tu trabajo con el mundo entero —que prefieras reducirlo al ámbito privado—, pero ¿no quieres que te recuerden?

Mi padre llegó a casa a tiempo para cenar y me encontró hecha un ovillo en el sofá, sombreando un dibujo mientras esperaba a que mi madre nos llamara para que acudiéramos al comedor. Se sentó en el banco del piano delante de mí. Quería tener Una Conversación Importante; me preparé.

—Qué interesante —dijo mientras echaba un ojo a mi cuaderno de dibujo.

Era un cuaderno grande, ocupaba todo mi regazo y sobresalía más allá de mis codos. Resultaba bastante obvio que ese dibujo en concreto —una obra de fantasía con un sol fundido y un pez nadando por un cielo de asteroides— me había llevado muchísimo tiempo.

Las palabras que él había elegido tenían gracia, porque en realidad no parecía interesado. Cuando abrió la boca de nuevo, supe que me iba a molestar lo que dijera, fuera lo que fuese.

—¿Es lo único en lo que has trabajado últimamente?

—Bueno, la mayor parte del tiempo estoy en el colegio, ¿sabes? Y, cuando llego a casa, tengo eso que llaman «deberes», que no se hacen solos a pesar de las tecnologías de hoy en día. Así que, aunque preferiría no ir al colegio y pasarme el día dibujando y durmiendo, la respuesta es no, por desgracia.

Últimamente he trabajado en la vida en general.

—Es que creo —añadió despacio— que tienes mucho potencial, Leigh. ¿No te das cuenta de que quizá no sea la mejor manera de aprovechar el tiempo? Podrías emplear esa energía en otras cosas, en algo en lo que destaques de verdad y que te ayude a descubrir tu camino. —O sea, que mi camino no era el arte—. Dentro de unos años echarás la vista atrás y ¿qué tendrás? Solo… un puñado de dibujos como ese. Es probable que ya no los quieras. Son como las viejas grabaciones con los Coffee Grind que guardo en fondo del armario del despacho. ¿Quién mierda quiere escuchar un puñado de temas poco originales tocados por unos veinteañeros mediocres? Nadie. Debería tirarlas a la basura.

Me quedó clarísimo: pensaba que mis pinturas eran una porquería, que eran igual de mierdosas que la banda de *jazz* chunga con la que grabó un disco en un garaje cuando era joven. En condiciones normales, ese habría sido el momento de enfundarse los guantes y armarse de valor para la pelea, pero necesitaba tenerlo de buen humor para que contestara a alguna de mis preguntas.

Así que me limité a decir:

—Vale.

Esperé hasta después de cenar, que era cuando solíamos quedarnos juntos comiendo helado Häagen-Dazs. Como a mi madre no le gustaba el helado, era la única oportunidad que tendría a solas con él. Mi madre ya se disponía a subir cuando llevé tazones, cucharillas y un bote de helado sin abrir, pero vi que mi padre se levantaba.

—Llevaba siglos sin hacer esto —dije.

Me sonrió, pero en su rostro había, sobre todo, tristeza. Lo observé mientras se sentaba de nuevo.

Conté cinco cucharadas mientras meditaba acerca del suave tintineo de la cuchara contra la porcelana y la forma en que el helado me entumecía la lengua.

Él abrió la boca y supe que iba a hacer algún otro comentario sobre mi pintura. Tenía que detenerlo. Tenía que plantear las preguntas antes de que la oportunidad se esfumara por culpa de una pelea.

—He estado revisando las cajas del sótano —dije con rapidez—. Para un trabajo del colegio.

—Ajá. —Parpadeó—. Ya era hora de que alguien le metiera mano a eso. Son muy antiguas; algunas, más viejas que tú, quizá.

—Sí, eso me pareció. Pero quería preguntarte… Encontré un libro de Emily Dickinson. ¿Era tuyo? ¿O a lo mejor de mamá?

Mi padre frunció el ceño.

—Diría que de ninguno de los dos. Ya conoces mis gustos, no van más allá de los clásicos chinos. Y respecto a tu madre… Bueno, me extrañaría que fuera

suyo. Odia a Emily Dickinson. O al menos la odiaba. Fue una de las primeras cosas que supe de ella cuando comenzamos a salir.

—Ah, ¿sí? Nunca lo habría imaginado.

—Sí. —Se le formó una leve sonrisilla de nostalgia en las comisuras de los labios—. Nunca olvidaré cómo lo dijo: «¡Odio a Emily Dickens!». Y yo contesté: «¿Quieres decir a Emily Dickinson?». «Sí, exacto. ¿Quién puede leer eso? Es un tostón». Y recuerdo que me reí mucho porque estaba muy nervioso, solo era nuestra segunda cita, y me pareció graciosísimo que tuviera esa opinión tan arbitraria y rotunda sobre Emily Dickinson.

Solté la cuchara.

—¿Y le preguntaste por qué?

—Claro que sí —contestó—. Pero no parecía que tuviera una respuesta real. Supongo que en algún momento algún poema o tal vez algún fan de Emily Dickinson la ofendió y nunca lo ha olvidado.

—Pues quizá.

—Recuerdo incluso lo que llevaba puesto ese día —musitó—. Un jersey increíble, me pregunto si aún lo conserva. Tenía unos zigzags rosas, naranjas y verdes. Era bastante espantoso, en realidad, pero cuando se lo ponía…, madre mía. Tu madre podía vestir con cualquier cosa.

La semilla de algo oscuro había comenzado a retorcerse en mi interior. Náuseas, tristeza, rabia, o una combinación de todo. Sentía que esa sensación aumentaba como una bola de nieve y ocupaba cada vez más espacio.

—En nuestro primer San Valentín, me llamó a las ocho de la mañana. Ella ya había regresado a Taiwán y yo seguía en Chicago, y me dijo que me había escrito un poema, que si quería oírlo. Le contesté que por supuesto y empezó a leerme una cancioncilla sobre labios, flores y abejas.

Se me revolvió el estómago. Me quedé muy quieta con la esperanza de que el malestar y la náusea desaparecieran si hacía caso omiso de ellos.

—Y, aunque enseguida me di cuenta que se trataba de Emily Dickinson, le dije: «¡Cielo, es impresionante! ¡Es increíble que me hayas escrito eso!». Estalló en carcajadas y se estuvo riendo durante dos minutos por lo menos. Cuando por fin se recuperó, me dijo: «Es increíble porque en realidad no lo he escrito yo». Y yo contesté: «Pero ¿tú no eres Emily Dickinson?», y se echó a reír de nuevo. Era una bobada, pero su risa… era el mejor sonido del mundo.

La pregunta vibró en mi interior con un color violeta Winsor: ¿por qué parecía que nuestra familia se desmoronaba si todavía rebosábamos tanto amor?

Mi padre sacudió la cabeza, aún sonriente.

—En aquella época, las conferencias entre Estados Unidos y Taiwan costaban tres dólares por minuto. Todo lo que ganaba me lo gastaba en esas llamadas.

Eso era lo que los abuelos de Caro denominaban «romántico». No había

una palabra mejor para definirlo. Pero me dejó clavada a la silla. Después de todo, debería haber sacado el tema durante la cena. Me habría gustado que mi madre estuviera allí escuchando, ayudando a contar esa historia, sonriendo y riéndose con él.

—Vamos a pedirle a mamá que nos toque algo con el piano. —Amontoné los tazones vacíos.

Papá me sonrió con tristeza.

—Ya ha subido. A lo mejor otra noche. Tengo que preparar la maleta.

—¿Vuelas por la mañana? —pregunté.

Suspiró y asintió.

—A las diez. El coche llega a las siete.

—Bueno. ¿Necesitas que te eche una mano?

Pareció sorprendido por el ofrecimiento. No le ayudaba a preparar la maleta desde que era pequeña. Era como una búsqueda del tesoro en la que yo hurgaba en su armario para encontrar zapatos de vestir o corría a la cocina en busca de la pasta de dientes de viaje. Recordé que me hinchaba de un orgullo fluorescente cuando me pedía que le ayudara a escoger corbatas.

—Gracias, Leigh, pero no hace falta.

Oí cómo subía las escaleras. Pum. Pum. Pum. Como las pisadas de un gigante a quien le queda tan lejos el suelo que no alcanza a verlo.

49

Me estoy volviendo loca aquí, entre el clamor de mis recuerdos y el cálculo del tiempo, tejer, calcular; quedan solo siete días, siete días para encontrar al pájaro.

Estoy harta de recordar. Hastiada de las sombras y tormentas arrastradas hasta la superficie de mi mente: malva derramado sobre ocre natural. Cansada de revivir el pasado, los errores.

He apretado demasiado la red, así que debo deshacerla y comenzar de nuevo. «Más flojo», me recuerdo a mí misma, porque cada vez que me sumerjo en los recuerdos, me distraigo y comienzo a tirar y a tensar. Necesito movimientos más amplios, más sueltos, una red más grande. Tengo que tejerla bien para atrapar al pájaro. Un suspiro de frustración y se me sueltan los dedos. Vuelvo a tener un montón de cuerda de tela, curvada ahora por donde las tijeras rasgaron en algodón.

El recuerdo de alguien: eso es lo que necesito. Algo que me refresque y me relaje.

Y así es como me descubro delante del cajón, sacando una vez más la caja de incienso. Ya no quedan muchas varas.

No me detengo a contarlas; estoy cansada de contar. Pero con un solo vistazo sé que se acabarán pronto.

La cerilla ya está encendida cuando recuerdo que necesito algún detonador. Como las hojas de té.

Agito la cerilla para que se apague y busco en la habitación algo que me sirva. Las hojas funcionaron porque Waipo las tocó, porque el té es importante para ella, un elemento anclado a su pasado.

Poso los ojos en la caja que me trajo el pájaro; no la he tocado desde que mi padre se marchó. Quizás ahora sea el momento de regresar a ella.

Fotografías. Cartas. Abro un sobre de manila y saco su contenido. Hay

una página cubierta de caracteres chinos manuscritos y, por detrás, un dibujo. Se trata de una obra mía de hace años, una que no recuerdo haber creado. Yo debía de ser muy pequeña, porque en la parte de arriba dice «Para papá» con una de las caligrafías más atroces que he visto en mi vida, formada por unos trazos verdes pastel picudos y descentrados.

¿Qué hace esto en la caja?

Me pregunto qué me proporcionaría si lo quemara.

Me detengo al recordar que la pluma y el té se convirtieron en cenizas, ya que alguien ha guardado el dibujo por alguna razón. No puedo sacrificarlo a cambio de un recuerdo.

Pero, cuando parpadeo de nuevo, la habitación ha cambiado y veo otra vez las grietas; descienden por las paredes hasta media altura. Al techo le faltan trozos por todas partes, pequeños huecos de vacío. Mientras observo, otro pedazo se desmorona. Se convierte en polvo y cae para no dejar atrás más que negrura.

Se produce un chirrido estridente como aquel que oímos fuera del templo. El sonido de unas alas.

Un estallido rojo entre las grietas del techo. Unas alas compuestas de un millón de tonalidades. Bermellón, carmesí, rojo sangre. Una larga cola que planea.

A través de hueco más grande, cae una pluma. Desciende flotando como un suspiro, aterriza sobre el cajón y se desvanece.

No hace falta que me lo repitan. Me tiemblan los dedos, por eso necesito un par de intentos antes de encender la nueva cerilla. La llama contra el incienso. La brasa en el papel. El dibujo comienza a arder. Se desprenden unas hebras de humo negro que giran, se propagan, se enroscan.

Llega la oscuridad.

Luego, el destello y el fogonazo.

50
—Humo y recuerdos—

El sol es una moneda gruesa incrustada en el amplio cielo azul. Estoy en el camino de acceso a mi casa que tan bien conozco, con la pendiente torcida y el borde donde se pegan las lombrices durante los días de lluvia. Un gran autobús escolar amarillo se detiene delante.

Por detrás de mí, la puerta de casa se abre sigilosa y me doy la vuelta para ver una versión más joven de mi padre que ha salido al porche. Por el olor y los colores brillantes, sé que se trata de un recuerdo suyo. Sonríe y grita:

—¿Qué traes ahí, pequeña?

Una niña menuda con unas coletas despeinadas se acerca corriendo desde la calle y sube por el camino de acceso con un papel en la mano como si fuera una bandera.

No me acuerdo de nada de esto.

—¡Mira lo que he hecho! —grúa la versión de ocho años de mí misma.

La sigo dentro de la casa, donde mi padre extiende el papel sobre la encimera.

—¡Vaya! —dice, y parece sincero—. Creo que es el mejor que has hecho hasta ahora.

—¡Es mamá tocando el piano! —exclama la pequeña Leigh.

—Ya lo veo —contesta mi padre—. Has hecho un trabajo espectacular.

—¡Es para ti, papá!

—Oh, gracias. Creo que lo podemos dejar aquí de momento, hasta que lo enmarquemos.

El corazón se me retuerce por el modo en que mi yo más joven irradia un brillo cadmio, por el modo en que mi padre hace sitio en la puerta de la nevera para colocar el dibujo. ¿Percibiría mi padre mi instinto al plasmar las proporciones y dimensiones del piano? ¿Se daría cuenta de que intenté mezclar diferentes tonos pastel en las sombras?

—¿Qué te parece? —pregunta.

—¡Más alto! —responde mi yo en miniatura—. Para que mami lo vea.

Mi padre sube el dibujo unos cuantos centímetros.

—No te preocupes. Será lo primero que mamá vea cuando llegue a casa.

—¿Dónde está? —La pequeña Leigh estira la cabeza hacia ambos lados.

—Todavía no ha vuelto. ¿Quieres merendar algo?

—Pero ahora siempre está en casa.

—Ha ido a hacer unos recados, pero volverá pronto. ¿Te apetece una manzana con mantequilla de cacahuete?

Mi yo del recuerdo hace una mueca.

—Estoy harta de eso.

Mi padre abre la nevera.

—De acuerdo… ¿Y unos palitos de *mozzarella*?

La pequeña Leigh pone los ojos como platos.

—Mami nunca me deja tomarlos de merienda.

Mi padre se encoge de hombros.

—Es tu cumpleaños. No veo por qué no podemos hacer hoy una excepción.

—¡Sí! —Mi yo del recuerdo salta con el puño en alto. No recordaba haber tenido tanta energía alguna vez.

Mi padre está calentando la salsa marinara mientras el sol de la tarde entra a raudales en la cocina, y la casa se llena de ese delicioso aroma a frito. La puerta principal se abre.

—¡Mami!

Mi madre sonríe desde el recibidor, una expresión que me llega al alma.

—¡Feliz cumpleaños!

—¿Dónde has estado? —Mi yo joven salta del taburete.

Ella se saca de detrás una caja envuelta, del tamaño de una maleta, y la arrastra por el pasillo.

—Estaba buscando tu regalo de cumpleaños. ¿Quieres abrirlo ahora?

—¡Sí!

La niña rasga el papel, lo arranca con un ruidoso entusiasmo y deja al descubierto un bonito estuche de piel. Sin dudarlo, abre las dos solapas

relucientes con los pequeños pulgares: la parte superior se levanta y aparecen unos pequeños compartimentos que contienen, en perfecta alineación, unas barras de colores. Pasteles al óleo en un lado y, junto a ellos, rotuladores. A la derecha, bolígrafos de gel; en el compartimento inferior, ceras. Y lápices. Muchos lápices. Lápices para esbozo con diferentes durezas, lápices acuarelables…, tantos como para hacer que la pequeña Leigh pierda la cabeza.

Mi yo del recuerdo jadea, no es capaz de parar.

—¿Te gusta? —pregunta mi madre.

—¡Es lo mejor del mundo! —grita la niña—. ¡Tiene muchísimos colores!

Por detrás de nosotras, en la periferia, mi padre luce una sonrisa que llevo mucho tiempo sin ver. Una sonrisa que me oprime las costillas con fuerza, que me hace sentir calidez y tristeza a la par.

Un destello y un cambio de colores, un cambio de olores.

Mi madre camina sola por el vestíbulo de mi instituto. Todo el edificio está decorado para la exposición artística de los alumnos. Las pinturas y los dibujos cubren las paredes de aulas y pasillos.

Las taquillas están forradas de murales. Han colocado algunas urnas de cristal para exponer objetos tridimensionales: esculturas abstractas de alambre o de papel maché, recipientes y jarrones de cerámica vidriada.

Mi madre pasa por delante de todas las obras —incluso de las que es obvio que no son mías— buscando el cartel con mi nombre. Y cada vez que encuentra una de mis piezas, se aparta para hacerle una foto con su cámara compacta.

Henchida de orgullo, muestra con vehemencia mis dibujos a todo el que se acerca. El último que encuentra es un retrato suyo. Todavía no se lo había enseñado, era una sorpresa. Un bosquejo fotorrealista a lápiz enmarcado en cristal. Mi madre, al piano, acaricia las teclas con una mano, mientras con la otra apunta la digitación en la partitura con un lápiz medio gastado.

—Qué bonito —dice.

La luz cambia, todo se invierte, los olores se transforman y, cuando los colores regresan, sé por las tonalidades desvaídas que se trata de una época más antigua, de un recuerdo anterior.

Ahí está mi abuela, una versión de ella con unos cuarenta y tantos años, caminando junto a una carretera. Se detiene delante de una escalinata redonda que conduce hasta una puerta donde hay un arco ojival con una imagen de Jesús en la parte superior. No entra, pero se apoya en la barandilla para escuchar.

Los colores y sonidos se asientan, y entonces yo también lo oigo. Son las notas de un piano: al principio, alegre y animadas; lentas y melancólicas después. Hábiles dedos que bailan sobre las teclas, hábil dibujo de un corazón ajeno a las notas.

La música llega a su reluctante final y mi abuela suspira. Sacude la cabeza

un poco y se aleja deprisa, como si no quisiera que la vieran.

Los colores se invierten y los recuerdos se alejan arremolinados.

51

Los vestigios del dibujo me cubren las palmas de las manos con una ceniza gris clara que resulta sedosa entre las yemas de los dedos. Al sacudírmelo, el polvo desaparece convertido en nada.

Una vez fuimos los colores básicos de un arcoíris, alegres y seguros de nosotros mismos. En algún momento, todos comenzamos a tropezar con los puntos medios, con los colores turbios, oscurecidos y complicados por culpa del resentimiento y la ira silenciosa.

En algún momento, mi madre se descarrió tanto que se hundió en las tonalidades grises, en un mundo dibujado solo con sombras.

Mi móvil comienza a sonar sobre la mesilla de noche. Un tranquilo tintineo de notas…

Qué extraño. ¿Quién me estará llamando?

Pero no es una llamada, es la pieza musical que Axel me envió, la de mi madre tocando la canción de Teresa Teng. ¿Por qué hace estas cosas mi teléfono?

El calor de la tarde me envuelve con fuerza, aunque la música me provoca escalofríos internos y arrastra nuevos recuerdos hacia la superficie.

52

Invierno, primer curso

Todo se detiene. Mis preguntas, mi investigación. La normalidad. La ilusión.

Era un día ventoso de febrero, a mediados del primer curso de secundaria. Llegué a casa del colegio y me encontré a mi madre tumbada en el sofá. Parecía pequeña, como una muñeca de trapo.

—Hola, mamá. —Dejé la mochila en el suelo.

Ninguna respuesta.

—Axel y Caro vienen después. ¿Podemos pedir *pizza*?

Nada.

Me pregunté si estaría sumida en una siesta muy profunda o algo así.

—¿Mamá?

Le di unos golpecitos en el hombro y levantó la cara. El gesto se le encogió como si le doliera algo.

—¿Estás bien?

No contestó, pero creí ver que sacudía ligeramente la cabeza.

La zarandeé más fuerte. Mi madre cambió de postura y algo se cayó al suelo desde el sofá. Su móvil.

Lo recogí en busca de alguna pista. Su contraseña era la fecha mi cumpleaños; lo desbloqueé con rapidez y lo primero que apareció fue el historial de llamadas. El último número era el 911, el teléfono de emergencias, marcado hacía pocos minutos.

—Mamá —dije con más impaciencia—. ¿Qué te pasa?

Ya la había visto así otras veces, lánguida e inconsciente, pero esta vez me pareció que estaba en peligro. Era un instinto que se apoderó de mi cuerpo

con terror.

La luz de la habitación cambió: la luminosidad de la tarde se volvió afilada, con destellos puntiagudos de color rojo, de color azul. Me puse a dar vueltas en busca de la ventana. Lo primero que vi fue el coche de la policía. Luego llegó la ambulancia y, por detrás, un camión de bomberos. Miré a mi alrededor para evaluar todo lo que me rodeaba. No había nada ardiendo. No había saltado ninguna alarma. ¿Por qué había un camión de bomberos?

Los golpes en la puerta fueron una piocha que me resquebrajó el cráneo. Me dirigí hacia el ruido, pero no recordaba que mis pies tocaran el suelo. Cuando abrí la puerta principal, un policía ocupó todo mi campo de visión.

—Buenas tardes —dijo—. Hemos recibido una llamada de una mujer llamada Dory Sanders.

—Es mi madre —respondí aturdida.

—¿Está aquí? —preguntó.

—No sé qué le pasa —expliqué.

—¿Podemos pasar?

—Sí, supongo… —No me dio tiempo a decir nada más.

Mi madre no les dijo nada y, como si se hubieran contagiado, los policías también dejaron de hablarme. Mis preguntas se quedaban sin respuesta. La metieron en una ambulancia y la llevaron al hospital, y yo acabé sentada en la sala de espera preguntándome qué demonios ocurría.

Llamé a mi padre once veces. No me lo cogió.

La sala de espera olía a blanco tóxico, aunque su aspecto era naranja cono de tráfico. Clavé los pies en la horrible moqueta con la esperanza de dejar una mancha de barro o de desgastarla lo suficiente como para dejar una marca.

«Se pospone lo de la *pizza*», les escribí a Axel y Caro.

—¿Leigh? —fue la primera voz conocida que oía desde hacía horas, pero no era de quien yo esperaba.

—Tina. —La tía de Axel. La mejor amiga de mi madre.

—Hola. —Me dirigió una leve sonrisa—. ¿Estás bien?

—¿Qué pasa?

—He recogido unas medicinas para tu madre y he venido para llevaros a casa. —Esa no era una respuesta real—. ¿Nos vamos?

Entonces salió la enfermera empujando a mi madre, que iba en silla de ruedas. No me miraba. Tampoco a Tina.

—He hablado con Brian —dijo Tina—. Ha cogido el primer vuelo que ha podido.

La expresión de mi madre no cambió. Sus ojos estaban hundidos, turbados, como si llevara días sin dormir o sin ver el sol. Como si alguien le hubiera arrancado el color del cutis. ¿Cuándo fue la última vez que me fijé de verdad en ese rostro? Me sentí vacía.

Durante todo el camino hasta casa, mi madre permaneció callada y

espectral. La enfermera se quedó con la silla de ruedas, así que Tina se echó el brazo de mi madre por encima de los hombros y la llevó como pudo hasta la puerta. Yo las seguí mientras observaba cómo mi madre arrastraba los pies y casi no aguantaba su propio peso. Era como una marioneta a la que le habían cortado las cuerdas.

Tina nos había llevado unas sobras de comida. Calentó un guiso, destapó una fuente de arroz y alubias y parloteó con una alegría forzada.

—Lo último de Jorge son esos lagartos que brillan en la oscuridad. No para de esconderlos por toda la casa para asustarme. Bajo a la cocina en mitad de la noche para beber agua y, al final de la escalera, me encuentro con un lagarto de plástico fluorescente.

Sentí alivio cuando se fue a su casa para preparar la cena. Mi madre y yo nos quedamos en el comedor con el estofado servido en cuencos, y con el arroz y las alubias dispuestos en unos bonitos platos que casi nunca usábamos, pero que Tina se apresuró a sacar. Mi madre no tocó la comida. Una de las bombillas del techo parpadeaba y emitía un zumbido. Era lo único que se oía.

Mi madre cerró los ojos y se derrumbó sobre la mesa con la cara oculta entre los brazos.

Estuvimos allí sentadas durante horas. No hice los deberes. No levanté las persianas. El mundo exterior se oscureció y las farolas emitieron una luz amarilla. Los vecinos salieron con el perro y por eso supe que eran, por lo menos, las nueve.

Permanecimos sentadas hasta que las demás casas de la calle apagaron las luces. El mundo se iba a dormir.

Un coche aparcó en el camino de acceso y apareció mi padre arrastrando la maleta por los escalones del porche antes de entrar por la puerta principal. Yo tuve la fugaz idea de que todo volvería a estar bien. Él ya estaba allí; él lo arreglaría. Mi madre regresaría a la normalidad.

Una vez dentro de la casa, se quitó los zapatos y vino hacia el comedor.

—¿Qué ha pasado?

Mi padre no me miró. Mi madre no lo miró a él. Sin embargo, levantó despacio la cabeza de encima de la mesa y apoyó la espalda contra la silla. Seguía con los ojos cerrados.

—Estoy bien —anunció. Su voz salió en forma de susurro áspero.

Mi padre la miró fijamente.

—¿De verdad estás bien?

—Estoy bien —repitió.

La expresión de mi padre cambió.

—Sé más concreta, Dory. Habla.

Mi madre sacudió la cabeza. Abrió la boca y la cerró de nuevo.

Mi padre estaba temblando. Tenía la cara roja, contraída y horrible. Sus sentimientos fluían como el calor y los residuos de una bomba atómica. Yo no

era más que una espectadora que se abrasaba.

—Has empeorado, ¿no? ¿Por qué no me lo contaste?

Me dio la sensación de que hablaba de algo que se me escapaba. Miré la cara de mi madre con atención. Ella no dijo nada.

—Mañana hay clase —dijo mi padre por fin—. Deberíamos irnos todos a la cama.

Pero al día siguiente no fui al colegio. Por la mañana, mi padre salió: dejó una nota donde explicaba que iba a hacer unos recados y a comprar. Abajo no había nadie que se cerciorara de que yo me marchaba para coger el autobús. Revisé el garaje; el coche de mi madre seguía allí.

Ella estaba arriba, en la cama, de espaldas a mí, aunque supe que estaba despierta.

—Hola, mamá.

Ella se dio la vuelta y se arrebujó con las mantas. Levantó la vista hacia mí como un pajarillo inseguro y temeroso.

—¿Estás bien? —le pregunté. Era obvio que no lo estaba.

Sacudió la cabeza. No parecía que hubiera nada que hacer, salvo meterme en la cama con ella bajo las mantas. Se acurrucó hacia mí hasta que nuestras frentes se tocaron. Me quedé dormida así y, cuando me desperté, ya no estaba en la cama, yo tenía el pelo húmedo y había manchas oscuras en la almohada. Mi madre había estado llorando. Salí de la cama en su busca.

Estaba abajo, apoyada en la encimera con una taza entre las manos, mirando el chocolate caliente.

Yo sabía que me había oído bajar, pero no se dio la vuelta. Era como si quisiera que me fijara en el botecito naranja con una etiqueta farmacéutica que descansaba al borde de la encimera.

—¿Qué es eso? —pregunté mientras miraba las pastillas a través del bote. Tuve una extraña sensación de *dé ja vu*, como si ya la hubiera visto así antes, junto a un bote de medicina, con el cuerpo compuesto de derrota y pesadumbre.

¿O era un recuerdo vago, olvidado hasta entonces?

Mi madre sabía a qué me refería. No levantó la vista.

—Es mi nueva vida.

Me acerqué a ella, le pasé el brazo por los hombros y puse mi sien junto a la suya.

—Si te ayudan, es algo bueno. Es una buena vida.

Esperé a que asintiera, pero no lo hizo.

A la una de la mañana, me llegó un mensaje al móvil y me di cuenta de que no había respondido ninguno de los mensajes que Axel me había mandado en las últimas diecisiete horas.

«Hola», respondí.

«¿Estás bien? ¿Qué pasa?».

Suspiré y escribí: «¿Puedo ir a tu casa?».

«Claro».

Tuve que escabullirme, lo cual fue bastante fácil. Atravesando en diagonal los jardines de los vecinos, solo se tarda cinco minutos en llegar hasta la casa de Axel, aunque la nieve llegue hasta los tobillos.

Una vez en su sótano, se desplomó a mi lado en el sofá.

—Bueno, ¿qué ha pasado?

—Uff.

Me tumbé de lado, de manera que la punta de mi pelo rozaba su muslo. Pensé que, si me hubiera colocado en otra postura, podría haber apoyado la cabeza en su regazo. ¿Le habría asustado?

Me dio un empujoncito en el hombro.

Me resultaba más fácil hablar con la mirada puesta en las lucecitas de su teclado y en los auriculares gigantes que reposaban sobre un amasijo de cables. No hacía falta que lo mirara a él. No tenía que ver su reacción.

Le conté lo de la visita al hospital. Le conté que me encontré a mi madre en la cama por la mañana y que en ese instante sentí que me acusarían de algo si la dejaba ahí y me marchaba al colegio.

No empleé la palabra «depresión», la cual llevaba todo el día retumbando en mi cabeza.

—Pero sigo sin entenderlo —dijo despacio—. ¿Por qué llamó al teléfono de emergencias?

Me encogí de hombros y choqué la cabeza contra su pierna. Sentí que la electricidad estática se me acumulaba en el pelo.

—Yo tampoco lo sé.

En realidad, podía haber especulado, pero no quise.

—Dios. Lo siento mucho, Leigh.

Dejé que se me cerraran los ojos.

Cuando me desperté por la mañana, seguía en su sofá. Tenía una manta por encima. Me senté despacio. Axel estaba dormido, acurrucado en la cama, en una esquina. Observé cómo su cuerpo subía y bajaba con cada respiración.

Sentí un pinchazo verde ciprés entre las costillas. Se había levantado del sofá. Podríamos haber dormido el uno junto al otro, pero él no quiso. Supongo que habría sido raro.

Aunque muy agradable, quizá.

Me levanté y me estiré. El cuaderno de acuarela de Axel estaba apoyado contra el atril de su teclado. Me moría por tocarlo. Me encantaba ver sus

pinturas. A veces, me dejaba hojearlo y me explicaba cómo cada pincelada o remolino de color se traduciría en un solo de fagot, en el trino de un flautín o en los arpegios de una guitarra española.

Cogí el cuaderno y pasé las hojas en busca de pinturas que aún no hubiera visto. Los bordes de las hojas se sucedían con demasiada rapidez, y di con una página del final que era más pesada y gruesa que el resto…

En ella había pegada una fotografía antigua y un poco doblada. Tardé un momento en comprender quiénes eran las cuatro personas que aparecían en ella; yo me había acostumbrado a considerar que la familia de Axel estaba formada por él, Angie y su padre. Se trataba de la familia Moreno al completo, antes de que la madre de Axel se marchara.

A veces era fácil olvidar que la madre de Axel existía, por lo mucho que él se parecía a su padre. Me pregunté si eso le molestaba, si la ausencia de su madre en sus rasgos faciales hacía que pareciera más fácil olvidarla.

Allí, en dos dimensiones, se les veía muy felices. ¿Acaso no sucede siempre eso en las fotos? Esa es la gracia, ¿no? Mirar atrás y verte sonriendo, aunque la cámara se hubiera pulsado justo cuando pensabas en todo lo que iba mal.

La madre de Axel sonreía con los dientes algo torcidos. El pelo negro le caía por los hombros con unas ondas alborotadas, y llevaba un vestido esmeralda que le realzaba las voluptuosas caderas. Estaba agarrada del brazo de su marido, un par de centímetros más alto que ella, que posaba sin gracia con una camisa de rayas que le quedaba un poco grande.

Junto a ellos, Angie, la mayor, abrazaba un elefante de peluche; y Axel, con una camisa de cuadros, miraba a su madre como si fuera lo único que necesitaba en el mundo.

Cuando oí el roce de las sábanas, ya fue demasiado tarde. Axel salió de la cama y no me dio tiempo a esconder lo que tenía en las manos. Me volví hacia él, con la repentina sensación de que no debería haber tocado nada.

Sus ojos se posaron en el cuaderno. Suspiró.

Conocía ese suspiro. Era el sonido que emitía cuando decidía perdonarme.

—Lo siento —dije de inmediato—. Ahora me doy cuenta de que no debería haberlo cogido, pero pensé que no te importaría…

Axel indicó con un gesto que me callara y apretó los ojos con un bostezo.

—No deberías, pero no pasa nada.

Asentí con las mejillas algo encendidas.

—La encontré el otro día —prosiguió, y rodeó el sofá para sentarse.

Me senté a su lado. Olía a dormido.

—¿Te refieres a la fotografía?

—Ni siquiera me acuerdo de cuándo la hicieron —explicó—. Pero recuerdo ese vestido. Ella decía que ese vestido la hacía fuerte y solo lo llevaba en ocasiones especiales.

—¿Cuántos años crees que tenías ahí?

Miró la foto por encima de mi hombro durante un rato.

—¿Seis, quizá? Un año antes de que se marchara, más o menos.

—¿Te lo imaginabas?

—¿Imaginarme qué?

—Que se marcharía.

Axel volvió a sentarse y exhaló despacio.

—No lo sé.

—¿Parecía que tus padres ya no estaban enamorados?

Con los dedos, recorrió el borde de un cojín que empezaba a deshilacharse.

—No lo sé.

Me deslicé por el sofá de manera que me quedé tumbada bocarriba con las piernas arqueadas sobre el frío suelo.

—Ya sé que las emociones son internas y todo eso, pero me pregunto si también son visibles desde fuera. Cuando la gente se enamora, se nota. Así que debe de haber una forma de ver cuando la gente se desenamora, ¿no?

Axel también se deslizó, de manera que nuestros ojos quedaron al mismo nivel.

—Puede ser, supongo.

—¿Crees que la gente puede estar enamorada y ser infeliz al mismo tiempo?

—Sí —dijo Axel; la respuesta más rotunda que había dado en mucho tiempo—. Sin duda.

53

Una vez, mi padre y yo fuimos al concierto de un coro donde mi madre tocaba el piano como acompañamiento. Todo el mundo observaba al director, a los cantantes, a los solistas…, pero nosotros mirábamos hacia la esquina más alejada del escenario. Allí, mi madre se inclinaba sobre un enorme piano. Cuando las voces estallaban, sus manos eran pesadas como yunques; cuando las voces fluían con calma, eran ágiles y ligeras.

Sus acordes llevaban el compás como un reloj. Giraba las páginas con una mano voladora tan rápido que parecía un truco de magia; si parpadeabas, te lo perdías. Nadie la miraba, salvo nosotros, aunque tocaba para todo el mundo. Era una criatura marina y la música era su océano. Siempre le había pertenecido. Estaba en cada una de sus inhalaciones, de sus movimientos. Ella era del color del hogar.

54

—*Ni kan* —dice mi abuela. «Mira». Señala hacia una iglesia.

Las demás palabras son lejanas, confusas.

Feng se acerca tanto a mí que me roza el codo con la manga, y su contacto me provoca un escalofrío.

—Popo dice que allí es donde tu madre aprendió a tocar el piano. Le enseñó una monja católica que se había percatado de su talento y que la dejaba practicar cuando no había nadie.

—¿Podemos entrar? —Mi voz sale azul ultramar y, mientras pregunto, me doy cuenta de que reconozco ese lugar. Lo vi en los recuerdos del incienso; vi a Waipo fuera, en la escalinata, escuchando.

Empujamos las pesadas puertas de madera para entrar en un pequeño vestíbulo. Tras unas puertas correderas, nos encontramos frente a filas y más filas de bancos de arce que brillan con la luz tenue.

Es extraño lo tranquilo que está todo, como si hubiera caído sobre nosotras una campana de cristal que nos aísla de los sonidos de la ciudad, del rumor del tráfico. Solo se oye el suave ritmo de nuestra respiración. El tímido taconeo de nuestros pies retumba sobre el suelo de mármol. Lo más sorprendente del lugar es lo mucho que se parece a las pocas iglesias que he visitado en Estados Unidos; supongo que esperaba que aquí fueran diferentes.

Waipo me agarra del brazo y señala hacia un piano que hay en un lateral. Alguien lo ha cubierto con una tela de terciopelo verde bosque para protegerlo del polvo. Me pregunto si será el mismo instrumento que mi madre utilizó, en el que sus dedos memorizaron el tacto de las teclas y el espacio de una octava mientras subían y bajaban por las escalas.

Retiro la tela y deslizo los dedos sobre la superficie lisa.

—Es un piano digital —me explica Feng—. El piano que tu madre tocaba ya habrá desaparecido.

Una decepción turbia se me clava en el pecho, oscura como el lodo.

—¿No deberíamos marcharnos ya al mercado nocturno? —añade la chica —. El sol está a punto de ponerse.

Sigo a mi abuela, que atraviesa la puerta corredera de cristal y las pesadas puertas de madera, y baja la escalinata.

Pero en cuanto Feng gira hacia la calle principal, unas cuantas notas musicales flotan a la deriva y me llaman la atención. Un piano. Me quedo escuchando durante varios segundos. No cabe duda: proceden del interior de la iglesia.

—Leigh —me llama Waipo cuando me doy la vuelta y echo a correr.

La música acaba en cuanto empujo la puerta interior.

Ahí están las filas de bancos vacíos. Ahí está el piano, con la tela de terciopelo arrugada sobre el taburete donde la dejé, ya que olvidé colocarla de nuevo. No hay nadie a la vista.

Cuando vuelvo a salir, Waipo me mira de manera inquisitiva.

Feng advierte la expresión de mi rostro.

—¿Va todo bien?

—Me pareció oír a alguien tocando.

Feng se encoge de hombros.

—Puede que alguna artimaña del viento.

Se produce un crujido a la izquierda y, cuando me giro, veo que hay un joven bajo un árbol, a pocos pasos de distancia, que me observa con una sonrisa llena de dientes. Lleva los vaqueros caídos y mugrientos, y una camiseta naranja manchada por el bajo. Tiene los hombros levantados hacia las orejas. Los dientes amarillos, algunos marrones y podridos.

—*Qingwen yixia*… —dice despacio. «Me podría decir…». Repite—: *Qingwen yixia… shi Meiguo ren ma?*

Sus palabras son tan lentas y claras que comprendo la pregunta completa. «¿Eres americana?».

Cruzo los brazos e intento hacerme más pequeña. Me mira expectante, y por fin asiento con rigidez.

—Vamos —dice Feng, y hace una señal para que sigamos.

—¿Qué quiere? —pregunto.

Feng sacude la cabeza.

Cuando llegamos al cruce, miro hacia atrás. El joven sigue ahí. Ahueca las manos alrededor de la boca y nos grita algo.

Waipo se pone tensa de manera visible. Me mira y aprieta el paso. Me acerco a Feng.

—¿Qué ha dicho?

Pone cara de fastidio.

—Solo tonterías. Ha dicho que los pájaros pertenecen al cielo.

El corazón me da un vuelco. Cuando miro hacia atrás, el chico ha

desaparecido. Solo está el árbol, que se agita con la brisa, y una extraña bruma que desaparece entre sus ramas.

55

Cuando por fin llegamos al Mercado Nocturno de Shilin, la última luz se desvanece. Un gris púrpura se filtra por el cielo mientras el cruce se llena de gente. A primera vista, lo único que hay es luces y gente. A ambos lados de las calles cuelgan carteles verticales, franjas iluminadas, amarillas, azules, rosas y verdes que muestran logos y caracteres chinos.

El mercado parece una especie singular de festival, pero Feng me cuenta que cobra vida todas las noches. La gente camina con golosinas en las manos, como granizados y helados de alubias rojas. Veo cosas que nunca he probado, pero de las que mi padre me ha hablado, como el tofu apestoso y unos pasteles redondos amarillos rellenos de natillas. En un puesto se venden brochetas de huevitos marrones y en otro, kebabs oscuros y marinados. A ambos lados de la multitud hay puestos distribuidos sin orden ni concierto; algunos venden baratijas y ropa; otros desprenden el humo de los alimentos frescos cocinados.

—Estos aperitivos se llaman *xiaochi* —dice Feng—. La traducción literal sería «alimentos pequeños». Mmm… ¡Todos mis olores favoritos en un mismo sitio! ¿Sabes?, siempre he creído que la cita más romántica sería caminar en pareja por un mercado nocturno comiendo todo lo que te encuentras. —Me adelanta sonriente.

Waipo me agarra del brazo y se inclina hacia mí. Me susurra algo al oído, pero lo único que entiendo es *ni mama*. «Tu madre».

Sacudo la cabeza.

—*Shenme?*

Mi abuela lo repite, esta vez más despacio, y ahora sí la entiendo. «El mercado nocturno favorito de tu madre».

Hay una familia con dos niños pequeños que vienen hacia nosotras. El más pequeño me mira con unos ojos enormes y redondos. Tira de la mano a su hermana y me señala.

—*Waiguo ren* —dice la niña. «Extranjera». Se vuelve hacia sus padres y también me señala—. *Ni kan*. —«¡Mira!».

Aparto la vista fingiendo mucho interés por un puesto que vende tentáculos de calamar fritos. ¿De verdad la gente come eso?

—Hola, hola —saluda el vendedor de calamares mientras me observa con curiosidad.

Hay demasiada gente aglomerada. ¿Cómo se supone que voy a encontrar a mi madre en este sitio?

—¡Seguro que nunca has tomado nada tan delicioso como la comida de aquí! —exclama Feng.

Más adelante, alguien comienza a chillar y la multitud se detiene y gira la cabeza para mirar. Un hombre gesticula con las manos de manera exagerada y señala hacia el cielo mientras grita. Parece estar a cargo de una cuba humeante en cuya superficie flotan unos aros dorados sobre una sopa oscura.

Feng emite un sonido de comprensión.

—Dice que alguien le ha robado un montón de bolas de pescado.

Y entonces entiendo lo que dice el vendedor. «¿Lo habéis visto? Un pájaro… Un pájaro rojo. ¡Muy grande!».

—Dice que ha sido un asqueroso pájaro que bajó del cielo. —Feng sacude la cabeza—. Qué raro.

—Raro —repito con una voz azul ceniza.

—Qué fastidio. Waipo quería comprar unas cuantas bolas de pescado, eran el aperitivo favorito de tu madre en el mercado nocturno. Aunque las mejores bolas están en Danshui. Tu madre a veces se desplazaba hasta allí solo para comprarlas.

«Las favoritas de tu madre».

Esas palabras me dan vueltas.

«Tu madre».

Como si Feng la conociera. Como si ella hubiera caminado tiempo atrás junto a mi madre por las mismas calles.

Algo se quiebra en mí.

El cuerpo se me revuelve. Los pies se me clavan al suelo. Pese a que trato de reprimirme, las palabras hierven por salir al exterior, por verterse a través de mi boca.

—Deja de fingir que conoces a mi madre.

—¿Eh? —se sorprende Feng.

La frase me sale de golpe, desafortunada, indómita y negra por la rabia:

—Como si supieras de verdad algo sobre ella. Como si hubieras retrocedido en el tiempo y la hubieras conocido…

Estoy tan furiosa que el estómago se me cierra, me duelen las tripas y me dan ganas de lanzar todos los pensamientos furiosos que me vienen a la cabeza.

Feng abre mucho los ojos. Encorva los hombros y se encoge un poco.

—Lo siento. Solo intentaba…

—Para. No formas parte de esta familia. NO sabes nada. ¿Por qué estás siempre aquí? Me gustaría que nos dejaras solos.

Feng retrocede un paso y se tropieza con sus propios pies.

—Solo quiero ayudar. Eso es todo.

Escupo las palabras de un modo tan desagradable que hasta yo me sorprendo:

—¿Por qué estás tan segura de que necesito tu ayuda?

—Leigh —dice Waipo.

—De acuerdo —musita Feng. Se vuelve hacia mi abuela y trata de sonreír —. *Meiguanxi*.

Parpadeo y desaparece entre la muchedumbre.

56

Cuando Feng se marchó, Waipo y yo regresamos a casa sumidas en un calma traslúcida.

Ahora hay silencio en el piso, todo está tan tranquilo que oigo a mis abuelos cuando cambian de postura en la cama. Un grillo lejano sigue el ritmo de su recuento desde algún lugar de la calle. Algún coche ocasional pasa silbando. Mi culpa inhala y exhala tan fuerte como las olas de una tormenta que se estrellaran contra las rocas.

Si Axel estuviera aquí ahora, preguntaría: «¿De qué color?», y no sé muy bien qué le contestaría. Quizá fuese uno que aún no he descubierto.

Intento quitarme de la cabeza los pensamientos sobre Feng.

Agarro las cuerdas hechas con las camisetas. Comienzo de nuevo a trenzar mientras dirijo la tela con los nudillos y curvo los dedos para no tensar demasiado. Me concentro en el derecho y el revés, en tejer con rapidez mientras permito que mi mente divague.

Una vez, Caro y yo nos pasamos un sábado entero leyendo cosas sobre tetracromatismo e imaginando qué pasaría si una de nosotras lo tuviera. Es una condición muy poco frecuente según la cual ves colores que otras personas no ven. Mientras que una persona normal ve el cielo completamente azul, el tetracromático insiste en que también es rojo, amarillo y verde.

Me pregunto si ver al pájaro es algo así. Si quienes lo hemos divisado poseemos algo especial en los ojos, en el cerebro, en el corazón…; algo que nos permite ver en esa otra dimensión de la existencia con una claridad absoluta.

Porque el pájaro es real. Tiene que serlo.

Estoy tan segura de eso como del hecho de haber nacido. De estar viva. De que me llamo Leigh Chen Sanders.

Y entonces recuerdo que el artículo decía que la mayoría de las aves son

tetracromáticas.

En el caso de mi madre, ahora que es un pájaro, debe de ser cierto. Tiene que serlo. Me pregunto si ve colores que yo no. Si para ella el cielo está lleno de morados y naranjas mientras lo surca. Si la luna parece una brocha provista de un millón de tonos diferentes de pintura a la espera de que la limpien.

Es como si mis pensamientos invocaran una especie de magia. Los colores de mi habitación comienzan a acentuarse, como flores que se abren. Carmesí en las esquinas. Cerúleo en las grietas del sur. Índigo junto a la ventana. Un verde bioluminiscente traza las líneas de la pared más próximas a la cama. Las cosas que ya son negras adquieren un matiz más fiel, oscuro como el carbón, vacío.

Parpadeo con fuerza y todo se aclara durante unos instantes.

Pero entonces vuelve a verterse como tinta que se extiende a toda velocidad.

En la superficie brillante de la mancha veo atisbos del pasado. Los recuerdos se despliegan.

57

Verano, antes de segundo curso

Tendría que haber entendido que algo sucedía cuando mi padre se acercó para sentarse junto a mí en la cocina sin decirme nada acerca del dibujo que tenía entre manos en ese momento. Pero estaba tan tranquilo que me pregunté: «¿Me estará observando mientras pinto?».

Solté el lápiz para darle un sorbo al té. Entonces fue cuando se lanzó:

—Leigh, ¿qué te parecería ir de campamento?

Me quedé callada, con la taza a medio camino de la boca, y levanté las cejas.

—¿De campamento?

Estábamos a finales de junio, al final del primer curso de secundaria. Mi verano no había hecho más que empezar y ese mismo día vendrían a casa Axel y Caro. Estaba lista para disfrutar de dos meses de vacaciones.

No tenía ni idea de que en menos de un año mi vida cambiaría de pies a cabeza.

—Uno donde te quedarías a dormir —explicó mi padre. Tuve que poner cara de horror, porque añadió—: Vamos, será divertido.

Nunca has ido a un campamento, será una buena experiencia. Hay uno al norte de Nueva York que parece perfecto para ti.

—De todo esto —señalé mi pijama, el cuaderno, la media docena de lápices esparcidos junto al desayuno—, ¿qué te hace pensar que me apetece ir a un sitio aburrido para hacer nuevos amigos con los que no volveré a hablar, estar lejos de mis verdaderos amigos, hacer juegos grupales que fomenten la confianza y que me coman viva los mosquitos?

—Es un campamento de arte y naturaleza —aclaró mi padre.

Me esforcé por no poner cara de aburrimiento. Mi padre estaba seguro de que cualquier cosa con la palabra «arte» me convencería de inmediato. Al menos se estaba esforzando…

Pero su esfuerzo no iba en la buena dirección.

—¿Podemos dejar de pasar por alto lo más importante? —pregunté.

Hizo un gesto desconfiado.

—¿Qué es lo más importante?

Se me encogió el estómago por el enfado.

—¿Mamá? No puede quedarse sola en su estado.

Odiaba la expresión «en su estado», pero era más fácil que llamarlo por su nombre: una guerra. Su depresión era algo enorme contra lo que luchábamos.

—No va a quedarse sola.

—Ah, ¿no? —Hice bien en disimular casi todo el sarcasmo. No todo. Por suerte, mi padre no tuvo en cuenta el tono.

—No. He cancelado el curso intensivo de verano que iba a impartir y he pospuesto el viaje a Pekín. Así que estaré aquí.

Genial. Mi padre estaría aquí. «Aquí», entre comillas. Me lo imaginé encerrado en la oficina durante dieciocho horas seguidas, enterrado en papeles, sin acordarse del resto de la casa. «Aquí» no significaba que estuviera presente.

Destensé la mandíbula.

—Mamá me necesita.

—Precisamente por eso. Tu madre y yo hemos pensado…

—Es imposible que mamá haya pensado nada que esté a favor de todo esto —proferí con una voz más alta que la suya.

Mi madre llevaba más de una semana sin pronunciar una sola frase. Se movía como un zombi. En los dos últimos meses, sus alumnos de piano habían dejado de venir, bien porque ella había cancelado las clases, bien porque se habían dado cuenta de que algo iba muy mal. Ahora se pasaba los días acostada con las cortinas echadas. Si la engatusaba durante el tiempo suficiente y con la insistencia necesaria, a veces lograba que comiera un bocado de algo.

—Hemos pensado que sería bueno para ti salir de la casa una temporada. Alejarte de esto, ir a algún lugar positivo. Le daría un respiro a tu madre para relajarse y tener un poco de paz y de tranquilidad…

—¿Estás de coña?

—Esa boca, Leigh… —me reprendió. Emití un ruido de asco—. Ya te hemos apuntado y hemos pagado tu plaza…

Me levanté y di un golpe con la taza en la mesa.

—¡¿Que qué?!

—Te llevaremos el domingo, así que será mejor que empieces a preparar la maleta. —Se levantó y colocó la silla debajo de la mesa.

—Papá, no lo dices en serio.

—Lo digo completamente en serio, Leigh. Será bueno para ti.

—Menuda trola de mierda…

Me lanzó la mirada de la muerte.

—Esa boca, niña. Si no eres capaz de hablarme con respeto, vas a conseguir que te castigue.

—Claro, durante cuatro días. —Puse los ojos en blanco—. Antes de mandarme directa al infierno.

—Exacto —dijo mi padre con las manos levantadas—. Estás oficialmente castigada, mira qué bien. Así tienes más tiempo para hacer la maleta. Te enviaré el enlace para que veas lo que recomiendan llevar.

—Es lo contrario a un secuestro.

—Leigh, esto no pretende ser un castigo. De verdad que he intentado buscar algo que te guste. Creo que te lo vas a pasar bien.

Estaba equivocadísimo. En todos los sentidos. Sí que fue un castigo. Y no, sin duda no me lo estaba pasando bien.

Campamento Mardenn. Seis semanas de infierno. Vivíamos en cabañas de madera, antiguas y malolientes, provistas de cubos de plástico por si llovía, y había goteras. Todos los días salíamos para «estar en contacto con la naturaleza y hacer obras de arte»; yo me centraba en el arte de gritar en silencio.

Echaba de menos a Axel y a Caro desesperadamente.

Echaba de menos a mi madre todavía más.

¿Estaría comiendo? ¿Estaría encerrada en su habitación? ¿Estaría mi padre hablando con ella, tal vez intentando hacerla reír? Cuando le supliqué a mi madre que hablara con él para que no me mandara al campamento, ella permaneció completamente indiferente. ¿Estaría mejor ahora?

Cuando me dejaron allí, mi madre me dio un abrazo fuerte y silencioso. El colgante que siempre llevaba se aplastó contra mi esternón; me imaginé la marca de la cigarra sobre la piel dolorida antes de desaparecer. Me sorprendió que viniera. Había estado todo el camino inclinada y con la cara apoyada en la ventana del copiloto. Cuando me despedí con la mano, su expresión fue casi de disculpa. No me miró a los ojos.

Ya había sobrevivido a dos semanas de campamento. A duras penas.

El baño olía a consulta de dentista, como la pasta endulzada con productos químicos que usan para limpiarte los dientes, esa que se supone que sabe a chicle. Se supone, porque no lo consigue ni de lejos.

Aunque el olor me daba dolor de cabeza, merecía la pena ese resquicio de privacidad. Y por lo menos no olía mal.

—Muy bien —concluyó Axel con una voz que sonaba metálica a través del teléfono—. Voy a recogerte.

Resoplé.

—Lo digo en serio. Se te oye tristísima.

—Es que no comprendo cómo se le ocurrió inscribirme sin ni siquiera preguntarme antes.

—Campamento Mar… denn. Con dos enes, ¿verdad?

—Axel, ¿qué estás haciendo?

—Ya te lo he dicho… —Su voz se debilitó y me lo imaginé cambiándose el móvil de lado—. Voy a recogerte.

Puse cara de incredulidad y me acerqué más el teléfono.

—No creas que soy una princesita en apuros.

—No, pero no tienes otra salida. ¿Cómo te vas a ir si no? Necesitas un cómplice.

Se oyó un ruido de pasos fuera y por un segundo me preocupó que alguien entrara. El sonido cesó. Se me aflojaron los hombros. Era la hora de cenar, que solía ser cuando el baño estaba vacío durante más tiempo.

—¿Leigh? —dijo después de que yo me callara durante un buen rato.

—Lo siento. ¿Qué decías?

—Que voy a coger el autobús. Estaré allí mañana.

—¿Qué? No lo dices en serio.

—Lo digo en serio si tú lo dices en serio. Dime que de verdad quieres seguir en ese campamento y no iré.

Me quedé pensando. Me imaginé comiendo otra de esas Boca Burger que parecían llevar demasiados años en el congelador, sentándome junto a otra fogata mientras los demás cantaban acompañados de una guitarra desafinada, observando a los penosos campistas y sus torpes intentos de ligar.

Otras cuatro semanas así, sin Axel, sin Caro. Otras cuatro semanas sin hablar con mi madre.

Había intentado llamar a casa. Siempre era mi padre quien cogía el teléfono. Cuando le decía que quería hablar con mi madre, él me respondía: «Ahora no es buen momento, Leigh».

¿Qué demonios significaba eso?

La noche siguiente, vino Axel y me escapé.

El hotel que Axel había buscado era de los baratos, aunque no podía quejarme. Es probable que por eso ni se inmutaran cuando Axel les soltó el rollo de que acababa de perder el carné de conducir.

—Puedo identificarme con algún otro documento…

—No pasa nada —contestó el recepcionista con un tono de desidia absoluta.

Apenas había espacio para moverse alrededor de la cama de uno treinta y cinco. Las toallas estaban tiesas y apestaban a lejía. Una de las lámparas no se encendía. Las patas de la mesa estaban envueltas con cinta adhesiva. Y el baño…, en fin, debían de haberlo limpiado un siglo atrás.

Iba a ser una experiencia interesante.

Me estremecía solo de pensarlo. ¿Cuánto le costaría a Axel la misión completa? ¿Los billetes de autobús? ¿El taxi? ¿El hotel para pasar la noche? No sería barato. En su trabajo de media jornada ganaba ocho pavos la hora. Le iba a suponer el sueldo de varias semanas.

—Axel, te devolveré el dinero.

Se quedó callado y dejó la mochila a medio abrir.

—¿Qué? Anda, no te preocupes por eso.

—En serio, no voy a dejar que pagues todo.

—Leigh, yo quería venir. Si no, no me habría ofrecido, ¿de acuerdo? —Vació el contenido de la mochila—. ¡Provisiones!

Nos sentamos en la cama con las piernas cruzadas y nos dimos un atracón de cereales Frosties y patatas fritas a la vinagreta.

—Siento no tener comida de verdad.

—¿Estás de coña? —exclamé con un puñado de patatas en la boca—. Es la mejor comida que he probado en dos semanas.

De postre había macedonia. Como no teníamos cucharas, nos comimos los trozos de fruta con los dedos y sorbimos el zumo. Era el sabor de la libertad.

Me contó que Angie había preparado piruletas de azúcar cristalizado y que él había añadido una gota de colorante verde para gastarle una broma. Que su primo Jorge se había untado medio bote de Vicks VapoRub porque había comido demasiados macarrones con queso y le dolía la tripa. Que Tina se había apuntado a una nueva asociación de mujeres y había aprendido algunas expresiones nuevas, como «¡Caracoles!» y «¡Ay, diosito!», que utilizó nada más enterarse de que me habían enviado a un campamento.

Nos reímos, bromeamos y me volví a sentir casi normal. Pero notaba un pellizco de preocupación. Una voz en mi interior me repetía: «¿Por qué Tina

se ha apuntado a una asociación de mujeres? ¿Acaso ya no pasa su tiempo libre con mi madre?».

—¿Quieres cambiarte tú antes? —preguntó Axel, señalando el baño con la cabeza.

Pensé en la mugre y me estremecí.

—No me apetece estar ahí dentro más de lo necesario. Creo que incluso me voy a saltar la ducha. —Lo último que vi fue que el fondo de la bañera estaba marrón y arenoso. Ni loca me iba a meter en ella.

—Lo mismo digo. —Asintió con un gesto acorde al mío.

—¿Nos podríamos cambiar aquí? Nos damos la vuelta o algo.

—Claro —contestó Axel—. Buena idea.

En el momento en que accedió, temí que se girase a escondidas para mirarme. «Pero ¿por qué iba a hacer Axel algo así? Axel, tu mejor amigo y, sobre todo, la persona más íntegra del mundo». Sin embargo, no podía deshacerme de la paranoia. No quería que me viera las moyas de la cintura ni lo pequeño que tengo el pecho. Me puse la parte de abajo del pijama de un salto y me saqué la camiseta sin mangas de un tirón. Me cambié en tres segundos y me di la vuelta.

Al otro lado de la cama, Axel se tomaba su tiempo. Se acababa de poner unos calzoncillos limpios. Medio segundo antes, le habría visto el culo. Al darme cuenta, me puse roja como un tomate. Debería haberme girado para corresponderle con el mismo respeto y la misma intimidad, pero me quedé petrificada. Lo observé mientras se subía un pantalón corto deportivo por encima de las rodillas hasta las estrechas caderas. Los músculos de la espalda se le estiraban y curvaban formando huecos de sombra marrón y luz.

Tenía los huesos de los hombros afilados, esculpidos, como diseñados para llevar alas. Tenía la espalda bonita.

En realidad, todo lo suyo era bonito.

No sé cómo, en los últimos años se le habían ensanchado y tonificado las extremidades. Se le veía la forma de los músculos en la parte superior del brazo. Y el trasero. Nunca había pasado tanto tiempo mirándole el trasero a un chico.

Dejó de moverse, como si se sintiera observado.

—De acuerdo, ¿has terminado? Voy a darme la vuelta.

—Ah, sí, yo también, he terminado —respondí demasiado deprisa, con una sola exhalación. Me agaché para recoger los calcetines y ocultar la cara.

Lo de dormir fue otra historia. Habíamos dormido en la misma habitación muchas veces, pero lo normal era que uno se acostara en el sofá y otro, en un colchón inflable. O en sacos de dormir. También habíamos jugado a las cartas durante horas en la cama, con una baraja tan usada que sabíamos, con solo ver el reverso, cuáles eran el as de picas y el ocho de rombos.

Pero estar sentados en la cama era distinto a estar tumbados.

El colchón estaba lleno de bultos y hundido por el centro. Cada vez que cambiaba de postura para encontrar una más cómoda, me deslizaba un poco hacia su lado.

Al final, nuestros codos se rozaron y Axel comenzó a reírse.

—¿Qué pasa? —pregunté, tensa.

—Este es el problema de los hijos únicos —dijo—. No sabéis compartir el espacio.

—¡No es culpa mía que el colchón esté hundido!

—No pasa nada —contestó sin parar de reír—. Podemos compartir el centro. ¿Puedes darte la vuelta hacia tu lado?

Le di la espalda, porque hasta en la oscuridad sentía que me leería la mente si me miraba a los ojos.

Notaba cómo se movía; todo el colchón se sacudió y acabé de nuevo en el centro, pero entonces cesó el traqueteo.

—Eso es —dijo, y sentí su aliento en la nuca.

Él miraba en la misma dirección que yo. Con mucho esfuerzo, conseguí tranquilizarme y relajar las extremidades. A escasos centímetros, el calor de su cuerpo me abrasaba.

No nos rozábamos, pero estábamos muy cerca.

—¿Mejor? —dijo.

Primero asentí con la cabeza y luego recordé que no me veía.

—Sí.

Nos quedamos callados; yo oía el sonido de su respiración, tan calmada que estaba segura de que se había dormido. A mí me picaba el cuerpo, desvelado y demasiado consciente. Detrás de mí estaba mi mejor amigo. Solo una pequeña franja de aire nos separaba. Junté las manos como si rezara y las metí debajo de la almohada para reprimir las ganas de estirar el brazo y tocarle.

Pasó un buen rato antes de que Axel murmurara algo.

Me pareció que dijo; «¿De qué color?».

Pero no estaba segura. Fingí estar ya dormida.

58

Los colores destellan como promesas y el negro parpadea como la nieve estática de la televisión, como los recuerdos, y todo es caída, caída, recuerdo,

caída,

recuerdo,

ambas palabras sinónimas.

59

Verano, antes de segundo curso

Cuando me desperté por la mañana, me di cuenta de que me había girado ciento ochenta grados y que tenía la sien apoyada contra su pecho. Él tenía la cara delante de mí y la mano entre mis costillas y mi cintura. Las alarmas resonaron en mi cabeza; no llevaba sujetador. El pánico me hizo apartarme y, cuando sus dedos me recorrieron la barriga, algo se me erizó por debajo de la piel. Salí de la cama a la espera de que se me quitara el calor.

Ahí estaba mi mejor amigo, dormido. Sin las gafas, con sus negras pestañas plegadas contra las mejillas. Con la camiseta medio levantada y parte de su delgada cintura a la vista.

Aquellas pestañas parpadearon al despegarse.

—¿Qué pasa? —murmuró.

Sacudí la cabeza.

—Nada. Eh…, ¿a qué hora pasa nuestro autobús?

Se sentó y se frotó los ojos.

—No sale hasta después de comer.

—Bueno. —Miré el reloj de la mesilla de noche del hotel, cuyas rayas rojas demoníacas brillaban con forma de números—. Es casi mediodía.

Axel se dio la vuelta y agarró las gafas.

—Mierda —dijo—. Se suponía que debíamos dejar la habitación a las once. Mierda, mierda, mierda.

Ya en el autobús, pedí el asiento de la ventanilla por si no soportaba mirar a Axel y necesitaba algún otro sitio donde dirigir la vista. Pero las cosas parecían haber recuperado la normalidad. Sacamos los cuadernos y dibujamos

los pies del otro: los míos con sandalias viejas y el esmalte coral desconchado sobre las uñas, los suyos con calcetines grises y zapatillas con la suela verde.

En la última parada cogimos un tren hacia un pueblo cercano a Fairbridge. Axel llamó a Tina para que nos recogiera, porque sabía que su enfado sería el más leve. Daba la casualidad de que se había olvidado de contar que desaparecería durante una noche.

Tina se giró para mirarnos cuando nos montamos en el asiento trasero del coche.

—Axel, ¿en qué estás pensando? Tu padre estaba preocupadísimo. A ver si aprendes a llamar por teléfono.

Axel esperó a que se volviera a dar la vuelta para poner un gesto muy teatral.

—Lo sé, tía Tina, lo sé. Créeme, era importante. Leigh me necesitaba.

Tina se ablandó.

—Leigh, preciosa, ¿te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. Gracias.

—¿Y tu madre? ¿Cómo está?

Me puse rígida.

—¿No la has visto?

—No, cielo. No me devuelve las llamadas.

Cuando entramos en el camino de acceso a mi casa, Axel se ofreció a ayudarme a meter mis cosas, pero le dije que no. Ahora sabía que la intuición no me fallaba: algo pasaba con mi madre. Fuera lo que fuese, no estaba segura de querer que Axel lo viera.

Toqué el timbre e inmediatamente oí las fuertes pisadas de mi padre a toda prisa por el vestíbulo. Abrió la puerta de golpe.

—¿Cómo se te ocurre? —Su cara pasó por todo el espectro: sorpresa, rabia, alivio, rabia de nuevo.

—Bueno, yo…

—He recibido una llamada del Campamento Mardenn; me han informado de que mi hija no estaba allí y me sugerían que hablara con la policía para establecer una alerta por desaparición. Leigh, ¿cómo se te ha pasado por la cabeza hacer algo así?

—Vale. Yo…

—Y entonces he empezado a recibir llamadas de los Moreno por si había visto a Axel… ¿Ha sido él quien te ha animado a desaparecer? Estás castigada, por cierto. Durante el resto del verano.

Esa injusticia me dejó boquiabierta.

—¿Qué? Uff, ¡papá! ¿Te puedes tranquilizar un momento?

—¿Qué me tranquilice? ¡Hemos tenido que rellenar los formularios de dos personas desaparecidas! —Mi padre sacudió la cabeza con una expresión en los ojos de «no me creo lo que está pasando». Se dio la vuelta y me dejó allí

mientras me zafaba de las asas de mis bolsas.

—¿Por qué leches…?

—¿Leigh?

Volví la cabeza. La voz de mi madre, incorpórea, llegaba a la deriva desde algún lugar lejano y elevado. Estaba bajando las escaleras. Era la primera vez en semanas que la oía pronunciar mi nombre.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás tan enfadado? —preguntó mientras bajaba.

—Por nada —contestó mi padre. Parecía exhausto—. Todo va bien. Solo hablaba en voz alta.

—Leigh —dijo con una suave sonrisa. Su bata rosa clara le daba un toque angelical. Me abrazó *y yo* me sorprendí tanto que me quedé petrificada, sin devolver el abrazo—. ¿Te lo has pasado bien en la fiesta?

—¿Fiesta? —repetí, perdida. Miré a mi padre, que apartó los ojos.

—Le conté lo de la fiesta de pijamas —explicó con el ceño fruncido. Era una seña para que le siguiera la corriente.

Después de las dos miserables semanas que había pasado por su culpa, no estaba por la labor de ayudarle.

Pero la dulzura en el rostro de mi madre me hizo replantearme si quería una pelea. Lo que deseaba era que ella estuviera contenta. La oscuridad que le rodeaba los ojos parecía haber disminuido un poco, y parecía más erguida.

—Claro, mamá. Ha estado muy bien.

Mi padre aflojó los hombros, aliviado. Se dio la vuelta y se marchó a la oficina.

Mi madre me ayudó con el equipaje.

—¿Por qué te llevas tantas cosas a una fiesta? —Se echó a reír, y el sonido fue tan musical y perfecto que se me cortó la respiración.

—Ah, pues no sé —contesté como si nada—. Pensé que lo necesitaría todo.

Ella se disponía a ir a la cocina, pero la detuve para darle otro abrazo. Pareció sorprendida, aunque me apretó con fuerza. Cerré los ojos e inhalé. Olía otra vez a limpio. Antes de marcharme, desprendía un olor pestilente y rancio por los días sin ducharse. Ahora tenía el pelo suave por el champú de coco. Bajo mi barbilla, su camisa poseía ese aroma fresco a recién lavado. Todo eran señales buenísimas.

—Siento no haberte visto en tanto tiempo —susurró.

—Lo mismo digo —respondí mientras parpadeaba con fuerza para aliviar el picor de ojos.

Mi padre consiguió evitarme durante toda la noche. No fue hasta la mañana siguiente cuando por fin lo acorralé en la cocina mientras se preparaba el café.

—Bueno, ¿qué está pasando? —Me costó la vida contenerme y no elevar la voz. Mi madre dormía arriba. Él tenía bolsas grises en los ojos. Me lanzó una mirada recelosa mientras trasteaba con la cafetera de émbolo—. ¿Qué pasa con mamá? ¿Por qué está tan confundida?

—Tu madre ya está bien —contestó mi padre—. La confusión se le pasará.

«Ya está bien». Como si algo hubiera cambiado.

Me hervía la sangre.

—¿Qué le has hecho? ¿Por eso me enviaste fuera?

Sacudió la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro:

—Tu madre todavía se está recuperando, ¿de acuerdo? Ha estado en tratamiento.

Casi exploté.

—¿Cómo?

—Shhh. —Levantó las dos manos abiertas.

—¿Qué clase de tratamiento? —Tenía ganas de darle un puñetazo a algo —. ¿Por qué no me lo contaste?

—No quería preocuparte, ¿vale? Este tema está muy estigmatizado y cabía la posibilidad de que hubiera efectos secundarios…

—Cuál. Fue. El tratamiento.

Se rascó las sienes y suspiró.

—Terapia electroconvulsiva.

Lo miré fijamente.

—¿Qué? ¿Es eso… lo que creo que es?

—También es conocida como tratamiento por *electroshock* —añadió mi padre.

—Es increíble.

—A ver, Leigh…

—¿Me enviaste al campamento para que mamá pudiera pasar por eso sola?

—Escúchame…

—No puedes tratarnos como si no supiéramos tomar decisiones por nosotras mismas. ¡Me dejaste como quien suelta a un perro en una puñetera residencia canina! Ni siquiera me preguntaste qué quería. ¿Le preguntaste a mamá si quería recibir el *electro*…, como se llame?

Mi padre se sentó.

—Sí. La llevé al médico y hablamos del tema. Ella accedió de manera explícita. Podía cambiar de opinión en cualquier momento, pero no lo hizo. Tu madre estaba pasando por un infierno, Leigh. No comía. No hablaba. Si

seguía así, se iba a morir. —La voz se le quebró con esa última palabra.

Sacudí la cabeza. Mi madre no se iba a morir. Mi madre, con su voz alegre, sus fuertes dedos aporreadores de pianos, sus abrazos que te derriten el corazón. Mi madre, la que hacía los mejores gofres, las mejores empanadillas. La que me había sonreído con tanta dulzura la noche anterior.

Mi padre carraspeó.

—La terapia electroconvulsiva cambia la química del cerebro con rapidez. Puede sacar a una persona de una depresión muy fuerte cuando otras cosas no funcionan.

Me quedé mirando los azulejos de la cocina. Imaginé a mi madre en una camilla, enganchada a un millón de cables, recibiendo descargas una y otra vez. Con el cuerpo iluminado de azul y blanco, los ojos vueltos, la boca abierta en un grito mudo.

—En realidad, no es como la gente imagina —añadió él como si me leyera el pensamiento—. La terapia electroconvulsiva se suele malinterpretar. Yo también necesité que el médico me explicara en qué consiste. Le daban un relajante muscular y dejaban que se durmiera. Luego, le aplicaban una corriente eléctrica para inducir una rápida convulsión y cambiar la química del cerebro. Tu madre ni siquiera se acuerda.

—¿Era la única opción? —pregunté.

Mi padre inspiró tembloroso.

—El médico dijo que era una buena opción porque tu madre ha sido resistente al tratamiento. Lo ha intentado con psicoterapia y con muchos tipos de medicación. Esos tratamientos le van bien a mucha gente, pero a ella no han terminado de funcionarle.

—De acuerdo —dije, aunque todo eso me pillaba de nuevas.

—Leigh…, no queríamos que te preocuparas, pero…, en fin. Todo este asunto no es algo… reciente. Tu madre lleva luchando contra la depresión muchísimos años. Creo que desde antes de que tú nacieras.

Yo ya había llegado a esa conclusión durante las innumerables noches sin dormir en las que había analizado, tumbada en la cama, el comportamiento de mi madre. Los meses enteros en los que parecía no saber sonreír. Sus largas siestas, tras las que a menudo olvidaba hacer algo que había prometido. Las conversaciones en las que apenas daba muestras de interés.

Reparé en que yo lo sabía desde hacía mucho tiempo, aunque no lo comprendiera del todo. Su enfermedad era algo a lo que me daba miedo enfrentarme.

Pero había otra versión de mi madre, una versión entusiasta y luminosa. ¿Cómo podía estar deprimido alguien como ella? Era una persona llena de energía, vida y pasión. La palabra «deprimido» me recordaba a ese grupo de chicos del colegio que iban vestidos de negro, con los ojos perfilados, que escuchaban música iracunda y nunca enseñaban los dientes. Esos que la gente

denominaba «emos» como si de una palabrota se tratara.

Mi madre no era así. Para nada.

Y entonces una vocecita del fondo de mi cabeza preguntó con un susurro: ¿fue por mi culpa? Yo era quien más tiempo pasaba con ella. ¿Estaba evitando de algún modo que mejorara?

—¿Cuándo fue? —pregunté—. El tratamiento.

—La última cita fue antes de ayer. Ha ido seis veces en las últimas dos semanas.

Contuve la respiración. Seis veces.

—Deberías habérmelo dicho. Lo habría asumido. Habría estado aquí para echar una mano. No puedes mandarme fuera como si yo fuese una tarea pendiente que puede realizar otra persona.

Inclinó la cabeza.

—Lo siento, Leigh.

Es probable que fuera la primera vez en mi vida que mi padre me pedía disculpas.

Me senté. El estómago se me relajó y el agotamiento se apoderó de mí y se extendió por mis extremidades.

—La confusión y la pérdida de memoria a corto plazo solo son efectos colaterales, pero se está recuperando con rapidez. Ha funcionado, y más de lo que yo pensaba. Por lo que veo, solo está confusa por estas dos últimas semanas.

Asentí despacio.

—¿Se acuerda… de cómo era antes, de cómo se sentía?

—Creo que sí.

La madera del suelo de arriba crujió y nos quedamos callados. Oímos las pisadas de mi madre de una habitación a otra. Nos quedamos escuchando hasta que comenzó a bajar las escaleras despacio, un escalón tras otro.

Me levanté y me puse a hervir agua para el té.

Así estábamos cuando mi madre dobló la esquina para entrar en la cocina. Yo metiendo la bolsita de té en la taza mientras observaba cómo cambiaba el agua. Mi padre en la mesa dándole sorbos al café con una mano sobre el borde del periódico.

—Buenos días —dijo ella.

Seguía en bata, pero se había cepillado el pelo y ahora lo tenía brillante y lustroso. Nos sonrió, y en ese momento tuve la seguridad de que todo iba a terminar bien.

60

Cuando termino de tejer la red, es casi tan extensa como la pared más pequeña de mi habitación. Por suerte, metí en la maleta más camisetas anchas y pantalones de chándal de los necesarios. La red es lo bastante grande como para atrapar al pájaro y evitar que salga volando, siempre y cuando encuentre el modo de utilizarla. Mañana decidiré dónde colocarla y cómo lanzarla.

Pero sigo sin poder dormir: hay demasiado silencio en mi habitación, la noche es demasiado pesada, las horas se arrastran con parsimonia.

Las duras palabras que le dije a Feng siguen resonando en mi cabeza. Echo una ojeada a la caja en busca de algo que me distraiga de la culpa marrón y turbia que me nubla la mente.

Saco un papel *beige*, tieso y rugoso, que está doblado. Entonces aflora el recuerdo de aquel trabajo de clase. Compartí aquel papel con Axel, lo doblamos por la mitad para que él me dibujara en un lado y yo a él en el otro. Estaba prohibido mirar el dibujo del compañero hasta que ambos hubiéramos acabado. Cuando desdoblamos la página, fue como si nuestras réplicas en blanco y negro se sonrieran.

Nos echamos a reír y luego no supe nada más del tema. No me di cuenta de que alguien se había molestado en guardarlo.

¿Qué recuerdos hallaré en él? Saco una varita de incienso nueva y acerco la cerilla para prenderle fuego.

61
—Humo y recuerdos—

Estoy de pie en la habitación principal, la misma donde sucedió todo.

Se me van los ojos hacia la moqueta donde vi la mancha con forma de madre. Pero la mancha ya no está. Por supuesto que no.

—No creo que sea buena idea alentarla —dice mi padre. Está sentado contra el cabecero de la cama y se pellizca el puente de la nariz con el índice y el pulgar. A su lado, la lámpara de la mesilla de noche emite un zumbido.

Mi madre está tumbada a su lado, hecha un ovillo de cara a la pared. No dice nada.

—Me preocupa, ¿sabes? —continúa mi padre—. No tiene hermanos ni primos. Tiene un solo amigo.

—Un buen amigo —aporta mi madre con voz apagada y lenta—. Puede que solo necesite eso.

—Vale, pero las amistades cambian —dice mi padre. Mi madre vuelve a quedarse callada—. El asunto del arte se está convirtiendo en algo muy intenso. No hace otra cosa.

—Le apasiona —suelta mi madre en tono defensivo.

—Y eso es estupendo —añade él—. Pero las aficiones también cambian. Aquí la cuestión es: ¿podrá mantenerse con eso? ¿Será feliz?

—Debería hacer lo que le guste.

Mi padre vuelve la cara hacia la espalda de mi madre y dice muy bajito:

—Tú haces lo que te gusta. ¿Eres feliz? —Ella no contesta—. Dory —insiste al cabo de un rato.

Solo se oye el sonido de mi padre que inspira hondo. Suspira, apaga la luz.

Un estallido de nuevos colores.

En el rincón más oscuro del salón, relucen las agujas del reloj que señala, con sus pequeñas espadas verde luna, que es más de medianoche. Una luz sesgada llega desde el pasillo y deja la estancia en penumbra. Mi madre está en el sofá con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en un cojín, medio tapada con una manta que se le desliza por el hombro. Al principio es difícil ubicar el recuerdo en el tiempo: a lo largo de los años pasó muchas noches abajo, porque su habitación se convirtió en una cueva de insomnio.

En ese momento, mi padre entra con sigilo en el salón, vestido con su chaqueta favorita durante mi época de secundaria. Se inclina junto al sofá para recolocar la manta por debajo de la barbilla de mi madre y le aparta un mechón de pelo de la cara.

Se da la vuelta para salir, pero antes se detiene a mirar algo: un dibujo encima de las partituras del piano. Lo recuerdo a la perfección, era de cuando yo estaba a finales de sexto. Mi madre me había comprado un paquete especial de carboncillos que yo compartí con Axel, ya que él no podía pagárselos y odiaba los que la señora Donovan nos daba en clase de arte. Había que dibujar zapatos, pero Axel y yo nos las ingeniamos para que nuestro tema fuera más interesante. Él dibujó mis Converse moradas nuevas, aunque ya manchadas. Yo dibujé sus zapatillas sin marca, tan viejas que estaban amarillentas, con una grieta en la parte de los dedos de la derecha.

Los desperfectos de los zapatos de Axel hicieron que mi dibujo resultara especialmente interesante; me obsesioné con conseguir el sombreado adecuado, con reproducir la mugre a la perfección.

Y después lo coloqué en el atril para que mi madre lo viera, como siempre. Ni siquiera esperaba que mi padre se fijara. Aquel año ya había dejado de prestar atención a mis obras. O al menos eso es lo que yo pensaba.

Ahora veo que, con mucho cuidado, lleva el dibujo hacia la luz del pasillo, se lo acerca para observar los detalles y fijarse en los cordones, en la suela gastada, en la goma agrietada.

Por detrás de él, mi madre abre los ojos en el sofá. Se mueve sin hacer ruido, reclina la cabeza para observarlo.

—Humm… —murmura para sí mismo. Se dirige hacia la cocina, saca una vieja cámara de un cajón y hace una foto del dibujo antes de devolverlo a su sitio y salir de puntillas. Las luces doradas se apagan, pero sé que mi madre sigue con los ojos abiertos, mirando.

Los colores cambian.

Mi madre está haciendo gofres un domingo por la mañana. Todavía no me he debido de levantar, porque Axel está sentado a la mesa, dándole vueltas y más vueltas y más vueltas a una taza de café.

Tiene el pelo enmarañado, revuelto en todas direcciones.

—Formáis un buen dúo vosotros dos —dice mi madre mientras le pone nata montada en el plato.

—¿Quiénes? ¿Leigh y yo?

Mi madre asiente.

—Te tiene mucho cariño, ¿lo sabes?

Axel se echa a reír, incómodo.

—Es mi mejor amiga.

Mi madre asiente de nuevo.

—Es poco habitual encontrar una amistad tan fuerte.

Axel corta sus dos gofres en trozos minúsculos con mucha teatralidad.

—¿Hay sirope? —pregunta.

Mi madre saca de la nevera una jarrita.

—Me alegra que mi hija te tenga —dice con una ligera sonrisa.

La cocina parpadea y se desvanece.

62

Cuarenta y tres días.

Quedan seis.

Pienso en ese último recuerdo, el de mi madre tratando de hablar sobre mí con Axel. Me nubla la mente con tonos sepia.

¿Por qué necesitaba recordarlo? ¿Para ver lo mucho que se ha roto entre nosotros? No entiendo qué utilidad me aporta esa imagen.

Intento sacudirme la niebla de encima. Todo parece abrupto y agrietado, moteado con tinta negra. Sé que no es más que mi bruma insomne, y no el mundo real, pero no puedo evitar sentir que todo se quiebra a mi alrededor.

Esta mañana no hay nadie bajo el cenador del parque, así que Waigong y yo hemos ocupado uno de los bancos.

A nuestro alrededor: el coro de cigarras, las conversaciones de los pajarillos.

Sobre la mesa de madera hay una tablilla cuadrada de piedra con unas líneas blancas grabadas que forman una rejilla. En el centro hay unos caracteres chinos. Es un tablero para jugar. Me pregunto cómo serán las fichas, si serán redondas como monedas o estarán talladas con más caracteres.

Mi abuelo recorre el tablero con los dedos.

Y entonces tengo una idea. Saco mi teléfono y paso las dos primeras pantallas hasta encontrar la aplicación que busco.

—¡Mira! ¿Quieres jugar?

Waigong no dice nada, solo mira el teléfono con el ceño fruncido.

Levanto cuatro dedos.

—Lo único que hay que hacer es colocar cuatro en raya. Entonces ganas.

Me señalo y coloco la primera ficha. Le cojo el dedo y toco la pantalla para que el segundo jugador mueva. Es una partida rápida, y le dejo ganar por ser de prueba.

Percibo un destello en sus ojos. Creo que lo ha entendido.

—De acuerdo. Ahora juguemos de verdad —le digo.

En cuanto se carga la nueva partida, pincha en la pantalla y coloca su ficha justo en el centro.

Nos vamos alternando. Estoy tan concentrada en la estrategia que me despreocupo y, de repente, coloca cuatro en raya y gana.

Mi abuelo está radiante, se le redondean las mejillas, abre la boca y emite una risa silenciosa. Se sacude adelante y atrás, satisfecho como el verde lima.

Gano las dos partidas siguientes, pero él sigue sonriéndome, entusiasmado, como si ganara siempre a pesar del resultado.

A lo largo del sendero, los árboles se estiran hacia las nubes y las hojas se agitan con suavidad. Caminamos despacio para buscar de nuevo la flor perfecta. Miro con atención en todas direcciones e intento encontrar la manera de usar la red. Me pregunto si el pájaro vendrá aquí alguna vez.

Al volver a casa, Waigong me detiene con el brazo y señala algo que está encima de una rama gruesa, a la altura de los ojos.

Es una cigarra solitaria y marrón, esta vez viva, hinchándose y estirándose, hinchándose y estirándose.

Está mudando la piel.

Fascinados, observamos cómo sale por detrás cuando la coraza se abre como un traje con cremallera. Despacio, el flamante cuerpo emerge con un verde claro estival. Las nuevas patas se sacuden unas cuantas veces, los ojos oscuros brillan como si lo supieran todo acerca del mundo. Unos manojos arrugados como repollos se despliegan de los laterales y se estiran para formar unas largas alas, verdes en los extremos y traslúcidas en el centro, como de un suave papel de seda.

Su coraza, marrón y rígida, se queda pegada a la rama. Un fantasma abandonado.

63

¿Fue mi madre alguna vez a ver la muda de una cigarra?

¿Deseó hacer justo eso, mudar la piel y ser alguien nuevo?

Había días en que parecía transformarse en algo más silencioso, más oscuro. Sus colores eran más profundos, pero también más apagados. Ambos eran su yo verdadero y no lo eran.

O quizá no fuera una transformación. Quizá se tratara de una revelación pasajera, del desprendimiento de sus capas protectoras.

Un lápiz que se afila y muestra su punta más aguda.

64

Cuando regresamos al apartamento, todo parece más silencioso. Waipo ha sonreído al ver la flor de esta mañana —un tallo del que brotaba un retazo de florecillas coral con una alegre forma de estrella—, aunque hoy parece más cansada que de costumbre. Tiene las facciones lánguidas, los ojos algo más oscuros.

Mientras vierte en cuencos el *congee* blanco y esponjoso con un cucharón, mira hacia la puerta.

Echa de menos a Feng.

Yo tengo la culpa de su tristeza. El sentimiento de culpabilidad se me instala en la boca del estómago; la vergüenza me rodea como la faz espinosa de un velero y acentúa la idea de que he actuado mal.

Rojo naftol: el color de un bolígrafo iracundo que señala mis errores.

En el salón, veo que Waipo raspa la cabeza de una cerilla. En la otra mano, tiembla una larga vara de incienso. Por un milisegundo, la punta desprende su propia llama diminuta antes de reducirse a un ligero atisbo de luz y calor. Un susurro de vida que emite ceniza y humo, que sazona el aire.

Waigong se reclina en el sofá y mira los vídeos musicales con el volumen apagado. Un cantante vestido de pirata sostiene en la palma de la mano una versión de sí mismo en miniatura. Parpadeo y, al momento, aparece bailando con un grupo de chicos enmascarados.

—Waipo —digo—. *Lai*. —Me mira—. *Lai kan*.

Se me ocurre cómo distraerla, cómo hacer que se sienta mejor.

—*Kan shenme?* —pregunta. «¿Qué quieres que mire?».

Pero no sé responder con palabras. La tomo por del codo y tiro de ella hacia la habitación de invitados. Pasamos junto a las grietas oscuras, más anchas y más largas que yo misma, que se extienden por las paredes. Pasamos por delante de un gran agujero en un rincón, un abismo tan negro y vacío que

me hace estremecer. El techo está roto casi en su totalidad. Unas líneas finas y lóbregas resquebrajan su superficie.

Por supuesto, mi abuela no ve nada de esto.

Es mi visión insomne: lo considero un superpoder. La idea casi me hace sonreír.

Cuando llegamos a la habitación, Waipo se deja caer para sentarse en la cama.

—*Deng yixia* —le digo. «Espera».

Cuando abro la caja, lo primero que veo es esa foto, copia de la que Waipo tiene apoyada en el cuenco de frutas sobre el altar.

Dos niñas sentadas, los respaldos de las sillas de madera labrada por detrás de ellas, las piernas colgando. Una un poco más alta que la otra, un poco mayor.

Paso los dedos por el borde. Está tiesa, como si la hubieran guardado con mucho cuidado durante todos estos años, no como la copia gastada que Waipo debe de tocar a diario, con los bordes blandos y las huellas de los dedos.

—*Tamen shi shei*? —pregunto mientras sostengo la foto. «¿Quiénes son?».

La mira de cerca y contesta con una rápida retahíla que no entiendo. Bueno, al menos hay otra forma de saberlo.

Aparto mi red tejida a mano, que ocupa toda la cómoda, y saco la caja de incienso con una repentina sensación de timidez y preocupación. Durante unos segundos, me planteo la posibilidad de que el incienso no lo haya traído el pájaro, sino que pertenezca a mi abuela desde el principio. Le enseño la caja, señalo los caracteres de la tapa. Sacude la cabeza. No parece reconocerla.

Waipo me mira mientras manipulo la cerilla. Acerco la vara a la llama. Llevo la punta incandescente del incienso hacia una esquina de la foto y observo cómo se quema.

Brota un humo negro, pero sin las volutas de las otras veces, sin las cintas onduladas. Es un vómito violento, y me doy cuenta de que al humo no le gusta esto. No le gusta que haya traído a otra persona.

Un viento invisible me arrebata la foto de los dedos y la eleva por el aire, donde explota con un estallido de luz y una lluvia de ceniza.

Cuando me giro para mirar a mi abuela, tiene los ojos muy abiertos.

No hay destello.

No hay fogonazo.

Los colores no se invierten.

Bajo nuestros pies, todo tiembla; me pregunto si es un terremoto. El suelo se sacude con tanta fuerza que las paredes agrietadas se desmoronan, el techo se derrumba. Waipo chilla mientras la cama cae por debajo de ella.

El suelo ha desaparecido. La gravedad ha desaparecido. Estamos flotando en un abismo negro, damos volteretas. Lo único que oigo es el sonido de nuestra respiración.

—Leigh —dice Waipo.

Su voz es como un interruptor.

El negro se esfuma. Caemos al suelo con un golpe tan fuerte que nos tiemblan las piernas.

65
—Humo y recuerdos—

Un campo verde. Un cielo de sorbete. Ahí es donde estamos.

¿Qué diantres es este lugar?

Waipo señala la hierba que tenemos delante y es como si provocara el viento con el dedo. A nuestro alrededor se levanta un gran vendaval que me revuelve el pelo sobre la cara y agita con violencia la blusa de mi abuela.

Cuando una foto pasa revoloteando y me roza los tobillos, me doy cuenta de que hay cosas esparcidas por el campo. Fotos. Cartas. Sobres escritos en chino.

Entonces diviso la caja, que está volcada. Mi nombre está garabateado en la tapa con rotulador negro grueso.

Las cosas que el pájaro me trajo. La caja que mis abuelos me dijeron que habían quemado. Y alrededor, varas rotas de un incienso negrísimo. ¿Qué he hecho?

Waipo recoge del suelo un papel arrugado que está a mi lado. En el momento en que lo toca, se produce el destello revelador.

Los colores desaparecen, los colores aparecen.

El suelo se desintegra y es sustituido por la vieja alfombra *beige* del despacho de mi padre. La habitación está en penumbra y huele a ropa limpia.

Permanecemos de pie junto a su mesa, donde él se encuentra garabateando sobre un papel con una pluma estilográfica. Lo que sale de la pluma no es inglés. Las rectas y curvas se convierten en caracteres chinos. Escribe con una preciosa soltura.

La pluma produce un ruido áspero y disperso, la tinta negra empapa el papel con la forma abrupta de un hueso de perro.

A mi lado, mi abuela emite un grito ahogado. Gesticula con énfasis y señala la tinta vertida. Tardo un momento en comprender que ha reconocido ese papel.

¿Podría mi padre estar…? La idea me cae como una piedra en el estómago. ¿Le está escribiendo a ella, a Waipo?

Mi padre sacude la cabeza al ver la mancha de tinta, pero continúa escribiendo. Concluye la carta, firma con su nombre y airea la hoja para que la tinta se seque.

Extrae varias cosas de los cajones: algunas fotografías mías (yo debía de estar en séptimo u octavo), de mi madre y de la familia al completo. Y, por último, una colección de mis dibujos, de los cuales no recuerdo casi ninguno. Un autorretrato. Unas crías de ardilla coloreadas con ceras pastel. Las manos de mi madre por encima del piano. Un carboncillo de los gofres de los domingos.

Mi padre introduce con mucho cuidado los documentos en una funda, coloca la carta por fuera con un clip y lo mete todo en un sobre amarillo. Ya hay escrita una dirección de destino en chino, que termina con «Taiwán (República de China)».

—¿Brian? —La voz de mi madre suena desde el vestíbulo.

Mi padre se apresura a colocar el pequeño paquete en la zona más oscura de detrás de su ordenador.

Entonces, unos nudillos golpean dos veces con suavidad y la puerta se abre.

—A cenar —dice mi madre, asomando la cabeza.

Waipo se sobresalta.

Mi padre se vuelve hacia la puerta con una sonrisa y con los dedos sobre el teclado, como si estuviera pensando.

—Bajo ahora mismo.

Un flujo de luces y colores tiembla con un zumbido durante más tiempo del habitual.

Luego, llega la oscuridad. Después el fogonazo, y los colores regresan en tonos apagados. Creo que hemos retrocedido en el tiempo.

De pronto, soy muy consciente de todo lo que veo, oigo y siento. También de lo que pienso. Y percibo los pensamientos de la gente.

En una vieja cocina con las paredes de yeso, una joven canta mientras da vueltas con una cuchara de palo al contenido de una olla abollada. Deja

escapar un suspiro de alegría y se acomoda en una silla de bambú. Con la mano libre, se abraza la barriga abultada.

Es Yuanyang. Ya no es una niña, aunque tampoco es la Waipo que conozco. Está en algún punto entre ambas.

Su marido aparece sonriente en la cocina. Lleva un uniforme oscuro, el pelo casi rapado. Es Waigong, tan joven que apenas lo reconozco.

—Qué ganas tengo —dice él—. ¿Por qué no nace ya?

Es tan raro oírlo hablar, recordar que hubo un tiempo en que también tuvo voz…

—Sabes que el niño no será un juguete, ¿verdad? —contesta Yuanyang—. Será un ser vivo.

—La niña —corrige Waigong.

—¿Por qué estás tan seguro de que será niña? —pregunta Yuanyang.

—¿Por qué estás tan segura de que será niño? —replica su marido.

Yuanyang se encoge de hombros.

—Lo presiento.

Nunca ha estado embarazada, ¿cómo lo sabe?

—Lo mío no es un presentimiento —le dice Waigong—. Yo lo soñé.

Oscuridad profunda. Destello de luz. Colores nuevos.

Una escena mucho más parecida a las que el incienso me ha mostrado con anterioridad: una mujer en una cama con una manta sobre la tripa. Otra vez Yuanyang, a pesar de que es varios años mayor que en el último recuerdo. Los ojos cansados pero brillantes. A su lado, el mismo marido acuna al recién nacido. Es otra niña, llena de música, que gorjea, gruñe y los mira.

Él se acerca para arrebujarla con la manta raída y veo una pequeña mancha en los suaves pliegues que tiene bajo la barbilla. La misma mancha de nacimiento que vi durante toda mi infancia en el hueco de un cuello pálido. Es mi madre.

—Jingling, ven a conocer a tu nueva hermana —grita Yuanyang.

Hermana. Hermana hermana hermana. Las palabras me retumban en la cabeza, envueltas en la mullida gasa de la incredulidad. Mi madre es la hermana pequeña de alguien. Las fotografías en blanco y negro de las dos niñas pequeñas…, eran ellas. Mi madre y mi tía. Dory y Jingling.

Una niña de cuatro años emerge del rincón oscuro donde se encontraba en silencio. Se muerde con timidez el extremo de una de las trenzas.

—Mira, Jingling —dice el padre—. Tu hermana se parece mucho a ti cuando naciste.

Jingling se yergue para ver mejor.

—¿No es increíble que fueras tan pequeñita? —Su padre sonríe. El sudor le cubre la cara y hace que el color de su alegría brille todavía más.

La comadrona va de un lado para otro, da órdenes, envuelve al bebé en trapos limpios.

—Jingling —dice la comadrona—, ahora eres la hermana mayor. Tienes un papel muy importante que desempeñar. ¿Estás preparada? —Jingling tiene los ojos como platos—. Hoy te ha cambiado la vida. Ahora tienes alguien a quien cuidar. Lo primero que vas a hacer como hermana mayor es preparar la cocina para que yo pueda hervir un poco de agua. Así podremos limpiar y desinfectar todo.

Jingling asiente y desaparece por la puerta.

Yuanyang toma en brazos al bebé y lo besa en la nariz plana. Qué cosita tan mágica, tan hermosa y cálida.

Está radiante de felicidad, pero también piensa en que su madre la tomó así en brazos nada más salir del útero… y decidió vender a su recién nacida. Yuanyang se acerca más al bebé e inhala con fuerza. Su nueva hija huele a gloria, mejor que las mejores hojas de té de Alibung Mountain.

—Serán grandes amigas —dice su marido con una amplia sonrisa—. Nuestras dos pequeñas.

—Sí —afirma Yuanyang, enternecida con la idea. Grandes amigas.

Un parpadeo. La luz cambia.

En un salón que no identifico, Yuanyang da vueltas alrededor de dos butacas con brocados. Ha envejecido un par de décadas. Lleva el pelo corto y ondulado; unos mechones plateados reflejan la luz. Comienza a tener bolsas y arrugas en los ojos.

—Por favor, Jingling —dice Yuanyang—. Habla con ella. No es feliz.

Este recuerdo parece distinto. Tardo un momento en darme cuenta de que es desde la perspectiva de Jingling. También está borroso, más desenfocado que cualquiera de los otros recuerdos del incienso. Cuesta ver bien las caras. Hay un olor floral dulce, la sensación de estar dentro de la cabeza de Jingling.

Se ha convertido en una mujer joven. Lleva el pelo recogido en un cuidado moño. Un vestido sencillo, con las mangas anchas y ondeantes, le cuelga de los hombros.

Yuanyang suspira.

—Tú nunca diste tantos problemas. Siempre lo hiciste todo bien. Siempre estuviste muy centrada.

—No deberías compararnos siempre a las dos —susurra Jingling.

Yuanyang sacude la cabeza.

—A ti te escuchará. Dile que se esfuerce más. Dile que tiene que entender cuáles son sus prioridades.

—Lo haré —dice Jingling para apaciguar a su madre.

Pero sabe que su hermana pequeña posee un espíritu diferente, que está llena de otro tipo de ambición. Su hermana tiene muchas más cosas en la cabeza, incluso ahora que va a acabar el instituto. Sueños que van más allá de ser la niña perfecta, la esposa perfecta. Su hermana, con el apoyo y la planificación correctas, podría ser una verdadera artista.

Jingling está completamente segura: su hermana podría tener éxito, podría ser famosa, el mundo la adoraría si la conociera. El modo en que ejecuta sonatas y conciertos completos al piano sin tener nada con lo que practicar en casa, salvo una mesa de cocina rota, es pura magia. En los dedos de su hermana hay algo celestial. Algo que el resto de la familia no comprende.

—Gracias, Jingling —dice Yuanyang con la voz rebosante de alivio—. Siempre sabes lo que hay que hacer. Te hará caso. Estoy segura de ello.

Jingling también está segura, porque sabe lo que le va a decir a su hermana: que se esfuerce, sí, que comprenda cuáles son las prioridades. Pero también que no pasa nada si sus prioridades son diferentes a las de sus padres. Que si necesitan tiempo —años, incluso— para comprender esas prioridades, ella estará allí para apoyarla, para hacer que *Mama* y *Baba* se den cuenta de que hay cosas por las que merece la pena dejar todo lo demás.

Todo acaba con un zumbido estático. Llega la oscuridad, luego el fogonazo que desencadena un nuevo recuerdo.

Fuera del aeropuerto internacional de Zhongzheng, Jingling aprieta la muñeca de su hermana pequeña. Dory ya es mayor, una universitaria, y está a punto de salir de país por primera vez. Jingling apenas se lo cree. Yuanyang está detrás de ellas con un gesto de clara desaprobación.

—¿Lo llevas todo? —dice Jingling.

Dory asiente.

—Ojalá tú también enviaras la solicitud para estudiar fuera. Así estaríamos juntas en América.

Jingling sonríe como pidiendo disculpas.

—Si me quito de encima gran parte de la tesis este verano, me graduaré rápido. Y me ahorraré el gasto de la matrícula.

Un suspiro.

—Lo sé. Tienes razón.

—Ve a estudiar música. Ve a inspirarte. El verano pasará y enseguida estarás en casa otra vez. —La cara de Jingling rebosa orgullo por su hermana —. Tengo un regalo para ti.

Los ojos de Dory se iluminan.

—¿Qué es?

—Una sorpresa. —Jingling se saca una cajita del bolsillo.

Ve cómo su hermana pequeña tira de la cinta color crema para retirar la tapa. Ahí está, en piedra brillante, con tonos verdes oscuros y claros: la cigarra de jade. Tallada de un modo tan intrincado que parece viva. En cualquier momento se pondrá a cantar.

—Jingling! —Dory suelta un grito ahogado.

—He visitado a seis vendedores distintos para conseguir la cigarra perfecta —explica Jingling—. Sé que son tus favoritas.

—¡Es increíble! Nunca había visto una tan bonita como esta.

La reluciente cadena deja caer la cigarra justo en el centro del pecho de mi madre, a la altura del corazón.

—Mamá encontró la cadena —dice Jingling, señalando a su madre—. ¿Has visto cómo se enrosca? Es muy especial.

Dory y su madre se miran un breve instante. Yuanyang es la primera en apartar la vista.

—Gracias —dice Dory—. La llevaré todos los días.

Las hermanas se sonríen.

—Yo también tengo algo para ti —añade Dory—. Pensamos igual.

Saca otra cajita del color rojo vivo de la suerte con la tapa plegada como origami.

Jingling sonríe al abrirla. Clavada contra un pequeño cojín de terciopelo oscuro, hay una pulsera de óvalos de jade engastados en oro que parecen capullos de flores.

Se coloca la pulsera en la muñeca. Le queda perfecta.

Todo tiembla, como en un terremoto. Los colores se invierten. Un zumbido intermitente se convierte en un rugido tan fuerte que me duelen los oídos.

Las luces y colores parpadean una y otra vez, una y otra vez.

Se encienden.

Se apagan.

66

Caída. Golpe contra el suelo. Tos entre la nube de ceniza.

Cenizas por todas partes, en las paredes y sobre todas las superficies de mi habitación. El suelo está lleno de montones y remolinos grises, muertos, sigilosos.

Hermana. Mi madre tiene una hermana. ¿Dónde está?

Mi abuela se levanta sobrecogida.

—Waipo —comienzo a decir.

Tengo la cabeza borrosa y dolorida. ¿Qué palabras necesito para hacer la pregunta?

Arrastrando los pies, mi abuela cruza la habitación y se marcha.

Entre las cenizas: cartas consumidas por las llamas, restos de lo que antes fueron fotos. Una cuerda que ataba un montón de cartas. La caja original del pájaro destruida.

Casi todo el incienso se ha roto o ha ardido, veo serpientes grises en el lugar donde cayeron y se consumieron las varas. Las pocas que no se han quemado están partidas a distinta altura.

La red que tejí a partir de mis camisetas también está medio quemada y lo que queda de ella se desintegra. Al intentar comprobar si se puede salvar algo de tela, se me rompe entre los dedos.

No debería haberlo hecho, no debería haber inmiscuido a Waipo en esto; los recuerdos del incienso eran solo para mí. Pero ¿cómo iba a saberlo?

Me cuesta respirar, como si una cuerda me apretara las costillas. Tras mis ojos comienza una tormenta que desencadena un monstruoso dolor de cabeza en las sienes.

Recojo lo que puedo: tres trozos de incienso. Tres oportunidades más de invocar los recuerdos, de ver los colores del pasado y de intentar comprender.

67

El teléfono me avisa de un nuevo correo, y mi alivio no puede ser mayor. Es justo lo que necesitaba, una distracción como esta, algo que me aparte de la sensación de ruina y fracaso.

Hay seis mensajes seguidos de mi padre, alineados en la bandeja de entrada como una lista de tareas pendientes. No me he molestado en abrir casi ninguno. Uno de ellos dice que llevamos en Asia una semana y que cuánto más quiero quedarme. Siento una ligera culpa por mi silencio, así que le respondo que estoy bien y que quiero quedarme una semana más. Digo «quiero» y no «necesito», aunque esa es la palabra que me brota del pecho.

Lo que necesito de verdad es más tiempo para recorrer esos recuerdos y comprenderlos. Lo que necesito de verdad es tiempo para reunir material y construir una nueva red que sirva de trampa para el pájaro. Pero, como es lógico, eso no se lo explico.

Luego abro el correo más reciente, el que sonó hace un momento. Un mensaje de Axel.

DE: axeldereckmoreno@gmail.com
PARA: leighinsandalwoodred@gmail.com
ASUNTO: (Sin asunto)

El verano pasado estábamos en el coche de Caro, en aquel bosque. Hablamos de la idea de estar enamorado y pasó algo raro. Siempre quise preguntarte sobre eso. Nunca supe cómo.

Cierro los ojos con fuerza. ¿Me lo está preguntando ahora?

68

Verano, antes de segundo curso

—¿Quieres que te enseñe, Leigh? —preguntó mi madre. Se había dado la vuelta sobre el banco del piano para mirarme—. Solo unas nociones básicas.

Me levanté del sofá y sacudí la cabeza por inercia, aunque suavicé el gesto con una sonrisa.

—Hoy no, mamá.

Me observó mientras recogía los lápices. Empezaba a sentirme culpable; ¿tendría que haber accedido? Llevaba años declinando su ofrecimiento. No es que no quisiera que me enseñara, pero es que nunca me encontraba de humor. Y me preocupaba que no se me diera del todo bien.

—Deberías salir con Axel y Caro —sugirió—. Pasas demasiado tiempo aquí conmigo.

La culpabilidad se triplicó. ¿Sabría que me moría por salir de casa? Llevaba castigada todo el verano por «mi ridícula desaparición», según palabras de mi padre, pese a que, para empezar, fue culpa suya que acudiera a aquel campamento. Llevaba siglos sin ver a Axel —la parte del castigo más irracional— y pensar en él era una magulladura color cobalto en la que me seguía dando golpes.

Después del tratamiento de mi madre al principio del verano, renuncié a mis planes de encontrar un trabajo y comencé a pasar todo el tiempo con ella. También lo habría hecho si no me hubieran castigado. La sonrisa —tan auténtica, tan radiante— que lucía durante las últimas semanas me convenció de que se estaba recuperando de verdad. Pero también me preocupaba que, cuando me marchara a diario, una vez que hubiera comenzado el colegio, se

hundiera de nuevo en sus tinieblas.

No podía evitar sentir que tenía que dárselo todo, que yo era el pilar que la mantenía levantada.

—Vete —me dijo, como si advirtiera mi guerra interna—. Tu verano termina dentro de poco. Disfruta lo que queda de él.

Me obligué a aceptar. Después de todo, las cosas habían mejorado algo. Mi madre estaba acudiendo al terapeuta. Llevaba un mes con una nueva medicación. Mi padre y yo respirábamos tranquilos.

Así que envié unos cuantos mensajes a mis amigos y me sentí culpable cuando llegaron sus respuestas casi instantáneas, que me provocaron un refrescante alivio. A Caro se le ocurrió ir a las inmediaciones del arroyo por el que siempre pasábamos de camino al colegio. Quería hacer fotos bajo la luz de la luna.

La tarde de agosto era bochornosa, aunque no tanto como el resto del día. El cielo ya estaba marrón como un río, con vetas de fuego tras las nubes. Habían salido las luciérnagas, que parpadeaban mientras trazaban lentas ondas por el aire.

Caro abrió el maletero de golpe para sacar los focos, los trípodes y unas ristras de gasa. Axel y yo llevamos nuestros cuadernos de dibujo y unas lamparitas de pinza por si acaso, y Cheslin nos siguió con un montón de vestidos de segunda mano, todos de terciopelo, satén y tafetán, con botones de perla y cintas brillantes.

Atravesamos un campo lleno de matojos que nos llegaban por el muslo. Caro nos llevó hasta un bosquecillo oscuro por donde siempre volaban halcones y desde donde se oía el borboteo del agua.

—Qué bonito —susurró Axel, tan bajito que estuve casi convencida de que solo me lo decía a mí.

—Sí que lo es —respondí.

—Llevábamos mucho tiempo sin hacer algo así.

¿Acaso me lo veía en los ojos, percibía el color de que lo echaba de menos?

—Aquí —gritó Caro, y se detuvo junto a un hueco entre dos troncos gruesos—. Este sitio es perfecto.

Todos ayudamos a colocar las telas. Colgamos focos entre las ramas y pusimos reflectores plegables en el suelo para redirigir la luz. Cuando terminamos los preparativos, el sol ya se había ocultado. Aunque había salido la luna, estaba medio oculta por las nubes, lo cual propiciaba una imagen sobrecogedora: los rayos tenues se colaban entre las ramas e iluminaban las gasas.

Cheslin se empolvó la cara y empezó a vestirse sobre la camiseta de tirantes y los pantalones cortos. Caro la situó entre las sombras, delante de la cámara, y Cheslin se convirtió en un fantasma.

—Es una nueva serie en la que estoy trabajando —dijo Caro—. Se llama

«Cheslin, la niña muerta».

Axel y yo encontramos un tronco caído donde sentarnos, pero estaba demasiado oscuro para dibujar; además, estábamos bastante distraídos. Miramos a Cheslin mientras se convertía en una diosa, en una sílfide, en una criatura de la resurrección. Observamos cómo el mundo de Caro se ceñía alrededor de Cheslin, solo de ella. La cámara rotaba y disparaba.

En un momento dado, Cheslin comenzó a quitarse la ropa. El pantalón corto, la camiseta de tirantes. Se desabrochó el sujetador…

—¡Hala! —exclamó Axel, con énfasis en las dos sílabas.

—Oh —dijo la chica, volviendo la cara. Parpadeó como si nos viera por primera vez—. ¿Os molesta?

Axel tosió y agitó las manos como diciendo: «Continúa».

Ella se encogió de hombros.

—Es solo un cuerpo, al fin y al cabo.

Caro sonrió.

Me sonrojé. ¿Le parecía a Axel que Cheslin estaba buena? Era como una ninfa, con esas extremidades elegantes y ese pelo largo y sedoso. Poseía una gracia natural que yo nunca tendría. Ella resplandecía; yo estaba manchada de carboncillo.

Cheslin extendió los brazos y miró hacia arriba. Parecía sacada de una película de miedo. Una brisa le sacudió la melena hacia un lado.

—Sí —decía Caro—. Así, perfecto.

Mi cuerpo estaba tenso, afinado como la cuerda de un piano. Estaba casi segura de que no me interesaban las chicas, pero al observar aquello me sentía una mirona. El calor recorría mi interior y se me acumulaba en el estómago. Quería sentir lo que Caro y Cheslin sentían. Envidiaba su emoción.

—Vámonos —me dijo Axel mientras se ponía de pie de un salto.

Reacia y aliviada a la vez, lo seguí entre los árboles. Caro y Cheslin ni se enteraron de que nos marchábamos.

El ambiente en el coche estaba cargado, así que nos sentamos en la parte de atrás y dejamos las puertas abiertas.

—Perdona, era un poco incómodo para mí —dijo.

Mis ojos asimilaron el espacio que había entre nosotros. A pesar de que había mucho sitio, nos habíamos sentado tan cerca que sentíamos el calor corporal del otro, atraídos como imanes.

Tragué saliva.

—Ha sido un poquito raro.

Unos cuantos centímetros de distancia. Pensé en lo que Cheslin había dicho: es solo un cuerpo.

«Ignora el hecho de que es el cuerpo de Axel. Ignora el hecho de que viste ese cuerpo casi desnudo hace un mes y medio. Ignora el hecho de que quieres ver ese cuerpo otra vez».

Solo. Un. Cuerpo.

—Era como verlas mientras lo hacían o algo así. Aunque ni siquiera se estaban tocando.

La palabra «sexo» brilló en el aire como una cerilla.

Cambié de postura ligeramente para correr menos riesgos de inclinarme hacia él por accidente.

—¿Sabes? Yo antes veía de vez en cuando a Cheslin, antes de que Caro me dijera quién era. La veía por la calle, montándose en el coche o por ahí vestida de uniforme. Por entonces habría dicho que no era más que una chica de secundaria. Eso demuestra las sorpresas que da la gente cuando la conoces. Estas dos… desde fuera parecen muy diferentes. Es una suerte que se hayan encontrado.

—Puede que solo sea atracción sexual —comentó Axel.

Me sorprendió su crudeza. Me resultó impropia de él.

—Llevan juntas bastante tiempo. Tiene que ser algo más que atracción sexual, al menos por parte de Caro. Yo creo que en realidad está… enamorada.

—¡Buah! —exclamó Axel.

—¿Qué? —Me giré para mirarlo—. Pareces escéptico.

—Supongo que… Es que no sé qué se siente. ¿Cómo lo sabe Caro?

—¿Cómo lo sabe cualquier persona? —Por alguna razón, me sentía a la defensiva—. Lo sabes y ya está.

Volví la vista hacia ese punto del bosque por el que se filtraban las luces a través de las ramas.

—Lo sabes cuando echas de menos a una persona que has visto hace una hora. Cuando no dejas de fantasear con besarla. Cuando te sientes feliz de manera irracional solo por estar en la misma habitación que ella. Cuando estas obsesionado con… estar con ella.

Axel me observaba; yo lo notaba. Me daba miedo mirarlo.

—Ya, pero ¿cómo sabes que todo eso no es algo pasajero?

—Supongo que no puedes. —Me encogí de hombros y, sin querer, le clavé el codo en el brazo.

—Pareces muy segura. Como si ya lo hubieras sentido.

—Puede que sí. Puede que no. —Mis palabras parecieron estúpidas, por lo que me guardé silencio un instante. Luego añadí—: A lo mejor te cuesta aceptarlo por lo de tu madre. —«Porque no quieres que te abandonen otra vez».

Se puso tenso y al momento me arrepentí de lo que acababa de decir. Por el rabillo del ojo vi que dejaba caer los hombros y tomaba aire muy despacio.

—Quizá —respondió.

Pensé en cuando mi padre se gastaba todo el dinero en llamadas a Taiwán para hablar con mi madre. Pensé en las historias de mi madre sobre las

bobadas que hacía mi padre en sus primeras citas. Trucos de magia mal hechos y chistes sin gracia. Nos quedábamos sin respiración de tanto reírnos hasta que nos dolía la tripa.

¿Es algo pasajero? ¿Seguían enamorados mis padres? ¿Sabían si lo estaban?

—Pero no creo que sea eso —añadió Axel para reanudar la conversación —. Y no me cuesta nada aceptarlo.

—Ah, ¿no? —dije sorprendida.

—No. Porque todo lo que has descrito… creo que yo también lo siento.

El peso completo de sus palabras cayó sobre mí y me aplastó el pecho como si alguien me pisara con el tacón afilado de una bota invisible. ¿Con quién fantaseaba? ¿Quién le hacía feliz de una forma irracional? Imaginé a otra Leanne Ryan llegando a su vida. ¿Iba a seguir siempre ese patrón, el de empezar cada curso con una nueva novia?

—Oh. —Mi voz sonó muy lejana.

—Pero nunca sé qué hacer al respecto. Cuando me siento así, quiero decir.

Esbocé con los labios unas palabras que ni siquiera supe que pronunciaba.

—Bueno, ya lo sabrás.

—Sí —dijo—. Supongo.

69

En algún momento próximo al amanecer, me quedo dormida.

Lo raro es que soy consciente de ello. Una oscuridad fría me envuelve. Los golpes en la sien por fin cesan. El maravilloso vacío.

Y entonces vuelvo a abrir los ojos y estoy envuelta en una niebla gris, en una tormenta tortuosa; el viento se levanta, y oigo el caótico batir de alas.

Es un sueño es un sueño es un sueño.

Sé que es como el sueño anterior, pero no puedo detenerlo. No puedo despertarme.

—¿Mamá? —grito.

—¡Leigh! —Su voz, desesperada. Su aleteo, irregular.

Chilla.

—¡Mamá! —Aunque no la veo, estiro los brazos para alcanzarla.

Hay un destello rojo, una ráfaga de plumas que me estalla en la cara. La tormenta las aspira.

Un destello. Un estruendo ensordecedor. El trueno se produce justo delante de mí. Todo se ilumina con un blanco cegador y veo su silueta contra las nubes.

Chilla de nuevo. Es un sonido animal terrible y frío que me parte en dos. Huelo su carne chamuscada. Con la siguiente inhalación, trago una pizca de nube de tormenta.

La ceniza grisácea me cubre la boca.

70

Al día siguiente, mi abuela no dice una sola palabra. Cada vez que cruzamos las miradas, sus ojos están distantes y distraídos. ¿Pensará en el mundo al que nos llevó el humo? ¿En los recuerdos que vimos? Ojalá pudiera preguntar de qué color son sus pensamientos.

Salgo a pasear sola por la ciudad con pesados andares azul ultramar y la esperanza de encontrar algún rastro del pájaro. Pero hoy no hay nada. Desperdicio el día obsesionada con lo que debo hacer.

En el fondo de mi cabeza, dando vueltas como un buitre, el cántico que no puedo acallar: «Cuarenta y cuatro días. Cuarenta y cuatro días».

Las imágenes del sueño destellan bajo mis párpados cada vez que cierro los ojos. Sigo sintiendo el olor a quemado del pájaro; noto la ceniza en la lengua.

La cena empieza antes de lo habitual, y comemos en silencio. La mirada de Waigong oscila de mi abuela a mí como un péndulo. Sabe que algo pasa.

—Leng —digo. Por masoquismo, por hacer la prueba o quizá por nada en concreto.

Waipo levanta la vista.

Reprimo un suspiro que me araña la garganta.

—*Wo… men… qu…* —Mi chino macarrónico parece un muro infranqueable. Para terminar, digo *zhao ta* con la esperanza de haber empleado el tono adecuado y de haber comunicado bien la idea.

«Vamos a buscarla».

Porque estoy cansada de haber montado este lío. Si no me hubiera sentido tan culpable, no habría enredado a Waipo en lo del humo y no lo habría estropeado todo.

Pero quizá tenga arreglo. Resulta raro estar aquí sin Feng y, por más vergüenza que me dé admitirlo, necesito su ayuda con desesperación. Conoce bien Taipéi, conoce a mi familia… Puede ayudarme a tejer una red mejor y a

averiguar el modo más adecuado de atraer al pájaro.

Intento decirlo una vez más:

—*Qu zhao ta*.

Mi abuela se queda mirándome; no sé si me comprende. Me cuesta persuadirla para que se ponga los zapatos y salga conmigo.

El sol ya ha cambiado de sentido en el vértice del horizonte. El aire es algo fresco; las sombras, suaves, aún con ganas de jugar. Menos mal que guardé el papel de *Hello Kitty* con la dirección de Feng escrita en pinyin; Google Maps me muestra que no es un trayecto demasiado complicado.

En el tren, Waipo se saca de la muñeca la sarta de cuentas de madera y las va pasando entre sus suaves manos arrugadas como un repollo. Con los nudosos dedos, encuentra el principio de la pulsera, donde la cuenta gurú está atada mediante un nudo elaborado. Cierra los ojos y pasa las bolas con los pulgares, una a una, hasta que llega de nuevo a la primera. Me pregunto si estará rezando para que encontremos al pájaro.

Una relajante voz anuncia el nombre de cada parada en cuatro lenguas. Mandarín y taiwanés. Inglés. Y la cuarta debe de ser hakka; creo que eso fue lo que me contó mi padre. La voz recorre las distintas lenguas como una canción. Como un conjuro. Espero el nombre correcto que nos hechice para salir del tren. Cuando llega por fin, ya ha oscurecido. Las nubes arrastran sobre sí ese velo nocturno como una manta. Los rosas y naranjas decrecen hasta el ocre del anochecer.

Waipo me sigue mientras examino el mapa del móvil que nos conduce hacia el punto señalado como la casa de Feng. Cruzamos por amplias intersecciones donde pasan ruidosos ciclomotores con pasajeros cansados, bolsas de la compra e incluso con perros encaramados en los reposapiés entre las rodillas del conductor.

El apartamento de Feng está en una callejuela residencial insertada en medio de un laberinto de calles estrechas. Dirijo a mi abuela hasta el ancho escalón de hormigón con la puerta doble de acero brillante y llamo al 1314.

No responden. Vuelvo a pulsar el botón cuadrado y polvoriento, esta vez durante más tiempo. Nada.

Compruebo la dirección para asegurarme de que he llamado al piso correcto. Si esperamos un poco, tal vez vuelva a casa.

Observamos cómo el cielo pasa del morado al negro, cómo el viento empuja las nubes por encima de nosotras. Me pregunto: si retiraras toda esa oscuridad, ¿encontrarías ese azul YInMn oscuro? Quizás allí sea donde se esconden todos los demás colores, en una dimensión del mundo que no vemos, entre nuestro cielo y el resto del universo.

Entonces empiezo a pensar en la posibilidad de otras dimensiones. A lo mejor están estratificadas, apiladas como las finas páginas de un libro, de manera que no puedes verlas a no ser que las mires desde un ángulo específico.

Dimensiones entre realidades. Dimensiones entre la vida y la muerte.

Puede que esos sean los lugares donde viven los fantasmas.

Waipo suspira y, muy despacio y con cuidado, se baja del escalón y se dirige hacia la calle.

—Espera —digo, y la palabra me sale en inglés de manera automática.

Mi abuela se da la vuelta y sacude con tristeza la cabeza. Está cansada de esperar.

Me pesa el cuerpo; todo es decepción y color grisáceo mientras bajamos por la callejuela y doblamos la esquina. Respiro profundamente mientras paladeo el aire.

—¿Leigh? —El sonido de mi nombre como el paletón de una llave que gira en una cerradura—. ¿Qué hacéis aquí?

Feng está detrás de nosotras con medio cuerpo a oscuras y el otro medio iluminado bajo la farola. Incluso en la oscuridad, veo el estampado de acianos de su blusa.

La mirada de Waipo es como un *y oyó* entre nosotras.

—Fiemos venido a buscarte —contesto.

Por una vez, Feng parece haberse quedado sin palabras.

—¿Por qué no vamos a comer algo? —dice por fin—. Hay un mercado nocturno cerca de aquí.

Sin mediar palabra, serpenteamos por las callejuelas mientras oímos el ruido de los coches y las motos. Conversaciones ocasionales que se filtran a través de las mosquiteras. El siseo y crepitar de un *wok* con aceite.

En el siguiente callejón, una familia numerosa ha colocado una fila de mesas repletas de velas altas y rojas, y de comida recién hecha. Arroz frito, berenjena, una mezcla de bambú y champiñones. Tres pescados enteros bañados en salsa y cubiertos de cebolleta. Tofu, empanadillas, panecillos blancos esponjosos y muchas cosas más.

Todos los platos tienen una vara de incienso clavada en el centro. Atraviesan la pechuga de pollo, la carne redonda de un melocotón, los papeles de celofán, y se yerguen sobre los montones de arroz glutinoso y tallarines.

A un lado, un barril metálico escupe llamas. Los niños corretean alrededor de la mesa y recogen brillantes papelitos rojos y dorados para lanzarlos al fuego.

—El Festival de los Fantasmas —explica Feng—. Esos billetes de papel son el dinero de los fantasmas.

—¿Ofrendas? Es decir, ¿cocinan esa comida para los fantasmas?

—Claro. Los fantasmas también quieren comer, son los más hambrientos de todos.

Sabemos que hemos llegado al mercado nocturno por la cantidad de gente. Los letreros coloridos y las luces. El humo de las comidas a la parrilla y frita.

Waipo me agarra del codo y señala hacia un puesto donde hay un hombre

que extiende salsa sobre algo rectangular con un palo de madera; luego, lo hace girar sobre un lecho de harina de cacahuete.

—Pastel de sangre de cerdo —explica Feng, y al principio creo haberla entendido mal—. ¿Lo has probado?

Mi abuela me da otro empujoncito y nos colocamos en la cola.

Sacudo la cabeza con rapidez.

—Uh…, estoy bien.

—*Hao chi*! —exclama Waipo. «¡Delicioso!».

Sacudo de nuevo la cabeza.

Feng sonríe un poco.

—Venga. Vamos por allí.

A través del humo, a través de la multitud, más allá de los puestos de comida frita, y del siguiente cruce, donde se corta el paso para los coches, por fin nos detenemos ante un gran tonel de sopa llena de unas perlas gordas y níveas.

—Es una sopa fermentada de arroz dulce —explica Feng— con bolas de arroz.

—¿Está fermentada? —Levanto una ceja.

—Está muy buena, créeme.

Pide y nos sentamos en una mesa lateral.

Al momento aparecen dos cuencos delante de mí y de mi abuela. Los granos de arroz y los hilillos del huevo escalfado flotan alrededor de unas bolas blancas y rosa pastel. Waipo me pasa una cuchara.

—¿Y tú? —le pregunto a Feng.

Sacude la cabeza.

—En realidad no tengo hambre, pero pensé que te gustaría probarlo.

Bajo la cuchara y trago saliva.

—Lo siento. —Feng mira hacia abajo—. No debería haberte dicho eso, me pasé mucho de la raya. Lo único que has hecho ha sido ayudar.

—No pasa nada —contesta.

A mi lado, Waipo sorbe la sopa mientras ignora la tensión, no sé si de manera consciente o inconsciente.

—A veces, cuando la gente sufre, no controla sus actos. —Lo dice en un tono que deja entrever que lo sabe por propia experiencia. Espero por si añade algo más—. Sé lo que es —declara despacio—. Yo… también perdí a mi familia.

Una ráfaga de humo de un puesto cercano viene hacia nosotras. En la calle, un perro sin collar mueve la cola con la esperanza de que alguien le dé comida. La madre de la mesa de al lado regaña con dureza a su hijo, que acaba de volcar un cuenco.

—Lo siento —digo—. No lo sabía.

Una horrible curiosidad me hace preguntarme a qué se refiere con haber

perdido a su familia. ¿A toda su familia? ¿Solo queda ella? Preguntarlo sería de mala educación.

—No pasa nada. Está bien. —Cuesta trabajo interpretar su expresión. Entonces recuerdo que me contó que llevaba mucho tiempo lejos de casa. Me pregunto si eso tendrá algo que ver—. Es solo que todo esto me hace pensar en los pocos lazos que aún me vinculan a ellos. Me reconforta mucho ver las ofrendas del Festival de los Fantasmas porque me hacen sentir que todavía tengo conexión con mi familia. Ya sabes, porque los fantasmas siguen aquí.

Entiendo a qué se refiere.

—Es más fácil pensar que, de algún modo, siguen formando parte de este mundo.

—Eso es. —Feng me sonríe con tristeza—. Vamos. Come.

Las bolas de arroz son pegajosas y están rellenas de pasta de sésamo que se derrite como yema de huevo líquida. Delicioso. La sopa es dulce, algo agria, con una pizca de regusto a alcohol.

—Buenísima, ¿eh? —dice Feng, algo más alegre—. Lo que más me gusta es la textura. Mi hermana decía que la mejor forma de comerse las bolas era hacerles un agujero y empezar por el relleno.

Me detengo con la cuchara a medio camino.

—¿Tienes una hermana?

Feng parpadea.

—Sí. La tenía. —Aparta la mirada—. Pero no quería sacar el tema.

Siento un nudo en la garganta cuando le digo:

—Mi madre también tiene una hermana, aunque yo no lo sabía. Me he enterado hace muy poco.

Una mujer con un delantal sucio se coloca en medio de las dos para retirar una pila de cuencos y cucharas sucias, así que nos quedamos calladas durante un rato.

—En realidad, quería preguntarle a Waipo sobre esto. ¿Podría? ¿Te importaría traducir? Es que… no sé nada sobre mi tía.

Feng se vuelve hacia mi abuela y le susurra. Los ojos de Waipo se iluminan. Aparta la sopa a un lado y comienza a hablar:

—A tu tía le encantaba comer. Le encantaba descubrir comidas nuevas. Popo dice que nunca ha visto una niña que comiera tanto. Eso era… lo que más le gustaba a Jingling. Si tenía hambre durante demasiado tiempo, se enfadaba y se volvía muy testaruda.

Esbozo una sonrisa. Feng continúa:

—Se esforzó mucho por ser una buena hermana mayor. Lista, digna de confianza. Una buena maestra. Quería compartir con el mundo todo lo que le apasionaba. Como la poesía americana. Estaba obsesionada con una poeta llamada Emily Dickinson.

Ese nombre me resuena en la cabeza como un gong.

—¿Emily Dickinson?

—Sí —continúa Feng—. Siempre estaba recitando este poema, este otro. Cuando intentaba enseñarle a tu madre algo de poesía americana, resplandecía como una hoguera. Era lo que más amaba.

Mi madre también albergaba esa pasión. La forma en que gritaba «¡Sí! ¡Eso es!» después de que algún alumno de piano clavara una escala. Se le llenaba el rostro de un entusiasmo lila cada vez que me preguntaba si quería recibir la primera lección.

—Las hermanas tienen mucha suerte —musita—. Son familia, pero además llegan a ser grandes amigas. Incluso en el más allá, creo que reconocen la presencia de la otra por encima de las demás.

El más allá. Me pregunto si Feng sentirá la presencia de su hermana.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Mi voz suena nerviosa, vacilante.

—Claro —responde ella.

—¿Alguna vez has visto un fantasma?

—Creo que la gente ve fantasmas todo el tiempo —contesta Feng—. Y también creo que los fantasmas quieren que los vean. Quieren que les confirmen que de verdad existen. Regresan a este mundo tras haber franqueado las puertas de la muerte hacia otra dimensión y, de pronto, oyen todos los pensamientos, hablan todas las lenguas y comprenden cosas que no entendían cuando estaban vivos.

Asiento.

—¿Y tú? —me pregunta Feng—. ¿Fias visto algún fantasma?

—No estoy muy segura de que se trate de un fantasma, pero supongo que es lo más parecido. Si te dijera que… —Me detengo para saborear las palabras antes de que salgan.

Levanta las cejas.

—Si me dijeras ¿qué?

—¿Me creerías si te dijera que he visto a mi madre?

Feng se queda callada mientras medita la pregunta. Agarra una servilleta y comienza a doblarla como un origami, primero en cuartos, luego en triángulos, formando pliegues con las uñas.

—Sí —dice por fin—. Te creería.

Me reclino en la silla, es como si me sintiera más ligera.

Feng me lanza una mirada de soslayo.

—¿Y dónde la has visto?

—Aquí. Y en mi casa, un par de veces. Es… —Hago una pausa, porque sé que suena absurdo—. Hum… Yo la veo como… Bueno, es un pájaro rojo enorme.

—Un pájaro —repite ella.

Mi abuela emite un sonido que capta nuestra atención. Veo que se inclina despacio para recoger algo de la esquina oscura y sombría que hay por debajo

de su lado de la mesa. Levanta una pluma larga y suave del color de una rosa.

71

Creí que después de esta noche dormiría; sin embargo, solo pienso en esa pluma, en fantasmas y en otras dimensiones. Y en lo que es real.

Y en colores.

Ahora veo colores en la oscuridad. A veces adoptan formas, incluso caras. A veces se enfadan conmigo y se transforman en un sucio y sofocante carmesí. A veces tratan de tranquilizarme y se disponen como cristales sobre un azul grisáceo y apagado.

Ni siquiera tengo que cerrar los ojos. Los colores están ahí sin más, flotando sobre mí, como pequeños narradores de lo cierto. Vayan donde vayan mis pensamientos, allí acuden ellos.

Deseo dormir con todas mis fuerzas. Aunque tenga pesadillas.

Los colores adoptan la forma de un rostro. Como un esbozo dibujado con ceras pastel. Conozco esos ojos. Esa nariz. Esa barbilla.

—¿Mamá? —digo bajito.

Se desvanece en una nube roja, y los colores se desmoronan hasta desaparecer.

72

Otoño, segundo curso

El frío de finales de septiembre comenzaba a arreciar. Arte II era a novena hora —la última clase del día— y, mientras preparaba mis cosas, el doctor Nagori me llevó a un lado para decirme que había llamado a mi casa.

Lo primero que pensé es que me había metido en algún lío con mi profesor favorito.

—Quería hablar en persona con tus padres para que se tomaran esto en serio —dijo.

—¿Con los dos? —Necesitaba conocer el nivel de los daños que debía reparar.

—Tu madre respondió al teléfono. Le comenté que estaría bien que enviaras una muestra de tus obras a Kreis, en Berlín.

Parpadeé. Era difícil entender lo que decía. Solo me quedaba clara una cosa: no me había metido en ningún lío.

—¿Berlín?

—Kreis… *Raum für Kunst* —explicó—. ¿Te acuerdas de las diapositivas sobre series de jóvenes artistas de la semana pasada? Se expusieron en Kreis, una galería de arte para artistas emergentes.

Claro que me acordaba, pero no lograba saber a qué se refería. Yo no era alemana. No era una artista de verdad. Tan solo era una estudiante de secundaria.

—Están haciendo algo nuevo para el próximo verano: una muestra internacional para menores de dieciocho años. Será una exposición con jurado. Tienes que enviar un dosier a principios de junio. El tema es el surrealismo; tu

trabajo podría encajar bien.

Junio. Parecía muy lejano.

No sabía que en junio todo se pondría patas arriba. Que, de algún modo, en un abrir y cerrar de ojos, todo iba a cambiar.

No en un abrir y cerrar de ojos, sino en unos cuantos tragos. En cuatro cuchilladas.

—Los meses pasarán más rápido de lo que imaginas —continuó el doctor Nagori—. Te recomendaría que empezaras ya a trabajar en serio. Lo que has hecho hasta ahora es excelente. Es como si el verano te hubiera dado un nuevo par de ojos, una nueva perspectiva. Quiero ver tu desarrollo en este último curso…

Me pregunté si se habría dado cuenta de que me encontraba bajo presión. Si se le habría pasado por la cabeza que a mi padre no le gustaba nada la cantidad de tiempo que me pasaba con el cuaderno de dibujo.

Si él se enteraba, no lo iba a permitir por nada del mundo. Ya lo podía oír: «Ni pensarlo, no vas a perder el tiempo con eso, Leigh. ¡Ojalá emplearas esa energía en estudiar para los exámenes de selectividad! O en mejorar las notas de Química. No es que no te esfuerces…, es que te centras en las cosas incorrectas».

Pero solo si se enteraba, cosa que tal vez no ocurriera.

—Si la tasa para la propuesta supone un problema, a lo mejor podemos convencer al colegio para que lo sufrague —musitó Nagori con amabilidad. Intentaba averiguar qué me parecía, aunque es probable que mi expresión no fuera la más positiva.

—Gracias. —Forcé la sonrisa—. Hablaré de ello con mis padres.

El hecho de quedarme charlando con Nagori me hizo perder el autobús, pero no importó. Axel acababa de sacarse el carné y tenía el antiguo coche de Tina. El viejo Toyota Camry azul oscuro con las esquinas cuadradas me estaba esperando al fondo del aparcamiento de alumnos. El motor emitía un rugido perpetuo, pero era muy fácil de conducir. Axel ya me había dejado probarlo.

Le conté lo que me había dicho Nagori.

—¡Es alucinante, Leigh! —gritó mientras giraba a la derecha en la rotonda para tomar el camino más corto a casa.

Las ventanillas estaban bajadas porque le gustaba sentir el ruido del viento en los oídos, daba igual el frío que hiciera. Me encaramé al asiento para alcanzar su sudadera, que estaba en la parte de atrás. Olía a comida tailandesa, pero me la puse igualmente.

—Supongo —contesté—. Nagori estaba muy serio. No parecía algo tan bueno.

—Eso es tu cerebro, que está asimilándolo. —Axel gritó con el viento—. Te lo mereces.

Me acurruqué en el asiento.

—Pero ¿por qué me lo ha dicho solo a mí? ¿Qué pasa contigo?

—Venga ya, Leigh. No esperarás que a todos se nos dé bien todo. Asúmelo. Tú eres buenísima en dibujo. Nagori ve ese talento. Cualquiera lo advertiría a un kilómetro de distancia.

—Pero a ti también se te da bien. Deberías presentarte. Tus acuarelas…

Axel sacudió la cabeza.

—Tú eres la pintora, no yo. Por supuesto que me gusta pintar, es divertido. Pero para mí todo está en la música, ya lo sabes. Lo visual es una ayuda para llegar a ella con una nueva perspectiva. Si Dios me dijera: «Has llegado al límite, no puedes pintar más», me repondría. Pero, si alguien intentara quitarte la pintura a ti…, creo que te marchitarías y morirías. Te convertirías en… una uva pasa. Tendríamos que enterrarte en una caja de cerillas.

Como yo seguía callada, se volvió hacia mí.

—Venga, ¿de qué color?

Me encogí de hombros. No lo sabía.

Hasta más tarde no me percaté de cuál era mi preocupación: la pintura siempre había sido algo «nuestro». No solo mío. Algo que compartíamos. Nos pasábamos las tardes de verano vagando por el bosque en busca de cosas nuevas que plasmar en el papel. Si cancelaban las clases por la nieve, Axel venía a mi casa para intercambiar retratos.

Aquella tarde, cuando me dejó en casa, me deseó suerte para la conversación que tendría después con mis padres. Mientras cerraba la puerta del coche, tuve una extraña sensación de separación. Al seleccionarme, el doctor Nagori había roto algo entre mi mejor amigo y yo. Yo quería pintar, quería hacerlo bien. Pero también quería a Axel tal y como siempre lo había tenido. Como un compañero de fechorías, no como una animadora.

Mi madre se hallaba sentada en el banco con la espalda pegada al piano, como si me esperara. Tenía bolsas en los ojos; me pregunté si estaría durmiendo mal otra vez. Se puso de pie cuando me vio.

—Ha llamado el doctor Nagori —dijo. Me quité la mochila y la dejé caer al suelo—. ¿Qué te parece lo de la exposición de pintura?

—Emocionante, supongo. —Mi voz era de todo menos emocionada.

Ella levantó las cejas.

—El doctor Nagori ha dicho que pintas bien, que es una oportunidad para hacerte ver. ¿Quieres que te vean, Leigh? ¿Quieres ir allí, a Berlín?

—Papá no me va a dejar de ningún modo, así que da igual. —Me hundí en el sofá.

—No —repuso mi madre con firmeza—. Esto es importante. Si quieres ir, irás.

—Ni siquiera he enviado el dosier, mamá. Eso es lo primero. Antes de nada, tienen que aceptarme. Solo escogen a…, qué sé yo, doce personas.

—Aaah —exclamó mi madre, y su voz rodó por una colina—. Ya veo. Tienes miedo.

—No tengo miedo —me apresuré a decir con mucho desdén, aunque sabía que era mentira. Las mejillas se me caldearon.

Mi madre se sentó a mi lado, al borde del sofá.

—Está bien tener miedo, lo que no está bien es que ese miedo te impida actuar. No debes quedarte sin hacer nada. No merece la pena vivir de ese modo.

Intenté tragar saliva, pero la garganta no me respondía; había algo seco y violeta de metilo que la atoraba.

Más tarde me pregunté: ¿eso es lo que pensaba mi madre? ¿Que no hacía nada? ¿Que no merecía la pena vivir de ese modo?

—¿Alguna vez has tenido miedo de hacer algo? —pregunté.

—Claro —respondió—. Tuve miedo de casarme con papá. Tuve miedo de venir a Estados Unidos. Y mira ahora lo feliz que soy aquí. Lo feliz que estoy con mi maravillosa hija, con tanta entrega y talento.

Puse los ojos en blanco como si representara un papel. ¿Por qué lo hice? Por esa horrible necesidad de ser adolescente cuando tus padres son adorables contigo.

Vi que mi madre se libraba de mi gesto como si no fuera más que agua, como si no pudiera calarle la piel. Sonrió, aunque su mirada parecía lejana y melancólica, como llena de un marrón turbio.

—Harás el dosier y te irás a Berlín.

También estaban cambiando otras cosas. Axel producía más música que nunca, pues se había apuntado a una banda. La sala de música estaba nada más girar la esquina de mi taquilla, así que tomamos la costumbre de ir juntos a clase de arte cuando él salía de *jazz* a octava hora. Eso era estupendo. Hasta que Leanne comenzó a acompañarnos.

Tendría que haberme dado cuenta de que la historia no había terminado ahí. Según parecía, ella tocaba el saxo alto, quién lo diría. Supongo que a Axel ya no le parecía tan pesada como antes. En la banda de *jazz*, había como diecisiete personas con diferentes grados de amistad según los instrumentos que tocaran. Intenté imaginar cómo encajaba Axel en esa ecuación. Él sobre todo tocaba el bajo eléctrico, pero sabía que de cuando en cuando le daba también al piano. Sin embargo, parecía que su mejor amiga en la clase era Leanne.

Un día, doblaron la esquina de mi taquilla a carcajada limpia, de un modo

muy molesto. Yo apenas me enteraba de la historia que contaban.

—… y el señor Chiu va y coloca la taza justo al lado de los trombones —dijo Leanne, exagerando el asunto con su cadencia de voz. Me pregunté si se le iban a salir los ojos de las órbitas.

Axel soltó una risita.

—Así que interpretamos el final a toda pastilla… Es la primera vez que ese tema suena tan bien.

—Vamos a llegar tarde a clase de arte —interrumpí en voz alta.

—Vale, vale, hablamos mientras caminamos —dijo Leanne.

La sonrisa de Axel era tan ancha que parecía que iba a romper una ventana con ella.

—Los trombones están a tope y Chiu grita: «¡Sí, sí!», como si hubiera echado el mejor polvo de su vida o así.

Leanne se partía de risa.

—Y Darrell Hudson se apoya en la mesa y vacía la válvula de evacuación en la taza de Chiu. —Axel suelta una enorme carcajada y se le saltan las lágrimas.

Sonó el timbre y recorrimos lo que quedaba de pasillo: Leanne hacia la sala de estudio; Axel y yo, a toda prisa, hacia la sala de arte. Nagori puso cara de desesperación al vernos. Empezamos con la tarea del día, pero mi amigo seguía riéndose, por lo que yo me replegué en mi papel con la esperanza de que no se percatara del dolor azul de Prusia que se filtraba en mi interior.

73

La idea de ir fue de Feng.

—Deberíamos visitar la universidad de tu madre —sugirió cuando le hablé del pájaro y le expliqué que estaba intentando ir a los lugares que fueron importantes para ella.

Feng prometió ayudarme a trazar un nuevo plan y dijo que no creía que necesitáramos tejer una red. Según ella, lo más adecuado sería visitar los sitios importantes para mi madre, pero observando con mayor atención.

—Si el pájaro te dijo que vinieras a Taiwán, es porque quiere que hagas o veas algo —dedujo ella—. Y no simplemente encontrarla.

Pienso una vez más en la nota que mi madre dejó arrugada en la basura.

Quiero que recordéis

Tomamos un taxi hasta Yangminshan, que antes se llamaba, según Feng, «la montaña herbosa», debido al pasto plateado que florece en las laderas más elevadas y que alcanza una altura considerable. Serpenteamos por unas carreteras tortuosas a través de bolsas de aire sulfuroso. Por la ventanilla, en todas direcciones: un millón de tonos de verde. Y más allá de la vegetación, las montañas como acuarelas. Capas y capas de azules, grises y verdes que se suceden una detrás de otra.

Cuando por fin llegamos al edificio de música de la Universidad de Cultura China, con sus aleros de pizarra y los tejados estilo pagoda, subimos hasta la quinta planta, donde están las salas en las que mi madre ensayaba durante horas. En el pomo de una de las puertas hay un «hola» grabado. Y da

la casualidad de que es la única sala que no está cerrada con llave.

Aunque dentro no hay mucho espacio para las tres, entramos. El piano negro reluce con nuestro reflejo; levanto la tapa para dejar que sonría con sus dientes brillantes, como le gustaba a mi madre.

Feng abre la única ventana; se cuela el olor del azufre y siento la necesidad de sacar una foto de las vistas. Supongo que quiero captar lo que veía ella cuando se encerraba aquí durante horas para practicar. Cuando no era más que una estudiante, sin la carga de una familia. Cuando era —espero— feliz.

Mientras aprieto el botón para sacar la foto, un chillido atraviesa el cielo y me perfora.

Waipo me agarra de la muñeca y señala con la otra mano para que vea, justo a tiempo, una cola roja que se desliza y desaparece.

Aprieto el botón, me asomo todo lo que puedo, pero ya no está.

—¿Has sacado la foto? —pregunta Feng en voz baja.

—Creo que no. —Pero reviso el teléfono de igual modo. En la pantalla veo los aleros de un tejado. Las montañas de acuarela en la distancia. Los árboles lejanos como brócoli.

Y en el suelo de una galería, un par de pisos más abajo, sobre la piedra iluminada por el sol, la sombra de un pájaro.

No dejo de temblar desde que hemos visitado la universidad. Y a medida que avanza el día, las alucinaciones vuelven a estallar. Los colores brillan y se mezclan. Los bordes de las cosas se acentúan y se difuminan. Las líneas de telaraña, negras como la tinta, regresan.

A mi alrededor rodo parece resquebrajado.

Los segundos avanzan hacia la medianoche, que marcará el final del cuadragésimo quinto día.

Pero tenemos que estar más cerca. Una vocecilla en mi cerebro grita: «¿Más cerca de qué?». El resto de mí se pone a la defensiva.

Más cerca de volver a verla. De hablar con ella. De abrazarla.

Quiero que recordéis

Tiene que decirme qué significa. Antes de que se acabe el tiempo.

Estamos muy cerca. Estoy tan segura que parece justificado utilizar una de las preciadas varas de incienso que aún quedan. Abro el cajón y saco las dos

fotografías que conseguí salvar de entre las cenizas. Están algo estropeadas, pero siguen enteras.

Elijo la foto de boda de mis padres, que está un poco doblada, tiene uno de los bordes descoloridos por el calor y le falta una esquina completa. En ella aparece mi madre con su sencillo vestido blanco y un delicado velo que le cae por la espalda. Mi padre, joven y guapo, con su traje alquilado. Aunque están posando, la felicidad de sus rostros es real.

Con dedos temblorosos, enciendo la vara más corta.

La acerco a la fotografía y observo cómo comienza a arder.

Destello y fogonazo.

Destello. Y fogonazo.

74
—Humo y recuerdos—

El humo me ha trasladado a una gran habitación parecida a las que había en el centro universitario de actividad estudiantil donde mi padre me llevaba a jugar al futbolín y a tomar limonada de la máquina expendedora. La sala está llena de gente. La mayoría son jóvenes universitarios que forman pequeños grupos, unos más amistosos que otros.

En el centro de mi visión: unos amigos presentan a una joven Dory y a un joven Brian. Ella, con un vestido lavanda, parece cohibida. En la punta de la nariz lleva unas gafas gigantes de plástico. Mi padre, con una camisa ancha, se acerca para decir algo gracioso. Hay demasiado ruido en la sala como para oírlos, pero basta con ver la risa de mi madre, su rostro que estalla como un petardo, sus ojos que se entornan, sus delgados dedos que se acercan para tapar la amplitud de su sonrisa.

Fogonazo.

Dory y Brian en un auditorio vacío compartiendo el banco del piano. Él observa cómo mueve ella los dedos. Dory tiene los ojos cerrados, y Schummann brota de sus manos mientras aprieta y suelta un pedal dorado con la zapatilla de deporte.

Fogonazo.

Dory fuera del apartamento de Brian agarrando la cigarra de jade que le cuelga del cuello. Su rostro tenso e inescrutable. Él abre la puerta.

—Dory, son… Dios mío, son las tres de la mañana. ¿Qué pasa?

—Perdona —dice ella—. Cuando me han llamado, era la una de la tarde para ellos y después he tenido que buscar a alguien que me trajera hasta aquí…, y todos están dormidos…

—Espera, más despacio. —Y la agarra por la muñeca para que pase—. ¿Quiénes te ha llamado?

—Mis padres —contesta Dory—. Han llamado porque… Han llamado para…

Brian espera con mirada de terror. Dory se pone a temblar todavía más y él la acompaña hasta una silla.

—Mi hermana —susurra por fin—. Ha muerto.

El corazón se me encoge y se convierte en hielo.

—¿Qué? Dios mío, Dory. —La abraza. Es entonces cuando a ella se le descompone el rostro—. Lo siento mucho.

«Ha muerto». La frase resulta fría y plana, verde mar como la escarcha acumulada, y el eco de sus tres sílabas me tiñe de ese color: *ha muerto ha muerto ha muerto*.

Jingling murió. Mi madre tenía una hermana, la perdió y nadie me lo dijo.

—No saben qué ha pasado. Su compañera de habitación se la encontró en el suelo. Parecía que se había desmayado. —Dory espera que cese el temblor, espera una pausa en su respiración acelerada—. Mañana cojo el avión hacia Taiwán.

—Mañana —repite Brian—. ¿Cuándo volverás?

—No voy a volver —le confiesa.

Él se aparta con brusquedad mientras comprende poco a poco.

—Pero… aún quedan tres semanas.

—Ya he hablado con el director del curso. He…, he terminado.

—Vale —dice Brian despacio—. ¿Quieres que vaya contigo? ¿A Taiwán?

Ella parece confusa.

—¿Por qué?

—Bueno, sé que el momento es terrible, pero… para mí esto es importante.

—¿Esto?

—Nosotros. —La señala a ella, luego se señala a él—. Tú y yo.

—Solo han sido unos meses —puntualiza Dory.

—¿Y qué?

Ella se queda callada.

—Dime qué quieres —le pide él, y la voz se le quiebra un poco—. Por favor, sé sincera. Porque yo sé lo que quiero.

—¿Qué quieres? —La voz de Dory apenas es audible.

Él la mira como si le resultara increíble lo que le está preguntando.

—Quiero que estemos juntos, para empezar.

Fogonazo.

De nuevo mi madre, aún universitaria, con un vestido suelto de algodón, sentada sobre una maleta en la acera del aeropuerto. Un taxi amarillo adelanta a otros coches y se detiene delante de ella. El hombre que sale de él apenas me resulta familiar al principio, pero luego lo reconozco por los rabillos de los ojos curvados y la mandíbula marcada. Es Waigong, aunque mucho más joven. También se abre la otra puerta muy despacio. Sale Waipo con los ojos llorosos y la cara pálida.

—¿Han averiguado la causa? —pregunta mi madre. El tono de su voz es diferente; debe de estar hablando en mandarín, aunque, una vez más, el humo me permite comprenderla a la perfección.

—Un aneurisma —dice Waigong con voz tenue y ronca.

—Tenía síntomas —añade Waipo—: náuseas, dolor de cabeza; pero pensó que solo era un virus.

Mi madre agacha la cabeza y deja caer los hombros como si se diera por vencida.

—Le dije que descansara, pero ya conoces a tu hermana —explica Waipo, temblorosa—. Siempre trabajando. Ese día la vimos a la hora de comer.

Una extraña ola de alivio se apodera de mí. Un aneurisma. No intencionado. No como mi madre.

Fogonazo.

Mi madre está en un rincón con un grueso teléfono de plástico entre la oreja y el hombro, de cara a la pared para que nadie vea su expresión. Se enrolla las espirales del cable en el índice, vuelta tras vuelta, hasta que le desaparecen los nudillos. A través del auricular llega la voz de un joven, una voz algo aflautada, y tardo un momento en advertir que es la voz de mi padre.

—¿Y cómo te va? —pregunta Brian.

—Estoy bien —dice Dory con un tono tenue y algo tímido.

Entonces me doy cuenta de que Waipo está a pocos pasos, en la cocina, escuchando la conversación con una expresión extraña en el rostro.

—Te echo de menos —dice Brian.

—Yo también —contesta Dory con suavidad.

—¿Te están oyendo tus padres mientras hablas por teléfono? —pregunta.

—Sí, pero no me entienden. No pasa nada.

Se le oye a él inspirando.

—Voy a ir a verte.

Dory se queda callada. Cambia la postura de los hombros. Sube una mano para agarrar bien el teléfono.

—¿De verdad? ¿Vienes a Taiwán?

—Sí. Y si tus padres estuvieran dispuestos a conocerme…, me gustaría

quedar con ellos.

Ella asiente despacio, sin habla.

—¿Dory? ¿Me oyes?

—Sí —contesta por fin, presa de la emoción.

La voz de Brian se debilita:

—¿Estás bien?

Ella vuelve a asentir, pese a que él no la ve.

—Sí, estoy bien. Tengo que colgar.

—Vale. Adiós, Dory.

—Adiós —se despide con apenas un susurro.

Cuando cuelga, Waipo ha salido de la cocina y está justo delante de ella.

—¿Quién era? ¿Con quién hablabas?

—Con un alguien de clase —responde Dory.

—¿Con quién? ¿De América? ¿De este verano?

—Sí.

—¿Por qué estabas tan rara? —pregunta Waipo.

—No estaba rara —objeta Dory sin mirarla a los ojos. Disimula mirando el reloj—. Me voy al mercado antes de que se termine la mejor verdura.

Mientras Dory se pone los zapatos, finge no oír la conversación entre sus padres en la otra habitación.

—¿Quién era? —pregunta Waigong.

—Ha dicho que era alguien de su clase. —Waipo no parece muy contenta —. Creo que era un chico.

—¿El americano?

—Sí. Hablaba con él en inglés.

—No puede ser novia de ese americano. Tiene que casarse con un chino. Debe hacerlo.

—Pues díselo —suelta Waipo—. Está muy rara.

Dory sale, cierra la puerta haciendo el menor ruido posible y baja las escaleras a toda prisa.

La luz cambia. El recuerdo desaparece.

75

Jingling. Murió muy joven. ¿Por qué nunca lo supe?

Y mis abuelos… Jamás pensé que tuvieran tantas reticencias sobre la pareja de mi madre. Cuesta imaginarlos tan severos, tan autoritarios. ¿Qué más les daba que se casara con alguien que no era chino ni taiwanés, con alguien que no era asiático siquiera? ¿Y qué piensan de mí entonces, el fruto de su hija con un hombre blanco?

Me pregunto si Waipo y Waigong aún albergan tales sentimientos. Me pregunto si esa es la razón de que mi padre se marchara del apartamento, si le resultaba insoportable estar con ellos.

¿Cómo creyeron mis padres que era posible formar una familia alrededor de tantos secretos? Es como construir una casa encima de una red de acequias y tierra suelta, y pretender que los cimientos se sostengan.

Me suena el teléfono.

DE: axeldereckmoreno@gmail.com
PARA: leighinsandalwoodred@gmail.com
ASUNTO: (Sin asunto)

Pulso para abrirlo y tarda un rato en cargarse.

En el cuerpo del correo no hay palabras, solo una imagen que nunca había visto. Una acuarela que Axel pintó de la gata que, sobre la encimera de la cocina, levanta los bigotes hacia la barbilla de mi madre.

Ambas se miran como si no hubiera nadie más en el mundo.

76

Otoño, segundo curso

Los árboles habían cambiado, muchos ya habían soltado sus hojas marrones. Los fragmentos crujientes del otoño se desperdigaban por nuestro césped. El aire me congelaba a diez grados menos de lo que esperaba.

Las decoraciones de Halloween se habían apoderado del mundo. Espantapájaros en los campos que cruzábamos para ir al colegio. Pegatinas de fantasmas, brujas y Frankensteins en todas las ventanas. Calabazas talladas, algunas iluminadas con velas.

Cuando llegué a casa esa gélida tarde, ni siquiera vi a la gata sobre el banco del piano. Sin pensarlo, mi mente la redujo a un objeto decorativo más, una criatura tan negra como la que más, perfecta para la hora de las brujas.

Me quité la chaqueta y la gata se abalanzó sobre ella. Eso ya sí captó mi atención.

—Eh…, ¿hola? —grité hacia el resto de la casa.

—¡Joder! —Algo pesado hizo un ruido sordo en el suelo—. Oh, mierda, mierda.

¿Papá? Me sorprendió que estuviera en casa. Se suponía que su vuelo no llegaría hasta la mañana siguiente. Por una parte, estaba decepcionada; no podría pasar la tarde dibujando en paz. Pero traté de ver el lado bueno. Era raro tenerlo en casa un viernes.

—¡Leigh! —Mi padre dobló la esquina del pasillo y la cara se le iluminó por el alivio—. Justo a tiempo. He convencido a tu madre para que vaya a hacer unos recados, pero volverá en cualquier momento. Ven a ayudarme.

Me condujo hasta el salón, donde una extraña estructura geométrica se

había volcado. Le ayudé a enderezarla y colocó en su sitio algo de la base.

—Ya está. ¿Qué te parece?

—Ah. ¿Qué está muy bien? —La estructura era más alta que yo. Tenía plataformas enmoquetadas y columnas envueltas con lo que parecía una cuerda.

—Es un parque. Para *Meimei*.

Levanté las cejas.

—¿Para quién?

La gata maulló entonces, como si supiera que hablábamos de ella.

—Es una sorpresa —me explicó él mientras tomaba en brazos a la criatura.

—¿Nos has traído… un gato? —Intenté aplastar mi conmoción. Mi padre trabaja tanto que ni siquiera lográbamos estar al tanto de las zonas horarias donde estaba en cada momento. Debía ser la última persona del mundo en tomar decisiones sobre traer una mascota a casa.

—Pensé…, bueno. Me preocupa que mamá se sienta sola. Puede que así tenga compañía.

—¿Y yo? ¿Y sus alumnos de piano? ¿Qué somos? ¿Trozos de carne?

—Sus alumnos de piano —repitió con gesto extraño—. Ya.

De repente parecía muy atareado con el parque felino, aunque parecía estar ya todo montado.

—Papá, ¿hay algo que no me hayas contado?

—¿Eh? —preguntó con inocencia.

Pensé en mi madre, cansada, agotada cuando yo llegaba a casa. Yo cogía el último autobús del día, ya que Nagori me dejaba utilizar la sala de arte con el fin de elaborar el dosier para Kreis. Antes oía a mi madre dar al menos cuatro clases de piano después de que yo volviese, pero ahora llegaba tan tarde que me las perdía todas.

A menos que ya no hubiera clases.

—Sigue dando clase, ¿no?

Mi padre se quedó callado.

Me entró un brote tan repentino de rabia que hasta yo me sorprendí.

—¿Lo ha dejado? ¿Otra vez? ¿Y cuándo pensaba contármelo alguien?

¿Cómo se había dado cuenta mi padre?

—Mira, está pasando por una mala racha…

—¿Cómo sabes qué racha está pasando? Casi no estás aquí, papá —grité con más dureza de la que pretendía.

Vi cómo se estremeció.

Crucé los brazos.

—Otra vez está peor. Necesita ayuda. —Se quedó callado un rato. Por fin, dijo—: Tienes razón. No paso aquí el tiempo suficiente. Necesito que eso cambie. Un año más como hasta ahora y habré terminado. Nada de conferencias ni de viajes. Estoy comprometido hasta el verano que viene;

después, estaré en casa y mantendré un horario de clases normal, sin viajar. ¿De acuerdo?

Ahora me tocaba a mí guardar en silencio. No sabía qué decir. ¿Le creía? No estaba segura. Sonaba demasiado bien para ser verdad. Y lo que es peor, una parte de mí no quería que fuese verdad porque, si mi padre estaba en casa, no tendría libertad para pintar. No dejaría de atosigarme. Me diría que me centrara en cosas más prácticas. Es probable que no permitiera que Axel viniera a casa con tanta frecuencia.

—Tu madre está recibiendo ayuda —continuó con voz más débil—. El médico le ha cambiado la medicación. A veces eso puede empeorar las cosas durante un tiempo, pero estamos muy pendientes.

Apreté los labios para no soltar nada acerca de ese irónico «estamos —en plural— muy pendientes».

Me dejé caer en el sofá. Para mí, no tenía sentido ser la última en enterarme de este tipo de cosas. ¿No era yo, en comparación con mi padre, un apoyo mucho más digno de confianza? Tuve que esforzarme para ocultar la indignación de mi cara.

Entonces oímos que se abría el garaje, que el motor sonaba mientras se levantaba la puerta. Mi padre se enderezó con nerviosismo y colocó a *Meimei* encima del parque.

Mi madre entró y el gato maulló.

—¡Sorpresa! —gritó mi padre a medias mientras levantaba los brazos.

—Oh —dijo mi madre—. Dios mío. ¿Eso es un gato?

Yo creía que mi madre odiaba los gatos. Mucho tiempo atrás, dijo que los gatos eran malvados y que intentaban ahogar a los humanos cuando dormían. Pero en el momento en que mi madre estiró el brazo con vacilación, *Meimei* le dio un golpecito con la cabeza en la mano y comenzó a ronronear. Se prendaron la una de la otra como si estuvieran predestinadas a encontrarse.

Mi padre se marchó otra vez, y me pregunté si albergaría algún sentimiento de culpa por haber aumentado la plantilla de los que dejaba atrás. A medida que los días se volvían más fríos, mi madre comenzó a dormir cada vez más. Por entonces yo ya era experta en cuidar de mí misma. Por la mañana, salía de la cama exactamente siete minutos antes de que Axel entrara con su Camry en el camino de acceso a casa, el tiempo suficiente para vestirme, lavarme los dientes, coger un panecillo redondo y salir a la puerta principal.

Era imposible saber hasta qué hora dormía mi madre después, pero me

tranquilizaba saber que al menos se levantaba para darle de comer a *Meimei*, ponerle agua limpia y revisar su arenero.

Aquella parte de mí, oscura y horrible, envidiaba a la gata. Aprendí a ser autosuficiente; el estado de mi madre me impuso esa costumbre. Pero había una criatura indefensa, un animal que no merecía el nombre de su especie porque ni siquiera servía para matar una cucaracha. Era la única capaz de sacar a mi madre de la cama. Era la razón de que se cambiara de ropa, la razón de que se levantara para preparar una taza de té.

A veces observaba desde la otra habitación cómo *Meimei* buscaba a mi madre en la cocina y se ponía a trazar ochos alrededor de sus tobillos. Cuando se agachaba para acariciarla, ella se echaba panza arriba en el suelo y cerraba los ojos para que la acariciara.

La gata era la única que le recordaba que la vida era algo real. Los demás podríamos haber sido maniquíes expuestos en la vitrina de un museo.

—Tiene gracia, nunca pensé que fueras una persona gatuna —comentó Axel mientras tocaba acordes en el teclado. Como estaba configurado con el sonido de una guitarra eléctrica, las notas brotaron con aspereza por los pequeños altavoces de los auriculares que le colgaban del cuello.

Yo estaba en el sofá con el cuaderno de dibujo apoyado en las rodillas mientras sombreaba con un trozo de carboncillo.

—A decir verdad, no lo soy. No comprendo a *Meimei* ni por asomo. A ver, ella se restriega contra mí para que la acaricie. Y luego, cuando estoy acariciándola, quita la cabeza de golpe y me da un zarpazo para que pare. Mira esto. —Levanté la mano para mostrar los arañazos del dorso—. No entiendo qué quiere. Pero da igual. Es la gata de mi madre.

—Tampoco tenía a tu madre por una amante de los gatos.

—En realidad, no lo es.

—Con «amante de los gatos» me refiero a gente como la madre de Leanne, que era criadora y ahora es juez en concursos de gatos.

—Qué vida tan apasionante —dije con sarcasmo.

Axel levantó las cejas.

—¿Y cómo es que tu padre decidió traer a *Meimei*?

Me encogí de hombros y abrí una página en blanco del cuaderno.

—Yo qué sé. Quizá pensó que un perro sería mucho trabajo.

—Ya, pero ¿por qué una mascota?

—Para darle a mi madre una razón para salir de la cama y hacer algo.

Axel se quedó callado. Los acordes cesaron. Se giró sobre el taburete con

un chirrido y me miró.

—¿Se encuentra bien? —Volví a encogerme de hombros—. ¿Te importaría contármelo?

Hubo algo en su tono de voz que me hizo parar en seco y levantar la vista. Solté el carboncillo.

—Hay algo que no me has contado, ¿verdad? —insistió.

—¿A qué te refieres? —dije, y una señal luminosa roja destelló peligrosamente dentro de mi cabeza: *Mierda mierda mierda*.

—Venga, Leigh. Estoy preocupado. —Axel se cruzó de brazos; yo esperé, conté hasta treinta en silencio con la esperanza de que se rindiera, pero no lo hizo.

—Ha tenido… problemas —expliqué.

—¿Con qué?

—¿Con todo? No estoy segura.

Me lanzó una mirada y yo levanté las manos.

—¡En serio! De verdad, no lo sé. No me ha contado nada del asunto, pero parece como si cualquier cosa fuera un muro infranqueable para ella. Y, cuando está mal…, la cosa es bastante chunga.

Él asintió.

—Por eso me mandaron a ese horrible campamento en verano. Para quitarme de en medio mientras ella recibía tratamiento.

—¿Qué tipo de tratamiento? —preguntó Axel.

—Electro no sé qué. TEC. Como electrochoque.

—Buff.

Suelto un suspiro por la nariz.

—Ya.

—Me lo podrías haber contado, Leigh. —Se me van los ojos al suelo—. Entonces tiene…, tiene…

Casi oía los engranajes de su cabeza mientras buscaba una etiqueta, un nombre, una categoría.

La palabra «depresión» me daba vueltas en la cabeza. *Depresión depresión depresión*. ¿Era eso lo que tenía? Sabía que existían otros trastornos del ánimo, otras condiciones y desequilibrios químicos.

«Depresión», abrí la boca para decirlo, pero la palabra se negó a tomar forma. ¿Por qué era tan difícil hablar de esto? ¿Por qué el estado de mi madre parecía ser un enorme secreto?

Axel me miraba expectante, a la espera de que completara su frase.

—Se ha olvidado de cómo ser feliz —le dije.

Pero eso también parecía incorrecto.

77

Día cuarenta y seis. Nos dirigimos al norte, a Jiufen.

Cuando Feng me contó que Waipo quería llevarme allí, no lo comprendí.

—Entonces ¿estás diciendo que mi madre nunca estuvo allí…, pero que tenemos que ir de todos modos?

—En Jiufen hay una persona que Popo quiere que conozcas —me explicó —. Creo que es muy importante.

—Pero no tengo tiempo. Necesito encontrar un nuevo plan para atrapar al pájaro.

—Confía en mí, creo que esto te ayudará, de verdad —dijo Feng—. Vuestro tren sale dentro de dos horas, así que deberías preparar las cosas para pasar la noche fuera.

—Espera, dirás «nuestro tren», ¿no?

Se puso a juguetear con la manga de la blusa.

—Yo no voy. No puedo.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—No es un buen momento para mí —respondió.

—Pero necesito que me ayudes. Necesito que traduzcas.

—De verdad que no puedo, Leigh. Lo siento.

Y se marchó.

Cuando Waipo y yo nos bajamos del tren, hay un hombre de la edad de mi padre que nos espera para llevarnos en furgoneta. No parece contento, pero nos abre la puerta y lanza al maletero nuestras bolsas de viaje, que aterrizan con un golpe sordo que noto en el respaldo de mi asiento.

Se produce un rápido intercambio de palabras en taiwanés mientras salimos de la estación. Por la manera en que me mira, sé que él y Waipo hablan de mí.

—Hola —dice de pronto. Vuelvo la cara y advierto en su mejilla una

mancha de nacimiento rosa como una nube coloreada.

—Ah, hola —respondo.

—Soy Fred —se presenta, trabando las sílabas con una pizca de acento.

—Leigh. —Le saludo con la mano por el espejo retrovisor.

—Encantado de conocerte —dice sin mirarme. Suena a mentira.

Se queda callado y presto atención a lo que hay al otro lado de la ventanilla. La carretera se eleva como una ola y se retuerce de forma abrupta, de manera que las vistas alternan el mar con montaña y a veces con una ciudad llena de movimiento. Las tiendas turísticas se suceden a lo largo de las calles. Vemos perros sin collar que se pasean por el arcén de la carretera, un gato perdido sobre un muro bajo, otro hecho un ovillo sobre un toldo.

—No sé por qué venís aquí —suelta Fred de pronto—. Arrojaron las cenizas en el norte, no aquí.

Se me pone la piel de gallina.

—¿Qué cenizas?

Mi madre mi madre mi madre.

—Las cenizas de Chen Jingling —explica, y Waipo levanta la vista bruscamente.

Mi madre no. La hermana de mi madre. Mi tía.

—¿Esparcieron las cenizas aquí?

—No —espeta Fred—. En el norte. Más lejos. —Se fija en la expresión de mi cara—. No se lo cuentes a mi esposa. Cree que sois clientes normales.

El cerebro me da vueltas y miro a mi abuela, pero tiene la cara desviada hacia el cristal.

—¿Sabes quién soy? —pregunta entonces Fred con la voz algo más suave, menos arisca.

Sacudo la cabeza.

Después, no dice nada más.

A nuestro alrededor, las montañas se elevan cada vez más alto con azules grisáceos y morados. Cuanto más subimos, más agua veo, un azul también plomizo, apacible, que se extiende y se extiende.

Salimos de la carreta principal y comenzamos a ascender por una colina empinada hasta que aparcamos en una callejuela entre dos edificios.

—Venid —dice—. Os enseñaré vuestra habitación.

Nos hace una demostración de cómo abrir la pesada puerta de entrada y nos conduce por un espacio amplio con mesas y sillas hasta un pasillo en el que está la habitación A3.

—Aquí está la llave. —Fred levanta la mano y da tres fuertes golpes con en nudillo en la madera.

—¿Esta es nuestra habitación? —pregunto.

—Sí.

—¿Y por qué llamas? —De inmediato, me siento avergonzada por

preguntar.

Me mira durante un instante.

—*Gui yue hui peng dao gui*. ¿Conoces el refrán?

Mi abuela le hace un gesto.

Niego con la cabeza.

—Significa que, durante el Festival de los Fantasmas, te vas a topar con fantasmas. Antes de entrar a la habitación de un hotel o de un hostal, siempre hay que llamar a la puerta, por respeto a ellos. Pero más ahora, que estamos en el Festival de los Fantasmas.

Empuja la puerta, nos da la llave y nos deja solas.

La habitación es pequeña y luminosa. Waipo se quita los zapatos y se pone las zapatillas que nos han prestado. Hago lo mismo.

Al otro lado de un biombo decorativo, hay dos camas bajas y una mesilla de noche. Encima, en la pared, dos abanicos plegables enormes y con bonitos dibujos. Uno representa una pareja de grullas de coronilla roja; el otro, un fénix solitario que se sumerge al agua, con las plumas de la cola en forma de lágrima, largas y tupidas como las de un pavo real.

Pájaros. Se me ponen los pelos de punta.

Un golpe en la puerta me sobresalta.

Cuando la abrimos, Fred dice:

—Aquí está el mapa. ¿Ves esto? Está detrás de la calle vieja. Bajas los escalones y doblas a la derecha; esa es la calle vieja. Mucho para comer: *xiaochi*. ¿Entiendes?

«Alimentos pequeños». Recuerdo que Feng me lo explicó.

—Sí.

—Si vas enfrente de la calle vieja, hay un Seven. Supermercado pequeño. —Seven. Como los 7-Eleven. Vale—. El desayuno de ocho a diez, aquí. —Señala un número garabateado al final del papel.

Y con eso, me deja el papel y se dispone a cerrar la puerta.

Waipo grita algo con voz enfadada.

El rostro de Fred se contrae, una mezcla de rabia e indecisión.

—De acuerdo. ¿Ves la primera estrella del mapa? Esperadme en el salón de té. Os veré allí cuando termine de trabajar.

Se queda callado y, por un momento, su expresión refleja cierto nerviosismo.

—No habléis con nadie de Chan Jingling, ¿de acuerdo? Y dile a tu abuela que nada de cosas raras.

Se gira y cierra de un portazo.

78

Una ligera llovizna cae en la callejuela entre las tiendecitas y los puestos. Resulta imposible dar dos pasos seguidos sin tropezar con alguien, pero la multitud disminuye a medida que la lluvia arrecia. Las largas hileras de farolillos rojos oscilan sobre nosotras. Un tamborileo rítmico desciende por la calle. Fuera de una tienda de sellos grabados, un perrito con las orejas caídas y el pelo color caramelo duerme acurrucado, ajeno al bullicio que le rodea.

En el salón de té, tomamos asiento junto a las ventanas de la tercera planta y observamos el pueblo y el agua. La camarera nos trae una tetera de cristal llena de té rojizo. Por debajo de la superficie, unas pequeñas bayas de *goji* nadan con alegría.

Waipo, distraída, mira por la ventana.

Bebo el té, algo endulzado por las frutas. Regresa esa sensación profunda, esa niebla espesa que se me cuela en el cerebro. Cada vez que parpadeo me cuesta un poco más que el mundo se asiente y se mantenga nítido.

Con cuidado de no manchar nada, abro mi cuaderno por una página en blanco y comienzo a dibujar un retrato de mi abuela. Sus lejanos y melancólicos ojos. Los labios delgados y abstraídos. La blusa suelta sobre las pendientes redondeadas de sus hombros. Unos dedos suaves alrededor de la taza de té. Una ristra de gruesas cuentas de madera y una vítrea pulsera de jade entrechocando en su muñeca.

Cuesta imaginarla discutiendo con mi madre. Cuesta pensar que su relación pudiera deteriorarse hasta el punto de romperse, hasta el punto de que alguien cortara de cuajo el vínculo entre ellas y decidiera no mirar atrás.

Solo con un lápiz, trato de captar todos los colores de su vitalidad en escala de grises.

Cuando acabo el retrato, el sol ya se ha ido a dormir. Me ha resultado complicado por la forma en que las sombras cambiaban en su rostro, pero ella

ha permanecido muy quieta. Debía de estar sumida en un pensamiento muy profundo.

—*Hua wo a*? —dice Waipo. «¿Me has dibujado?».

—*Shi ni* —afirmo.

—*Gan ma hua wo*? —Se ríe un poco y sacude la cabeza.

Fuera, el cielo se ha vuelto negro. Se ven las luces del pueblo, que parpadean naranjas y amarillas, azules y verdes. Los gruesos farolillos rojos están encendidos, festivos y brillantes. Y por encima del agua, más farolillos, cuyos reflejos ligeramente parpadeantes demuestran que este pequeño mundo está alerta.

Mi abuela llama a una camarera, que nos trae la carta. Waipo señala las fotos de los platos y pregunta sobre cada uno de ellos mientras gesticula con las manos. Escucho la cadencia ondulante de su conversación y me entretengo haciendo un garabato de nuestra segunda tetera.

No pasa mucho tiempo hasta que llegan los platos: empanadillas, raíz de loto rellena, hojas de batata salteadas, sopa de tallarines, una cesta de bambú repleta de bollos al vapor.

—*Baozi* —dice Waipo, y coloca la cesta en el centro para que ambas la alcancemos.

Una servilletita blanca se despega de debajo de la estructura de bambú.

Aunque en realidad no es una servilleta, sino un papel cuadrado, medio mojado por el vapor condensado, en cuyo reverso hay algo escrito. Tras varios segundos y unos cuantos intentos, consigo despegarlo. Manuscrito con boli azul:

Sí pudiera verte dentro de un año,
devanaría los meses en ovillos
con un cajón para cada uno,
hasta que llegue su momento.

Eso es todo. Nada más.

¿Qué narices es esto?

Lo único que sé, por puro e inquebrantable instinto, es que pertenece a Emily Dickinson.

—*Shenme?* —susurra Waipo al ver mi cara.

No tengo ni idea de cómo contestarle. Me empiezan a temblar los dedos de los pies y las sacudidas me suben por el resto del cuerpo. Soy un terremoto. En cualquier momento voy a deshacerme en pedazos.

Mientras agarro el poema con fuerza, me levanto en busca de la camarera que nos ha atendido.

—¿Hola? Disculpe…

Otra mujer se acerca y me dice algo en mandarín.

—Necesito saber quién nos ha traído esto. —Le muestro el papel cuadrado y húmedo.

Me lanza una mirada indecisa.

—¿Hablas mi idioma? ¿Hay alguien aquí que lo hable?

—*Deng yixia* —dice, se da la vuelta y se aleja, toe toe toe, con sus zapatos de tacón.

Intento aplacar el pánico.

Mi abuela también se ha levantado. Me quita el poema y frunce las cejas al ver las palabras.

—*Shenme?* —repite.

Varios minutos después, aparece Fred. Nos mira con cara rara.

—¡Os dije que os comportarais como clientes normales!

Antes de que me dé tiempo a responder, Waipo comienza a vomitar palabras. Señala el papel que tengo en la mano.

—Intento averiguar quién nos lo ha traído —replico—. Estaba debajo de los *baozi*.

Fred agarra el papel con rapidez y lo lee con un movimiento de ojos rápido e impaciente.

—¿Qué es?

—Creo que es un poema de Emily Dickinson.

—Emily Dickinson —repite despacio. Y otra vez, más lento aún—: Emily. Dickinson.

—Exacto. ¿Sabes… quién es?

Niega con la cabeza. Pero entonces, al cabo de un segundo, abre mucho los ojos. A continuación, agarra un taburete y se sienta al fondo de nuestra mesa.

—Emily Dickinson, conozco ese nombre. Quemamos un poema de Emily Dickinson para nuestra boda.

—¿Qué boda? —pregunto con aspereza.

Baja la voz:

—Cuando me casé con el fantasma de Chen Jingling.

Me quedo mirándolo estupefacta.

—¿No lo sabías? —dice al fijarse en la expresión de mi cara.

Sacudo la cabeza.

—De acuerdo. —Suspira—. No quiero hablar aquí. Antes tienes que verlo.

—¿Ver qué? —inquiero.

Señala hacia la ventana.

—Mira esos árboles.

Echo un vistazo a través de las luces que se reflejan en el cristal y de las huellas de dedos, e intento encontrar algo en la oscuridad del exterior donde fijar la vista. Un rato después, distingo la silueta de unos árboles, un

bosquecillo no muy lejos del salón de té.

—*Kan dao le ma?* —pregunta Waipo. «¿Los ves?».

¿Qué se supone que tengo que ver?

—La energía fluye entre los árboles —explica Fred en voz baja—. Observa las hojas.

Y allí están. Unos contornos nítidos se mueven y se funden para adoptar formas de animales y humanos. Las sombras emergen de las puntas de las ramas, se liberan y se elevan hacia el cielo, y se convierten en una tenue bruma antes de desvanecerse en la oscuridad. Cada vez que parpadeo, debo adaptar de nuevo la vista, reenfocar, hallar una vez más los perfiles.

—Donde hay una forma, hay un espíritu —declara Fred—. La gente tiene estatuas de Guan Yin y sabe que hay algo más que llena la figura. Pero esa misma gente se olvida de las figuras originales que crea la tierra. Los árboles también albergan espíritus.

—*Gui?* —pregunto mientras miro a Waipo. «¿Fantasmas?».

Ella asiente.

—Nunca dirijas una luz hacia los árboles —me dice Fred—. La luz molesta a los espíritus. Como ahora estamos en el Festival de los Fantasmas, los vemos con mucha claridad aquí, tan cerca de Jilong. La mayoría de la gente intenta no verlos. Queman ofrendas e ignoran las señales. Pero, si miras e intentas ver, verás.

Hay algo hermoso en la manera en que se mueven las sombras. Son como contorsionistas. Como bailarines. Como pinceladas sobre un lienzo.

Me fijo con atención para ver si hay un pájaro grande. Si hay alguna silueta que pudiera ser mi madre.

Fred agarra el último bollo de la mesa y se lo mete entero en la boca.

—Ahora, regresemos para que tu abuela descanse. Luego te lo contaré todo.

79

En la tercera planta del hostal, hay un balcón con sillas y una mesa contra la pared de piedra. Por encima, las formas imprecisas de unos delicados gigantes cruzan el cielo como nubes veladas por la noche. Nos sentamos en la apacible oscuridad, Fred a un lado de la mesa con un cigarrillo apagado entre los dedos; yo en el otro, con los codos apoyados mientras observo la ciudad desde arriba. La brisa pasa susurrante junto a nuestra cara. Por primera vez desde que llegué a Taiwán, advierto el frío.

Se coloca el cigarrillo detrás de la oreja y saca una caja de cerillas.

—¿Tienes el poema?

Se lo paso y observo cómo enciende una llama, roza con ella el papel y deja que caiga en el cenicero de porcelana.

—Esto lo trajo un fantasma. Ahora se lo devolvemos. —Sostiene el cigarrillo contra el fuego hasta que prende.

Si entorno los ojos, apenas diviso las líneas de las montañas. Veo los destellos de las luces como piedras preciosas sobre la superficie del agua.

—Hace muchos años, cuando aún vivía en Taipéi, fui a Shilin para visitar a mi hermana. Cuando caminaba hacia su apartamento, vi un sobre rojo en el suelo. Se le había caído a alguien. —Hace una pausa y me mira—. ¿Sabes lo que son los sobres rojos?

—Tienen dinero dentro, ¿no? Se dan en el Año Nuevo chino, creo.

—Sí —ratifica Fred—. Recogí el sobre rojo y pensé en lo afortunado que era. ¡Me hacía mucha falta el dinero! Pero dentro, en lugar de dinero, había…, ¿cómo lo llamáis? Pelo. ¿Un pellizco de pelo? —Hace un gesto con los dedos como si acariciara hebras sedosas—. ¿Un puñado de pelo?

—¿Un mechón de pelo?

—¡Eso! Un mechón de pelo. Estaba atado con una cinta. Luego tu abuelo apareció tras una esquina. Estaba escondido. Me dijo que el pelo era de su

hija, Chen Jingling, y que tenía que casarme con ella.

—Pero ¿estaba muerta?

—Sí. Así que tuve que participar en una boda fantasma.

—¿Y no podías negarte? No tienen derecho a obligarte, ¿verdad?

—Lo hice porque sufrían, para que tuvieran el corazón en paz al saber que su hija tenía marido. Pero ¿ves esto? —Se señala la mancha de nacimiento de la mejilla—. Si el universo ha señalado a alguien, tiene que haber una razón. Creo que es parte de mi destino. Además, si tienes una esposa fantasma, a veces te trae buena suerte.

—¿Crees que ella te la trajo?

Fred abre mucho los ojos y asiente.

—Sí. Sin duda. Todo lo que tengo ahora es gracias a Chen Jingling. Por eso todavía tengo el piso de Taipéi. Solo voy un par de veces al año, pero lo mantengo por ella, por todo lo que me ayudó. —Suspira—. Debería volver a Taipéi pronto, supongo. Siempre tengo cosas que hacer allí.

Trato de imaginar una vida tocada por un fantasma. Cambiada por un fantasma.

Una ráfaga de brisa fresca y, como invocado por mi pensamiento, creo que oigo un lejano batir de alas. Miro al cielo en busca de alguna señal, de una silueta, de algo.

El viento cesa. Todo se calma de nuevo.

—¿Cómo fue la boda? —pregunto.

—Como una boda normal, solo que hicieron, cómo diría…, una muñeca para ella. Con bambú y papel. Llevaba ropa y joyas de verdad. Y, después, se quemó todo. Lo enviamos todo al mundo de los espíritus.

—Y en tu boda… —Hago una pausa. Espero a que las palabras se asienten en la boca—. ¿Conociste a mi madre?

Fred sacude la cabeza.

—No. Tu abuelo mencionó que Chen Jingling tenía una hermana, pero no la conocí. ¿Por qué no vino contigo a Jiufen?

La pregunta es tan inesperada que se me corta la respiración en del pecho.

—Ella, eeh… No pudo.

—Qué pena. Otra vez será.

—Otra vez será.

Le da una calada al cigarrillo y levanta la barbilla para soltar el humo hacia arriba.

Se me ocurre otra idea.

—¿Alguna vez has visto a Jingling?

—Ya te he dicho que murió, por eso…

—No, me refiero… —Me inclino un poco más hacia él—. A su fantasma. A su espíritu.

Arruga las cejas.

—Veo, oigo y siento lo suficiente como para saber que está ahí.

—¿Alguna vez has visto otros fantasmas?

Fred parece enfadado de nuevo. Golpea el cigarrillo con la punta del pulgar y la ceniza cae sobre la mesa.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Parece que sabes mucho sobre fantasmas.

—Claro —dice casi a la defensiva—. Me casé con uno. —Mira hacia el agua y algo se le suaviza en el rostro. Su voz se calma—. Estamos en el Festival de los Fantasmas. No es una buena época para hacer esas preguntas. Y menos aquí.

—¿Por qué aquí no?

—Estamos cerca de Jilong. El Festival aquí es tan grande que atrae la atención de muchos fantasmas. Y debido a su alta concentración, son más perceptibles para los vivos. Como cuando los ves en los árboles. Aquí son más visibles cuando se aparecen. Ya te lo dije. *Gui yue hui peng dao gui*. —El hombre aplasta la punta del cigarrillo contra el borde de la pared del balcón y se levanta—. Me voy a dormir. ¿Quieres quedarte?

—Sí, creo que me quedaré un rato más.

—Vale. Cierra la puerta cuando salgas. Y no te quedes hasta muy tarde. Recuerda…, es el Festival de los Fantasmas.

Oigo que el sonido de sus pies va decreciendo por las escaleras hasta que solo queda el rumor del viento contra los árboles y algún coche o moto que pasa de vez en cuando por la calle de abajo.

Permanezco allí hasta que empiezo a tiritar; se me queda la piel fría y se me pone la carne de gallina. Estoy a punto de marcharme cuando percibo algo.

El sonido de unas alas. El viento, que llega en oleadas palpitantes. Parpadeo y allí está el pájaro, tan grande y hermoso como la primera vez que lo vi. Las plumas más rojas se vuelven casi púrpura en la oscuridad, acicaladas con la untuosa luz de la luna, largas, afiladas, curvas. Se lanza en picado. Traza círculos en el cielo en forma de ocho para abrirse camino por el cielo.

De vez en cuando se aleja tanto que creo que se ha ido, pero regresa.

Hay cierta prisa y cierto regocijo en su forma de remontar el vuelo. Con cada batir de alas, gana altura. Forma un arco en el aire y cae de nuevo en picado. Las plumas más largas dejan rastro, como la cola de una cometa, como la cinta de una bailarina.

Me levanto y salto con todas mis fuerzas agitando los brazos hacia el cielo.

¿Por qué no baja y habla conmigo?

Es imposible saber si me ha visto. Pero no puedo evitar creer que se siente observada. Desciende, gira, se da media vuelta.

—Mamá —digo cuando por fin me sale la palabra.

Esas dos sílabas rompen el hechizo.

Arriba, en el cielo, el pájaro vacila durante un milisegundo. Cae en picado una vez más y luego desaparece.

80

Cuarenta y siete días.

A mi alrededor, todos los colores están sobresaturados y fundidos. Azules neón que se deslizan desde el cielo. Verdes intensos que se derraman en el mar, en las calles. Me va a estallar la cabeza. Me duelen las costillas. Supongo que por eso dicen que es tan importante dormir.

El cuadragésimo séptimo día ha pasado en un suspiro. Desayuno. Un templo. Autobús. Tren. Metro. Enlace con otra línea. Paseo hasta casa.

El tiempo se ha esfumado.

—¿Encontraste algo en Jiufen? —pregunta Feng.

Quedan dos días. Dos días para encontrarla.

Necesito dormir a toda costa; anoche no pude pegar ojo después de que el pájaro se marchara. Me quedé allí sentada observando el cielo hasta el amanecer. El sol se elevó por el agua, espoleó al mundo para despertarlo y unas espirales de bruma brotaron de la montaña como un reguero de espíritus.

El pájaro no regresó.

—Conocí a Fred. El que se casó con el fantasma de Jingling —le cuento a Feng.

Se tira del dobladillo de la blusa de margaritas, donde tiene un hilo descosido.

—Pobre Jingling —se lamenta Feng—. Ella…, en fin. Seguro que le habría gustado tener la oportunidad de enamorarse antes de morir.

El cielo es un índigo aterciopelado con un toque de nubes plateadas y oscuras. Mi madre una vez me dijo: «Las nubes que ves por la noche albergan promesas».

—También vi al pájaro —le explico a Feng—. Y creo que él también me vio. Pero no bajó. Ella no… —Se me quiebra la voz y de pronto necesito una bocanada de aire.

—Quizá no lo necesitaba —susurra Feng—. Quizás así fue suficiente.

—¿A qué te refieres? Me pidió que viniera a Taiwán, tiene algo que contarme.

—A lo mejor lo que de verdad necesita —continúa ella— es recordar. Y que la recuerden.

En el mercado nocturno, el humo danza por el aire formando capas que flotan a la deriva. Sorbo un cuenco de sopa lleno de grandes tallarines de arroz cuadrados, una sabrosa especialidad que Feng ha pedido para mí. Estamos las dos solas en un banco viendo a unas niñas que juegan con un perro. Están agachadas y se ríen de las orejas caídas y suaves del animal.

Entonces una de las niñas se levanta de un salto y comienza a gritar:

—*Agong! Agong!*

La madre acude enseguida para hacerlas callar. Suelta una retahila de palabras demasiado extrañas para mí. Parece alterada.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto a Feng.

—La niña asegura que ve a su abuelo. Su madre dice que eso es imposible.

—¿Por qué?

Feng se encoge de hombros.

—La madre le explica que su abuelo está en el cielo. «No, no está en el cielo», dice la niña. «¿Cómo lo sabes?», pregunta la madre.

La niña sacude la cabeza.

Dentro de unas cuantas horas, el cuadragésimo séptimo día habrá concluido.

—La niña dice: «Porque solo los ángeles van al cielo». Y ahora…, la madre dice que su abuelo es un ángel. Pero la niña no se lo cree.

Observamos en silencio mientras la madre se lleva a las niñas. La mayor (la que ha montado el alboroto) no deja de volver la cabeza con la mirada fija en algo.

—Los niños saben la verdad —dice Feng con la voz muy suave. Me giro para mirarla.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—No han aprendido a llevar un velo delante de los ojos. Esa es una costumbre que llega con la edad. Los niños siempre saben lo que ven. Por eso los fantasmas no pueden esconderse de ellos.

«Los fantasmas no pueden esconderse de ellos».

Pienso en el pájaro, en sus plumas, en mis sueños horribles donde ella sufre y desaparece.

Miro la ciudad, los coches y motos, los cristales y las luces. Los edificios lejanos que centellean y relucen; una colección de estrellas artificiales.

Observamos a una pareja joven que pasea por el mercado nocturno con los hombros juntos y los dedos entrelazados. Comparten un postre, intercambian sonrisas y carcajadas.

—¿Has estado enamorada alguna vez? —me pregunta Feng.

—No lo sé —contesto, aunque suena a mentira.

Amor. ¿Y qué sabremos ninguno de eso?

81

Otoño, segundo curso

Habían pasado ya casi dos meses desde que Nagori me habló de la exposición de Berlín de jóvenes artistas, pero mi padre no había dicho una palabra. Sospeché que mi madre no tenía pensado contárselo. Pasaría lo que tuviera que pasar.

Junio parecía muy lejano, pero Nagori me daba la lata con mi progreso.

—¿Qué diablos se supone que voy a dibujar, Axel? —Me desplomé bocabajo en su sofá y apreté la nariz contra la tela de *tweed*. Mi cuaderno estaba en el suelo, donde lo había lanzado para no tener que mirar el dibujo que acababa de empezar—. No sé hacer un puñetera dosier.

—¿Y qué tiene de malo lo que has dibujado hasta ahora? —preguntó mientras tocaba unos acordes en el teclado digital. Había bajado mucho el volumen; se oía mejor el golpeteo en el plástico que las notas reales—. ¿No has estado trabajando en la sala de arte después de las clases?

—Pero no tengo nada bueno. No puedo seguir haciendo esas cosas extrañas, abstractas y poco detalladas… Si quiero participar en la exposición, necesito mandar obras más…

—¿Profundas? —propuso.

—¡Eso! Exacto. Profundas y, cómo te diría, más pulidas.

—Lo de pulir es solo cuestión de tiempo. Pero no estoy seguro de que se pueda intentar ser más profundo. Creo que así es cómo la gente termina creando… mierdas pretenciosas al estilo hipster.

—¿Hípster? ¿Lo dices en serio? Vaya, lo dijo míster Ópera Electrónica.

Él levantó las manos.

—Eh, yo no me aparto de lo que quiero hacer para intentar ser más profundo. Solo pretendo hacer algo que me interese a mí, igual que tú antes de que te acongojaras con eso de Kreis.

Puse cara de sorpresa.

—¿Que me acongojara?

Se encogió de hombros.

—Era por no usar el verbo acojonar, que suena peor.

—Ya —respondí.

Axel apretó un botón y las lucecitas del teclado se apagaron. Me apartó los pies hacia un lado y se sentó junto a mí en el sofá.

—Pensé que Nagori quería que ampliaras lo que le enseñaste.

Intenté olvidar el calor de sus manos sobre mis calcetines. Me encantaba ese gesto tan familiar, me encantaba que se sintiera tan cómodo como para tocarme de ese modo.

Pero recordé para mis adentros que probablemente eso apenas significara algo para él. De hecho, seguro que no significaba nada en absoluto.

—Sí, pero ¿qué es «ampliar»? —Dibujé unas comillas en el aire con los dedos—. No se trata de cebar a una vaca para la feria del ganado.

—¿Y si intentas trabajar con más materiales aparte del carboncillo?

Levanté la cabeza y me quedé mirándolo.

—Ya sabes cómo me siento con ese asunto. No he practicado suficiente. Será una chapuza.

—Haz como cuando eras pequeña y no sabías qué era bueno y qué no. Prueba por probar. Por divertirte.

Sacudí la cabeza.

—Voy a seguir con el carboncillo.

Tardé otra semana en: a) dibujar algo un poco menos mierdoso y b) echarle el valor suficiente para mostrárselo a Nagori.

Emitió unos sonidos ininteligibles.

—Mmm. —Dobló la cabeza—. Hummm.

A lo mejor trataba de ponerse en contacto con los espíritus zombis que frecuentaban la sala de arte.

O a lo mejor no tenía ni idea de qué hacer con la obra que le estaba enseñando.

Me retorcí los dedos bajo la mesa.

—Se supone que es más abstracto. —Vi a Axel rondando fuera, cerca de la puerta. Le hice prometer que me esperaría en el vestíbulo hasta que hubiera

acabado.

—Es como una matrioska —dijo Nagori.

—¿Como qué?

—Las muñecas rusas que se meten unas dentro de otras. Seguro que las has visto. Por fuera tienen la cara pintada y son huecas por dentro para poder meter otra más pequeña…

—Ah, sí. Sé cuáles son.

—Es un concepto bonito —comentó—. La imagen que se replica a sí misma y va cambiando de manera sutil.

—¿Pero? —Me molestaba sentir esa palabra pendiendo del aire entre los dos. Yo sacudía la rodilla con fuerza como si activara un generador y me estuviera preparando para despegar. Me apreté la pierna con la mano para dejar de moverla.

—Pero… creo que a la obra le falta emoción.

Tragué saliva.

—Emoción —repetí.

Axel asomaba de nuevo por el cristal. Le lancé una mirada de odio y volví a prestar atención al dibujo.

—Eso tan fuerte que tienen los otros trabajos que has hecho, Leigh —explicó Nagori—. La nostalgia, la tristeza. Quiero sentir… algo. Ahora, cuando miro esto, lo único que siento es… filosofía moderna. Pero no se me revuelve nada. —Se puso la mano en el esternón—. ¿Me explico?

Intenté tragar saliva otra vez, pero tenía la garganta tan seca que podría haber hecho leña con ella.

—Sí. Entiendo. Creo.

—De verdad que es un concepto fabuloso. No deseches la idea…, pero inténtalo otra vez. A ver si puedes captar… más.

—Más —dije, porque me estaba convirtiendo en una máquina de eco.

—Muy bien —dijo Nagori—. Esos eslabones… Es una pulsera, ¿verdad? ¿Qué te hizo dibujarla? Busca la emoción.

Me pasé todo el fin de semana en el sótano de Axel con mis materiales para «buscar la emoción». Allí la luz no era la mejor, pero mi madre estaba pasando por otro de sus ataques. El menor ruido, incluso el producido al darle la vuelta a una página o al rozar el papel con el lápiz, le hacía perder los nervios.

«No puedo pensar con tus ruiditos», decía con voz desagradable. O: «Se supone que dibujar es una actividad silenciosa, Leigh». O: «¡Cuánto ruido para

pasar una página!».

Era mejor escapar, y la casa de Axel era el refugio perfecto.

Estaba repitiendo el dibujo que le había enseñado a Nagori. Resultaba más fácil comenzar desde cero, así que lo único que tenía era una hoja en blanco con un ligero esbozo a lápiz.

«Emoción», me dije con sorna. Era surrealismo. ¿Qué quería decir con «emoción»? Se suponía que trataba sobre la fusión entre lo fantástico y la realidad.

Axel estaba delante del teclado casi de espaldas a mí. Unos cascos gigantes le apretaban las orejas, pero mi ángulo de visión era suficiente para saber que tenía los ojos cerrados. Se inclinaba sobre las teclas redondeando la espalda como para formar un hueco donde recoger la música.

Abrí por una nueva página. Mi mano se movió a toda prisa para dibujar a Axel, para dibujar el teclado con líneas marcadas y geométricas, para captar el sonido y el movimiento con el grafito.

Llevaba mucho tiempo sin hacer nada realista. Me sumergí en la meditación mientras el lápiz exploraba su cuerpo. Los hombros anchos. Los codos esbeltos que rotaban al cartografiar con las manos el terreno de la pieza musical. Aunque era autodidacta, estaba guapo y seguro de sí mismo cuando tocaba. Mi madre insistía en enseñarle, pero él se negaba a recibir lecciones gratis. Imagino que le parecía demasiado caritativo.

El sonido de las teclas cesó y Axel se dio la vuelta. Lo miré, con la mano sobre el papel.

—¿Qué? —dijo.

—¿Qué? —Sentí una mezcla rara e intensa de culpa y vergüenza, como si me hubiera pillado haciendo algo malo.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

—¿Cómo? —Recé para que no se acercara a ver el dibujo.

Se trataba de un estudio rápido, pero resultaba obvio que había dibujado algo. Había hecho un buen trabajo al captar su expresión corporal. En su cara se formó una sonrisa burlona.

—Estabas dibujándome.

—No.

Axel se levantó y cerré de golpe el cuaderno.

—Déjame que lo vea —dijo, extendiendo las manos.

—No.

—Leigh, venga ya. ¿Por qué te pones tan rara?

—No. —Me sentía verde loro y como si tuviera cinco años—. No me pongo rara.

Pero sí estaba rara. Claro que lo estaba. ¿Cuántas veces nos habíamos dibujado el uno al otro? ¿Cuántas veces habíamos estado codo con codo dibujando los pies del otro?

Supongo que la diferencia residía en que, si él no sabía que lo estaba dibujando, parecía una mirona.

Se echó a reír.

—Estás rarísima.

Me levanté y empecé a recoger los lápices. En realidad no quería irme, pero tampoco quería continuar con esa conversación.

—¿De qué color? —inquirió, y me detuve.

Lo miré: estaba allí de pie, bajo la triste bombilla del sótano, remangado hasta los codos. Su expresión era indescifrable. Abrí la boca y dudé si mentir.

Axel se abalanzó sobre mí y caímos juntos en el sofá. Yo aterricé bocarriba; el cuerpo de Axel estuvo sobre el mío durante un segundo que, al mismo tiempo, duró una eternidad y un abrir y cerrar de ojos.

Percibí su olor, el tacto de la cara interna de su brazo contra la parte de mi abdomen que se había quedado al descubierto cuando se me levantó la camiseta.

El cuaderno se escurrió entre los dos y, antes de poder reaccionar, lo puso fuera de mi alcance. Me sujetaba el torso con la corva derecha, aunque yo tampoco me resistía demasiado. Axel ya estaba volviendo las páginas.

—¡Ajá! —exclamó triunfante al dar con el dibujo.

Desde la esquina del sofá, donde seguía espachurrada e incómoda y con la nuca torcida, veía su expresión. Me fijé en su amplia sonrisa, que se desvaneció por la vergüenza.

Se quedó en silencio mirando el dibujo. Me pregunté si captaría lo que dejé escapar de mi corazón a través de mi brazo y de mis manos. Las líneas de su cuerpo esbozadas con tanto mimo y anhelo. Las sombras de su piel pintadas por una mano que no deseaba otra cosa más que recorrer esas pendientes, esos contornos, esos músculos y esos ángulos.

—Está muy bien, Leigh —dijo en voz baja—. Has cogido mucha velocidad.

Sentí que me liberaba la espalda y me impulsé para sentarme bien. Me quitó la pierna de encima y se llevó con ella el calor y la emoción.

—Gracias. —Me sentía a un millón de kilómetros.

—¿Tienes más? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—En plan… —Bajó la mirada—. ¿Me has dibujado más veces sin que me diera cuenta? Me gustaría verlo.

Tardé un rato demasiado largo en procesar la pregunta y en formular la mejor respuesta:

—No. —Me pregunté si vería que la mentira me ardía en la cara.

—Ah.

Por un momento, casi me convencí a mí misma de que parecía decepcionado de verdad.

Aquella noche, cuando volví a casa, aún notaba el olor de su cuerpo, que me había envuelto como una manta. Me tumbé en la cama y tracé con los dedos las zonas de mi cuerpo que habían entrado en contacto él. Me imaginé a un Axel que me acariciaba a propósito, que tocaba más de mí.

¿Cómo sería esa sensación?

Un recuerdo se avivó como una llama, más candente y nítido que cualquier otra cosa: la espalda casi desnuda de Axel aquella noche de verano en la desagradable habitación de hotel. El tentador calor de su cuerpo cuando casi dormimos abrazados, la capa de vacío de un milímetro de espesor que chisporroteaba entre nosotros.

Mi mano derecha descendió entre las piernas y pensé sobre el sexo. Recordé toda la piel que se ve en las películas para adultos y la forma en que las extremidades desnudas se deslizan como si estuvieran hechas para entrelazarse. Pensé en Axel, nos imaginé en su sofá mientras nos quitábamos la ropa.

Me quedé dormida llena de deseo.

82

¿Por qué puñetas se le ocurrió a alguien inventar un reloj con tictac?

No puedo abstraerme de ese incesante sonido. Todo se alinea para recalcar su absorbente ritmo. Mis inhalaciones y exhalaciones. El pulso dentro de mis oídos. Ese difuso tamborileo que estoy casi convencida de que solo suena en mi cabeza.

Tic. Tic. Tic. Tic.

¿Quién iba a pensar que un reloj se convertiría en mi peor enemigo?

A veces, cuando mi madre cocinaba, se sumergía en una profunda quietud y parecía que el reloj de la cocina sonaba más fuerte y que sus movimientos se sincronizaban con el tictac.

Cuando cortaba algo, adoptaba un ritmo constante con las manos. Apretaba los labios, muy concentrada, y fruncía las cejas. En silencio, iba de un lado a otro de la encimera como un gato aturdido, con las piernas y los brazos sueltos y la mirada algo desenfocada.

Tic. Tic. Tic. Tic.

Cómo me gustaría rebobinar hasta uno de aquellos días y ponerme a su lado mientras cortaba pimientos en juliana, mientras escurría el agua de una pila cristalina de fideos celofán, mientras le daba vueltas a una olla de sopa. Le tocaría el codo y le preguntaría en qué piensa.

¿Estaba feliz? ¿Estaba triste?

¿Pensaba en un pájaro rojo?

Tic. Tic. Tic. Tic.

Mi cuaderno de dibujo está encima de la cama, abierto por una página en blanco, pero estoy demasiado inquieta para dibujar. Demasiado nerviosa. Parece como si tuviera las válvulas del corazón cubiertas de barro y les costara más bombear la sangre. Como si los pulmones hubieran perdido elasticidad y rechazaran el aire que intento respirar. Como si la cabeza se me hubiera

empañado con un azul de Amberes.

Quedan dos días y dos varas de incienso.

Mientras me acerco a la mesita de noche para coger las cerillas y la última fotografía de la caja, el colgante de cigarra de mi madre se me desliza hacia un lado y me roza el hombro.

La cigarra. El colgante que llevó todos los días de su vida.

Palpo el jade, siento las incisiones talladas y la suavidad del envés. Noto su reconfortante peso en el cuello, la calidez de la piedra al estar cerca del corazón.

Mis reticencias se atenúan con el peso del colgante como si de un yunque se tratara.

No puedo.

Debería.

Apenas me tiemblan los dedos cuando devuelvo la foto a su sitio, ya que el colgante es mucho más importante; tiene que haber algo crucial en la pieza de jade.

Me quito la cadena con una extraña seguridad. Con los dedos, trazo las curvas y bordes de la talla por última vez. Después, habrá desaparecido; la cigarra se quemará, se convertirá en sedimento gris, se desintegrará.

Ojalá tuviera una vara de incienso más larga, pero esta tendrá que servir.

83
—Humo y recuerdos—

Ahí está mi padre, jovencísimo, saliendo de un taxi. Lleva una camisa y una chaqueta ligera. En las manos sostiene un llamativo ramo de rosas. Sube despacio y con cuidado los escalones de un edificio hasta la tercera planta. Comprueba la dirección que lleva en el bolsillo y aprieta el botón del marco de la puerta, que emite el melódico gorjeo de unos petirrojos.

—Pájaros en lugar de timbre —murmura para sí con una leve sonrisa.

Mi madre abre la puerta con ojos brillantes y sin aliento.

—¡Ya estás aquí! —exclama. Parece nerviosa, y con una mano se aprieta el colgante contra el pecho.

—Te dije que vendría.

Ella respira hondo.

—Espera un momento…

Por detrás de ella se oyen las voces de mis abuelos.

—¿Quién es? —preguntan.

Mi madre se vuelve para contestar:

—Una persona que quiero que conozcáis.

Waigong aparece tras ella y su rostro pasa de la neutralidad a la consternación, y más tarde a la indignación.

—¿Quién es?

—¡Habla muy bien mandarín! —dice mi madre a toda prisa, nerviosa—. Ha querido venir a conoceros y…

—No va a entrar —dictamina mi abuelo con una terrible voz—. Aquí no es bienvenido.

A mi madre se le crispa la cara, que refleja rabia.

—Pero no has…

Waigong la toma del codo para apartarla. Ni siquiera mira a mi padre cuando cierra la puerta.

No puedo evitar el grito ahogado que se me escapa entre los dientes, el puñetazo rojo cereza que me asesta en la barriga. ¿Cómo es posible que no le dieran una oportunidad a mi padre? ¿Por qué era tan malo?

Baja las flores. Llama con los nudillos, toca de nuevo el timbre. No hay respuesta, solo el sonido de una discusión al otro lado. Se sienta en los escalones y se dispone a esperar.

Un estallido de luz y los colores parpadean.

Brian y Dory empujan las puertas del juzgado y corren a saludar a sus amigos. Brian sonríe de oreja a oreja y lleva un paraguas negro. El velo de Dory se levanta con la brisa y la cigarra de jade le golpea el pecho. Baja la mirada durante medio segundo y, en ese instante, se percibe un leve atisbo de dolor. Una elevación del entrecejo. Cuando levanta la vista de nuevo, ha recompuesto la expresión y vuelve a estar radiante de felicidad.

Una amiga hace grandes burbujas con una varita de plástico rosa. Otra lanza pétalos. Brian y Dory se ríen con cara de felicidad, van de la mano a todas partes, como si su boda fuera un salvavidas al que agarrarse con fuerza. Está lloviznando, pero el sol asoma entre las gotas. Alguien grita para que miren el arcoíris que seguro aparecerá.

Oscuridad, una chispa.

Mi madre tararea en la cocina mientras hace empanadillas. Unos palillos agarran el relleno crudo. Unos dedos ligeros pellizcan la masa.

—Uff. —Hace una pausa para rascarse la prominente barriga y sonríe al ver la redondez que la separa de la mesa—. Qué pena que no puedas conocer a tu tía Jingling —le dice al montículo que tiene bajo la mano—. Estas empanadillas eran sus favoritas.

Un fogonazo.

Mi madre y mi padre descansando en mitad de una excursión. A su alrededor, árboles altos y moteados. Es por la mañana temprano; el rocío les cubre las zapatillas y las briznas de hierba se les pegan a los tobillos. Mi madre se agarra la tripa e imagina a su bebé flotando en el hueco de una caracola marina, bañada con los gradientes de la aurora.

—Pero piensa en la niña —dice mi padre—. Piensa que crecerá sin abuelos maternos. Dos personas que aún viven. Imagínatela dentro de diez

años, de veinte años, cuando te eche en cara que la apartaste de ellos. Sentirá curiosidad, como la sentiría cualquiera.

—Brian —espeta mi madre—. No hay más que hablar. Es mi decisión. Tú no lo entiendes.

Él se pasa la mano por el pelo y da vueltas lleno de frustración.

—Tienes razón. No lo entiendo.

—Lo tendrá todo, salvo eso —añade mi madre, casi suplicante—. Pero no puedo hacer lo que me pides.

El dolor de su voz es como una puñalada para mí, las esquirlas de algo turquesa que se me clavan bajo la piel y se me acumulan en la garganta.

—¿Nunca? —pregunta mi padre.

Mi madre se queda pensando.

—Quizás algún día. Volveré a verlos. Algún día Leigh y tú iréis a conocerlos. Pero necesito tiempo.

Mi padre suelta un largo suspiro.

—Vale, de acuerdo. Algún día.

Nuevos colores.

Un bebé trota sobre una rodilla encima de un sofá familiar de piel. En un extremo de la habitación, unas manos hábiles planean sobre unas teclas blancas y negras. El salón rebosa una calidez magenta, una alegría diente de león y todos los matices del amor, invisible pero sin duda presente.

Reconozco la cara de ese bebé por las fotos colgadas en el despacho de mi padre. Soy yo. La pequeña Leigh, hija de Dory y Brian, cuando los tres estábamos enamorados unos de otros, antes de que las cosas se torcieran de una forma tan horrible.

¿O estaban torcidas desde el principio?

Destello.

Mi madre se encuentra en la cocina con el delantal puesto. El pelo le llega por los hombros; tiene unas cuantas canas teñidas de rojo con su *henna* favorita. De pronto, deja de cortar un bloque de to fu. El cuchillo se le cae con estrépito sobre el fregadero. No hay nadie que le pregunte qué ha ocurrido. Está sola en la cocina, con las manos temblorosas, con las lágrimas saltadas. Sus ojos no ven más que un cuchillo.

Fogonazo.

Mi madre me dice adiós desde la puerta mientras yo corro para tomar el autobús amarillo; luego, entra y vuelve a desplomarse en el sofá. La expresión de su rostro es la de alguien poseído.

Fogonazo.

Mi madre en el sótano, con una botella de Oxicodona y una garrafa de lejía. En una ocasión escuchó que, cuando tragas algo, tarda diez segundos en llegarte al estómago. Pero ¿cuánto se tarda en digerirlo? ¿Y si es líquido?

Fogonazo.

Mi madre, se levanta de la cama en mitad de la noche. Camina sin hacer ruido, despacio, para que no cruja el suelo. Una vez abajo, en el garaje, abre el coche y se coloca en el asiento del conductor; las llaves le arden en las manos. Piensa. Delibera. Si encendiera el coche. Si dejara cerrada la puerta del garaje. Si nadie en la casa se despertara y se quedara dormida al volante. Ni siquiera habría que mover el vehículo. Podría dormir para siempre.

Fogonazo.

Mi madre en el suelo del baño, encogida como una niña, con la cara contra los azulejos mientras toca las alas talladas de su colgante de jade.

Fogonazo.

Mi padre llevando la maleta hasta la puerta de casa para asistir a su primera conferencia. La primera semana lejos de nosotras. Besa a mi madre y ella sonríe, pero su sonrisa no es real. No es una sonrisa plena. No le resplandece en la cara.

Mi padre no se da cuenta. Está demasiado nervioso. ¿Cómo es posible que no lo vea?

Tira de la maleta hasta el coche que lo espera fuera y nos lanza una sonrisa mientras el conductor carga el maletero. Un último saludo con la mano y se aleja.

Fogonazo.

Mi madre abriendo la puerta trasera para quedarse de pie, descalza, sobre la nieve recién caída. Sus pensamientos pasan como las páginas de un libro azotado por el viento. Ideas sobre la nieve. Sobre que no es tan malo el frío. Los escalofríos la distraerán de otros asuntos.

Y al cabo de un rato, se quedará dormida. En paz. Insensible al mundo. Soñando un último sueño en el hueco de un ángel de nieve.

Fogonazo.

Los colores desaparecen. La luz se desvanece.

Oigo un gemido y me doy cuenta de que soy yo. Pero, cuando me toco la cara, tengo las mejillas secas. En realidad, no estoy llorando. En mi vida me he sentido más seca.

Mucho antes de que yo perdiera a mi madre, mi madre perdió a su hermana. Y perdió a sus padres o, al menos, eso creía ella.

Las creencias son una especie de magia, pueden convertir cualquier cosa en verdad.

Mucho antes de que los médicos le pusieran una etiqueta a su patología y le dieran papelitos con nombres polisílabos de fármacos. Mucho antes de que mi padre comenzara a viajar por trabajo.

Mucho antes de todo, ella ya sufría.

84

Aparto los recuerdos y el mundo recupera sus colores estridentes debido a la falta de sueño.

¿Por qué me muestra el humo todo esto? ¿Por qué evoca tanto dolor, cuando he perdido ya tanto? Sería mejor olvidar muchas de esas cosas.

El dolor se me adhiere a los pulmones.

Miro hacia abajo en busca del residuo gris, pero no hay nada. Ni polvo ni ceniza.

Lo que sí está, sobre la palma de mi mano, es el colgante de jade, con el mismo aspecto de siempre. No se ha quemado. Siento un golpe de alivio en el pecho e inspiro profundamente.

Sigue aquí. He logrado conservarlo.

El único rastro del incienso y del recuerdo es que la cadena de plata parece quemada; tiene partes oscurecidas y oxidadas, pero los eslabones continúan unidos. Me la abrocho al cuello de nuevo, reconfortada por el peso del colgante, contenta, después de todo, por seguir teniéndolo.

85

Invierno, segundo curso

Nada más comenzar las vacaciones de Navidad, a mi madre se le rompió la cadena. Estaba agachada, buscando algo en el armario del fregadero, y el jade se le cayó al suelo sin ninguna explicación. De inmediato, salió a comprar una cadena provisional hasta que le arreglaran la antigua, pero la nueva no era igual: demasiado brillante, demasiado corta, y los eslabones cuadrados se entrelazaban de una manera que no quedaba bien.

Parecía un presagio.

Más tarde volvería a pensar en aquel episodio y me daría cuenta de que yo ya buscaba echarle la culpa a algo.

Presagio o no, fue una rotura muy rara. Axel había ido a visitar a su familia de San Juan por primera vez en años y Caro estaba haciendo *snowboard* otra vez. Se suponía que mi padre iba a pasar una temporada decente en casa, y el día de Navidad empezaba de una manera prometedora.

Mi padre acercó una silla mientras mi madre preparaba empanadillas.

—Te ayudo. —Cogió una pila de obleas y comenzó a poner relleno en el centro con una cuchara y a doblarlas por los bordes. Hacía semanas que mi madre no tenía el rostro tan luminoso. Incluso se puso a tararear algo, unas cuantas estrofas de una melodía que reconocí de una de sus sonatas favoritas.

Yo no recordaba la última vez que mi padre la había ayudado a cocinar. Me encantaba verlos juntos; las manos expertas de mi madre formaban tres empanadillas por cada una que hacía mi padre.

Abrí mi cuaderno sobre la encimera. Tenía el carboncillo entre los dedos y lo deslicé por la página en blanco para captar los nudillos manchados de

harina, la bandeja de empanadillas crudas.

Oía el ritmo de ambos mientras las soltaban en la bandeja, el ligero sonido al raspar el carbón contra el papel, la forma en que todos respirábamos a la vez.

Y entonces, por supuesto, el momento terminó. Mi padre se giró para comprobar qué hacía yo.

—Leigh, ¿por qué no dejas eso? Ven a pasar tiempo de calidad con tus padres.

Intenté evitar la pelea que se avecinaba:

—Ah, ya estoy pasando tiempo con vosotros. Estoy aquí, como puedes ver.

—No es bueno estar siempre tan centrado en uno mismo —añadió él—. Ven a ayudarnos con las empanadillas.

Sacudí la cabeza.

—Os estoy dibujando. Por lo general, dibujo cosas que están fuera de mí misma. ¿Es eso centrarse en uno mismo?

—El arte es una actividad individual —dijo mi padre, y su tono de voz también cambió—. Y esta es una ocasión familiar. Necesitamos que dejes de dibujar y participes.

—¿Qué participe? ¿En serio? ¿Como si esto fuera una puñetera clase?

—Cuida el lenguaje cuando estés…

—Parad ya —interrumpió mi madre en voz baja, y sus palabras nos callaron como un dedo sobre un mando a distancia—. Ya está bien de peleas. Es Navidad. —Con la mano cubierta de harina, se tocó el pecho un momento antes de recordar que la cadena era ahora más corta, que el colgante de jade estaba más arriba.

Cerré el cuaderno, subí a mi habitación y me encorvé en un rincón para intentar dibujar otras cosas para Nagori.

Después, cuando bajé a cenar y abrir los regalos, mi padre hizo como si la discusión nunca hubiera tenido lugar.

Sonaban villancicos. Las luces multicolores del árbol parpadeaban. Empecé yo, y le entregué un paquete rectangular a cada uno. Hacía mucho tiempo que no les regalaba dibujos por Navidad.

—Oh, Leigh —se maravilló mi madre—. Es precioso.

El suyo lo había colocado en un sencillo marco negro para que pudiera colgarlo. El de mi padre estaba sin enmarcar, le había puesto espray fijador y lo había protegido con unas telas de conservación.

—Vaya —dijo—. Estupendo.

Era difícil saber qué pensaba.

—El tuyo no lo he enmarcado porque pensé que, como viajas tanto, a lo mejor querías llevarlo contigo. —Al expresarlo en voz alta me pareció una estupidez. Sabía que no le gustaba. Era probable que le hiciera preocuparse

aún más por mi futuro.

—Nos has dibujado tan reales… —comentó mi madre—. No hay fotografía capaz de igualarlo.

Sacudí la cabeza.

—La idea me la dio un recuerdo.

—Me acuerdo de ese día —dijo mi padre, para mi sorpresa.

—Yo también —añadió mi madre.

Nos había dibujado a los tres en el parque infantil de Village Park, donde solíamos ir todas las noches de verano para pasear y jugar al frisbi. En una ocasión, como no había por allí ni un alma, nos apoderamos del balancín. Mi madre y mi padre se sentaron en los dos extremos y yo me puse de pie en el tablón del centro para intentar mantener el equilibrio mientras ellos subían y bajaban.

El dibujo no llevaba color ni carboncillo, solo las líneas limpias de un lápiz. Mi madre se reía con la cabeza hacia atrás. Mi padre lucía su sonrisa boba. Y yo me tambaleaba en el centro, a punto de sonreír.

—Gracias —dijo mi madre—. Lo voy a colgar encima del piano.

Luego le tocó a ella. Mi padre recibió un jersey de lana de merino tejido a mano por una famosa artesana de Internet. Yo recibí un kit de gama alta de pinturas para *gouache* al que le había echado el ojo mucho tiempo atrás.

—Ahora usa colores, ¿de acuerdo? —dijo—. Llevas mucho tiempo sin colorear tus dibujos, pero ya tienes pinturas buenas.

La abracé y prometí utilizarlas.

Y entonces fue el turno de mi padre. Sorprendió a mi madre con una cajita negra de terciopelo. Mi madre no llevaba muchas joyas, a excepción de la cigarra de jade, cuya cadena aún seguía rota. Por un momento, temí que mi padre le hubiera comprado algo para sustituirla, pero, cuando mi madre abrió la caja, ante nosotros brilló una ristra de topacios azules y gordos engarzados en una pulsera de plata.

—¡Guau! —exclamó ella. Parecía haberse quedado sin palabras; ¿hacía cuánto tiempo no le regalaba él algo tan brillante?

—Te toca, Leigh —se apresuró a decir mi padre. Quizás él también sintió cierta vergüenza por el despilfarro de su regalo.

El mío venía en una caja y pesaba bastante. Arranqué el envoltorio de renos y quité la tapa. En medio de un montón de papel de seda, había un libro. Tenía la cubierta blanca y unas palabras mayúsculas fluorescentes:

DESCUBRE
PARA QUÉ ESTÁS
DESTINADA

Sentí que las comisuras de los labios se me abrían para soltar una

carcajada, pero en ese momento me percaté de que no se trataba de una broma. Era de verdad su regalo para mí.

—Oh, gracias —dije con un gran esfuerzo por no convertir la palabra en una pregunta.

—Mira dentro —respondió mi padre. Parecía casi emocionado.

Pasé las primeras páginas hasta que encontré lo que quería que viera. En la portada, la palabra «destinada» estaba rodeada con un millón de círculos y emparedada en medio de un texto manuscrito. A la izquierda, se podía leer: «Para Leigh, que está…»; a la derecha del título ponía: «¡¡¡A GRANDES COSAS!!!».

El nombre del autor —Wilson Edmund Sharpe IV— estaba tachado con rotulador negro. Debajo aparecía la floritura de una firma y, más abajo aún, algo apenas legible salvo por los trazos afilados del numeral romano IV.

—Lo conocí en una conferencia —dijo mi padre—. Estaba promocionando el libro y, cuando lo oí hablar, supe que tenía que traerte un ejemplar firmado. El tío puso en pie a toda la sala. ¿Sabes?, le enseñé una foto de los tres y dijo que pareces tener los genes de tu madre y, por tanto, ser una persona muy resuelta. Y, claro, tiene razón…

—¿Perdona? ¿Que parece que tengo los genes de mi madre? Menudo estereotipo —dije con rotundidad.

Mi padre ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

Tracé unas comillas en el aire con los dedos.

—¿A que soy resuelta porque tengo genes asiáticos? ¿Sabes cuántas veces me dicen eso? ¿Y cuántas veces la gente me pregunta si tengo una «madre tigre»?

Mi padre se quedó callado durante un rato.

—Bueno. No creo que lo dijera en ese sentido. Sin embargo, estoy seguro de que esto te cambiará la vida. Léelo y a ver si te ayuda a averiguar lo que quieres hacer.

—Lo que quiero hacer —repetí despacio.

—Ya sabes —añadió—, encontrar una dirección.

—Vale —contesté—. Gracias.

Miró a su alrededor como si hubiera respuestas pendientes en el aire y dio una palmada.

—No te gusta.

Me encogí de hombros lentamente.

—Creo que no lo necesito… Pero agradezco el regalo.

¿Me estaba comportando como una persona horrible? No lo sé. Pero me agobiaba el hecho de que se negara a creer en mí. Estaba muy cansada de esas conversaciones.

—En concreto, ¿qué te ves haciendo dentro de, digamos, cinco años? O de

veinte. O durante el resto de tu vida.

—Pintar. —Qué bien sentaba decirlo en voz alta—. He estado pensando que… a lo mejor me gustaría hacer Bellas Artes.

—Leigh, va en serio.

Me dieron ganas de gritar, pero me contuve.

—Lo estoy diciendo en serio.

—¿Y cómo se supone que te vas a ganar la vida con eso?

Miré a mi madre, que observaba nuestro rifirrafe con expresión ausente.

—No lo sé. Siempre podría dar clases.

—Necesitas una carrera estable. Algo que te proporcione una felicidad básica.

—La pintura me hace feliz —espeté.

Mi padre abrió de nuevo la boca, pero, gracias a Dios, mi madre lo interrumpió:

—No habléis de esto ahora —rogó—. Deberíamos disfrutar de la Navidad.

Nos pusimos a jugar al Uno, aunque mi padre y yo nos dirigimos la palabra lo menos posible. Me di cuenta de que deseaba que se fuera pronto a otra conferencia. Echaba de menos el modo en que la casa se ensanchaba cuando él salía por la puerta, el modo en que aumentaban el espacio y el aire que yo respiraba.

A la mañana siguiente, mientras mis padres aún dormían, me senré en la cocina para beber una taza de chocolate caliente con menta tras otra y observar cómo la gata miraba por la ventana. Me afectaba tanta tranquilidad. Parecía que Axel tardaba nueve horas en responder mis mensajes. Intenté no ofenderme; él tenía una gran familia y, según parecía, un montón de tradiciones navideñas.

Pensé en cuánto habían cambiado las cosas desde la última Navidad. Mi padre no estuvo, aunque en cierto modo fue mejor. Axel se pasó todas las vacaciones ayudándome a registrar aquellas cajas.

Y, con esa idea en la cabeza, los pies me condujeron al sótano. No sabía bien para qué, pero estaba inquieta, me acordaba de la pulsera y del libro de Emily Dickinson. Ambos objetos me los había llevado a mi habitación, junto con la fotografía en blanco y negro de las dos niñas; todo lo demás permanecía donde lo encontré.

Una vez en el sótano, las cajas seguían tal y como las habíamos dejado: abiertas, de cualquier manera. Por el suelo, quedaban incluso algunas de las

cartas que Axel y yo habíamos clasificado en montones. Me sorprendí de mi descuido al dejarlas fuera. Cualquiera que hubiera bajado se habría dado cuenta al instante de que había fisgoneado.

Quizá fuera eso, en el fondo, lo que esperaba. Quizá pensé que, si mi madre o mi padre veían que había hurgado en las cajas, se habrían enfrentado a mí y habrían dado pie al diálogo. Que por fin me habrían hablado de mis abuelos.

Pero nadie había bajado. En todo el año.

Aquella noche, salí al porche y me quedé de pie en los escalones mirando el cielo despejado. La luna era una moneda gorda y resplandeciente. Tenía cara, una cara amable y casi sonriente. Me pregunté si mis abuelos de Taiwán estarían mirando el mismo plato de luz, si intentarían establecer contacto visual con aquel rostro pálido y radiante.

86

¿Cómo se supone que voy a encontrar al pájaro? ¿Cómo van a ayudarme los fragmentos del pasado?

Cuarenta y siete puñeteros días desde la mancha. Por la mañana serán cuarenta y ocho. Casi no queda tiempo.

Hace un rato le pedí a Feng que hiciera de intérprete y le preguntara a Waipo si hay algún otro sitio que debamos visitar. Si queda algún lugar que mi madre amara al que no hayamos ido. Waipo sacudió la cabeza y dijo que habíamos acudido a todos los sitios que ella conoce.

Por una parte, me pregunto si me estará mintiendo, pero necesito quitarme esa idea de la cabeza. ¿Qué me hace creer eso? En algún lugar, en el fondo de mi mente, hay cierto resentimiento. ¿Se habría convertido mi madre en un pájaro si mis abuelos no se hubieran opuesto a que se casara con mi padre? Busco en sus rostros un atisbo de esa vieja desaprobación, pero lo único que veo es cansancio. Una piel moteada y suave. Arrugas que trazan los caminos de algo que podría ser arrepentimiento.

Incluso cuando sonríen hay algo triste en las comisuras de sus labios. Pienso en cuando mi madre le dijo a mi padre: «Algún día Leigh y tú iréis a conocerlos. Pero necesito tiempo».

Algún día. Como ahora.

El suspiro de mi padre me resuena en los oídos.

Mi padre. Papá.

Quizás él sea la pieza que falta. Quizá, si el pájaro ve que él está aquí conmigo, baje por fin. Y nos lo cuente todo.

Me concedo un minuto para pensar en ello, hasta que la certeza se apodera de mí con un tono escarlata disazo, un color tan llamativo como sus plumas. Entonces envío el correo.

DE: leighinsandalwoodred@gmail.com
PARA: bsanders@fairbridge.edu
ASUNTO: ¡¡¡¡¡¡Urgente!!!!!!

Papá, necesito que vuelvas lo antes posible.
Por favor. Es urgente.

87

Justo cuando estoy a punto de cerrar el correo, suena el teléfono. Al principio pienso con absoluta satisfacción que mi padre ya me ha contestado, porque tiende a asustarse y a responder en milisegundos.

Pero resulta que es un nuevo mensaje de Axel.

DE: axeldereckmoreno@gmail.com
PARA: leighinsandalwoodred@gmail.com
ASUNTO: (Sin asunto)

Han pasado muchas cosas este invierno. Muchas cosas de las que me gustaría hablar. Siento que en cierto modo he fallado.

Hay algo que siempre he querido preguntarte: ¿Qué diablos pasó en la Gala de Invierno?

El correo teje en mi interior una telaraña de colores turbios que lo manchan todo de un marrón *stil de grain*.

A veces Axel es tan corto de entendederas que me dan ganas de zarandearlo. Como si yo fuera quien la cagó al empezar a salir con otra persona. Con alguien horrible. En dos ocasiones distintas.

Que le den a Axel. Y que le den a Leanne. Espero que sean felices.

La rabia se me filtra por las manos.

Paso las páginas de mi cuaderno, arranco los dibujos que he hecho de él durante este viaje, oigo el ruido áspero y gratificante del papel cuando se rasga. Los rompo en pedazos, los emborrono con los dedos.

¿Qué diablos pasó? Pues cuéntamelo tú, Axel.

Y entonces mi mente viaja hasta allí, remueve una vez más esos últimos

meses, los saca a la superficie y recuerda.

88

Invierno, segundo curso

Conseguimos empezar el año nuevo. Cuando terminaron las vacaciones, nos anunciaron que, por primera vez en la historia, nuestro colegio celebraría una Gala de Invierno a finales de febrero.

—Yo llevaré a Cheslin, por supuesto —anunció Caro durante el almuerzo, una semana más tarde.

—¿En serio? —pregunté—. ¿De verdad quieres ir a eso?

—¿Por qué no? —contestó.

—Es que…, yo qué sé. Otro baile escolar.

—Pero es más que cualquier baile anterior —explicó Caro—. Es de gala. Como un baile de graduación, pero abierto a todo el mundo.

Me encogí de hombros.

—Tampoco sé si quiero ir al baile de graduación.

Axel se movió en su asiento y se metió tres patatas fritas en la boca.

—¿Y tú, Axel? —le preguntó Caro—. ¿Vas a la Gala de Invierno?

Yo esperaba que pusiera cara de fastidio, pero no lo hizo. Comenzó a masticar más despacio. Tragó e hizo el numerito de abrir su Snapple y darle unos cuantos sorbos. Les hincó el diente a otras tres patatas más.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo Caro con aspereza.

Él se encogió de hombros. Sin embargo, cuando por fin habló, dijo:

—Puede. Tal vez haya planes en curso.

Tuve que sostenerme la mandíbula, de manera literal, para no quedarme con la boca abierta. ¿Axel? ¿En un baile?

Caro levantó las cejas.

—Eres rápido, colega.

Fue esa reacción lo que me hizo rebobinar y repasar las palabras de Axel.

¿Qué quería decir con «planes»? ¿Qué tenía una cita?

Pero el tema no volvió a salir y, después de eso, olvidé que había una Gala de Invierno. Tenía otras cosas de las que preocuparme: el dosier y el temor que sentía a diario cuando volvía a casa, donde sabía que encontraría todas las persianas echadas, todo oscuro, el aire viciado y sofocante con tufo a arenero de gato sucio. Mi madre solía sufrir insomnio y migrañas, por lo que a veces estaba furiosa y otras, lenta como una tortuga.

Mi padre seguía viajando, aunque no con tanta frecuencia. Durante los periodos que pasaba en casa, su nueva misión era convencerme de que estudiar Bellas Artes era una mala idea.

—¿No ves que te limitarías a ti misma? —dijo mientras yo restregaba un lápiz de carboncillo por la página.

—Podría ir a una facultad normal que tuviera un buen programa de Bellas Artes y otras cosas —respondí.

Pero parecía que, cuando yo cedía lo más mínimo, él presionaba más.

—¿Y si hicieras algo de ciencias? Siempre estás hablando de datos científicos aleatorios. ¿Te acuerdas de cuando me contaste todo aquello sobre los pigmentos?

La cara se me enrojecía por la frustración.

—Porque me interesan los datos científicos que tienen que ver con el arte. ¿No te acuerdas de las notas que saco en ciencias?

—Bueno, también podrías estudiar algo como contabilidad o económicas, e ir a clase de arte por placer. No vas a encajonarte en una profesión sin salidas…

—Tina hizo la carrera de Filosofía y ahora trabaja en *marketing*, que no tiene nada que ver con sus estudios.

—Siempre hay excepciones. Pero imagina lo difícil que habrá sido para ella.

—¿Y tú, papá? ¿Me vas a decir que la carrera de Estudios Asiáticos era la más práctica del mundo?

Abrió y cerró la boca varias veces.

—Por lo menos ofrecía opciones sólidas para trabajar en la universidad.

Tampoco es que Bellas Artes fuera mi principal objetivo en la vida, pero cuanto más se oponía, más ganas me daban de demostrarle que se equivocaba. Que se equivocaba con algo. Que se equivocaba conmigo.

Durante esas conversaciones, mi madre nunca estaba presente. Empecé a preguntarme si mi padre esperaba a propósito hasta que ella se ausentaba. A lo mejor pensaba que heriría sus sentimientos, ya que ella había elegido seguir con su arte. Representaba justo lo contrario de lo que mi padre deseaba que yo hiciera.

—Las únicas personas con éxito en el campo artístico tienen una suerte increíble y un talento fuera de serie —comentó mi padre otro día—. Pero, aun así, les cuesta mucho. No va a ser bueno para ti.

—Ya me he enterado, papá. No crees que tenga bastante talento. Ni suerte ni nada.

—Es un trabajo muy pesado, Leigh. ¿Alguna vez has trabajado tanto en algo que no podías hacer nada más? ¿Un verdadero esfuerzo?

Pensé en la exposición de Berlín. Pensé en que Nagori me había seleccionado y me había advertido de la rapidez con la que pasarían los meses. Nagori tenía razón con lo del tiempo. Y mi padre tenía razón con lo del trabajo. No había trabajado con el suficiente ahínco. ¿Sería capaz?

Aquella última conversación con él encendió la mecha: le iba a demostrar que estaba equivocado. Que podía esforzarme. Si Nagori creía que se me daba bien, es que se me daba bien. Pero haría todo lo que estuviera en mi poder para que se me diera mejor que bien. Quería ser una de las mejores.

Mi padre voló una vez más a la otra punta del mundo y yo me compré un nuevo cuaderno, más grande de lo habitual. Sin embargo, cuando me dispuse a empezar, me di cuenta de que no era capaz de pensar. La oscuridad de la casa me oprimía. Cuando mi madre estaba en silencio, nuestra casa parecía un profundo agujero en el suelo. Cuando se mostraba ruidosa e iracunda, era un nubarrón de tormenta preparado para descargar sus truenos en cualquier momento.

Pese a que mi padre se ponía insoportable con las discusiones sobre Bellas Artes, cuando él estaba la tormenta se aplacaba y parecía que mi madre se tranquilizaba. Yo me ponía contentísima, aunque odiaba que tuviera que marcharse de nuevo.

Un miércoles, Axel apareció por casa justo mientras me bajaba del último autobús.

—¿Has avanzado mucho hoy? —preguntó mientras señalaba el maletín de dibujo que llevaba bajo el brazo.

Me encogí de hombros.

—Parece que a Nagori le gusta más mi nueva trayectoria.

—Genial.

Aunque no era extraño verlo, sí resultaba rara la forma en que estaba allí de pie mientras yo abría la puerta. Me siguió dentro y se quitó los zapatos.

—¿Tu madre está arriba? —quiso saber.

La mayoría de las luces estaban apagadas y no había ruido.

—Eeh… Doy por hecho que sí.

Se sentó en el sofá lo más lejos posible de mí. Oí que tomaba aire antes de hablar, como si se armara de valor para algo:

—¿Tienes pensado ir a lo del viernes?

No tenía ni idea de a qué se refería.

—¿Qué es lo del viernes?

—Ya sabes, la Gala de Invierno.

Sentí que el cuerpo se me congelaba y debí de poner una cara graciosa, porque me preguntó:

—¿Estás bien?

—Ah, sí. Bueno. No, no tenía pensado ir.

—¿Por qué? —inquirió. Me miraba los pies con tanta insistencia que pensé que les pasaba algo. Encogí los dedos avergonzada—. Podríamos ir juntos.

—¿A la Gala de Invierno? —No sabía si había entendido bien.

Él asintió.

Oí que la madera del suelo de arriba crujía, lo que significaba que mi madre se había levantado de la cama. Lo último que quería era que oyese nuestra conversación. Me puse de pie.

—Vale —dije.

Él también abandonó el sofá.

—Estupendo.

Conseguí que mi expresión permaneciera neutral mientras se marchaba, pero en el momento en que la puerta se cerró fue como si perdiera el control de mi cuerpo. Me encendí como una estrella y sonreí hasta que me dolieron las mejillas.

Más tarde, el pánico se apoderó de mí: iba a asistir a un baile. ¿Cómo funcionaban los bailes? ¿Y si hacía algo mal?

No tenía ni idea de qué se ponía la gente en este tipo de galas y tampoco me ayudaba que solo quedara un día para averiguarlo. Al final, Caro y Cheslin me prestaron varios vestidos y elegí uno de gasa aguamarina, delicado y vaporoso, que me llegaba hasta los tobillos.

Me quedé delante del espejo de cuerpo entero mientras me secaba el pelo para intentar alisarlo.

¿Qué intención tenía Axel al invitarme? ¿Iríamos como amigos o había algo más?

Cuando me recogió, estuvo extrañamente callado, y permaneció así hasta que llegamos al colegio. No comentó nada de mi vestido ni del brillo de labios que había tomado prestado del cajón de mi madre. Me pregunté si le parecerían horribles.

Le observé por el rabillo del ojo. Encima de la camisa negra, llevaba una chaqueta oscura con unas sutiles rayas grises y una pajarita plateada. Se había

puesto algún tipo de producto en el pelo.

Las luces del gimnasio eran tenues, y habían colocado unas hileras de lucecitas blancas en los pliegues del techo. En ese preciso instante nos encontramos con Caro, que llamaba la atención con su vestido esmoquin.

—Estás impresionante, Leigh —dijo.

—Sí que lo estás —coincidió Cheslin. Todavía se mostraba algo tímida con nosotros, pero me sonrió con dulzura mientras se tiraba de la falda del su vestido *vintage* de encaje—. Deberías quedártelo. Te queda genial ese color.

—¿En serio? —pregunté.

—Totalmente. Hasta te pega con el color del pelo.

—Un momento…, ¿vosotros dos habéis venido juntos? —La mirada de Caro pasó varias veces de Axel a mí.

Me ardía la cara.

—Voy a por un refresco —dijo Axel—. ¿Quieres algo?

Apenas me dio tiempo a sacudir la cabeza cuando ya había desaparecido entre la gente.

—¿Habéis venido juntos?

—No estoy segura de que sea lo que tú crees —le conté mientras se me empezaba a retorcer el estómago. No me apetecía nada hablar de eso; al menos, no allí, con doscientas personas alrededor.

Pero entonces el DJ puso un tema famoso, algo que yo apenas conocía, y Cheslin agarró a Caro del brazo para ir a bailar.

Axel volvió y me encontró en el mismo sitio. No llevaba ningún refresco, pero no le dije nada al respecto. Nos apoyamos contra la pared y hablamos de tonterías durante un rato, de un modo extraño y poco natural. Me moría de ganas de coger mi cuaderno de dibujo. ¿Por qué no se nos ocurrió llevar un par de cuadernos y unos lápices?

Cuando Axel se excusó para ir al baño, busqué una silla para sentarme.

¿Por qué estábamos allí?

Pensé en mi madre, sola en casa, comiendo sobras frías en la cocina. O peor, sin comer, metida en la cama y envuelta en un millón de colchas.

Pensé en las nuevas obras que había comenzado y que esperaba que resultaran lo bastante buenas para que Nagori me dijera que el dosier estaba completo.

Al cabo de un rato, se me ocurrió que Axel ya habría terminado y que me estaría buscando. Revisé el móvil, pero no tenía ningún mensaje, aunque ni siquiera sabía si había cobertura. Justo cuando salí del gimnasio hacia el vestíbulo en busca de más conexión, reconocí una voz que sonaba casi histérica:

—Me parece increíble que hayas venido con ella. Decías que no había nada entre vosotros.

No pude evitarlo. Asomé un poco la cabeza por la esquina. Era Leanne

Ryan.

Y hablaba con Axel.

—En realidad, no hay nada —dijo. Parecía segurísimo.

A toda prisa, volví al gimnasio. En ese momento, todo el mundo bailaba formando un tren; yo no soportaba permanecer allí durante más tiempo. Empujé la puerta trasera hacia el frío helador de febrero y me aparté para estar sola.

—Ay, hola, Leigh.

Me escocían los ojos y todo parecía marrón verdoso, turbio y frío, y la última cosa que me apetecía era interactuar con otro humano. Me fijé bien para ver quién estaba junto a la farola. Era un chico de la clase de Nagori del año pasado. Del último curso. Tardé un instante en recordar su nombre: Weston.

—Hola —dije.

—Es bastante ridículo lo de ahí dentro, ¿eh? —preguntó.

Yo me esforzaba por no tiritar.

—Pues sí.

—Oye, ¿tienes frío? —Antes de que me diera tiempo a responder, se quitó la chaqueta y me la colocó en los hombros.

—Ah, gracias.

Se acercó más y sacó una petaca de acero del bolsillo de la chaqueta.

—Tú no puedes tomar de esto —dijo, y chascó la lengua. Desenroscó el tapón y le dio un trago.

La petaca me ponía nerviosa, pero intenté sonreír para fingir lo contrario.

—Es broma —continuó—. Puedes tomar un poco si quieres.

—No, gracias, estoy bien —contesté.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Nah —musitó él—. Estás guapísima.

Eran las dos palabras que esperé que dijera Axel cuando me monté en el coche. O cuando atravesamos el aparcamiento para entrar en el gimnasio. O en algún momento de la noche. Resultaba extraño oírlo ahora de otra persona.

—Gracias. —Bajé la vista.

El frío traspasaba la chaqueta y empecé a tiritar otra vez. Weston se arrimó y comenzó a frotarme los brazos.

—¿Te han besado alguna vez? —dijo.

La pregunta me pilló totalmente desprevenida. Debí marcharme en ese instante, pero él mostraba una extraña fascinación por mí. Mostraba un descaro que Axel jamás había tenido.

Y yo sentía mucha curiosidad sobre cómo sería que te besaran.

—No —respondí—. Nunca.

Supongo que ya sabía lo que venía después. Acercó la cara y me rozó los

bordes de los labios antes de dirigirse al centro de la boca. Su lengua estaba impaciente y su sabor no era agradable. Tenía la boca pastosa y un gusto fuerte, supongo que por el alcohol.

Cuando se apartó, parecía sin aliento.

—Eres muy guapa, ¿sabes? Eres… exótica.

Todos los músculos del cuerpo se me contrajeron.

—No —dije con rotundidad—. Soy americana. Eso no es ser exótica.

Levantó las manos.

—No quería ofender. Lo único que digo es que eres preciosa.

Weston se acercó de nuevo, pero me aparté antes de que me rozara. Le devolví la chaqueta y regresé.

Cuando entré en el gimnasio, Axel estaba justo al lado de la puerta, como si supiera dónde encontrarme. ¿Me había visto con Weston? Me puse de un color rojo rodamina de pies a cabeza.

—Nos vamos cuando tú quieras —soltó sin mirarme a los ojos.

—Ah, claro. Pues vámonos ya.

Si el camino de ida hacia el baile fue raro, el de vuelta fue peor. Axel no me dirigió la palabra hasta que llegamos al carril de acceso de casa, donde lo único que dijo fue:

—Nos vemos.

Una vez arriba, me quité el vestido de Cheslin y me desplomé en la cama con los brazos y las piernas en cruz. Me pasé los dedos por los labios y sentí que el estómago se me revolvía cada vez más. Una pena extraña se apoderó de mí, y tardé mucho tiempo en averiguar por qué.

Durante los últimos cinco años, había estado convencida de que Axel sería mi primer beso.

89

Dormir.

Un sueño pesado, vacío, nítido y oscuro. Un sueño cremoso, suave, delicado, delicioso.

Envuelta en la negrura más negra. Menos mal.

Primero llega la risa. Es un sonido brillante y melódico. Feliz como un ramo de flores.

Que resuena.

Resuena

Resuena.

Y en algún lugar de ese eco algo empieza a cambiar. La melodía se deforma. La risa se traba, se ahoga, se convierte en un sollozo. Un sollozo silencioso. Pero cada vez suena más fuerte, se torna ronco y agitado.

—Leigh —grita la voz.

Y la negrura más negra comienza a desvanecerse. Comienza a brillar. El color cambia hasta que se transforma en un rojo intenso. El rojo lustroso, húmedo y palpitante de una arteria abierta.

90

El sol se eleva. Cuarenta y ocho días.

Mi padre no me ha contestado el correo. Me pregunto si se le habrá estropeado el teléfono. Si habrá estado tan absorto, hablando con algún colega o trabajando en algún proyecto, que ha perdido la noción del tiempo.

Cuando me levanto de la cama, todo se oscurece y se nubla; el suelo se tambalea un poco. La luz suave de la mañana proyecta mi sombra en la pared y veo que mi silueta se transforma en una bestia alada. Las alas se extienden y de repente vuelven a plegarse. Mi sombra se arruga y recupera su forma.

Aún huelo la sangre. Aún oigo el lamento.

Solo un sueño solo un sueño solo un sueño.

—Leigh.

Me pican los ojos y me duele la cabeza. Necesito dormir más…

No, dormiré cuando haya encontrado a mi madre.

Abro la puerta y un olor extraño me abofetea, oscuro, terroso, envejecido. Camino despacio hacia el recibidor. Ese olor se intensifica en los rincones e intenta captar mi atención. Me ha atrapado; tengo que hallar su procedencia. El olor me atrae por el pasillo hacia el baño, donde se acentúa. Alguien ha dejado la puerta abierta y oigo el rugido de una catarata antes incluso de entrar.

El agua cae con estrépito y el vapor se eleva por encima de la cortina, que está completamente echada a lo largo de toda la bañera.

—¿Hola?

Nadie me contesta. ¿Qué voy a encontrar ahí?

Un terror mugriento se me asienta en el estómago. Cuento hasta tres y abro la cortina.

Agua… y sangre.

No, no es sangre. Lo que veo no es líquido. No forma un charco ni se

coagula. Allí, en el fondo de la bañera, hay una espesa capa de plumas, oscuras y empapadas, pegajosas y de un rojo brillante. El agua las aporrea con tanta fuerza que me provoca escalofríos. Me pregunto si hay tantas plumas como para revestir al pájaro entero.

—Waipo —grito mirando hacia atrás—. ¡Waipo! —La oigo arrastrar los pies por el pasillo todo lo rápido que puede.

Mi abuela sigue en pijama.

—*Shenme*? —Parpadea como para terminar de despertarse, baja la vista a la bañera y vuelve a mirarme. Arruga la frente con fuerza.

Me recuerdo a mí misma: «No es sangre, solo son plumas». Pero sigo teniendo en la cabeza la imagen de la sangre, como un residuo atascado. La bañera aún tiene un aspecto macabro.

Mi abuela me pone las manos sobre los hombros; advierte mi cara de pánico.

No comprendo el significado de una bañera llena de plumas. No quiero que sea una especie de mensaje de despedida. Un final para la nota que mi madre no llegó a concluir.

¿Dónde puñetas está el pájaro?

—*Lai chi zaocan* —dice mi abuela. «Ven a desayunar».

¿Acaso no ve las plumas? Me sonríe con incertidumbre y señala en dirección a la mesa del comedor.

—*Wo bu e* —contesto. «No tengo hambre».

Me pongo las zapatillas y salgo del piso. ¿Esto es lo que se siente cuanto te vuelves loca? ¿Por qué Waipo no ve las plumas?

¿Estoy perdiendo la cabeza por completo?

El aire es tan húmedo y pegajoso que de inmediato me empapo de sudor. La luz matutina, clara, acuosa… y desmenuzada. En un millón de trozos. Fuera del piso, todo está fragmentado, como si alguien hubiera golpeado el mundo con un mazo. Las grietas están marcadas con un negro profundo. Unas líneas dentadas cruzan el cielo. Las nubes están resquebrajadas. Los árboles, rajados. El callejón de mis abuelos, hecho pedazos, listo para desmoronarse en cualquier momento. Con cada paso, las grietas del suelo se duplican, se triplican, las líneas negras se extienden hacia fuera, el sonido es como cuando el hielo se parte.

Me dirijo despacio hacia el parque. Hasta la gente que me cruzo parece rota. Sus motocicletas, a punto de desarmarse. Sus cuerpos, hechos añicos; las cabezas, como huevos cascados. Las líneas negras les recorren la nariz, la boca, pero ellos no parecen percatarse.

Se produce un ruido por encima de mí. Levanto la vista y percibo algo que cae despacio, como planeando, en mi dirección. Es de un color rojo oscuro e intenso, de un bermellón perileno.

Una pluma.

Aterriza sobre la palma de mi mano. Al atraparla, algo se desbloquea. El cielo se vuelve morado. Comienzan a llover plumas. Todos los tonos de rojo. Rojo escarlata y merlot y rosa ópera y veneciano y rubí y caoba y sangría y grosella y sangre. Plumas de contorno largas y afiladas, plumones esponjosos e incluso filoplumas pequeñas y piliformes.

Corro por la acera para recogerlas del suelo, para atrapar en el aire todas las que puedo antes de que se las lleve el viento.

¿Por qué caen? ¿Dónde está el pájaro?

Me asalta una idea: «He roto algo».

¿Y si no debí desatar todos esos recuerdos? ¿Y si todo aquello tenía que permanecer escondido y oculto hasta que se olvidara?

¿Es eso lo que quería mi madre antes de convertirse en un animal rojo y alado, cuando todavía tejía mundos mágicos sobre las teclas de un piano y se deleitaba con el aspecto de un gofre perfecto, cuando me llamaba por mi nombre de aquella forma tan suya, cálida y de color amarillo bismuto? ¿Quería que persiguiera fantasmas? ¿Que descubriera las respuestas que estuvieran a mi alcance e intentara juntar las piezas rotas de la historia familiar?

Pienso en Emily Dickinson, que le pidió a su hermana que quemara todas sus palabras.

Pienso en la nota de mi madre:

Quiero que recordéis

Quizá mi madre tachó esa frase porque cambió de opinión.

Quizá no estaba previsto que yo hiciera esto, y las grietas son su manera de eliminar todo lo que queda.

Comienza a llover. Todos los colores se arremolinan como un pincel al sumergirse en un vaso de agua.

91

Me siento en un parque despedazado, bajo árboles despedazados, bajo un cielo despedazado. Siento incluso que el banco cruje cuando cambio de postura. El agua de la lluvia serpentea a través de las fisuras del suelo roto. Lo único que no está fragmentado es mi cuerpo. Mis extremidades siguen enteras, ilesas. Soy la única persona aquí fuera que no está a punto de derrumbarse.

En la mano izquierda, un ramillete de las plumas que caían del cielo. Hundo la cara en ellas. Son suaves y lánguidas, igual que el pelo de mi madre. Cálidas, mullidas, con un leve aroma a coco. Carecen de la humedad y el fuerte olor a putrefacción de la bañera llena de rojo. Huelen a mi madre. El mismo olor de cuando vivía.

—Son bonitas esas plumas.

Feng está de pie junto a mi banco. No esperaba verla aquí. Ella tampoco está despedazada, menudo alivio. No estoy sola.

—¿Te importa si me siento? —pregunta.

—Claro que no —respondo.

—En verdad, solo dispongo de unos minutos. Luego tengo que ir a hacer un recado.

—Vale.

Feng respira hondo y suelta un suspiro lento.

—A mí también me gusta venir aquí. Se está muy tranquilo. Ya ni siquiera me molestan los mosquitos.

—Han pasado cuarenta y ocho días —anuncio.

A pesar de que nunca le he confesado que contaba los días, por su expresión sé que es perfectamente consciente de a qué me refiero.

—He venido hasta Taiwán para buscar al pájaro. ¿Y si no lo encuentro? Ya casi no me queda tiempo.

—¿Estás segura de que quiere que la encuentres? —pregunta Feng con

delicadeza.

—Ya no.

—¿Y qué tienes pensado hacer si das con ella?

La pregunta me incomoda.

—¿Cómo voy a saberlo? Yo no tenía intención de que pasara nada de esto. Fue ella quien me envió una caja con pistas. Prácticamente me pidió que viniera.

—Quizá no quisiera más que eso —explica Feng—. Quizá sea suficiente con que estés aquí.

Sacudo la cabeza.

—Tengo que encontrarla.

—Confío en que lo harás. —Se levanta—. Siento mucho tener que interrumpir la conversación.

—No, no pasa nada.

—La encontrarás. Sabes que lo harás. Pero, cuando lo hagas, prométeme que la dejarás marchar.

—¿Qué? —Alzo la vista.

—Permite que se vaya. Déjala tranquila. Ese es el mejor regalo que se le puede ofrecer a un fantasma.

Las palabras blanco de titanio retumban en mi cabeza una y otra vez. «Permite que se vaya. Déjala tranquila».

Feng vacila unos instantes. Esta vez, cuando le sale la voz, suena tan quebrada como todo lo que nos rodea:

—Vi al pájaro, Leigh.

—¿Qué?

—Habló conmigo. Me dijo que me fuera a casa.

—¿A casa? —repito—. ¿Por qué habló contigo? ¿Y qué…? ¿Vas a hacerle caso? ¿Vas a marcharte? ¿Dónde está tu «casa»?

—No lo sé. Me gusta estar aquí. —Me sonríe—. Pero da igual. No te preocupes ahora por eso.

No tengo ni idea de qué responder. Creía que su casa estaba aquí. Que se había… instalado.

—Tengo que hacer el recado que te dije. Adiós, Leigh.

Me quedo mirándola. Tiene la cabeza, las extremidades y el tronco sólidos y brillantes en contraste con el resto del mundo, agrietado y hecho añicos. Sonríe.

—Hasta luego —dice.

Mientras se aleja, me doy cuenta de lo despacio que se mueve, tan pequeña y ligera que el suelo roto no produce un solo ruido a su paso.

Enciendo el teléfono. No hay ningún correo nuevo de mi padre. Paso el dedo para actualizar la pantalla.

Nada.

Actualizo de nuevo.

Suena un nuevo mensaje. Me enderezo; la madera cruje a traición. Cuando se carga el correo, resulta que no es de mi padre.

DE: axeldereckmoreno@gmail.com
PARA: leighinsandalwoodred@ gmail.com
ASUNTO: (Sin asunto)

Estoy por no abrirlo, porque todavía no sé cómo tomarme su último *e-mail*. Pero la curiosidad me puede. Es otro mensaje sin palabras. Solo un dibujo. Una acuarela suya, reconozco el estilo al instante. Pero no tengo ni idea de cuándo me pintó así.

Porque en el dibujo estoy hecha un ovillo sobre su viejo sofá de *tweed*, con su sudadera favorita, con un cuenco gigante de palomitas y la cara luminosa y radiante, muerta de risa. Llevo la mecha del pelo azul, pero me la he puesto azul tantas veces que no significa nada.

Hay algo tan íntimo en la forma en que me ha pintado que resulta increíble. Colores suaves y sensuales. Pinceladas minuciosas que me resaltan las curvas de los muslos y los ángulos de la cara.

El calor se me sube a las mejillas al imaginar que me observa tan de cerca. Como si sus pinceles fueran manos que hubieran recorrido cada parte de mí.

Lo echo de menos. Echo de menos cómo era todo antes. Echo de menos sentarme tan cerca de él como para sentir el calor de su cuerpo, como para oler su champú. Ser capaz de chincharle. Saber lo que piensa con solo fijarme en la curvatura de sus labios o en el brillo de sus ojos. Echo de menos la comodidad y la calidez. Y la historia. Todo lo que, entre nosotros, ha hecho que seamos nosotros.

92

Primavera, segundo curso

En parte esperaba que, cuando cambiara la estación y los días se alargaran, algunas cosas se derritieran con la nieve. Como los cambios de humor de mi madre, cada vez más frecuentes, que parecían determinados tanto por el viento como por sus migrañas. Como el mal rollo entre Axel y yo, que aún duraba desde la Gala de Invierno.

Pero todo fue a peor. Empecé a sentir que ya no podía ni entrar en la casa de los Moreno. Seguía viendo a Axel durante las clases de arte, aunque poco más. Y Leanne comenzó a almorzar en nuestra mesa, lo cual me fastidiaba bastante durante las comidas.

Dejé que el dosier me absorbiera por completo; ningún proyecto artístico me había consumido tanto la vida. Por la noche trabajaba hasta tarde y a menudo me dormía sobre trozos de carboncillo y me despertaba con la piel y la ropa completamente tiznados. Me sumergía en los dibujos hasta que parecía que lo único que respiraba era el polvo que levantaban mis cuidadosos dedos, hasta que toda mi visión se convertía en manchas negras y grises.

Me descubrí trazando cosas que nunca pensé que plasmaría en un papel. Las delicadas líneas de la depresión de mi madre. El resentimiento sombrío hacia mi padre. El espacio negativo de nuestras diferencias y nuestras separaciones. Las ganas intensas de estar con Axel.

Hice varios dibujos de todo, afinando los trazos, cambiando la luz y las sombras, modificando el enfoque. Lo único que necesitaba para la solicitud eran tres obras potentes, una muestra de una posible serie. Tres obras. Parecía un nuevo mantra. *Solo tres obras buenas*.

Salí de mi mar de carbón y papel justo cuando el aire primaveral comenzaba a hervir. Cambié la bata por una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos, y me descubrí a mí misma en el sótano de Caro por primera vez en siglos.

—¿Has hablado con Axel hace poco? —pregunté.

—Más o menos —contestó ella. Estaba en un taburete y trasteaba con los ajustes de una cámara vieja—. Habéis estado muy raros entre vosotros.

—Ya…

—A lo mejor deberías hablar con él —sugirió.

—No estoy segura de que quiera hablar. No es que le encanten los conflictos. —Estaba realizando un estudio rápido a lápiz del torso de Caro sobre el taburete, pero se movió y la luz cambió. Pasé la página.

—Aun así, deberías intentarlo.

Me encogí de hombros, pese a que Caro solía tener razón en estas cosas.

—¿Qué tal os va a Cheslin y a ti? —pregunté.

Entonces me di cuenta de que parecía que estuviera comparando la relación entre Axel y yo con la suya. La diferencia era que nosotros solo habíamos sido amigos con una serie de sentimientos patéticos no correspondidos por una de las partes. Me mordí las mejillas por dentro con la esperanza de que Caro no pensara nada de eso.

—Estamos genial —contestó, y sonrió un poco—. Hemos decidido que estamos listas para…, ya sabes, llegar hasta el final.

—¡Hala! —exclamé.

—Me preocupaba que evolucionáramos de manera diferente. A veces sucede, ¿sabes?

No sabía si ese comentario también iba por Axel y por mí, pero me horrorizó la idea. No me gustaba pensar que quizás un día no nos necesitáramos el uno al otro.

Yo lo necesitaba. Lo necesitaba mucho más de lo que él creía.

—Pero las cosas van bien —prosiguió Caro—. Da hasta miedo que vayan tan bien.

—¿Miedo por qué?

Caro se encogió de hombros.

—A ver. Toda nuestra relación es el resultado de haber sido lo bastante valientes como para elegir lo que ambas queríamos. Pero tenemos que seguir siendo valientes.

Me sentí feliz por ella y, al mismo tiempo, triste por mí. «Valiente» era una palabra que nunca había relacionado con las relaciones. Pero era justo lo

que yo no era. No era tan valiente como para decirle a Axel cómo me sentía.

—Oye, ¿qué pasó con el dosier que Nagori te estaba ayudando a hacer? —preguntó ella.

—Ya lo he presentado —contesté.

—Ay, qué guay. No sabía que lo hubieras acabado.

—Casi llegué a pensar que no lo lograría —confesé.

Y era verdad. La fecha de entrega había sido pocos días atrás, y yo había perdido demasiado tiempo durante los meses previos. Al final cogí impulso, aunque tenía que parar cuando mi padre estaba en casa. Escondía mi trabajo debajo de la cama para evitar discusiones. Él se sentaba en la cocina para hablar conmigo mientras yo preparaba galletas o limpiaba la nevera. Cuando no dibujaba, trataba de tener las manos ocupadas para contener la ansiedad, y el corazón me repicaba contra las costillas: «Solo tres obras».

Por esa época, también hice limpieza. Debajo de las montañas de ropa, cuadernos y lápices, desenterré de nuevo las cosas que habíamos encontrado en el sótano. La pulsera. El libro de Emily Dickinson. Las cartas. La fotografía.

A decir verdad, esos objetos fueron los que impulsaron el resto del dosier.

—Oye, te quedas a cenar, ¿verdad? Han venido mis abuelos.

—Claro —acepté—. Estupendo.

Como siempre, Charles y Gaelle se pusieron en plan romántico.

—Me gusta mucho Cheslin —le dijo Charles a Caro. Pronunciaba el nombre de Cheslin como si empezara por sh en lugar de por ch—. Es lista. Y guapa.

Caro puso cara de desesperación.

—Gracias, abu.

Charles sonrió.

—Quizás un día la elijas como compañera de vida.

—Dios —refunfuñó Mel—. Charlitas sobre matrimonio, no.

Gaelle me sirvió budín de pan.

—¿Y tú cómo estás, cielo? ¿Cómo están tus maravillosos y románticos padres? —Guiñó un ojo.

Se me encogió el estómago y sonreí como pude.

—Ah, bien.

—¿Y ese amiguito tuyo? —preguntó Mel.

Por un segundo pensé que se refería a Weston y al beso, y me sentí confusa, preocupada y asustada al pensar que alguien se hubiera enterado.

—¿Axel? —añadió Mel.

—Mamá —interrumpió Caro, avergonzada.

Aquello confirmó que Caro sabía muy bien lo que sentía por Axel y, peor aún, que ella, su madre y posiblemente sus abuelos habían hablado de nosotros. Sobre él y sobre mí. Habrían hablado sobre Leigh y Axel, puede que también sobre lo triste que era que Axel no correspondiera a Leigh. A lo

mejor era incluso un tema recurrente durante las comidas, con los lamentos compasivos de Gaelle y los consejos de Charles para alguien ausente.

Me dieron náuseas.

En cuanto terminó la cena, me excusé y me dirigí hacia la puerta.

—Lo siento —se disculpó Caro mientras me seguía hacia el recibidor—. Lo siento, lo siento, lo siento.

—No pasa nada —respondí, aunque apenas podía mirarla.

—En realidad no les he contado nada, pero hace un par de meses mi madre me preguntó que había entre tú y…

—No pasa nada. —«Tú y Axel» Eso es lo que estaba a punto de decir. La frase me provocó ganas de vomitar—. No estoy enfadada —aseguré, lo cual no era del todo cierto.

—Oye —dijo—. Ya que estamos hablado de este tema… —Gruñí y puse los ojos en blanco—. No, en serio. Tengo que contarte una cosa. Axel y Leanne han vuelto. —Parpadeé, estupefacta—. Y ella le pidió que la acompañara a la Gala de Invierno, y se armó una buena bronca cuando él fue contigo. Así que no es… algo inesperado. Pensé que deberías saberlo.

Sus palabras fueron como una patada. La expresión de Caro era terrible, y comprendí que me lo había ocultado. Parecía estar pasándolo fatal.

Aunque no tan mal como yo.

—Vaya —dije—. De acuerdo.

—¿Leigh?

—Es…, es genial. ¿Y cuándo fue eso?

—Pues hace tiempo —reconoció—. En el colegio…, han querido que pase desapercibido. Pero Axel me lo contó.

Solté una risotada.

—¿Por qué lo han ocultado? ¿Por qué se han molestado en esconderlo?

—¿Estás bien? —dijo Caro.

—Estoy estupendamente.

—¿En serio? ¿De verdad? ¿Estás siendo sincera?

¿Por qué todo el mundo era tan preguntón en mi vida?

—De verdad —insistí para que me dejara en paz.

—De acuerdo. Entonces, prométeme una cosa.

Suspiré.

—Qué.

—¿Podemos quedar mañana en Fudge Shack? Anda…

Sacudí la cabeza al ver que era una chorrada, pero parecía que el hecho de ir juntas a comer dulces era una forma de reestablecer las cosas para ella.

—Vale. De acuerdo.

—A las tres —dictaminó—. ¿Vale? Nos vemos allí. Tomaremos dulce de arce y nuez, tu favorito. Y seguro que tienen la degustación de helado de los sábados.

No le dije que, en realidad, el dulce de arce y nuez era el favorito de Axel, no el mío.

—Nos vemos allí.

Debí darme cuenta de lo que iba a suceder.

Fui a pie hasta Fudge Shack porque no quise pedirle a nadie que me llevara en coche. Solo estaba a veinte minutos de casa, y se me pasaron bastante rápido. Llevaba los auriculares conectados al móvil, y esos veinte minutos eran justo lo que tardé en escuchar dos veces los cuatro temas de *El manzanar de Lockhart*, el álbum de Axel.

Al llegar, el local estaba lleno. Recordé por qué odiaba ir allí durante el fin de semana. Aunque la degustación de helado de los sábados no era gran cosa, mucha gente iba ese día. Era el único sitio donde ofrecían muestras en conos pequeñitos. Además, había bastante sitio donde sentarse, al menos los días normales. Pero, en esa ocasión, todas las mesas estaban ocupadas.

Me di una vuelta para comprobar si Caro estaba ya sentada y acabé encontrándome con Axel. Estaba apoyado en una de las mesas de la ventana con una silla vacía enfrente. Tenía una cara rara y miraba fijamente su trozo de dulce de arce y nuez. Estaba casi segura de que me había visto.

—Hola —saludé al acercarme.

—Hola.

—¿Qué haces aquí? —pregunté. Si había una persona que odiaba más que yo ir a Fudge Shack durante el fin de semana, ese era Axel. Miré alrededor en busca de Leanne.

—Ah, esperando a Caro.

—Oh. —Al principio me pareció oír «Leanne», porque era lo más lógico para mí. En ese instante, mi cerebro rebobinó y lo procesó todo—. Oh.

—A ver si lo adivino —dijo, y entonces cayó en la cuenta.

Miré la hora.

—Síp. Son las tres y seis.

Caro nunca llegaba tarde. Nos había tendido una trampa.

Me dieron ganas de matarla. Me dieron ganas de abrazarla. Lo más probable era que hiciese las dos cosas.

Suspiré.

—Uf, ¿no quieres que salgamos de aquí? Hay mucho ruido.

—Claro. —Axel retiró la silla.

Cinco años siendo amigos inseparables, pensé. ¿Cómo se habían estropeado tanto las cosas?

O a lo mejor no se habían estropeado. Supliqué que hablara conmigo por fin.

Nos abrimos paso entre la multitud a empujones. Algunos chicos del colegio saludaban a Axel —«¿Qué pasa, Moreno?» y «Hola, tío»— y él les respondía con la mano, hasta que conseguimos atravesar la pesada puerta y

llegar a la acera. Inhalé el aire primaveral.

El sol estaba oculto detrás de algunas nubes y se levantaba una brisa fresca. Por detrás de nosotros, los altos setos se sacudían y emitían sonidos de lluvia. Crucé los brazos para protegerme del frío e intenté buscar algo donde fijar la vista —el aparcamiento, la hierba, mis zapatos—, cualquier cosa que no fuera la cara de Axel. Las palabras de Caro retumbaron a mi alrededor: «Axel y Leanne han vuelto».

—¿Quieres un poco? —Me tendió su trozo de dulce, un rectángulo claro sobre un papel encerado blanco.

Negué con la cabeza.

—No, gracias. Solo quiero que hablemos.

—Vale. —Envolvió el dulce y, cuando terminó de darle vueltas al papel de forma nerviosa, me miró expectante.

Abrí la boca y la volví a cerrar. Respiré hondo.

—Es que… —comencé.

Pero en ese mismo instante, Axel dijo:

—Oye…

—Tú primero —dije a toda prisa. Me pregunté si sacaría él el tema de Leanne.

Le dio una patada a una piedra.

—Tengo la sensación de que todo ha sido muy raro. Como si no fuéramos los mismos.

—Ya… —afirmé.

La brisa se levantó de nuevo e intenté ignorar cómo revolvía su pelo oscuro.

—¿Podríamos… empezar de cero? —preguntó.

Asentí.

—Pues claro.

—No sé si podremos recuperar la normalidad por completo. O, al menos, la normalidad de antes. Yo qué sé.

Asentí con menos entusiasmo mientras fingía que entendía algo de esa última frase. ¿Era por Leanne? ¿Era ella la razón de que no pudiéramos recuperar la normalidad?

—Pero te he echado mucho de menos. Tú… eres mi mejor amiga.

Las palabras escocieron un poco. Traté de asimilarlas.

—Yo también te he echado de menos —susurré.

—Bueno —dijo—, empezaba a preocuparme. —Puse cara de fastidio, pero no pude reprimir una leve sonrisa—. Y he echado muchísimo de menos las empanadillas de cebolleta de tu madre.

—Ya lo sabía —respondí—. Me has utilizado durante todo este tiempo para conseguir empanadillas.

—Y gofres —añadió—. Yo antes era una buena persona, pero los gofres

fueron mi perdición.

Mi sonrisa desapareció un poco. Pocas horas atrás había preparado gofres yo sola, pese a que no era el día apropiado. Cuando subí a la habitación para despertar a mi madre, lo único que hizo fue arroparse más. Acabé sentada junto a la encimera de la cocina, comiendo gofres fríos con bayas pasadas y echando de menos a Axel mientras *Meimei* se escabullía entre mis piernas, adelante y atrás, una y otra vez.

—Bueno. —Axel carraspeó—. Lo siento, pero tengo que irme. Le dije a Caro que no podía quedarme mucho tiempo…

—Ah. —Procuré no parecer decepcionada. No podía dejar de preguntarme si sería porque había quedado con Leanne.

—Lo siento, es que le prometí a Angie que ensayaríamos para la sorpresa que estamos preparando para el Día del Padre, una chorrada. —Solté un lento suspiro de alivio—. Bueno. Da igual. ¿Sabes de qué me he acordado esta mañana? —continuó. Sacudí la cabeza—. Mañana es el Día del Dos y Medio.

—Ostras. —Empecé a notar calor en el estómago. Era mañana, ¿no?

Era el día en el que se cumplían exactamente dos meses y medio desde el cumpleaños de Axel y en el que faltaban dos meses y medio para el mío. Una ocasión anual en que hacíamos algo juntos, preparábamos alguna receta extraña de palomitas dulces y saladas, y nos dibujábamos los pies el uno al otro. Una celebración de los dos y una celebración de fin de curso, porque además siempre caía más o menos en la primera semana de vacaciones de verano.

—No me puedo creer que se me haya olvidado —confesé, algo aturdida.

—Entonces ¿qué? ¿Te pasas por casa mañana? Nos bajamos al sótano y preparamos palomitas.

—Vale —respondí con una sonrisa auténtica—. Claro que sí.

93

Cuando regreso a casa de mis abuelos, las grietas se han abierto paso por el edificio. Por las escaleras, hasta el descansillo y a través de la puerta. Me quito los zapatos y observo el modo en que el suelo se quiebra bajo las pisadas de Waipo. La gente me habla, pero el sonido es como el del agua al caer con ímpetu. O como el ruido estático de una radio. Fuerte. Sordo.

Me quedo mirando las grietas. Negras, expansivas, cortantes.

—Leigh —oigo por fin.

Es mi padre. Está delante de mí y me agarra de los hombros. Aunque no respondió a mi correo, ha venido. Su cuerpo también está hecho añicos, los trozos que forman su cara apenas se sostienen.

—Papá —me oigo decir.

Mira hacia el manojo de plumas rojas que llevo en la mano y esboza un gesto serio con la boca.

—¿Estás bien?

Se produce un sonido incongruente. Un pequeño chasquido.

Y me doy cuenta: debería entrar luz por las ventanas, pero el salón está oscuro como si fuera medianoche.

Solo entra una pizca de claridad desde una esquina. Lo suficiente como para mostrar que los cristales están brillantes y deformados. Parpadeo rápido para enfocar la vista, pero tardo un rato en procesar lo que veo.

Las ventanas. Se derriten.

Mientras chorrean por las paredes, el cristal líquido se convierte en tinta negra que forma un charco en el suelo y se extiende hacia mí a toda velocidad. Retrocedo un paso con rapidez y, al hacerlo, golpeo la pared con el hombro y se produce un ruido desgarrador. La pared se rompe en un millón de fragmentos más. De esas fisuras brotan nuevos chorros de tinta hacia el charco del suelo.

Una pluma pequeña se me desprende del ramillete y da una lenta voltereta en el aire antes de alcanzar la profunda oscuridad. La pluma crepita y se desmenuza, se convierte en ceniza y desaparece. El instinto me dice que no toquemos el líquido negro.

La muerte de mi madre empapó la moqueta, la madera. Cuando acabó con el dormitorio, tomó el resto de la casa y se apoderó de mí. Me empapó el pelo, la piel y los huesos, se me filtró por el cráneo hasta el cerebro. Ahora lo está impregnando todo, está derramando esa negrura al resto del mundo.

—¿Leigh? —me llama mi padre.

—Vamos —contesto. Miro a mis abuelos, que están sentados a la mesa del comedor—. Waipo, Waigong. Diles que vengan ellos también.

—¿Que vayamos adónde? —pregunta mi padre.

Cuando entro en la cocina, la misma oscuridad brota de los azulejos, gotea por los armarios, se derrama desde los cajones. La tinta parece sentir mi presencia; serpentea hacia mí.

—¡Corred! —grito.

Nadie se mueve.

—¡Vamos! —les apremio mientras agarro a mi abuelo del brazo y a mi abuela por la cintura.

Mis abuelos se mueven tan despacio que por poco me da un infarto. Pasamos por el recibidor hasta mi habitación. La tinta nos persigue. No sé cuánto tiempo tenemos, pero el negro se acerca sigilosamente cuando cierro de un portazo.

—Leigh, ¿qué demonios haces?

Lo único que puedo hacer. La mejor idea para detener las grietas: enciendo la cerilla y prendo la última vara de incienso. Rozo el puñado de plumas con esa punta de luciérnaga y observo cómo se queman.

94
—Humo y recuerdos—

El humo negro explota. A nuestro alrededor, todo se inclina y comienza a dar vueltas. Estamos atrapados en una tormenta, en un ciclón de calor y ceniza. Es mucho peor que cuando encendí el incienso con Waipo. Todo ha desaparecido. No hay habitación, no hay puerta. Solo nosotros cuatro y la oscuridad: las volutas de humo negro nos envuelven, nos queman los ojos y nos llenan los pulmones.

Volamos por la negrura. Surcamos la luz. El aire se convierte en hielo, luego en fuego.

Todo comienza con susurros: los mismos que me llevaron hasta el incienso la primera vez. Unas vocecillas susurrantes cuya intensidad aumenta poco a poco como si alguien subiera el volumen de una radio. Las reconozco: la voz de mi madre, resplandeciente y tintineante, que habla con un alumno de piano; la tenue risa de Waipo; las palabras de otras personas que he conocido a través de los recuerdos; los tonos graves de Waigong; la cadencia circular y entusiasta de Jingling.

Las voces nos rodean como capas suavísimas.

Y llegamos al otro lado de la tormenta. Nos lanza hacia arriba y me separo de los demás.

—¿Papá? —grito, pero mi voz se pierde en el vacío.

Aterrizo en una silla y una mesa cubierta con un mantel blanco y mucha comida. Unas versiones más jóvenes de Waipo y de Waigong están sentadas con Jingling. Es un restaurante lujoso repleto de gente. Nadie come. El recuerdo tiene un intenso olor a flores.

—¿Desde cuándo lo sabes? —dice Waipo con tono severo.

—Desde hace pocas semanas —musita Jingling.

—¿Por qué no nos lo contaste enseguida? —pregunta Waigong. Agarra la taza de té con tanta fuerza que veo cómo se le marca el tendón en el dorso de la mano.

Jingling sacude la cabeza.

—Creí que no había de qué preocuparse.

—¿Y ahora sí estás preocupada? —pregunta Waipo.

—Creo que no es bueno para ella —explica Jingling despacio—. Habíamos quedado en hablar por teléfono, pero no respondía a las llamadas. Estuvo cuatro días seguidos sin contestar. —El dolor es evidente en sus palabras y en la tensión de su voz—. No es propio de ella. Antes hablábamos a diario. Y cuando por fin contacté con ella…, le quitó hierro al asunto. Creo que ese hombre es una mala influencia.

—¿Te ha contado que pasa todo el tiempo con ese novio secreto americano? —añade Waipo con impaciencia.

—Sí.

—Esa relación tiene que acabar —protesta Waigong. Suelta por fin la taza de porcelana—. Dile que debe romper con él.

—Es muy cabezota. No me va a hacer caso si… —Jingling hace una mueca de dolor. Cierra los ojos y se lleva la mano a la cara.

—¿Qué pasa? —Waipo arrima más la silla.

—Nada. Me duele un poco este ojo —explica Jingling. Aparta la mano y parpadea varias veces como para enfocar la vista—. Estoy bien.

—Te hará más caso a ti que a nosotros —susurra Waigong—. ¿Cómo es posible que tengamos una hija tan desobediente? ¿Por qué no puede parecerse a ti? —Agarra los palillos, empuja un trozo de brote de bambú y vuelve a soltarlos—. Tienes que decírselo.

Jingling suspira.

—Está enamorada.

—No —espeta Waigong con un gesto furioso—. Ella no sabe qué es el amor. Amará a un buen chino de buena familia que le proporcione una buena vida. La próxima vez que la llames, le dices que acabe con esto.

Los colores parpadean y cambian; el aire se impregna con el tenue olor químico de las toallitas de secadora.

Una habitación que no reconozco. Mi padre está en una silla de madera; su postura revela rigidez y tensión. Delante de él, unas pequeñas tazas de barro

desprenden espirales de vapor por el aire.

Al otro lado de la mesa, Waipo y Waigong están cómodamente sentados en su sofá marrón con los ojos abatidos. Son más viejos que en el último recuerdo y parecen muy cansados, como si siempre lo estuvieran. Exhaustos.

A mi madre no se la ve por ninguna parte.

¿Mi padre visitando por su cuenta a mis abuelos? La idea me deja anonadada. Un entumecimiento frío se me cala bajo la piel.

Demasiados secretos. Demasiadas omisiones.

—He seguido escribiéndole —dice mi abuelo.

—Lo sé —responde mi padre.

—¿Ha leído las cartas? —pregunta Waipo. Levanta el rostro con un gesto esperanzado.

—No lo sé —contesta mi padre, aunque está claro que sí lo sabe.

La sonrisa de mi abuela está llena de dolor.

—Y Leigh. ¿Cómo es?

—Se parece mucho a su madre. Fuerte. Testaruda. —Sonríe un poco—. Tiene mucho talento.

—¿Con el piano? —dice Waigong.

Mi padre niega con la cabeza.

—Dibuja. He traído algunas de sus obras…

Abre su maletín, saca una carpeta y la extiende por encima del té.

Waipo, con dedos temblorosos, saca con cuidado las páginas sueltas. Las examina una a una durante un buen rato. Se detiene delante de un dibujo a carboncillo.

—¿Quién es?

—Leigh. Es un autorretrato.

Mi abuela pasa el dedo por encima del papel, como trazando las líneas oscuras en el aire.

En el retrato, llevo los viejos cascos de Axel y estoy acurrucada en la esquina de un sofá con el cuaderno de dibujo en el regazo. Recuerdo haber elaborado el dibujo a partir de una foto que él hizo con una cámara mala. No hacía mucho que nos conocíamos, pero ya éramos inseparables.

—Podéis quedároslo —añade mi padre—. No se va a dar cuenta, dibuja muchísimo. No para. Os mandaré más.

—¿Cuánto tiempo te quedas en la ciudad? —pregunta mi abuela.

Mi padre coloca las manos alrededor de una taza de té. Da un sorbo.

—Nueve días.

—¿Viajas mucho? —pregunta mi abuela.

—Ahora no demasiado. Este es mi segundo viaje al extranjero desde la última vez que os vi. —Mi padre suelta la taza—. Espero viajar más en el futuro.

—¿Es feliz? —pregunta Waigong.

—¿Leigh? Sí. Está… enamorada de la pintura.

—¿Y su madre? ¿También es feliz? —Mi abuelo no pestañea.

—Creo que sí —responde mi padre. Toma aire y suspira—. Espero que sí.

—Eso es lo importante —declara Waipo.

Waigong cierra los ojos.

—¿Te contó lo que le dijimos cuando decidió casarse contigo?

Mi padre parece avergonzado.

—Sí, me lo contó.

—No debimos decirlo. —Su voz es ronca, tiene los ojos algo rojos—. Fue culpa nuestra. Creímos que así evitaríamos que se marchara.

Los colores se atenúan. La luz destella.

Mi madre y mi padre están sentados a la mesa de la cocina con una versión más joven de mí, y todos sostenemos sendos manojos de cartas. Tengo una mecha morada en el pelo. ¿Estaba en séptimo por aquel entonces?

—Te toca, Leigh.

Mi yo del recuerdo suelta una carta, mi madre profiere un grito ahogado y esboza una gran sonrisa.

—Dory, ¡te estás delatando! —exclama mi padre.

Mi madre se encoge de hombros.

—¿Y qué?

—Se supone que tienes que marcarte un farol.

Mi madre lo mira de soslayo.

—¿Un farol?

—Ya sabes —dice mi yo del recuerdo—. Intentar engañarnos.

—Ah, bueno, es que estoy cansada. Vamos a comer pasteles. ¿Queréis pasteles? —Mi madre se levanta.

—Eeh… —comienza mi padre.

—Vale —contesta la Leigh del recuerdo, y todos sueltan las cartas.

Mi madre trae la bandeja de delicias de chocolate recién horneadas.

Mi padre se mete una en la boca sin que a ella le dé tiempo a servirlas.

—Pero esto en realidad son *brownies*, ¿sabes?

—¿Qué diferencia hay? —pregunta mi madre—. Los *brownies* son bizcochos de chocolate.

—Hay una gran diferencia… —Y, acto seguido, mi padre lanza una larga perorata sobre densidad, proporción de chocolate y diferentes ingredientes opcionales.

Mi padre siempre ha sido goloso, y no puedo evitar sonreír mientras su recuerdo se despliega a mi alrededor. Esto fue antes de que comenzara a viajar siempre, antes de que el trabajo lo alejara de nosotras.

—¡De acuerdo! —exclama mi yo del recuerdo—. ¿Jugamos? La partida está a punto de acabar.

—Sí, vale —acepta mi madre. Recoge sus cartas.

—Te toca, mamá.

Mi padre se termina su cuarto *brownie*, se sacude las migas de los dedos y agarra sus cartas.

—¿A mí? —Mi madre parece encantada—. ¡Ahí va! ¡Mirad! —Lanza su última mano—. ¡Gané!

—¿Cómo? —Mi yo del recuerdo levanta las manos—. ¡Yo estaba a punto!

Mi padre frunce el ceño al ver sus cartas y mira hacia la mesa.

—Oye, espera. ¡Esas eran mis cartas! ¡Me las has robado!

—De eso, nada —replica Dory—. Me dijiste que tenía que lanzar un farol. Pues eso he hecho: engañaros. Así que gano.

—¡Tramposa! —grita mi padre. Se abalanza para hacerle cosquillas como castigo.

A mi madre, que se aparta hacia un lado, le entra la risa tonta.

—Tramposa, tramposa, tramposa —canturrea mi padre con la cara roja.

Mi yo del recuerdo pone cara de fastidio.

—Chicos, sois ridículos.

Oscuridad. Nueva luz.

Mis padres están de pie en la cocina. Son incluso más jóvenes que en el último recuerdo. Yo no estoy. Mi madre sacude la cabeza cuando descubre que mi padre sostiene algo en las manos.

Unos billetes de avión. Tres. Destino: Taipéi.

—¿Por qué lo haces? —Nunca había oído la voz de mi madre tan grave y áspera.

—¿No crees que ya ha pasado el tiempo suficiente? —dice mi padre con mucha delicadeza—. Se merecen verte. Te mereces verlos. Leigh merece conocerlos.

—No. Ellos no merecen conocerla. Tú no los conoces; yo sí. Son mis padres. Lo único que sienten por mí es decepción. Por mi vida. Decepción.

—Han pasado muchos años —argumenta mi padre—. El tiempo suficiente para que todo el mundo reflexione sobre lo sucedido. Para lamentar lo que se ha dicho.

—Sí —responde mi madre con voz temblorosa y aún más dura—. Tengo mucho tiempo para pensar. Lo único que hago es recordar lo que dijeron. Dijeron: «Debes casarte con un chino. Si te casas con ese blanco, esta dejará de ser tu casa. Dejarás de ser hija nuestra».

¿Cómo puede alguien decirle eso a una hija?

Mi padre le pasa el brazo por encima; ella sostiene los puños entre su pecho y el de él.

—No querían decirlo.

—Sí querían —contesta mi madre llorando—. Sí querían. Sé que querían.

—Dory…

—Me echan la culpa. Creen que, si yo no hubiera venido a América, si no

te hubiera conocido, Jingling seguiría viva. ¿Por qué siempre es todo culpa mía? Yo también podría culparlos. Comieron con ella el día que murió. Deberían haberse dado cuenta de que estaba enferma. ¿Por qué es todo responsabilidad mía y no suya? Jamás conocerán a Leigh. Jamás le harán el daño que me han hecho a mí.

Después de eso, mi padre no añade nada. La abraza y ella hunde la cara en su cuello mientras sacude los hombros.

El recuerdo parpadea y se extingue como una bombilla al apagarse, y el suelo se cae bajo mis pies.

95

Aterrizo en la luna.

No en una luna entera, sino en un trozo. Una luna hecha añicos; es lo único que queda. El suelo está blanquecino, pálido, y, cuando avanzo unos pocos pasos, me detengo en seco porque termina en un pequeño precipicio. Estoy divisando el mundo entero desde arriba. Ante mí se extiende un índigo negruzco que brilla con estrellas, con motitas que parpadean aquí y allá.

Tengo la idea de que, si esta parte de luna se inclinara un poco, me precipitaría por el vacío y me dispersaría entre las constelaciones.

El sonido de un aleteo despierta mi atención.

Ahí está el pájaro, planeando, resplandeciente como una llama. Igual que hizo la noche de Jiufen, traza círculos y danza. Da vueltas por el cielo, sigue el rastro de las estrellas, une los puntos entre ellas. Cae y pasa rozando mi trozo de luna, tan cerca que estoy segura de que me ha visto. Sabe que estoy aquí, sabe que estoy observando.

En ese momento, pienso en un poema que encontré en el libro de Emily Dickinson, y es como si alguien lo leyera para mí:

Mi capullo me ciñe, mis colores me importunan,
ansiosa, busco el aire;
una vaga capacidad de alas
envilece la vestimenta que llevo.

Un poder de mariposa será
la aptitud del vuelo,
praderas majestuosas concede
y suaves barridas en el cielo.

De este modo debo deslumbrar el símbolo
y cifrar el signo,
equivocarme frecuentemente y por fin
descubrir la clave divina.

Trato de sentir lo que ella siente, mi madre, el pájaro, al surcar ese cielo con los ojos cerrados, tan segura de cada giro, de cada ángulo, que no necesita ver. Respiro hondo e intento captar su aroma.

Aquí está mi madre, con alas en lugar de brazos, con plumas en lugar de pelo. Aquí está mi madre, del rojo más brillante, del color de mi amor y mi miedo; todos mis sentimientos más intensos la persiguen por el cielo como la cola de un cometa.

Oigo esa voz musical y alegre, tan lejana y sosegada.

—Leigh —me llama.

Mi nombre retumba por el cielo. *Leigh, Leigh, Leigh.*

—Adiós —dice mi madre.

Adiós, adiós, adiós.

El pájaro se eleva cada vez más. Da la vuelta y traza un arco. Observo mientras se convierte en llamas.

Se me encoge el corazón. Me quedo sin respiración.

Arde como una estrella.

Llega el viento, al principio solo una brisa que se convierte en una racha insistente. Luego regresa la tormenta, tan salvaje y furiosa como antes. Intento agarrarme a algo, pero no hay nada. El suelo es demasiado plano. El viento me arrastra y me lanza por el precipicio.

Grito con todas mis fuerzas, pero no hay nadie que pueda oírme.

Estoy cayendo. Caeré eternamente. Esto no tiene fin.

Giro la cabeza para ver esa estrella. Ese pájaro. Mi madre.

Su luz se apaga y solo quedan cenizas y noche.

Una negrura fría me engulle y no queda nada más que ver. Nada en absoluto. Ni galaxias ni constelaciones, solo el abismo y yo.

96

Día del dos y medio

Día del Dos y Medio. ¿Cómo acabamos en aquel sofá? Quizá fuera inevitable. Tal vez eramos dos imanes que el universo se encargó de unir durante todo ese tiempo.

Aquel día, la casa de Axel estaba vacía. Solo estábamos él y yo; llenábamos el ambiente de risas, dejábamos que el alivio se desparramara por todas partes. El alivio de ser de nuevo amigos. El alivio de estar juntos y solos por primera vez en siglos.

¿Por qué no estábamos en mi casa?

Preparamos palomitas y las regamos con chocolate; dibujamos sobre ellas una estrella, y otra, y otra más, hasta que el sirope marrón las cubrió por completo. Cuando Axel probó la primera, chorreaba tanto que tuvo que limpiarse el chocolate de los labios. Observé cómo se lo retiraba de las comisuras con el dedo, como lo alcanzaba rápidamente con la lengua.

Me ofreció el cuenco y nuestros dedos se tocaron. Una electricidad naranja pirazolona chisporroteó entre nosotros; él también tuvo que sentirla.

¿Dónde estaba mi madre?

En el sótano de Axel, nos sentamos hombro con hombro, y sentí el ligero movimiento de su cuerpo cada vez que él respiraba. Dibujamos los pies del otro, algo terriblemente familiar. La cicatriz del tobillo donde le pusieron puntos de pequeño. La forma en que le gustaba flexionar los dedos y dar golpecitos al ritmo de la música.

Abrí por una página en blanco y cambié de perspectiva para dibujar también las piernas. No estaba segura de haber retratado alguna vez esas

rodillas extrañamente perfectas.

Estábamos a pocos centímetros el uno del otro, tan cerca y a la vez tan lejos.

Mi madre, subiendo las escaleras.

Yo jugueteaba con el carboncillo, y al final se me cayó. Así empezó todo. Se coló por el hueco de los cojines, en medio de los dos. Ambos tratamos de recuperarlo a la vez, y nuestras manos y nuestras cabezas se entrechocaron.

—¡Ay! —dijo.

—¿Te has hecho daño? —De manera automática, estiré la mano para tocarle la sien, que imaginaba dolorida.

Pero con la torpeza de mis dedos le torcí las gafas y le manché la frente de carbón.

—¡Oye! —exclamó, pero se estaba riendo.

—¡Oye tú! —repliqué con una sonrisa.

Se limpió las manchas y trató de tocarme la cara con los dedos sucios en busca de venganza. Nos reímos juntos, un sonido tan musical y cálido que el pecho se me henchía de felicidad.

Mi madre intentando escribir una nota.

Le agarré de las manos para que no me tiznara toda la cara y acabamos echando una especie de pulso. Él era más fuerte, así que me volqué hacia su lado para ganar ventaja con el peso…

Y me choqué contra su cara. Mi nariz contra la suya. Mis labios rozando los suyos.

Me retiré como un muelle.

Podría identificar el punto exacto donde mi boca tocó la suya. Era una zona que ardía.

Sus ojos grandes eran unos soles gemelos que me abrasaban. Nos quedamos mirándonos, con las manos todavía en los brazos del otro y las rodillas juntas, con la respiración entrecortada pero sincronizada.

Axel fue el primero en soltar. Sentí cierta frialdad en los brazos, en las zonas donde me había agarrado. Unas olas azul ultramarino me recorrieron el cuerpo.

Entonces se quitó las gafas.

Se acercó más.

Sentí su suave aliento en los labios.

Me obligué a fijar la mirada y observé cómo su imagen se agrandaba hasta que dejé de distinguir los límites de su rostro.

Nos besamos y yo, resplandeciente, adopté todos los colores del mundo.

97

Mi caída por la oscuridad se ralentiza hasta que me quedo flotando a la deriva. Hace un frío que pela. Todo es de una negrura absoluta. Mis ojos no distinguen nada. Ni siquiera me veo las manos, pero hay momentos en los que oigo y siento cosas. Voces en algún lugar por encima de mí. Algo frío en la frente. Una gota de agua que me cae por la sien.

Una ráfaga de luz y, de pronto, veo mi habitación en el piso de mis abuelos. Todo está demasiado nítido y sobresaturado.

Mi padre me ayuda a sentarme. Por detrás de él, oigo a Waipo, que murmura en taiwanés.

Dos pastillas sobre mi legua seca. Bebo agua de un vaso.

Me pesa tanto tanto el cuerpo… Lo único que necesito es cerrar los ojos. Solo un segundo.

Caigo de nuevo, rápido y con violencia, doy vueltas por la oscuridad. Se levanta de nuevo el viento, que me golpea la piel en mi descenso. En un momento determinado, la oscuridad comienza a aclararse. El negro se convierte en un índigo oscuro; luego, en un morado dioxacina que se torna en un azul cobalto, en un cerúleo, y adquiere un brillo de acuarela. Un atisbo de rosa palidísimo surge como una pincelada de amanecer. Brotan unas volutas blancas que se abren y se expanden como una inhalación.

Estoy flotando por el cielo.

—Hola, Leigh. —Es mi padre. Me giro para detectar el origen de su voz, pero no lo veo por ninguna parte—. ¿Cómo te encuentras, pequeña?

Llevaba años sin llamarme «pequeña».

—Bien —contesto.

Mientras el aire se caldea, oigo el repiqueteo de un piano, cada vez más fuerte, hasta que identifico la melodía: es la *Pavana para una infanta difunta*, de Maurice Ravel.

—¿Te acuerdas de esta pieza? —susurra mi padre.

—Ravel. Una de las favoritas de mamá.

Solía tocarla cuando estaba tranquila y de buen humor. Siempre me pregunté quién sería la infanta difunta.

Termina la música y el cielo se aplaca. Algo se asienta en el hueco que hay entre mis costillas, algo que parece pleno, dolorido y triste, todo a la vez.

Sé que mi padre también lo nota cuando dice con voz apagada:

—¿Te acuerdas de cuando hacías algo extraño y ella decía: «¡Madre! ¡Mía!», como si fueran dos frases distintas?

Me echo a reír. Resulta raro a la par que agradable.

—Sí. ¿Y te acuerdas de cuando contabas chistes y ella te decía: «Eres gracioso, pero no tienes gracia»?

Mi padre resopla.

—Sí.

—¿Y te acuerdas de cuando le regalaste por Navidad la primera gofrera eléctrica y, al abrirla, puso aquella cara de desconcierto…?

—¿Te acuerdas de eso, Leigh? Pero si hace siglos… Tú debías de tener cuatro años.

—Dijo: «¿Es para preparar los dulces esos que son como rejas?», y se pasó llamándolos «rejas dulces» un montón de tiempo.

—Creo que al principio ni siquiera le gustaban los gofres —dice, y oigo que sonríe al formar las palabras.

—Recuerdo que intentaba mejorarlos con ingredientes de la tienda asiática.

—Ah, sí —dice mi padre. Y chasca la lengua—. Como los gofres con pasta de alubia roja cubiertos de semillas de sésamo.

—Y los que hizo con *matcha*. Esos estaban bastante buenos.

—¡Estaban muy buenos! Y solo los hizo aquella vez.

Noto que esbozo una sonrisa que me calienta el cuerpo.

—Podríamos intentar hacerlos.

—¿Y luego, cuando comenzó a preparar los sándwiches de gofres? —pregunta mi padre.

—Buah, se me había olvidado.

—Intentó hacerlos de beicon, lechuga, tomate y queso, pero con gofres.

—Habrían estado buenos si no les hubiera puesto tranchetes —puntualizo.

Empieza a reírse con ganas, y es un sonido maravilloso. Cálido y reconfortante, algo que llevaba mucho tiempo sin oír.

El cielo se vuelve naranja cadmio.

98

Parpadeo y el cielo ya no está. Es el techo. Mi padre está sentado con la silla del revés y los brazos apoyados en el respaldo. Yo estoy en la cama, tapada con una manta fina, pero de pronto siento mucho calor. Estoy sudando. Me quito la manta con los pies.

—Tienes mejor aspecto —dice mi padre. Me pone la mano en la frente—. Te ha bajado la temperatura.

—¿He tenido fiebre?

—Durante tres días, más o menos.

Tres días.

Me perdí el día cuarenta y nueve. Me pican los ojos.

—Caíste rendida —aclara, y percibo alarma en su voz—. Nos tenías bastante preocupados. Tu abuela me ha dicho que no estabas durmiendo casi… El insomnio puede causar trastornos graves en la mente y en el cuerpo, no sé si lo sabes.

Pienso en las grietas que se abrieron en el techo hasta que el mundo se hizo pedazos a mi alrededor.

—Aunque parece que te las has arreglado bastante bien para explorar la zona. —Mi padre sonríe—. Has ido a un par de mis templos favoritos. —Al ver mi gesto de desconcierto, se explica—: Tu abuela me ha llamado de vez en cuando para ponerme al día.

—No deberías haberte ido. —No es lo que tenía pensado decir, así que las palabras me pillan por sorpresa a mí también—. Fue una cagada que te marcharas de aquí cuando no podías más.

Deja caer la cabeza.

—Tienes razón. Lo siento.

—¿Y sobre qué discutisteis?

—Fue una chorrada. Tu abuela hizo una broma sobre no sé qué. Algo

relacionado con que, si hubiéramos venido hace unos años, las cosas habrían sido distintas. Ni siquiera procesé del todo sus palabras, ¿puede que la broma tuviera que ver con la comida? En fin, me lo tomé como una acusación, exploté y ella también explotó. Fue un desastre. Lo siento, Leigh. De verdad. También les he pedido perdón a tus abuelos. Las emociones estaban… a flor de piel. Para todos.

No sé qué contestar, de modo que bajo los ojos y dejo la mirada perdida. Veo la mesita de noche y, de repente, me acuerdo de la fotografía, la última de la caja. La que no llegué a quemar. Le pido a mi padre que me la acerque. Está algo doblada y tiene los bordes chamuscados.

Es una foto en color, pero todo está tan desvaído que a primera vista parece en blanco y negro. En ella aparece mi madre con unas trenzas largas que le cuelgan sobre los hombros. Jingling tiene una melena corta que apenas le llega a la barbilla. Ambas comparten una sonrisa secreta. Es como si aún no fueran adolescentes. Y, por detrás, Waipo y Waigong miran hacia la cámara con gesto serio, aunque no con tristeza.

—¿Por qué no me contaste que tenía una tía? —pregunto.

El rostro de mi padre se tensa, parece enfadado, culpable y triste, de color carmín tostado.

—No me correspondía a mí decírtelo, pero debí hacer que tu madre te lo contara. Merecías saberlo.

—¿Y qué pasó conmigo? Quiero decir… —Me cuesta encontrar las palabras—. ¿Cuándo le contaste a Waipo y a Waigong que yo… existía?

—Vine a verlos. Por entonces tú tenías unos dos años. Tenía que viajar a Taiwán por trabajo, así que les traje algunas fotos tuyas.

—¿Apareciste sin más? ¿Por qué esperaste tanto?

—Vine después de abrir una de las cartas que le mandaron a tu madre. Tu *waigong* decía que querían hacer las paces. Pensé que tal vez podría ayudar a que las cosas se arreglaran. —Tiene la cara llena de angustia—. Todo lo que pasó después de que Jingling… —Mi padre emite un gran suspiro—. Tu madre se culpó de ello. Decía que debió darse cuenta de que algo iba mal, de que Jingling estaba enferma.

Parpadeo.

—¿Y cómo iba a saberlo?

—Eso le decía yo. Pero estaba convencida. Y después, tus abuelos la presionaron para que se quedara en Taiwán. Querían que dejara la música, que hiciera algo práctico. Algo que Jingling hubiera hecho. Querían que se casara con un chino o con un taiwanés. Vine a Taipéi para conocerlos y me dieron con la puerta en las narices. Eso a tu madre le dolió muchísimo. Cuando regresé a Estados Unidos, la llamé y estaba muy disgustada. Debido a un impulso y tal vez a un arrebato de locura, le pedí matrimonio. Aceptar fue su manera de escapar de casa.

Me imagino a mi madre tomando la decisión por teléfono, sin dudar, y metiendo en una maleta vacía las pocas cosas que iba a necesitar.

Mi padre continúa:

—Durante una temporada, me pregunté si habría aceptado solo por rebelarse, si en mejores circunstancias me habría rechazado. Y me sentí muy culpable. A lo mejor, si le hubiera dado tiempo para perdonarse a sí misma… A lo mejor, si yo hubiera tenido más fe en nuestra relación… Estaba muy enamorado y me daba mucho miedo perderla. —Sacude la cabeza—. Nunca quise que dividiera a su familia, pero ella creyó que, sin Jingling, ya no quedaba nada que pudiera reparar la ruptura entre ella y sus padres. Y yo…, en fin. Yo no soportaba que hiciera cosas por las que se sintiera desgraciada.

Trago saliva.

—Entonces…, ¿todavía la querías? ¿La quieres?

—Pues claro. Nunca dejé de quererla, Leigh. Nunca.

Aparto la cara porque me cuesta mucho mirarle.

—Pero es que… Te ibas demasiado tiempo. Cambiaste. Te convertiste en un hombre de carrera, y mamá y yo pasamos a ser una familia escondida en el fondo del armario. —Mi padre toma aire con fuerza—. A veces era como si fingieras que todo iba bien, que el problema se arreglaría solo. Pero ese tipo de cosas no desaparecen de la noche a la mañana. —Emite un sonido de ahogo silencioso. Se me quiebra la voz—. Te necesitábamos, papá.

Al expresarlo en voz alta, siento a la vez dolor y alivio. He pasado demasiado tiempo intentando convencerme de que era mejor que él no estuviera en casa, de que no lo necesitábamos. De que mi madre y yo éramos una unidad completa.

Ahora que lo he dicho, ya no estoy enfadada. Solo triste.

Oigo su respiración profunda.

Cuando vuelve a hablar, le tiembla la voz:

—Nunca pretendí que el trabajo lo absorbiera todo. Pero tienes razón. Y, cuando por fin me di cuenta de que algo estaba roto…, no supe cómo arreglarlo. Cada vez que regresaba a casa, sentía ese peso insoportable. Era más fácil estar fuera, ¿sabes? Ser una familia por teléfono. Como cuando teníamos veinte años y manteníamos una relación a distancia, separados por el Pacífico. —Cada vez habla más rápido, como si se apresurara en verter las ideas antes de que se le escaparan. Prosigue—: A veces tenía la sensación de que estabais mejor cuando yo me iba. No sabía cómo cambiarlo. Solo… —Aprieta los ojos con fuerza—. No son excusas, sé que es culpa mía y que no puedo cambiar nada. Si hubiera sido más fuerte, mejor persona, tu madre seguiría aquí.

—No —respondo—. No puedes responsabilizarte. No es culpa tuya, igual que la muerte de Jingling no fue culpa de mamá. —A medida que dejo que salgan las palabras, me doy cuenta de que son ciertas. Estoy segura.

Sigue sacudiendo la cabeza. Su rostro refleja una irremediable tristeza.

Continúo:

—Podría haber pasado cualquier cosa, aunque hubieras estado allí todo el rato. Mamá estaba enferma.

—Ojalá no… —Se queda callado y aprieta los labios para contener las palabras.

Lo entiendo. No tiene sentido desear. No puede cambiar el pasado. Lo único que podemos hacer es recordar. Lo único que podemos hacer es avanzar.

Duele tanto que apenas me siento entera. He de esforzarme por vencer el nudo que tengo en la garganta.

—Háblame de cuando os conocisteis.

Mi padre se queda callado, aunque le cambia la cara.

—Cuéntamelo —insisto—. Fue en un encuentro de alumnos, ¿verdad?

Cuando por fin abre la boca, su voz es lenta y suave:

—Era la única persona en la sala con quien quería hablar. Iluminaba aquel lugar, era como una antorcha. Me habría pasado la vida hablando con ella. —Mi padre sonríe, pero es una sonrisa de dolor—. Me hacía muchísima gracia cuando mezclaba los dos idiomas. Le daba igual equivocarse, se reía conmigo. Y cuando tocaba el piano…, vaya, esto va a sonar cursi, pero era como si su cuerpo se fundiera con el sonido. Era como si la música fuera su lugar de nacimiento, como si al tocar volviera a casa.

Pienso en mi madre balanceándose sobre el banco negro, en su cuerpo ondulándose con la melodía, en sus dedos precisos y certeros sobre el contrapunto. Esa punzada, ese dolor. La pena de nunca haber dejado que me diera clases.

Mi padre se saca un papel doblado del bolsillo de atrás.

—¿Qué es eso?

Lo abre sin decir una palabra y me lo acerca para que lo vea.

Es el dibujo a lápiz de nuestra familia en el balancín de Village Park, tan viejo y estropeado como un mapa del tesoro. Doblado y desdoblado quizás un millón de veces.

—Vaya. Pensé que lo meterías en una carpeta y te olvidarías de él.

Se toma su tiempo en contestar como si a las palabras les costara salir:

—Lo llevo conmigo desde que me lo diste en Navidad. Al principio lo llevaba en la maleta para mirarlo cuando me iba, pero luego me acostumbré a llevarlo en el bolsillo. Me hacía sentir mejor.

—Vaya —repito.

—Estaba en el avión, lo desdoblaba y me asombraba con tu trabajo, con la emoción que captaste en nuestra cara. Cada vez que lo miraba, notaba que recordaba aquel día un poco mejor. Es extraordinario.

Me escuecen los ojos.

—Gracias, papá. Significa mucho para mí.

—Tienes un don. Lo siento si alguna vez pareció que… no lo creía así. Tu madre estaba muy orgullosa de ti, y tenía razones para estarlo.

Nos quedamos callados y me pregunto si se está dando cuenta, como yo, de que esta es la conversación más larga que hemos tenido en mucho tiempo sin discutir.

El dolor por mi madre sigue aquí. Nunca se marchará. Pero está cubierto con capas y capas de recuerdos. Algunos buenos, otros malos. Todos importantes.

La puerta cruje y entra mi abuela para traerme un vaso de zumo. Sus ojos se iluminan al ver que estoy despierta.

—Leigh —dice, y continúa con una retahíla rápida y melódica.

Expectante, me vuelvo hacia mi padre.

—¿Qué ha dicho?

Sonríe un poco.

—Ha dicho que tienes un nombre potente. Que es como la palabra *li*, que en mandarín significa «fuerza».

Mi abuela también sonríe.

—*Li.*

99

Levanta el dedo hacia el cielo con mucha energía para que se alargue como una espina. Mira hacia el punto donde señalas y más allá de él. Allí. Ese trocito de mundo, no más grande que la punta de tu dedo. A primera vista, podría parecer un color plano. Azul o gris, o incluso naranja.

Pero es mucho más complejo. Entorna los ojos. Observa las motas lilas. La franja color salvia, no más ancha que un guión. Esa mancha dulce de azúcar y el ligero toque de cornalina. Todos ellos se reúnen para arremolinarse justo en el punto que hay sobre tu dedo.

Inspíralos. Deja que se asienten en tus pulmones. Esos son los colores del ahora.

100

La cena es quizá demasiado silenciosa, y es entonces cuando se me ocurre:

—¿Dónde está Feng? —me vuelvo hacia Waipo—. *Feng zai nali?*

Me lanza una mirada confusa. Contesta algo que no comprendo.

Mi padre parece igual de perplejo.

—¿Qué es Feng?

—¡Feng! —explico—. ¡Nuestra amiga Feng!

Mi abuela sacude la cabeza.

—*Shei?*

—Es un nombre interesante —dice mi padre—. ¿En qué tono está? ¿Es la palabra para «fénix»?

—Es…, no lo sé.

—¿Qué aspecto tiene? —inquiere.

La pregunta me pilla desprevenida. ¿Qué aspecto tiene? Cuando abro la boca para describirla, me doy cuenta de que no lo sé. Lo único que recuerdo es su palidez y sus estampados floridos.

Mi padre se encoge de hombros.

—Waipo dice que no conoce a nadie que se llame Feng.

Corro hacia mi habitación y revuelvo entre todas las cosas en busca de algún rastro suyo. Existió, estoy segura. Mi teléfono todavía funciona, está conectado a la red taiwanesa. La tarjeta SIM que me dio es real. Busco el *selfie* que intentamos hacernos en lo alto del Taipei 101, pero lo único que encuentro es una foto borrosa con la mitad del hombro de Waipo. La bolsa de los pasteles —la del logo con el pájaro rojo— sigue dentro del cajón.

¿Eso es todo? ¿No hay nada más? Durante dos semanas ha formado una parte importante de nuestra vida. Regreso a la mesa del comedor mientras busco otras señales que indiquen que ha estado aquí.

—Papá, ¿puedes preguntarle a Waipo por la caja con cosas que nos

mandaron? Una que traía té y pasteles. Dentro venía mi tarjeta SIM. Feng compró esa caja. Pregúntale a Waipo si se acuerda.

Veo que conversan, que mi abuela lo señala con el dedo, que él sacude la cabeza mientras contesta.

—Leigh —comienza a decir despacio—, dice que la caja llegó por correo y que no traía remite. Ella pensó que la había mandado yo.

—Pero tú no la enviste, ¿verdad?

—No —contesta con cara de preocupación—. Yo nunca te he mandado nada.

De nuevo en mi habitación, doblo con cuidado la bolsa que contenía los pasteles y la meto al final de mi cuaderno.

Feng era real. Estoy segura.

Pero, por lo que sea, nadie la recuerda. Nadie salvo yo.

—Papá, ¿puedo enseñarte una cosa?

Aprieto los dedos contra la tapa de la cajita naranja caléndula. Tiene los bordes quemados por el día en que traje a Waipo para que viera el humo. Pero los caracteres siguen siendo legibles.

Sé que esto también es real. Lo que significa que el incienso también ha tenido que ser real. Lo que significa que los recuerdos eran reales.

Mi padre termina de abrir la cremallera gastada de su maletín y retira la solapa.

—Claro, ¿qué necesitas?

Le muestro la caja de incienso y señalo los caracteres rojos.

最難風雨故人来

—*Zui nan fengyu guren lai* —lee—. Oh, es una frase de la dinastía Qing. Un verso que escribió un sabio, una especie de poema.

—¿Qué significa?

—*Zui nan fengyu guren lai* —repite más despacio—. *Zui* significa «lo más difícil». *Feng*… ya sabes lo que significa, ¿no?

Me quedo mirándolo durante un instante. *¿Feng?* ¿Al final sí sabe quién es?

Continúa:

—Significa «viento». Creía que te había enseñado esa palabra, aunque puede que me equivoque. Y *yu* significa «lluvia». De manera que *fengyu* significa «viento y lluvia», en otras palabras, mal tiempo y, metafóricamente, «malos tiempos»; *guren* significa «seres queridos», son los amigos y familiares, y *lai* significa «lo que va a venir». Todo junto significa que es una enorme bendición ser capaz de ver a los seres queridos durante los tiempos más difíciles.

101

Me acuerdo de todo. Del pájaro. De los recuerdos del incienso. Del modo en que el mundo comenzó a llenarse de grietas negras. De la caída. De Feng.

Y desde que han pasado los cuarenta y nueve días, algo ha cambiado. Mi padre está distinto. Durante los años que estuvo ausente, su presencia adquirió un tono azul glacial, pero ahora trae consigo un amarillo ocre, cálido y tranquilizador. Se ha esforzado mucho. Hemos aprendido a hablar de verdad otra vez, como hacíamos antes. Reaparecen nuestras bromas privadas. Estamos recordando cómo sonreír juntos.

Era el último regalo que el pájaro podía hacernos: el recuerdo.

Los fragmentos de la historia familiar vuelven a unirse para que por fin yo sepa y comprenda. Y es un recordatorio del amor que siempre nos tuvimos, incluso en tiempos tormentosos, cuando era difícil ver.

Quiero que recordéis

Lo haré. Recordare.

102

Un día me desplazo hasta el domicilio de Feng. Me quedo frente a las puertas de acero y pulso el mismo botón: el 1314.

Después de lo que parece una eternidad, oigo que unos pasos bajan las escaleras. Una de las puertas chirría al abrirse y un hombre asoma la cabeza.

Lo primero que reconozco es la marca de nacimiento. La nube de acuarela en la mejilla.

—¿Otra vez tú?

Retrocedo un paso.

—Lo siento. No quería molestarte…

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Y por qué llamas a mi telefonillo?

No era la dirección de Feng la que estaba en la caja, apuntada en el papel de *Hello Kitty*. Era la de Fred.

—Lo siento mucho —me disculpo mientras bajo los escalones y me doy la vuelta.

—Espera un momento —me grita—. Tengo una cosa para ti.

La puerta se cierra con mucho estruendo y oigo que sube las escaleras. Un par de minutos después, aparece de nuevo con un sobre rojo.

—No puedo aceptarlo —le digo. La idea de recibir dinero de…

Sacude la cabeza.

—No es dinero. Es el pelo de Chen Jingling. No llegué a quemarlo. Puedes quedártelo como recuerdo.

Ahora tengo el sobre rojo en la mano y Fred me mira por última vez antes de cerrar la puerta.

Supongo que eso es todo. Aquí no hay ninguna Feng. Aun así, me cuesta marcharme. En la esquina donde nos encontramos con ella la otra vez, abro el sobre rojo para echar un vistazo dentro. Ahí está el mechón de pelo oscuro y

brillante, atado con una goma y una cinta. También hay una fotografía antigua, aunque en color. Dos mujeres jóvenes están de pie en un parque y sonríen a la cámara. A la derecha, mi madre, con un sencillo vestido amarillo. Reconozco las gafas de pasta gracias a los recuerdos. Debieron hacer la foto cuando aún era universitaria. Junto a mi madre está su hermana, Jingling, con un vestido floreado de distintos tonos rojos, rosas y morados.

Jingling. O la mujer que conocí como Feng.

Ahora recuerdo su aspecto. Ahora lo veo tan claro como el agua. La cara de Jingling estaba difuminada en los recuerdos, pero, incluso así, ¿cómo no me di cuenta antes?

Repaso las fotos de mi teléfono en busca de aquella foto borrosa que tomamos el día que subimos al edificio Taipei 101. Fue idea de Feng que nos la hiciéramos. ¿Fue su manera de decirme que era un fantasma?

El cielo comienza a oscurecerse: sé que tengo que irme a casa. Me vuelvo para echar un último vistazo, con la esperanza de vislumbrar una blusa floreada, de que Feng se materialice y se ofrezca a llevarme a probar algún plato delicioso al mercado nocturno para explicarme lo sucedido.

Pero no aparece.

—Adiós, Feng —susurro.

Una brisa sopla por delante de mí y agita las hojas de los árboles.

A la mañana siguiente, alquilamos un coche que nos lleva a los cuatro a Danshui, al mar. Mi padre lleva una cajita de madera que había mantenido escondida todo este tiempo. Mi abuela lleva la urna de cerámica de los dragones azules.

Allí, sobre el agua, esparcimos las cenizas. Las de mi madre. Las de Jingling.

El viento se levanta para llevarse el gris.

Y entonces se termina. Nos quedamos con los colores del después. Con los colores del ahora.

103

Mi padre decide que nos podemos quedar una semana más. Hemos ido con mi abuela a los baños termales, a pesar de la exagerada humedad veraniega. Nos hemos sentado con mi abuelo para ver la lucha libre, los concursos y los vídeos musicales de la tele. Ha mejorado bastante en el Conecta Cuatro.

Hemos regresado a un par de mercados nocturnos para comer de todo. En recuerdo de Feng, he sido más audaz y he probado el pastel de sangre de cerdo, las patas de pollo, la tortilla de ostras, la sopa de anguilas a la brasa e incluso un tofu apestoso de catorce días. Todo estaba sorprendentemente bueno.

Los días que hemos acompañado a Waipo al mercado, he aprendido que las papayas más dulces son las que están algo rojizas. Que, para encontrar los mejores pomelos, hay que olerlos y escoger los que más pesan. Que unas frutas del dragón son blancas por dentro y otras, rojas. Que los racimos que parecen uvas con la piel dura y marrón son ojos de dragón y su pulpa es dulce como el caramelo. Que la parte más rica de la guayaba es el corazón, salpicado de semillas crujientes.

A pesar de que no entiendo mucho de lo que dice Waipo, me encantan nuestros momentos de silencio. Me gusta sentarme a la mesa del comedor y contemplar cómo prepara la comida en la cocina, el cuidado con el que trata los ingredientes, como si fueran algo precioso. Y sé que a ella le encanta oír las conversaciones con mi padre, aunque no las siga. Se sienta a mi lado con el sol de la tarde para verme garabatear con el carboncillo sobre el cuaderno y servirme una taza de té tras otra.

A veces Waipo comenta algo y noto que mi padre se pone tenso. En esos momentos, aunque no comprendo con exactitud lo que dicen, sé que es algo sobre mi madre, algo que a él no le gusta. Le doy un golpecito con la mano para que recuerde que estoy con él y compruebo cómo se le sueltan un poco

los hombros.

Todavía quedan cosas por tratar. No es posible superar el dolor tan deprisa.

En mi interior aún hay un agujero con forma de madre. Siempre lo habrá. Pero tal vez no tenga por qué ser un hoyo profundo y oscuro donde tropezar y caerme.

Tal vez pueda ser una vasija. Algo que albergue recuerdos y colores, un sitio para mi padre, para Waipo y para Waigong. Y para Feng, aunque no esté.

No sé si Waipo se acuerda del pájaro. Si se acuerda del día en que la llevé a mi habitación y encendí la vara de incienso.

Durante nuestros últimos días, dibujo lo que recuerdo del pájaro, de los recuerdos. A Feng, desde diferentes ángulos. Con todo el detalle del que soy capaz. Cuando le enseño el cuaderno, mi abuela pasa las páginas despacio y se detiene un buen rato en la imagen donde ella y Feng están arrodilladas en el templo. Puede que haya un destello de reconocimiento en sus ojos. Imposible saberlo con seguridad.

Pero algo ha cambiado entre nosotras. Una conexión especial.

Empiezo a entender algo más de mandarín. Estoy acordándome de cosas que sabía hace mucho tiempo. A veces oigo algo, la traducción se me viene de golpe a la cabeza y sé al instante lo que significa. Mi padre me ha prometido que cuando volvamos me va a apuntar a clases de mandarín. El pacto es que me paga las clases si yo le doy otra oportunidad a la terapia. Yo he negociado: trato hecho, siempre que él me busque un nuevo terapeuta. Hemos llegado a un acuerdo.

Espero que para noviembre ya pueda mantener una verdadera conversación en chino. Ese es el objetivo: quiero sorprender a Waipo y a Waigong, que van a intentar visitarnos durante Acción de Gracias. Serán unas fiestas duras, pero con ellos en casa todo mejorará.

Mi madre no estará ahí para preparar su receta especial de pavo relleno con arroz glutinoso y champiñones cortados en trozos con forma de oreja. En su lugar, seré yo quien cocine. Hay unas cuantas recetas de mi madre que creo poder preparar, sobre todo si Axel me ayuda.

Axel. Todavía no lo he llamado. No le he escrito, no le he enviado mensajes.

Para ser sincera, esa es una de las razones por las que no quiero volver a casa. Todavía tengo una flecha clavada en las costillas. Y estoy bastante segura de que siempre la tendré.

Pienso en ese primer mensaje que me envió.

«Adiós».

Pero no podemos dejar de ser buenos amigos así como así. Axel me conoce mejor que nadie. Es el único que entiende todos mis colores.

104

Nuestro avión aterriza antes de tiempo, pero ya es de madrugada cuando por fin llegamos a casa. Las cortinas están echadas, aunque por los bordes se cuela un brillo tenue.

Siento una vieja punzada. Así es como estaba la casa cuando regresaba de noche y mi madre estaba en el salón haciendo trinar el piano.

Si no entro, tal vez pueda quedarme con la maleta aquí fuera y sentir que ella aún está ahí, que espera mi llegada para saludarme a gritos por encima de la melodía sin dejar de mover los dedos. Puedo fingir que, cuando acabe con Rajmáninov, rodeará el banco con las piernas y se levantará de un salto para abrazarme.

Y dentro de varios días, cuando llegue el domingo, me levantaré de la cama y me la encontraré en la cocina preparando gofres con bayas y crema batida. Oiré su alegre voz cantarína: «¡Buenos días!», mientras me desperezo y le respondo con un gruñido, aunque me acordaré de sonreírle y de ofrecerle ayuda para batir la masa.

Haré todas las cosas que siempre me olvido de hacer, todas las cosas que, si volviera atrás, me gustaría añadir como una capa más de acuarela.

—¿Vienes, Leigh? —pregunta mi padre.

El conductor se aleja y ya solo estamos nosotros dos: yo en el camino de acceso con la maleta y mi padre trasteando con las llaves en el porche.

Suelto una larga y lenta exhalación.

—Supongo que se nos olvidó apagar la luz, ¿no?

—No se nos olvidó —dice, y sus palabras me ponen el corazón en un puño. Porque ¿qué podría significar eso, si no que mi madre está viva, en casa, y que nos espera dentro?

El corazón me late a toda velocidad mientras subo la maleta al porche y la arrastro mientras sigo a mi padre hacia la luz tenue del interior.

—¡Ya estás en casa! ¡Bienvenida!

Unos brazos me rodean y tardo un rato en identificar el hombro que me aplasta la mejilla, la camisa suave que me roza la piel, el olor a desodorante y champú.

—Axel. —Parpadeo muy deprisa para que no vea que estoy a punto de llorar.

—¿Hay algo de beber en la nevera? —pregunta mi padre, que ya se ha quitado los zapatos y va hacia la cocina.

—Precisamente he preparado un poco de limonada —contesta él.

—Qué tío —dice mi padre—. Vamos a probarla.

—Pues claro que sabía que estabas en Taiwán —me dice Axel—. ¿Quién iba a cuidar de *Meimei* si no? —La gata traza un ocho entre sus piernas.

La culpa me atraviesa con un verde óxido de cromo. ¿Cómo he podido olvidarme de la gara de mi madre? Es obvio que mi padre había avisado a Axel o a Tina.

—Ahora somos muy amigos, ¿a que sí, *Doña Gata*? —dice Axel con una adorable voz que estoy convencida de que nunca pondría delante de otras personas. Se agacha para rascarle entre las orejas. El volumen del ronroneo sube unos cuantos puntos.

La frase «muy amigos» me resuena entre las paredes de la cabeza. Eso es lo que somos, ¿no? ¿Eso es lo que seremos siempre?

Mi padre bosteza con todas sus ganas.

—Gracias de nuevo, Axel. No sabes cuánto te lo agradezco. —Se levanta —. Voy a pelearme con el desfase horario, pero vosotros quedaos aquí todo el tiempo que queráis.

¿En serio? ¿Mi padre deja que Axel se quede en casa más tarde de las doce?

Oímos los pasos de mi padre en calcetines por las escaleras, que hacen crujir el último escalón y doblan la esquina del pasillo. La puerta de su despacho se cierra tras él.

Demasiado silencio. Se arrastra entre nosotros y cava un pozo profundo que cada vez parece más difícil de saltar.

—Bueno —dice Axel. Odio que esa palabra parezca una pequeña isla de pensamiento llena de preguntas y expectativas.

Busco un tema de conversación para acabar con esta situación:

—Mi padre debería pagarte. Por cuidar de la gata, quiero decir.

—Lo ha intentado —me cuenta—. Jamás aceptaría el dinero.

—Axel… —comienzo a decir, pero me corta con una sacudida de cabeza.

—Déjalo, Leigh. Lo hice por mí tanto como por ti. Ha estado bien estar aquí, a solas con la gata y los recuerdos.

Recuerdos. Pienso en el humo del incienso y en los destellos del pasado.

—¿Cómo estás?

Sé a qué se refiere. Hace alrededor de dos meses que mi madre murió.

Que *murió*. Vaya palabra.

Supongo que se ha ido de verdad.

—Algo mejor —confieso—. ¿Y tú?

Asiente.

—También.

Respiro hondo.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Axel cambia de postura.

—Claro.

—Tus correos… —Hago una pausa porque no estoy segura de cómo plantear la pregunta.

—¿Mis correos?

—Sí. Bueno. ¿De qué iban?

Me mira con sorna.

—¿Cómo?

—A ver. —Me estoy sonrojando y ya me arrepiento de haber sacado el tema—. Son muy raros. Algunos… no venían a cuento. No es que todo necesite un contexto, pero en fin. ¿Eran aleatorios?

—Leigh, de verdad que no tengo ni idea de lo que me estás hablando.

No sé si le mueve la cobardía o de verdad está espeso.

—Los correos electrónicos.

—Sí, eso lo entiendo. ¿Qué correos electrónicos?

—¿Todos? —Empiezo a perder la paciencia—. Los que me enviaste durante mi estancia en Taiwán.

Arruga la frente.

—Ah. Bueno, pues no sé a qué te refieres, porque no te he mandado un solo *e-mail* durante tu estancia en Taiwán.

Me quedo mirándolo.

—¿Cómo?

Él también me observa. ¿Está de coña?

Saco el móvil y abro la bandeja de entrada, paso el dedo por la pantalla y mi enfado aumenta por momentos. Me detengo mientras la aplicación se carga…

¿Y si los correos no eran reales? ¿Y si en realidad los imaginé?

Pero no. Los mensajes están allí, menos mal. Mi enfado regresa con más intensidad y furia. ¿Cómo es posible que sea tan cobarde?

—Estos correos. —Le pongo el teléfono en las narices—. ¿Te acuerdas ahora?

Axel lo agarra. Los abre uno a uno. Observo cómo recorre las palabras y traza pinceladas de acuarela con los ojos. Cuando me devuelve el móvil, está lívido.

—Leigh, necesito que creas lo que te voy a decir, ¿de acuerdo?

De pronto, siento una extraña calma. Si este es su juego, no hay nada que hacer.

—Ahora me vas a contar que no me mandaste estos correos.

—No te los mandé.

—Aunque tenga la prueba aquí delante.

—Déjame terminar —dice. Se rasca el labio inferior con el pulgar—. Escribí los correos, pero no te los llegué a enviar.

—¿Y qué sentido tiene eso?

—Eran borradores. Yo… hago esas cosas. —Traga saliva—. Escribo borradores. Mensajes que imagino que envío, pero que nunca mando. Los redacto y los dejo en borradores.

Observo con detenimiento su cara para reconocer algún destello de mentira.

—Lo juro por Dios, Leigh. Yo…, de verdad. Ahora mismo me estoy muriendo de la vergüenza porque los has visto. —Suelta una risa temblorosa.

—Dijiste adiós… —Me detengo porque no estoy segura de cómo formular la pregunta.

—¿Qué?

—Tu primer correo. Decía «Adiós», y adjuntaba el último tema que escribiste para *El manzanar de Lockhart*. ¿Qué querías decir? ¿Por qué decías adiós?

—Eso… A ver. —Baja mucho la voz—. Le decía adiós a tu madre. Pero luego me di cuenta de que no encajaba con esa música, a pesar de que utilicé la misma estructura y los mismos instrumentos. ¿Qué creías que significaba?

No sé qué responder.

—Bueno —continúa Axel por fin—, ¿me crees? ¿Crees que no envié esos correos?

—Enséñame los borradores —le pido.

—¿Qué?

—Saca el teléfono y abre la bandeja de borradores. No los voy a leer, solo quiero saber que están ahí.

—Joder. —Suelta un siseo de incredulidad, pero, aun así, se saca el teléfono del bolsillo.

Veo que abre el correo. Intento memorizar sus gestos. ¿Será esta la última vez que hablemos así? ¿Será este el final de todo? No puede retirar lo que ya ha mandado. Las cosas cambiaron de manera irreversible el día del sofá.

—Oh. —Pone los ojos como platos—. ¿Cómo es posible?

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¡Todos los borradores han desaparecido! Todo lo que he escrito. Sin embargo, está… esto. —Me pasa el teléfono.

Es la fotografía de la sombra de un pájaro sobre el césped de mi casa. El césped de fuera.

—Nunca la había visto —dice Axel—. ¡No tengo ni idea de cómo ha llegado eso a mi móvil! Es rarísimo.

El pájaro. El incienso. Feng. Después de todo eso, ya nada me extraña.

—De acuerdo —digo.

Parece aturdido.

—¿De acuerdo con qué?

—Lo acepto. Me creo tu respuesta. —Pero ahora necesito sentarme sola en un rincón para releer todos sus correos desde este nuevo punto de vista. Me duele el pecho solo de pensarlo—. Debería irme a la cama.

Axel se levanta.

—Espera, quiero enseñarte una cosa.

—¿Ahora?

—Está arriba —dice.

Y, por un momento, se me pasa por la cabeza la terrible idea de que me va a llevar a la habitación de mis padres para que me acerque a la mancha. Sé que en realidad la mancha ya no está; han quitado la moqueta, aunque nadie usa esa habitación. De momento.

—¿Leigh? —Oigo la incertidumbre en su voz.

—¿Sí? —Levanto la cabeza para mirarle a los ojos—. ¿Dónde vamos exactamente?

—A tu habitación, ¿te parece bien?

Siento una ola de alivio.

Pero, entonces, otro miedo se apodera de mí. Hemos estado en mi habitación un montón de veces, pero una cosa es acabar allí por casualidad y otra muy distinta que me lleve aposta.

Me oigo decir:

—Ah, vale. Claro.

105

En la planta de arriba todo está en silencio. Oscuro. Todas las luces están apagadas y mi padre ya está roncando. Axel camina con ligereza y sabe qué escalones debe evitar para que el suelo no cruja.

Una vez arriba, giramos a la izquierda y me detiene delante de la puerta.

—Cierra los ojos —musita.

Lo miro.

—¿Tengo que cerrarlos?

—Shhh.

Noto en la cara el aire de su susurro, ya que estamos muy cerca.

Ese muro de electricidad… ha regresado con más fuerza que nunca. Siento el peso de mi cuerpo, que pasa de un pie al otro mientras lo único que pienso es: «No te inclines hacia delante. No te dejes caer sobre Axel. No lo toques».

—Cierra los ojos —susurra.

Pongo una cara de fastidio muy teatral y trato de evitar que se me note el nerviosismo. Ya es suficiente con el modo en que me late el pulso. Estoy segura de que Axel lo oye.

Por debajo de los párpados sigue habiendo luz, pequeños destellos atrapados como mariposas. Oigo la mano de Axel en el pomo antes de abrir. Oigo el interruptor de la luz al encenderse. Me agarra de la mano y casi doy un salto al notar su tacto.

Axel me guía por la habitación. He pasado una buena parte de mi vida en este cuarto, ¿por qué ahora parece un territorio extraño? Oigo que la puerta se cierra a nuestra espalda y lo único que pienso es: «*Estamos solos estamos solos estamos solos*».

«La última vez que estuvimos solos…».

—De acuerdo —dice—. Puedes mirar.

No es mi habitación. Es decir, sí que lo es, pero está completamente

distinta. Mientras yo me dedicaba a perseguir fantasmas y recuerdos, Axel ha pintado las paredes. Las franjas naranja pastel que intenté tapar con pintura blanca han sido sustituidas por colores vivos, pinceladas enérgicas que se curvan y serpentean por la habitación. Incluso la puerta está pintada para fundirse con las paredes. Amarillo mango, azul cobalto, verdes selva y rojos voluptuosos. Es una composición sobre el movimiento. Hay ondas y crestas…, como en la música.

Parece lo inverso a lo que siempre hace: crear música a partir de imágenes. Esta vez ha plasmado un mundo de sonido en dos dimensiones. Parece una de las sonatas de mi madre descrita con pintura.

Algunos de los colores trazan formas desdibujadas que podrían ser siluetas. Cuanto más me fijo en ellas, más nítidas son. Las reconozco como una niña que busca en las nubes. Ahí hay un árbol; ahí, un gato. Un avión. Un par de pies.

En lo más alto de la esquina sudoeste, hay un animal rojo con las alas extendidas, el pico oscuro y una larga cola. Me quedo petrificada, porque es imposible que él supiera lo del pájaro.

—Bueno. —De nuevo, esa espantosa palabra.

—Qué pasada, Axel. —Me sale una voz violeta y luminosa.

—Te ayudaré a pintarla de nuevo si te parece horrible —dice enseguida—. Es que pensé que te vendría bien un cambio, rodearte de colores…

—No —interrumpo, quizá con demasiada contundencia. Se queda callado y me mira—. No quería decir eso. —Me esfuerzo por encontrar las palabras —. Está precioso. Es alucinante que hayas hecho esto por mí.

—Haría muchas cosas por ti —responde. Me vuelvo para mirarlo—. Creo que más de lo que piensas —añade con suavidad.

La sangre me circula por las venas a mil por hora. Se me ocurre la irónica idea de que podría morirme de un infarto antes de que termine esta conversación.

—Te digo lo mismo. —Mis palabras son tan poco adecuadas que no puedo evitar avergonzarme—. O sea, me refiero a que eres muy importante para mí. Y siento no haber hablado contigo después de que mi madre… —Me cuesta decirlo, pero Axel asiente para que continúe—. No debería haberte dejado fuera. Debí contarte…, en fin, debí contártelo todo. Porque eres más que un amigo… —Vuelvo a avergonzarme, porque se trata de una confesión demasiado íntima. ¿Acabo de reconocer todos mis sentimientos? El pánico se apodera de mi cuerpo con oleadas naranja cono de tráfico—. Es decir, eres mi mejor amigo. —Eso tampoco mejora mucho las cosas. Aprieto los ojos—. Me estoy expresando fatal.

Axel se echa a reír y el sonido de su risa cae sobre mí como un baño de agua cálida. Me hace una señal para que me acerque a la cama y nos sentamos juntos en el borde. Calculo aproximadamente: veinte centímetros de espacio

entre los dos. Veinte centímetros que podrían parecer el océano Atlántico, dada la lejanía. Vale. Mejor así. Inhalo, exhalo.

—Déjame que intente primero decirte lo que tengo que decir —me pide. Su voz es suave y me da la impresión de que tal vez esté nervioso.

Ese pensamiento lo cambia todo. Observo que le cuesta decidir dónde poner las manos. Que se quita las gafas y no deja de jugar con ellas. Que se pasa los dedos por el pelo una y otra vez. Nuestros ojos se encuentran y luego se separan, como si le resultara difícil, por primera vez después de tantos años de amistad, mantener el contacto visual.

—En parte pinté todo esto porque te echaba mucho de menos, tanto que dolía. Antes de que te fueras, intenté dejarte espacio. Esperaba que, cuando regresaras de Taiwán, volviéramos a hablar. Pero no podía dejar de pensar en ti. No podía dejar de pensar en…

Esta es la pausa más larga del mundo. Me descubro aguantando la respiración mientras espero las palabras que vienen a continuación.

—No podía dejar de pensar en besarte —concluye, y se mira las manos en vez de mirarme a mí—. Es que… estuvo bien.

«¡Sí! —grita mi mente—. ¡Sí que lo estuvo!».

—Pero…, en fin. No debí…

Lo interrumpo porque veo en su cara el tremendo esfuerzo que le está costando soltarlo:

—Está bien —digo, a pesar de que se me clavan mis propias palabras—. Sé lo de Leanne. Y… no le voy a contar nada. No voy a estropear vuestra relación.

—¿Nuestra qué?

—Caro me lo contó todo —aclaro.

Sacude la cabeza con rotundidad.

—No, no. Rompí con ella varias semanas antes del Día del Dos y Medio. Esa historia fue un error. Un terrible error.

Cuando abro la boca, lo único que me sale es… Nada en absoluto.

—Mira, nunca te expliqué lo que pasó en primavera —dice—. Quería hacerlo, pero… Todo fue muy raro. Las cosas se me fueron de las manos.

Asiento como si lo comprendiera, pero no entiendo nada.

—Cuando estuve en Puerto Rico durante las vacaciones de Navidad, hablé largo y tendido con mi primo Salvador. Le hablé de ti. —Le habló de mí a su primo. No sé qué tiene eso de sorprendente—. Sal es un romántico. Más o menos como los abuelos de Caro, ¿sabes? Mientras hablaba con él…, me di cuenta de que estaba enamorado de ti. Y me convenció para que te lo dijera. Pero, al llegar a casa…, no pude. Y luego, en la Gala de Invierno, te vi besando a ese Weston. Y no supe qué hacer. Todo parecía inútil. Por entonces, Leanne no paraba de rondarme, se le notaba que seguía interesada en mí; además, nos llevábamos mejor que antes. Lúe…, bueno, a falta de otra

palabra, fue una distracción.

Leanne. Tomo aire. Antes dijo que las cosas no podrían recuperar la normalidad. ¿Se refería a esto?

—Después, cuando te besé… Joder. Sé que te asusté. —Axel comienza a acelerarse otra vez—. Y si no quieres que vuelva a pasar, lo entenderé perfectamente. Lo respeto. Sé que sobrepasé una línea…

—No —suelto. Bueno, ya está bien de callarse. El pánico ha devuelto las cosas a su sitio—. No fuiste tú. Esa línea la traspasamos juntos. —No era exactamente lo que quería decir, pero es un comienzo.

Intento continuar, pero Axel sacude la cabeza y se mira los pies.

—Lo siento, Leigh, si crees que te obligué a hacer algo que no querías. Nunca en la vida intentaría forzarte para…

Me pongo roja al recordar las conversaciones en clase de educación sexual sobre el consentimiento aplicado a todo, no solo cuando llegas hasta el final.

Cuando levanto la vista, se está apretando los labios con el pulgar, como intentando reprimir algo que está a punto de soltar.

—Lo malinterpreté todo —consigo decir por fin. Es entonces cuando se vuelve y me mira de nuevo a los ojos con una mirada triste, derrotada—. Axel. Yo quería que me besaras. Más que nada en el mundo. Llevo años queriéndolo. —Inspiro hondo. Exhalo despacio. Me obligo a continuar—: Y todavía quiero.

Ya está. Lo he dicho. Y las palabras no me han matado.

—¿De verdad quieres? —Su voz es ronca.

—Sí que quiero. Pero no puedo evitar pensar en ese día…

No tengo que añadir nada más. Su gesto apagado me demuestra que sabe muy bien a qué me refiero.

—Si no hubiera estado en tu sótano. Si no hubiéramos estado. —«Besándonos». La palabra se me atasca en la garganta.

—No fue culpa tuya, Leigh —susurra. Aprieto los ojos con fuerza para reprimir las lágrimas, que tratan de abrirse paso a través de mi cuerpo—. No puedes culparte. No puedes dejar que ese día paralice todo lo demás.

Todavía tengo los ojos cerrados y los pulmones comprimidos.

—Y he tenido miedo. —Las palabras me salen con tanta rapidez y tranquilidad que por un momento me parece mentira que yo las haya dicho.

—Leigh. Mírame, Leigh.

Me obligo a abrir los ojos.

Me observa con detenimiento durante un rato. Soy consciente de cada ocasión que posa los ojos en mis labios. Su mirada me hace sentir calor y nerviosismo.

—Tu madre me contó una cosa una vez, durante un domingo de gofres. Tú todavía no te habías levantado y yo la ayudé a preparar la masa. Me confesó que, para ella, venir a Estados Unidos para casarse con tu padre fue lo

más terrorífico del mundo. —Cierro los ojos con fuerza—. Me contó que fue terrible dejar a su familia, que no conocía a tu padre desde hacía tanto tiempo, pero que su instinto le decía que valía la pena. Me confesó que fue como saltar desde lo alto de un precipicio con la esperanza de que el aterrizaje fuera maravilloso.

¿Como ese refrán que dice que la hierba del vecino siempre es más verde que la propia? Entrelazo las manos sobre el regazo. Las analogías de mi madre eran como sus frases hechas: difíciles de analizar. Y a veces no resultaban muy alentadoras.

—Leigh.

Abro los ojos de nuevo.

—Me contó que fue una de las mejores decisiones de su vida. Lo más valiente que hizo jamás. Me dijo que ojalá yo tuviera una oportunidad como esa alguna vez. Recuerdo sus palabras: «Cuando descubres lo que te importa, descubres cómo ser valiente». Creo que una parte de mí, incluso entonces, sabía que estaba hablando de ti y de mí.

«Valiente». La misma palabra que Caro utilizó.

Mi madre siempre nos ha apoyado. Nunca me dijo nada, pero era evidente.

Me obligo a mirar a Axel a los ojos. Después de los últimos cinco años, pensaba conocer todas y cada una de sus expresiones. Pensaba que lo conocía mejor que nadie. Pero me equivocaba. Su mirada de ahora —esa esperanza en los ojos, ese anhelo radiante— no es nueva, pero nunca me había dado cuenta de que fuera por mí.

—Entiendo que necesites pensarlo. Y entenderé que, después de haberlo pensado, decidas que no es buena idea. Solo quiero que sepas…

—Axel —interrumpo—, cállate ya.

Y entonces hago el que probablemente sea el mayor acto de valentía de toda mi vida.

Acorto el espacio que nos separa y lo beso con todas mis ganas.

Se sorprende solo durante una fracción de segundo. Después, le toco la cara y le levanto las gafas para colocarlas en la mesilla de noche. Mi cuerpo lo atrae hacia la cama. Sus labios entre mis dientes. Nuestras piernas enredadas.

El corazón me estalla de azul manganeso, amarillo nuevo gutagamba y rosa quinacridona.

Paro y me aparto.

Me sonríe. Es el antídoto perfecto para el pánico que siento. Miro sus ojos dulces, la curva ascendente de sus labios, y noto que mi tensión se diluye.

—¿De qué color? —le pregunto.

Axel me acaricia el brazo durante unos instantes sin dejar de mirarme a la cara.

Suelta una risita suave.

—De todos.

106

Al día siguiente de nuestro regreso, el servicio postal nos trae el correo atrasado. Es entonces cuando veo la carta: según el matasellos, la enviaron justo después de que nos marcháramos a Taiwán. Viene directamente desde Berlín.

En una esquina está impreso KREIS-RAUM FÜR KUNST.

—Bueno —dice mi padre—. ¿Vas a abrirla o te vas a quedar ahí como un pasmarote?

—Ábrela tú. —Se la paso.

—De eso, nada. Es tuya. Siéntete orgullosa, da igual lo que diga.

Vacilo un instante.

—¿De verdad sabes lo que es? ¿Te lo contó mamá?

—Sí —contesta—, me lo contó.

Me tiemblan tanto las manos que casi destrozo el sobre mientras lo abro.

> Estimada Leigh Chen Sanders:
>
> Nos es grato invitarle a que forme parte de nuestra exposición anual de jóvenes artistas en Kreis-Raum für Kunst.

Comienzo a chillar después de esa primera frase. Cuando por fin me tranquilizo lo suficiente como para terminar de leer la carta, siento un peso en el estómago. Miro a mi padre a la espera de que me diga que no es práctico, que no merece la pena…

—¿Qué pasa?

—Quiero ir —le digo.

—Pues claro que vas a ir —responde con una sonrisa—. Y yo iré contigo.

—¿Lo dices en serio?

—Al cien por cien.

El corazón me explota en un millón de colores tropicales, y me abalanzo sobre él para abrazarlo.

Luego, como es obvio, llamo a Axel.

—Lo sabía —dice.

—Qué marrón. —Dejo que se desate el pánico—. En Taiwán me pasé todo el tiempo pensando que debería estar dándole los últimos retoques al resto de la serie.

—¿Cuántas obras llevas en total? —pregunta, la misma voz lógica y razonable de siempre.

—Tuve que enviar tres muestras y puedo llevar hasta siete obras más, así que diez en total.

—Pero no las tienes que mandar por adelantado, ¿verdad? Las llevas contigo…

—Claro, pero…

—¿Y cuándo es la exposición?

—Dura una semana, es a final de mes. Vuelvo justo el día antes de que empiecen las clases.

Al otro lado del teléfono, se oye que está enredado con algo.

—Vale, entonces en agosto…

—Axel, ¿qué haces?

—Pues mirar billetes de avión, qué voy a hacer.

—¿Vienes? ¿A Berlín?

—¿Estás de broma? Esto no me lo pierdo. ¿Sabes que estaré allí en tu cumpleaños?

—Pero tus ahorros…

—Son míos y hago con ellos lo que quiero. De todos modos, ya lo tienes, Leigh. «Un máximo de diez» no significa que tengan que ser diez.

Suspiro.

—Es imposible quedar entre las finalistas.

—¿Y qué? Eso es lo de menos. Es decir, vale, ese es el objetivo inicial. Pero estás en la exposición. Eso ya es un logro enorme.

—Uuuffff…

—No consiste en ganar, se trata de algo diferente. Ahora lo estás haciendo por ti. No puedes rajarte.

—Lo sé —digo—. Lo sé. Voy a hacerlo. Tengo que hacerlo. Solo estoy…

—¿Asustada? —propone Axel.

—¡Todas las obras están a medio terminar! Lo de mi madre… lo ha interrumpido.

—¿Y qué haces hablando por teléfono? Ponte a trabajar.

Suspiro de nuevo.

—Vale, vale.

—Ya hablaremos cuando hayas avanzado lo suficiente como para merecer

un respiro.

—Aagghh. —Me desplomo en el sofá y me quedo completamente horizontal—. Bueno, al menos sé lo que tengo que hacer.

—¿Qué? —pregunta, aunque por su tono parece que ya sabe lo que voy a responder.

—Tengo que destapar los colores.

Se le oye la sonrisa en la voz:

—Sí, eso es.

107

Mi padre insistió en pagar el billete de Axel como agradecimiento por haber cuidado de *Meimei*. Caro y su familia están en Francia durante todo el mes, así que los cuatro van a venir a Berlín a ver la exposición.

Y, no sé cómo, he conseguido completar el dosier. Una serie de la que creo que mi madre se sentiría orgullosa.

Los tres nos sentamos en la misma fila del avión: mi padre en el asiento del pasillo, Axel en medio y yo al lado de la ventanilla.

Pienso en los cuadros que he pintado, que están a salvo dentro de una carpeta en el compartimento de arriba. Faltan veintidós horas para que abra la galería. El avión se eleva hacia el cielo y se desliza por el aire mientras la presión nos empuja contra los respaldos. Le agarro a Axel de la mano y me vuelvo para mirar por la ventanilla. Por debajo, la tierra se encoge. Lo coches son como juguetes; luego, como hormigas; más tarde, no son nada.

Las volutas de algodón pasan a nuestro lado y atravesamos sus capas.

Ascendemos por encima de las nubes hacia una extensión azul increíblemente brillante.

El avión se inclina y noto la fuerza de la gravedad que me aprieta la cara contra el cristal. Vislumbro las nubes de abajo y el perfil de nuestra sombra sobre ellas con forma de pájaro.

108

COLECCIÓN «LA EVOCADORA»
Ocho dibujos surrealistas, por Leigh Chen Sanders
61 x 91 cm cada uno
Carboncillo y gouache

#1. Árbol familiar
#2. Piano
#3. Emily Dickinson
#4. Incienso
#5. Pájaro rojo
#6. Grietas en el cielo
#7. Hermanas y fantasmas
#8. Cigarras

Declaración artística:

¿Qué es el recuerdo? No es algo que se pueda agarrar, ver, oler o saborear de un modo físico, sino un conjunto de impulsos nerviosos que saltan entre neuronas, nada más. Unas veces consiste en una elección; otras, en autoconservación o protección.

Esta colección es una suerte de autobiografía a partir de la indagación en la historia de mi familia. Cada obra representa el hallazgo de un recuerdo diferente. La introducción gradual del color pretende ilustrar del desarrollo de una epifanía. El conjunto culmina en la obra final, *Cigarras*, que es un mosaico surrealista a todo color: una madre, un padre y una hija montados en el balancín de un parque infantil. Un pájaro gigante que sobrevuela el vasto cielo. Un hombre en un avión. Una niña en un manzano.

Recuerdos que, mirados con atención, cuentan una historia. Porque el propósito del recuerdo, me atrevo a decir, es que no nos olvidemos de cómo

vivir.

Nota de la autora

Esta novela empezó a tomar forma en 2010 y ha pasado por diversas versiones muy distintas. Lo único que han tenido en común es que siempre narraron una historia sobre la familia, la identidad y las diferentes facetas del amor.

Después, en 2014, hubo un suicidio en mi familia. Seis meses después, comencé a escribir este libro por enésima vez, y la complejidad de ese dolor se me grabó en el cerebro y se adhirió a mis palabras. No pretendía que nada de eso se plasmara en mi escritura, pero a las novelas les gusta tomar sus propios derroteros.

Unos cuantos datos estadísticos oficiales, recogidos de la Asociación Americana de Suicidología, relativos a 2015 (los más recientes que he encontrado):

Cada 11,9 minutos muere alguien por suicidio.

El suicidio es la décima causa de muerte en Estados Unidos.

Por cada muerte por suicidio, se producen veinticinco intentos.

Para mí era importante que, aunque la madre de Leigh sufriera algunas experiencias espantosas a lo largo de su vida, no hubiera una razón que explicara su depresión. Ella, como muchas otras personas en todo el mundo, simplemente fue víctima de una terrible enfermedad, una enfermedad que aún estamos aprendiendo a combatir.

La depresión se manifiesta de manera diferente en cada persona y sus síntomas pueden variar. No todas las personas deprimidas van a actuar como la madre de Leigh. El tratamiento puede ser de gran ayuda: puede disminuir o eliminar el riesgo de suicidio. También está demostrado que un fuerte apoyo social es importante a la hora de prevenirlo. Si sospechas que alguien en tu vida está al borde del suicidio, ayúdale. Habla de la depresión. Habla de otras formas de enfermedad mental.

Habla sobre el suicidio; la ciencia ha demostrado que hablar de ello no

aumenta la intención ni el riesgo y que puede suponer un cambio importante.

Crecí presenciando los efectos de la depresión y observando cómo mi familia dejó que el estigma que la rodea se convirtiera en una de las trampas más oscuras y peligrosas. Ese estigma puede matar y, de hecho, mata. Ese estigma se perpetúa al no hablar.

Agradecimientos

Recuerdo que, cuando tenía siete años, ya quería contarle al mundo mis historias y ver mis libros en las estanterías de las bibliotecas y librerías. Hicieron falta más de dos décadas para que ese sueño comenzara a hacerse realidad. Dos décadas y la ayuda de un montón de gente increíble. En estas líneas intentaré recoger a la mayoría de esas personas.

Primero, mi estupendo e incansable agente, Michael Bourret, al que podría escribir con toda tranquilidad un libro entero de agradecimientos. No sé cómo tienes energía para hacer todo lo que haces; es obvio que una parte de ti está hecha de magia. Gracias por ser tan amable, apasionado y humano, y por defender esta historia con tanto tesón. En serio, he ganado la lotería de los agentes.

Gracias también a Lauren Abramo, a Erin Young, al resto del equipo de DG&B y a Mary Pender-Coplan, de UTA. Estoy encantada de que me representen los mejores de los mejores.

A Alvina Ling, mi maravillosa editora, que me ayudó a convertir este libro en lo que él quiso ser. Gracias por creer en mí y en mis palabras, y por amar tanto a estos personajes.

Gracias a Kheryn Callender por ser un gran amigo y un ayudante extraordinario en esta travesía.

Gracias, Nikki García, por ocuparte con tanta precisión y gentileza de todos los detalles y aspectos logísticos.

Y al resto de la familia de Little Brown Young Readers, sobre todo a Russell Busse, Michelle Campbell, Jackie Engel, Elisabeth Ferrari, Shawn Foster, Sasha Illingworth, Jess Shoffel Maglio, Annie McDonnell, Emilie Polster, Elizabeth Rosenbaum, Carol Scatorchio, Andrea Spooner, Victoria Stapleton, Angela Taldone, Megan Tingley, Ruiko Tokunaga, Valerie Wong, Danielle Yadao, Elena Yip y a los demás miembros de LBYR que no he

podido incluir aquí. Siento un infinito agradecimiento por todo lo que hacéis. Sois formidables.

Christine Ma y Rosanne Lauer, mi correctora y mi revisora, ambas excelentes.

El artista Gray318 y las ya mencionadas Sasha Illingworth y Angela Taldone diseñaron una cubierta tan bonita que no puedo dejar de mirarla.

Tengo que enviar agradecimientos también al otro lado del océano, a mi editora en el Reino Unido, Samantha Swinnerton, y al resto del fabuloso equipo de Orion Children's Books, incluyendo a Thy Bui, Nicola Goode, Helen Hughes, Dominic Kingston, Lucy Upton y a todos lo que hicieron que la magia actuara en este libro.

He tenido algunos profesores que me dejaron una huella permanente y sin los cuales no sería escritora. En particular quiero mencionar a Susan (Hartmann) Nabors (de quinto), a Cindy Stone Murphy (de sexto), a Tery Solomon (de decimoprimero) y a Rachel DeWoskin (de la universidad). Me enseñasteis que uno tiene lo que necesita tener. Me acordé mucho de todos vosotros mientras escribía los borradores y los revisaba.

Comencé esta novela en el taller de Chuck Wachtel, durante mi primer año en el Máster de Bellas Artes de la Universidad de Nueva York. La sólida fe que Chuck tuvo en mí y en la semilla de esta historia fue lo que me impulsó a intentarlo una y otra vez hasta conseguir que saliera bien. Gracias, Chuck Laoshi.

La sede de Writers Room, en Broadway, me proporcionó un lugar tranquilo donde concentrarme y todos los saladitos rellenos de mantequilla de cacahuete que pude desear. Allí pase muchas horas revisando.

Un abrazo grupal para los Autores de Color de Literatura Infantil (Kidlit Authors of Color) y para los de Electric Eighteen, que me ofrecieron el apoyo y el consuelo que tanto necesitaba.

Kim Blanck, Mia Garcia, Britt Lockhart y Kayla Rae Whitaker fueron algunas de mis primeras lectoras y críticas. Chicas, sois las mejores.

Wang Shengfei, He Jiawei y Joyce Ge, que viven en la otra punta del mundo, respondieron con amabilidad los miles de preguntas que les hice vía WeChat mientras decidía las convenciones que debía seguir para el pinyin.

Estoy muy en deuda con la generosísima Sisi Guo, por sus consejos y su punto de vista psicológico.

Terminé el borrador definitivo durante mi estancia en el Djerassi Resident Artists Program, el lugar más bello y nutritivo para el alma donde he estado jamás. El fantástico personal de Djerassi me alimentó bien, me inspiró e incluso arrancó el detector de humo defectuoso de mi habitación a las dos de la mañana. Mis compañeros del grupo de abril de 2017 se enfrentaron a los senderos, alas garrapatas y a las arañas conmigo, y sus discursos motivacionales y sus aptitudes como reposteros me acompañaron durante la última revisión.

Delilah Kwong me proporcionó vino, chocolate y otras cosillas, y me mantuvo a flote con su amor y su emoción constantes.

Estas fantásticas mujeres me ofrecieron camaradería y ánimo durante todo el proceso editorial: Renée Ahdieh, Sona Charaipotra, Preeti Chhibber, Dhonielle Clayton, Zoraida Córdova, Sarah Nicole Lemon, Kaye (alias Karuna Riazi) y Marie Rutkoski.

Tiff Liao y Anica Mrose Rissi son seres de luz mágicos que realizaron comprobaciones de validez cruciales y me dijeron justo lo que necesitaba oír en cada momento.

Aisha Saeed, Joanna Truman y Anna Jarzab son astutas estrellas del *rock* de la narración, tan amables como para leer y proporcionarme extensos comentarios acerca de los múltiples borradores. Sus textos y correos electrónicos me animaron cuando más lo necesitaba.

Nova Ren Suma, cuya amistad y generosidad han sido tan importantes para mí, es una mentora tremenda y la mejor fan. Te doy las gracias por creer tanto en mí y por tus primeros comentarios en el profundo análisis del corazón narrativo. Gracias por tus correos llenos de signos de exclamación y por hacerme sentir que todo esto se haría realidad.

Bri Lockhart es el epónimo del manzanar de Leigh y Axel, así como la ginebra de mi tónica, la Nutella de mi todo, la cocapitana de mi banda de chicas y una de mis primeras defensoras. Gracias por leer ese tempranísimo borrador durante tus vacaciones y por tus mensajes al respecto desde el otro lado del océano Atlántico.

Gracias especiales a mis tías y tíos de Taiwán, que me ayudaron a precisar los detalles y la logística destinados a mi investigación y, por tanto, a este libro. Y al resto de mi familia extensa, muchas gracias a todos por vuestro amor y vuestro apoyo.

Estoy agradecida a mi propia *waipo*, la verdadera Yuanyang a la que transformé en abuela de Leigh, cuyo increíble viaje vital me proporcionó la chispa para comenzar esta novela.

A mis padres, Alex Pan y Beatrice Yu-Pan; no hay palabras suficientes en las dos lenguas para todos los agradecimientos que os debo. Gracias, *Mama*, por ayudarme a encontrar la cita del sabio Sun Xingyan, de la dinastía Qing, que está inscrita en la caja de incienso de Leigh. Gracias, *Baba*, por quedarte hasta tarde hablando de supersticiones y del Festival de los Fantasmas. Gracias a ambos por las llamadas telefónicas hasta agotar las baterías y por los millones de preguntas que contestasteis mientras yo revisaba. Sobre todo, gracias por apoyar mis sueños más locos.

Loren Rogers —mi marido, mi mejor amigo, mi compañero de vida—, gracias por absolutamente todo. Por preparar todas las comidas, por hacer la colada y por escuchar todas las ideas bobas que surgían. Por empujarme a perseguir esta vida de ensueño. Gracias por creer en mí y por dejar que

percibiera tu fe de un modo tan claro. Gracias por los abrazos, por los apretones de mano, por las risas y por recordarme lo afortunadísima que soy por haber ido la noche adecuada a Milk and *Cookies*. Tú me inspiras a diario.

Nota de la traductora

Todas las traducciones de los poemas de Emily Dickinson que aparecen en este libro pertenecen a Silvina Ocampo, salvo la de «El otro día perdí un mundo», que es de José Manuel Arango, y la de «El dolor tiene un elemento de vacío», que es de Rolando Costa Picazo.

EMILY X. R. PAN nació en Illinois como hija única de padres taiwaneses que emigraron a Estados Unidos, aunque en la actualidad reside en Brooklyn. Tras estudiar en la Escuela de Negocios Stern de la Universidad de Nueva York, trabajó de redactora jefa en la Washington Square Review. En 2017 publicó El asombroso color del después (Nocturna, 2020), que entró en la lista de *best sellers* del New York Times, se tradujo a siete idiomas, obtuvo críticas magníficas y ganó múltiples premios.